

Fascism, Populism and Common Sense in Spain: *La Gaceta Literaria, La Conquista del Estado, F.E. y Vértice* (1927-1939)

by

Ignacio José Huerta Bravo

A dissertation submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy
(Romance Languages and Literatures: Spanish)
in The University of Michigan

2021

Doctoral Committee:

Professor Cristina Moreiras-Menor, Chair
Professor Vincenzo Binetti
Professor Juli Highfill
Professor Jesse Hoffnung-Garskof

Ignacio José Huerta Bravo

ihuertab@umich.edu

ORCID iD: 0000-0003-0382-1579

© Ignacio Huerta Bravo 2021

A Charlotte—

ACKNOWLEDGEMENTS & AGRADECIMIENTOS

First, I want to thank the University of Michigan, the Department of Romance Languages & Literatures and the Horace Rackham Graduate School for making this dissertation possible through their financial and academic support. I also want to thank the committee members, Prof. Cristina Moreiras-Menor, Prof. Juli Highfill, and Prof. Vincenzo Binetti, for being part of this dissertation. I am grateful for the mentorship of Cristina Moreiras-Menor. I especially would like to highlight her seminar “Culture and State: The Question of War: Culture and Violence in Modern Spain”, which was pivotal to the evolution of my research about Spanish Fascism. Thank you Prof. Highfill for the inspiring conversations and for the seminar “Desde la vanguardia hasta el compromiso: La política, lo popular y lo profano”. Thank you Prof. Vincenzo Binetti for your recommendations of Italian literature and culture related to fascism. I also appreciate the contribution of Prof. Jesse Hoffnung-Garskof for being part of this a dissertation. Within the department, I want to thank Prof. García Santo-Tomás for his essential guidance and advice during these years. Thank you also to Prof. Michele Hannoosch, Prof. Javier Sanjinés, and Prof. Gareth Williams. I want to acknowledge the teaching direction of Stephanie Goetz, Michelle Orechio and Andrew Noverr. A special recognition to Mar Freire Hermida for

her support and for giving me the opportunity to teach about my field of interest. Finally, thank you to my colleges and friends Alice, Amanda, Eli, Jeff, Luis, Mariel, and Mario.

Quisiera hacer un reconocimiento especial a mi familia, mis padres —Javier y Lourdes— y mis hermanos —Javier e Inés—. Gracias papá, por ayudarme con la lectura de los capítulos. A mis cuñados Marcos y Lucía y, por supuesto, a mi ahijado Santi. También a mis abuelos —Josefa, Paquita, Mariano y Evaristo—. A mis tíos Jesús, José Luis, Mari, Nita y Vicente. A Dave y a Susan. A Paul, Tom, Kelly y a mis sobrinos Abby, Bush, Molly and Mariclare. No me olvido de Nancy y el resto de la familia Byrne. A mis amigos Alejandro, Alberto, los dos Javieres —Mateo y Ramírez—, Pablo y Rubén. En especial, gracias a mis inseparables guías en Ann Arbor: Aziz y Moussa. Todos habéis sido parte imprescindible estos años.

Índice

DEDICATORIA	ii
ACKNOWLEDGEMENTS & AGRADECIMIENTOS	iii
TABLA DE ILUSTRACIONES	viii
ABSTRACT	ix
Introducción	1
Capítulo 1: El nuevo sentido común en el fascismo de Ernesto Giménez Caballero: <i>La Gaceta Literaria</i> (1927-1930)	13
1.1. Sentido común y regeneracionismo	15
1.2. Lo nuevo y lo viejo a través de <i>La Gaceta Literaria</i>	19
1.3. Ultraísmo fascista: la síntesis ramoniana entre el pueblo y la élite	24
1.4. La masa y la musa	31
1.5. Heterogeneidad, subalternidad y síntesis	35
1.6. Casticismo y modernidad: el consenso fascista en Esencia de verbena	41
1.7. La definición política de los proyectos posmonárquicos	47
1.8. Conclusiones	53
Capítulo 2: El fascismo hispánico de Ramiro Ledesma y <i>La Conquista del Estado</i> en la construcción de la identidad republicana (1931)	60

2.1. El momento populista del 14 de abril y la construcción de la identidad republicana	63
2.1.1. El fascismo de <i>La Conquista del Estado</i> ante la contingencia del 14 de abril: República y Dictadura	71
2.2 Lo viejo y nuevo	74
2.3 En busca de líder: El hijo del pueblo	79
2.3.1. En busca de líder: Franco, caudillo republicano	84
2.4. El pueblo y la revolución sindicalista	88
2.5. La hispanidad y la República hispánica	95
2.6. El pueblo contra el pueblo: la religión como aglutinante popular de la derecha	100
2.6.1. El pueblo contra el pueblo: <i>LCE</i> ante el discurso revolucionario de mayo de 1931	104
2.7. Conclusiones: el fascismo como vocablo polémico mundial y los fascistizados españoles	109
Capítulo 3: La Falange de José Antonio Primo de Rivera ante el fascismo como significante de disensión: <i>F.E.</i> (1933-1934)	117
3.1. Análisis del sentido polémico del significante fascismo en 1933	119
3.1.1. La disensión entre fascistas	134
3.1.2. Los antifascistas contra qué fascistas: la alianza entre conservadores y socialistas	151
3.2. Ni de izquierdas ni de derechas	161

3.2.1. Ni las derechas ni las izquierdas: el fascista solitario	167
3.3. La división del falangismo: ¿Derechistas fascistas vs revolucionarios fascistas?	170
3.4 Conclusión: de la división a la unidad por o contra el fascismo	174
Capítulo 4: La propaganda de unidad anti-antifascista en <i>Vértice</i> durante la Guerra Civil Española (1937-1939)	177
4.1. <i>Vértice</i> : la revista de la unificación	179
4.1.1. Más allá de la unificación por el fascismo	180
4.2. El sentido común en el discurso del terror rojo: <i>Novela de revolución de julio en Madrid</i> , por Edgar Neville	187
4.3. Franquismo y falangismo ¿Fascismos?	214
4.4. Breve epílogo sobre la desfascistización	223
Conclusiones	228
Bibliografía	231
Ilustraciones	249

TABLA DE ILUSTRACIONES

Fig. 1. Siete. “Los pobres inmigrantes”. <i>La Conquista del Estado</i> , 8. 1931: 3	80
Fig. 2. Caricatura de Indalecio Prieto. <i>Gracia y Justicia</i> , 3 Sep. 1931: 9.	82
Fig. 3. Alberti, Rafael. “El monstruo del fascismo propagador de mentiras contra la Unión Soviética.” <i>Octubre</i> , Oct.-Nov. 1933: 25.	130
Fig. 4. Antonio Lara y Miguel Mihura. “El oportunismo de la educación de las masas.” <i>Vértice</i> , 4. 1937.	190

ABSTRACT

Fascism, Populism and Common Sense in Spain: La Gaceta Literaria, La Conquista del Estado, F.E. y Vértice (1927-1939) focuses on the emergence of Spanish fascism in a crucial period of Spain's history: the end of the monarchy, the proclamation of the Second Republic, the outbreak of the Civil War, and the establishment of Franco's dictatorship. Drawing on theories about populism and common sense, this work demonstrates the changing and contingent fascist propagandas of the magazines cited in the title in order to appeal to the popular discourses shared by a variety of non-fascist ideologies and organizations. This dissertation poses questions that resonate in today's controversial situation with the ascendance of extremist populisms and the never-ending presence of the word "fascism" as a rhetorical tool against the opponent in the political debate.

Introducción

Fascismo, populismo y sentido común en España: La Gaceta Literaria, La Conquista del Estado, F.E. y Vértice (1927-1939) plantea una serie de problemas fundamentales en torno a cómo abordar críticamente términos genéricos, de uso común en el debate público, como son el fascismo y el populismo. Ambos se han aplicado como categorías de definición de un amplio número de fenómenos políticos y sociales sobre presupuestos, unas veces, extremadamente laxos o, en otras tantas ocasiones, demasiado reductivos. Con relación al primer objeto de estudio —el fascismo—, Richard Griffiths —*Fascism*— establece la dificultad de definirlo categorialmente debido el abuso del término para describir una amplia gama de fenómenos pretéritos y contemporáneos. A este respecto, en su reciente ensayo *Quién es fascista —Qhí è fascista—*, Emilio Gentile critica la idea generalizada por los medios de comunicación y determinados partidos políticos de una vuelta del fascismo al escenario político contemporáneo —el uso *analógico* del fascismo con otros movimientos y agentes sociales—. Una hipótesis de un fascismo en *eterno retorno* con la que el historiador discrepa: “pienso que la tesis del eterno retorno del fascismo puede favorecer la fascinación por el fascismo de los jóvenes que poco o nada saben sobre el fascismo histórico pero se dejan sugestionar por su visión mítica, que se vería agigantada luego por la presunta eternidad del fascismo” (12). En sentido contrario, Griffiths también cuestiona la insuficiencia derivada de determinadas interpretaciones que han reducido un movimiento de alcance internacional a una serie de manifestaciones

geográfica y cronológicamente muy específicas que presentan atributos ideológicos y simbólicos característicos. El enfoque reductivo limitaría los fascismos a una colección de movimientos muy concretos y excepcionales, generalmente europeos, que se diferenciarían de otros más comunes: los nacionalismos autoritarios.

En *La razón populista*, Ernesto Laclau aborda una problemática similar con otro fenómeno político indefinido ideológicamente que se suele emplazar desde determinados enfoques sociológicos evocando una amalgama de lugares comunes: el populismo. Con este objeto, Laclau aborda críticamente las sucesivas teorías sobre el populismo que han asimilado una relación de movimientos de masas basados en una concepción ideal del *pueblo* frente a las *élites*, con unos contenidos doctrinales indefinidos más o menos *sociales y transversales*. La teoría de Laclau cuestiona la visión sociológica de los populismos como movimientos anormales excepcionales, irracionales, vagos e indeterminados (27-28). El filósofo argentino explora los componentes lógicos de la *indefinición* del populismo en términos de hegemonía política, relación antagónica y significativo vacío (91-94). Desde esta concepción, el populismo no sería simplemente un epifenómeno *demagógico y vacío* de contenidos ideológicos y doctrinales, sino una estrategia presente en múltiples y diferenciadas ideologías y organizaciones políticas. Póngase por caso el contraejemplo de un movimiento populista: una presunta fuerza política que hiciera campaña *contra el populismo* apelando *el sentido común* de la ciudadanía. En términos de la lógica populista, esta propaganda consistiría en una estrategia discursiva propiamente *populista* de apelación a una mayoría de votantes de *sentido común* para desacreditar a otro antagonista minoritario ajeno al *sentir popular*. En este caso, el *sentido común* —cuya vaguedad e indeterminación conceptual es

inversamente proporcional a su poder de convocatoria e identificación— adquiere significado en la relación de equivalencia entre una serie de identidades y demandas diferenciadas, pero unidas contra un agente adversario. La vaguedad del populismo sería así su virtud para convocar al *pueblo* en pos de la hegemonía política.

La concepción del populismo entendido como estrategia de generación de hegemonías nos lleva al tercer elemento del análisis: el sentido común. Según José Nun en *El sentido común y la política*, el sentido común se puede definir como “una *construcción social* de rasgos muy cambiantes en el tiempo y en el espacio” (13) sobre la política y la sociedad sostenida en “un consenso subyacente” no necesariamente *verbalizado* (240). Si se analiza el fascismo desde una perspectiva contemporánea de sentido común, se observa su total desacreditación y su limitado poder de convocatoria —salvo para oponerse al mismo: al *resurgimiento* del fascismo o la extrema derecha—. Llegados a este punto, movimientos y partidos que han presentado analogías evidentes con el fascismo histórico —según la definición genérica de Griffin en *The Nature of Fascism*: “a genus of political ideology whose mythic core in its various permutations is a palingenetic form of populist ultra-nationalism” (44)— han atribuido este a sus oponentes —una definición de *sentido común* podría asimilarlo a la intolerancia ideológica o una determinada actitud coercitiva hacia el oponente —. El uso del epíteto *fascista* para desacreditar al adversario político es un ejemplo del carácter contradictorio y camaleónico del mismo fascismo. Desde su internacionalización en la década de 1920, el fascismo se ha sometido al escrutinio de ideologías y perspectivas opuestas que han generado una infinidad de interpretaciones negativas, muchas de ellas contradictorias entre sí. Este asunto lo trataré con más detenimiento en el capítulo 3.

En *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Laclau iniciaba la revisión de la literatura analítica del fascismo con la definición *indefinida* del filósofo español José Ortega y Gasset sobre el carácter enigmático del fascismo (81-82). Tan solo tres años después de la *marcia su Roma*, en 1925, Ortega observaba que el fascismo...

...tiene un cariz enigmático porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un estado fuerte y emplea los medios más disolventes, como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta. Por cualquier parte que tomemos el fascismo hallamos que es una cosa, y a la vez la contraria, es *A* y no *A* (497).

Según Ortega, la ideología mussoliniana no podía definirse simplemente por la contradicción *A* o *no A*. Al no tratarse del producto de una doctrina cerrada y definida como el marxismo, su fuerza o poder de convocatoria se encontraba en el debilitamiento de las fuerzas adversas y, por lo tanto, debía abordarse desde su relación con esos mismos agentes: “En cada fenómeno colaboran todos los demás. Por esa razón es ilusorio buscar en él solo todo su sentido. Un grupo político no es más que una palabra suelta, y solo adquiere una significación completa cuando se reúne a las palabras de otros grupos y se integra a la frase histórica” (498). En este sentido, Ortega sostenía que no era el dintorno —lo que los fascistas *creían ser*—, sino las significaciones de “otros grupos” las que dibujaban su *contorno*, su sentido definitorio. En consecuencia, el fascismo no podía comprenderse desde un enfoque reductivo de sus elementos ideológicos y simbólicos más destacados sin estudiar sus relaciones con otros agentes, su emplazamiento en una relación antagónica. Había de integrarse la palabra suelta en la *frase histórica*.

Según Mabel Berezin —“Fascism and Populism: Are They Useful Categories for Comparative Sociological Analysis?”— la proliferación de movimientos de extrema

derecha a escala mundial ha generado un aumento significativo de la literatura especializada y divulgativa dedicada al fascismo y al populismo en los últimos años (182-83). Algunos de estos estudios, aunque tratan de superar los marcos reductivos de la historiografía que confinan el fascismo en los límites geográficos europeos, caen en los errores gnoseológicos ya señalados. De acuerdo con Federico Finchelstein —*From Fascism to Populism*—, el populismo no se comprende como estrategia política presente en un gran número de ideologías, movimientos y partidos diversos y radicalmente opuestos, sino que es una ideología en sí misma *hermana* del fascismo en su nacionalismo extremo y concepción de la política —“the people-antipeople binary defines political relations” (92)—. A pesar de una mayor aceptación de la discrepancia y la pluralidad social, el populismo consistiría en una reformulación del viejo fascismo adaptado a las sociedades democráticas contemporáneas —an “attempt to return fascism to the democratic path” (97)—. En la misma línea, Jason Stanley —*How Fascism Works: The Politics of Us and Them*, una continuación actualizada de *How Propaganda Works*— reduce el fascismo a un fenómeno *antiliberal* de *politics of us and them*. De este modo, la etiqueta *fascista* absorbería un gran número de fenómenos de extrema derecha a nivel mundial que presentarían elementos definitorios comunes referentes a la mitificación del pasado, el anti-intelectualismo o el victimismo; componentes, entre otros muchos, ya identificados por historiadores como Roger Eatwell, Roger Griffin o Zeev Sternhell en los fascismos históricos —*International Fascism: Theories, Causes and The New Consensus*—. A partir de unos presupuestos metodológicos completamente inversos, Ishay Landa —*The Apprentice Sorcerer*— trata las conexiones entre el fascismo y el pensamiento liberal-conservador desde el siglo XIX. Contra una teoría del fascismo que

se centra en sus componentes internos —“takes fascists at their word” (2)— o que lo hermana con otros *totalitarismos* o *populismos*, Landa propone trascender los límites de las propias concepciones y discursos fascistas para examinar sus puntos de encuentro con otras construcciones teóricas e ideológicas. Su aportación fundamental no consiste tanto en la provocación que supone la analogía entre el fascismo y su némesis —el liberalismo—, sino su comprensión como movimiento hegemónico que, con el propósito de ampliar su base popular y como resultado de contingencias eventuales, superó sus propios planteamientos y adoptó un sinfín de posiciones eclécticas.

En el caso español, el análisis del fascismo presenta vacíos e interrogantes históricos aún por resolver. Este se ha concebido como un fenómeno periférico e híbrido dentro de un autoritarismo *nacional-católico* cuyo *ethos* vendría de tradiciones políticas específicamente nacionales. De este modo, la variante española habría sido un fenómeno minoritario y *bastardo* cuyo único exponente —Falange— se asimiló a su homólogo italiano más en lo simbólico que en lo ideológico. La gran mayoría de los *fascistizados* que integraron las filas de F.E. durante la Guerra Civil Española serían *reaccionarios* no genuinamente *fascistas*. Según Stanley G. Payne, el único pensador genuinamente fascista y *revolucionario*, sin herencias ni equipajes ideológicos *tradicionalistas* o *nacional-católicos*, habría sido Ramiro Ledesma Ramos (469-479). Eventualmente, las difíciles relaciones internas y equilibrios del poder en el primer franquismo finalizarían con la imposición de determinados miembros del *establishment* conservador contra los *verdaderos* y *revolucionarios* falangistas entre el verano de 1941 y 1942. Sin embargo, la literatura especializada sobre el fascismo ha añadido nuevos interrogantes a las conclusiones presentadas. La aceptación del fascismo —o su variante nacional:

falangismo— por una amplia gama de corrientes hasta la defenestración y marginación de estos sectores en un *Movimiento Nacional* fue un proceso de *fascistización* y *desfascitización* no específicamente español. El fascismo español no debería entonces confundirse con la presencia marginal de formaciones propiamente fascistas hasta el estallido de la guerra, sino como un proceso heterogéneo ideológica y socialmente de articulación de fuerzas diferentes que se dio también en otros lugares.¹

Desde las teorías del populismo y del sentido común, la presente investigación aspira a contribuir a los debates contemporáneos sobre el fascismo español con el objeto de analizar sus estrategias populistas en su periodo de máxima difusión en España (1927-1939). A este respecto, se estudiará la articulación de los fascismos con otros discursos y actores de la esfera pública durante la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, la República y la Guerra Civil en cuatro revistas —*La Gaceta Literaria*, *La Conquista del Estado*, *F.E.* y *Vértice*—. En esta investigación ha sido fundamental el trabajo de Rafael Cruz —*En el nombre del pueblo*—, que versa sobre los relatos de los contendientes durante la República y la Guerra Civil. Según Cruz, la política desde la proclamación de la República presentó una serie de identidades populares en un proceso “en constante construcción improvisada” (3); a saber: dos ideas de pueblo y dos identidades —católica y republicana— que trataron de imponer su visión del conflicto. Esta perspectiva sobre los relatos y las identidades contingentes de los principales actores en pugna me ha sido de gran utilidad para trazar las conexiones entre los discursos hegemónicos y los

¹ Véanse Payne, Stanley G. *Fascism in Spain: 1923-1977*; Thomàs, Joan Maria. *Franquistas contra franquistas: Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*; Ibarra, Alonso. “Los límites del fascismo en España: un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el franquismo”; y Gallego Margaleff, Ferrán. “Fascistization and Fascism: Spanish Dynamics in a European Process”. Según Gallego, en *Ramiro Ledesma y el fascismo español*, Ledesma —cuyos escritos propagandísticos en la revista *La Conquista del Estado* analizaré en el capítulo 2— fue uno de los promotores de una amplia coalición con las fuerzas derechistas *fascistizadas*, atacando la deriva marginal y *antiderechista* de Falange en 1935.

diferentes proyectos fascistas. De este modo, aunque citaré algunos de los rasgos más característicos del fascismo español, la presente investigación se centra en su relación y articulación con otros discursos —*fascistas*, no fascistas o antifascistas— en los periodos señalados.

A continuación, expondré los contenidos presentes en esta investigación. Los dos primeros capítulos se centrarán en dos proyectos minoritarios y con escaso impacto en la esfera pública, centrados fundamentalmente en las concepciones de sus promotores —Giménez Caballero y Ledesma Ramos— acerca de las *nuevas* manifestaciones culturales —principalmente en el caso del primero— y movimientos políticos —en el caso del segundo—. En los dos últimos capítulos, y especialmente en el cuarto —“Fascismo, populismo y sentido común en *Vértice* durante la Guerra Civil Española (1937-1939)”—, abordaré el fascismo español como proyecto colectivo integrado por grupos diversos unidos finalmente contra el bando republicano en la Guerra Civil española:

El primer capítulo —“El nuevo sentido común en el fascismo de Ernesto Giménez Caballero: *La Gaceta Literaria* (1927-1930)”— analizará el fascismo de Ernesto Giménez Caballero a través de sus artículos y editoriales en *La Gaceta Literaria*, desde 1927 hasta 1930. Se desarrollará el concepto de sentido común y las aportaciones de Unamuno al problema de lo popular —intrahistoria— como una noción de la tradición integrada en la modernidad. A continuación, abordaré *La Gaceta Literaria* como revista exponente de las visiones de su director —Ernesto Giménez Caballero— de la nueva cultura y el sentido común popular frente al viejo mundo demoliberal que representaba el *statu quo* oficial. Frente a la noción de un fascismo asociado a la Dictadura *conservadora* de Miguel Primo de Rivera, el fascismo de *Gecé* —pseudónimo de Giménez Caballero—

se presentará como adaptación de lo *nuevo* y lo *popular* reflejado en las corrientes literarias españolas, desde la Generación del 98 hasta la vanguardia. *Gecé* interpretó las construcciones humorísticas de Ramón Gómez de la Serna —*disparates*— sobre la tradición y la nueva cultura, aunando lo cómico con un sentido épico propiamente fascista —por ejemplo, en sus asociaciones entre Chaplin y el dictador fascista Mussolini—. Por otra parte, observaré cómo el fascismo de *Gecé* se comprendió dentro de una corriente cultural del sur contra la lógica productivista y economicista del norte de Europa. Analizaré la integración de todos los componentes analizados en el cortometraje *Esencia de verbena* (1930), como celebración de la comunidad popular en los nuevos espacios públicos —el cine y los espectáculos de masas—. En último término, trataré el estado de la cuestión del fascismo en las tensiones políticas y culturales del final de la Dictadura de Primo de Rivera, antes de la proclamación de la República de 1931. El capítulo plantea también cuestiones generales relativas a las nociones de populismo y fascismo en términos de síntesis, integración e indefinición de elementos vacíos de significado.

El segundo capítulo —“El fascismo hispánico de Ramiro Ledesma y *La Conquista del Estado* en la construcción de la identidad republicana (1931)”— versa sobre el primer intento de un fascismo políticamente organizado a través de Ledesma Ramos y su revista *La Conquista del Estado* en el primer año de la República española (1931). En primer lugar, se analizará la recepción en prensa de la movilización popular por la República como *renacer* de la comunidad nacional. Analizaré la propaganda *hispánica* de LCE en un momento de ruptura con el pasado monárquico, de quiebra de los discursos políticos y de redefinición de los antagonismos populares —basados en las

dicotomías entre lo *viejo* y lo *nuevo*; la *dictadura* y la *democracia*; la *élite* y el *pueblo*; la *burguesía* y el *proletariado*, etc.— pero además de incertidumbre y alianzas políticas inestables. A continuación, analizaré el discurso populista indefinido de lo *hispanico* como epíteto articulador de las fuerzas revolucionarias de izquierda —no comunista— y lo relacionaré con la construcción teórica e ideológica de *hispanidad* como actualización de los anticomunismos de Entreguerras por los intelectuales de *Acción Española* —Ramiro de Maeztu—. El último apartado referirá a la importancia del significante fascismo como vocablo polarización en la política española que desarrollo más extensivamente en el siguiente capítulo.

En el tercer capítulo —“La Falange de José Antonio Primo de Rivera ante el fascismo como significante de disensión: *F.E.* (1933-1934)”— analizaré, en primer lugar, la recepción del fascismo en España y su importancia para entender los alineamientos políticos a partir de 1933. El fascismo articuló los discursos de diferentes organizaciones políticas y fue usado, en su calidad de epíteto —fascista—, como un vocablo definidor del antagonista político o del rival inmediato por hegemonizar un determinado espacio de interpelación. En un momento de disensión y de multiplicidad de fuerzas políticas de diferentes espectros, el fascismo operó como un elemento que galvanizaba la atomización política entre fuerzas socialistas, comunistas o republicanas, pero también entre las fuerzas vinculadas con las *derechas*. El partido fascista Falange Española y su órgano de propaganda —*F.E.*— se posicionó como una organización que rivalizaba con la derecha de Acción Popular y su órgano juvenil —Juventudes de AP— por representar el espacio vinculado al fascismo por la prensa republicana y socialista. Las disensiones entre estos grupos y los enfrentamientos dialécticos y violentos con los

jóvenes socialistas, marcarán la trayectoria de la pequeña formación fascista durante los meses de la revista *F.E.* En este capítulo, trataré el *fascismo* como significante de disensión apoyándome en la definición de lo político de Carl Schmitt y la importancia del lenguaje polémico para negar, refutar y combatir al antagonista. Asimismo, analizaré las limitaciones que plantea la definición de un fascismo genérico en relación a la volatilidad de los discursos y las identidades de la España de 1933-1934. Sobre estos presupuestos, trataré la evolución del discurso de Falange como fuerza minoritaria que trataba de emerger en el contexto de fascistización contra los derechistas de Acción Popular —la derecha hegemónica tras las elecciones de 1933—, a los cuales tildaban de fascistas *fiambre*. Se revisarán los presupuestos del discurso del líder falangista, José Antonio Primo de Rivera, y su recepción negativa por la prensa de derechas como un *falso fascismo*. Finalmente, se tratará la ruptura de Falange entre los partidarios de Primo de Rivera, los derechistas del Bloque Nacional y los jonsistas de Ledesma Ramos así como sus discursos de desacreditación mutua en los cuales el fascismo sería un significante de disensión.

En el último capítulo —“La propaganda de unidad *anti-antifascista* en *Vértice* durante la Guerra Civil Española (1937-1939)”— analizaré el discurso propagandístico de la unificación del bando sublevado a través del partido Falange y la vinculación con el fascismo del nuevo régimen de Franco a través de la retórica de propaganda de guerra: la unidad nacional y religiosa contra el comunismo y la masonería. Los partidos e identidades político-ideológicas adscritas al movimiento se asociaron a un espíritu universal fascista, pero, además, la propaganda se valió de elementos en disputa con el adversario republicano: el orden, la ley, la defensa de la clase media. A través de *Novela*

de la revolución de julio en Madrid, de Edgar Neville, examinaré la representación del *antifascismo* como una estrategia de denuncia y eliminación contra el pueblo *nacional* — y también republicano— por corrientes *sectarias* y *fanáticas*. Abordaré el discurso *integrador* de la unificación en relación con la *Tercera España* como constructo ideológico de tercera vía entre el comunismo y el fascismo. A continuación, trataré los debates sobre el fascismo del régimen de Franco —como contingencia contemporánea o programa predeterminado— y su definición historiográfica en relación a las contradicciones internas del primer franquismo: ¿Fascismo o autoritarismo católico? En el último apartado de este capítulo, se revisará brevemente la desvinculación paulatina del franquismo del fascismo como movimiento, ideología y paradigma derrotado en la Segunda Guerra Mundial.

Capítulo 1

El nuevo sentido común en el fascismo de Ernesto Giménez Caballero: La Gaceta Literaria (1927-1930)

El siguiente capítulo tiene como objeto de análisis el primer fascismo español, cuya actividad política aún no se había plasmado en una organización y una doctrina política definida. En 1927, Ernesto Giménez Caballero (Madrid, 1899-1988)² fundó de *La Gaceta Literaria*, una publicación cuya originalidad no residió tanto en su carácter de plataforma propagandística del fascismo italiano, sino de promotora de las bases culturales e ideológicas de un fascismo español. En los prolegómenos de la década de 1930, cuando la monarquía de Alfonso XIII y el régimen de la Restauración daban sus últimos estertores, Giménez cimentó las bases de un fascismo nacional y transversal plenamente integrado en el sentido común de la España moderna que, sin caer en el tradicionalismo

² Ernesto Giménez Caballero (Madrid, 1899-1988) es considerado el introductor del fascismo en España y uno de los inspiradores del partido político fundado en 1934 Falange Española de las JONS. Incompatible con los liberales y más tarde con los falangistas (Foard 6), los comentarios que le dedican los estudios dedicados al escritor reflejan un personaje extrovertido, heterodoxo en su ortodoxia y estilísticamente ecléctico. Se ha dicho de él que fue un escritor “camaleónico”, “cuya capacidad de acumular contradicciones en una sola página permanece imbatida en lo que va de siglo” (Baker 10) o que escribió sinsentidos que difícilmente pueden ser tomados en serio (Payne en Foard 2). En “*Gecé y la vía estética del fascismo en España*” afirma Selva: “uno de lo más dotados de talento, pero con toda seguridad el peor administrador de su fama” (69), su posterior militancia fascista eclipsó el reconocimiento literario que recibió durante su etapa vanguardista en la década de 1920. En 1928, *Gecé* —su pseudónimo de vanguardia— publicó *Yo, inspector de alcantarillas*, obra que, según Dennis en “Ernesto Giménez Caballero and Surrealism: A Reading of *Yo, Inspector de alcantarillas* (1928)”, fue uno de los primeros escritos en prosa surrealistas publicados en español (80-83) junto a otros no menos reseñables como *Carteles*, *Los toros y las castañuelas* y *la Virgen* (ambas de 1927), *Hércules jugando a los dados* (1928) o *Julepe de menta* (1929). Pese a su renuncia al vanguardismo por considerarlo “un cosa de rojos”, la ulterior ensayística política de GeCé le debe mucho al barroquismo, la irreverencia, las asociaciones disparatadas y la atracción por la inmundicia de su narrativa *superrealista* de finales de 1920 (Labanyi 377-378). Asimismo, toda su obra literaria y ensayística comparte un histrionismo exacerbado que, como señala Dennis en “Ernesto Giménez Caballero and Surrealism: A Reading of *Yo, Inspector de alcantarillas* (1928)”, le da la capacidad de estar en todas las modas y no permanecer en ninguna demasiado tiempo (94).

conservador, actualizara el pensamiento regeneracionista de finales del siglo XIX para asimilarlo a las tendencias políticas y culturales continentales. Durante la primera etapa de *La Gaceta Literaria*, establecida entre la fecha de su primera publicación, en 1927, y 1930, cuando se produjo la ruptura política entre buena parte de sus colaboradores, la retórica fascista de los editoriales y artículos de Giménez en la revista asimiló un conjunto de elementos muy heterogéneos cuyo denominador común era una rebeldía juvenil contra la vieja cultura política y literaria: organizaciones intelectuales, medios de comunicación, estamentos tradicionales y, en su conjunto, todo lo que no formaba parte activa de la nueva esfera pública española fueron el blanco de su pluma. Este periodo es conocido como la vía estética del fascismo en España³, y antecede al movimiento que encabezó Ramiro Ledesma Ramos y la revista que fundó en 1931, *La Conquista del Estado*, a la que dedicaré el capítulo posterior. Finalizada la dictadura de Primo de Rivera, el filósofo zamorano puso en marcha un proyecto político alternativo que aprovechara el desconcierto de la conflictiva esfera pública española con el fin de acabar con las viejas instituciones, así como con cualquier otro orden posmonárquico fundamentado en los principios demoliberales del siglo XIX. En el siguiente capítulo abordaré la etapa de *La Gaceta Literaria*, protagonizada, aunque no exclusivamente, por Giménez Caballero, en la que trataré su concepción de una ideología transversal al sentido común de su época que aunara la vanguardia y las viejas generaciones literarias, las clases populares y las minorías intelectuales, las culturas tradicionales y las nuevas experiencias de consumo en la esfera pública.

³ Sobre la vía estética del fascismo véanse Pastor, *Los orígenes del fascismo en España*, y Selva, “Gecé y la vía estética del fascismo en España” (69-131). Para un estudio más detallado de los escritores españoles de vanguardia vinculados al fascismo véase Mechthild, *Vanguardistas de camisa azul*. Por último, un interesante análisis de la estética vanguardista en el pensamiento de Ramiro Ledesma lo constituye Gallego, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*.

1.1. Sentido común y regeneracionismo

La primera pregunta que planteo en este apartado refiere al concepto de sentido común y la segunda cuestión trata sobre a qué sentido común apelaba el emergente fascismo español de finales de la década de 1920 y en qué medida respondía este a la esfera pública moderna. Con relación a la primera, el sentido común popular es “un agregado heterogéneo” basado en el supuesto de que “el pueblo o conjunto de ciudadanos poseen algo que se llama sentido común, nacido de sus experiencias comunes y de las facultades que comparten como seres humanos” (Nun 47-48). Esta noción de sentido común o *sensu comune* proviene de las reflexiones de Antonio Gramsci sobre el folklore, por el que los intelectuales solo se habían interesado como elemento pintoresco y no como una concepción del mundo popular, independiente de las instancias oficiales. El sentido común es una filosofía espontánea perceptible en el lenguaje cotidiano de una colectividad que condensa una determinada forma de ver el mundo.⁴ El sentido común no refiere a unas capacidades cognitivas mínimas que todos compartimos (Ives 74), sino a una constitución heterogénea de elementos populares que configuran la hegemonía social en la esfera pública.⁵ Este agregado heterogéneo no constituye una estructura psicológica

⁴ El interés por el sentido común o los sentidos comunes parte de la crítica al discurso “pre-constituido” u ontológico del marxismo que sostenía que detrás de cada fenómeno social se escondía la realidad de una lucha entre dos clases objetivas. Las significaciones que forman parte del sentido común no están preasignadas a una clase social o un grupo definido, sino que “van emergiendo y mutando en los múltiples espacios en los que se dan los antagonismos” (Nun 96). En este sentido, las fuerzas espirituales asociadas a la clase dominante pueden transformarse en impulsoras de las demandas de los sectores sociales subalternos.

⁵ Jürgen Habermas define la esfera pública como el espacio político moderno originado de la Ilustración en el que individuos independientes del estado intercambian libremente ideas de modo análogo al libre comercio de productos en las sociedades capitalistas. La idea de una esfera pública racional, libre de restricciones políticas y sociales, es cuestionada por la noción de hegemonía cultural, que plantea la existencia de un consenso en torno a unos sentidos comunes no sujetos a la discusión racional. Como espacio político, la esfera pública viene determinada por conflictos económicos (Eley 289-339), identitarios

permanente “idéntica nell tempo e nello spazio” (1396), sino que está expuesto a la relatividad histórica y social, especialmente tras los avances tecnológicos, cambios institucionales, migraciones masivas y enormes transformaciones de la subjetividad que tuvieron efecto a comienzos del siglo XX. De este modo, el carácter volátil del sentido común hace del todo imposible formular una definición detallada de sus sedimentos ideológicos. A finales del siglo XIX, la crisis de las identidades colectivas y la ansiedad provocada por la atomización de la sociedad moderna condujeron a las inteligencias europeas a la teorización de los sentidos comunes como ontología de un nuevo objeto sociológico denominado masa. El sentido común popular se sometió a la revisión, transformación, crítica y exaltación de la literatura, la política y la filosofía, no solo para comprender una sociedad gradualmente más heterogénea, sino también para dotar de inmanencia a la misma heurística de los intelectuales, cuyo horizonte teológico era la solución parcial o permanente del problema colectivo (Mosse 220-236).

En la España de *fin de siècle*, los intelectuales pusieron en marcha el proyecto de regenerar el nacionalismo español con el objeto de reforzar un sentido común lastrado por la fuerte crisis identitaria, política y social originada tras la Restauración de 1876 y acentuada tras la pérdida de los últimos enclaves del imperio colonial en 1898. En el *Idearium español*, Ángel Ganivet, cuyo pensamiento tuvo una gran repercusión en el aparato teórico y cultural franquista (Moreiras Menor 263-267), apelaba al *sentido común* nacional para poner en marcha una obra colectiva perdurable en el tiempo. Fue otro regeneracionista, Miguel de Unamuno, quien orientó las bases de un nuevo sentido común que, entre otros, influyó en los primeros fascistas españoles (Gibson 17-18; Saz

y de género (Pateman 101-128). Por otra parte, Montag problematiza la idea de una esfera pública racional y sin interferencias afectivas en la que la *calle* es un espacio asignado a la acción violenta (132-145).

70-118). En sus reflexiones *En torno al casticismo*, publicadas en *España Moderna* entre febrero y julio de 1895, el escritor vasco planteaba la necesidad de encontrar un carácter nacional que definiera “la realidad viva” de los españoles. En primer lugar, el nuevo sentido común había de promover un proyecto de futuro y no un refugio de historiadores atrapados en el pasado; de “enterradores de osamentas” dedicados a la “arqueología de sombras y de objetos muertos” (Unamuno 149-150). Mediante la acción viva se descubriría la verdadera tradición, no la “sombra vana en el pasado” que defendían los conservadores. En segundo lugar, habría de ser un derivado de la “comunidad” de los sectores populares y no una tarea dirigida por la política oficial o las élites intelectuales: “un verdadero contrato social intrahistórico, no formulado, que es la efectiva constitución de cada pueblo” (160). Por un lado, Unamuno promovía la vuelta a las esencias del pueblo español: “¡Cuántas cosas cabían en los pliegues de aquel lema: Dios, Patria y Rey!” (267). Por otro lado, manifestaba un entusiasmo por la modernidad que no se vería en su obra posterior. Para Unamuno, el lema de los carlistas significaba, más allá de sus demandas específicas —la vuelta a un régimen absoluto y teocrático—, la expresión vital de un *Volkgeist* español. En último término, consideraba fundamental la generación de un espacio público dinámico adaptado a los tiempos. La sociedad española de fin de siglo, pese a la juventud de su esfera pública, carecía de la energía suficiente para afrontar los retos venideros. El público⁶ moderno español se alimentaba de una prensa que revelaba “la incapacidad indígena de captar directa e inmediatamente el hecho vivo” y que no conocía al público ni creía en él (258); algo que era consustancial a unas élites intelectuales dedicadas “a recoger y encasillar insectos muertos” (150) y unas nuevas

⁶ En referencia a la noción de *public o publics* véase *Public and Counterpublics*, de Michael Werner: “A public enables the reflexivity in the circulation of texts among strangers who become, by virtue of their reflexivity circulating discourse, a social entity” (11-12).

generaciones que aceptaban pasivamente el legado de sus mayores y que solo protestaban “en torno a las mesas de café” mientras “al verse en público” se comprimían “como fascinados a la mirada de la bestia colectiva” (256).

Según Unamuno, la esfera pública española, entretenida en estériles y banales discusiones sobre asuntos menores, no se encontraba en condiciones de dar el salto cualitativo hacia una sociedad moderna. Tenía que salir de la autarquía cultural en la que se encontraba para integrarse en la esfera pública europea. Solo a través de un cosmopolitismo que se nutriera de los caracteres foráneos, y no de una arqueología de las esencias hispánicas, se podría hilar un tejido conjuntivo —el *sarcoda*— nacional que diferenciara al país del resto de Europa y que a su vez lo propulsara a la misma altura que las naciones hegemónicas. Dos décadas más tarde, José Ortega y Gasset, en el primer editorial, “Propósitos”, de la *Revista de Occidente*, celebraba la configuración de una esfera internacional que ya no promulgaba un pacifismo impostado de preguerra, sino el conflicto abierto entre los diferentes caracteres nacionales. Según Ortega, este contradictorio cosmopolitismo plagado de “vocablos de hostilidad” estaba facilitando la compenetración y convivencia de Europa. Ortega constataba la paradoja de la internacionalización nacionalista: fue la apertura y globalización de las esferas públicas europeas la que facilitó la solidaridad internacional entre organizaciones nacionalistas explícitamente antiinternacionalistas (Conrad 56; Mosse 4). Aunque llegó más tarde, España no fue una excepción. A finales de la década de los años 20, el quincenario *La Gaceta Literaria*, sin dejar de ser abiertamente vanguardista y cosmopolita, introdujo el fascismo italiano en la Península Ibérica. El proyecto político y cultural que encabezaba su director, Giménez Caballero, se proponía aunar nacionalismo y modernidad para

generar una nueva ideología que vertiera sobre la tradición española el espíritu juvenil de los tiempos.

En líneas generales, el fascismo se postuló como una fe que no necesitaba de un programa previamente teorizado, cuya constitución ideológica se produjo de forma reactiva, vertebrándose a través de situaciones contingentes que se ungían de una retórica totalitaria. Una doctrina sin doctrina que se sabía revolucionaria no tanto por sus objetivos indefinidos, como por sus métodos activos. Especialmente antes de institucionalizarse, el fascismo fue una ideología en constante movimiento argumental y retórico cuya política se sostenía en la exaltación de la acción en la calle; el espacio hegemónico del conflicto político moderno. Giménez consideraba el pensamiento de Unamuno —al que, según el mismo escritor, el entonces fascista Curzio Malaparte se había referido como el D'Annunzio español⁷— un antecedente revolucionario en el que se debían reflejar las juventudes fascistas españolas. El autor de *La agonía del cristianismo* sostenía que España había carecido de un espíritu nacional sugestivo, vitalista y plenamente actual, integrado en las corrientes intelectuales y culturales coetáneas. Era, por lo tanto, una labor inútil la copia de programas culturales y políticos extranjeros mientras España careciera de una auténtica sustancia nacional que los nutriera.

1.2. Lo nuevo y lo viejo a través de La Gaceta Literaria

⁷ La recepción del pensamiento regeneracionista por los fascistas ha sido calificada por numerosos estudios como una manipulación interesada. No es nuestra intención subrayar alteraciones flagrantes o propósitos espurios de los fascistas españoles. Aunque el propio Unamuno, décadas después de sus meditaciones en torno al casticismo, se distanciara de los “fajistas” (Rabaté 99), el lenguaje de alto contenido metafórico de sus reflexiones sobre el casticismo hace de todo punto imposible una recepción “auténtica” de su pensamiento, de modo que los desplazamientos semánticos son inevitables. El mismo debate extendido al conjunto del pensamiento regeneracionista lo recoge Ismael Saz en *España contra España: Los nacionalismo franquistas* (70-72).

La Gaceta Literaria fue un medio de promoción de la vanguardia española que contó con la colaboración de las más destacadas figuras literarias e intelectuales de la época: Ramón Gómez de la Serna, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala o José Bergamín entre otros publicaron en la revista. Precisamente Ortega dio paso al primer editorial de *La Gaceta Literaria* proclamando la superación de los moldes intelectuales y políticos decimonónicos y la incorporación de un pensamiento español revitalizado al mundo. Según el filósofo madrileño, el objeto de *La Gaceta* como órgano cultural vanguardista era dejar a las letras españolas a la zaga de las corrientes literarias e intelectuales del mundo (1).⁸ La revista se constituyó como un medio de promoción de la vanguardia y del espíritu juvenil de los tiempos que hacía gala de un carácter notoriamente frívolo e irreverente en el tratamiento informativo de los personajes, grupos y fenómenos que ocupaban sus páginas. El objetivo era agitar el anquilosado y provinciano panorama cultural: “mi propuesta —señores assembleístas— es la de tocar un poco el pito a todos ustedes (o a todas vuestras señorías, como tan bien suena en este salón de las pomposidades, las elocuencias y las ineficacias)” —escribía Giménez satirizando la discusión entre los asistentes a la Asamblea Nacional del Libro. Contrario a los argumentos y modos decimonónicos de la Asamblea, el escritor madrileño sostenía que la regeneración de las letras españolas no era un asunto de “editores y libreros”, sino un tarea reservada a los escritores noveles, a los cuales comparaba con “un motor de posibles grandes vuelos” (37). Giménez o *Gecé*, su pseudónimo vanguardista, criticaba la cultura de la intelectualidad española por su falta de dinamismo y perspectiva internacional. Despreciando el ánimo localista de otras

⁸ Todas las citas de los artículos de *La Gaceta* corresponden a la edición facsímil de *La Gaceta Literaria I*, Vaduz: Topos Verlag AG, 1980, en la que se incluyen los números 1-72 publicados en Madrid entre enero de 1927–diciembre 1929.

publicaciones culturales, la línea editorial marcada por Giménez era hacer de *La Gaceta*, como su mismo subtítulo indicaba —ibérica-americana-internacional—, un medio activo de lucha por la hegemonía cultural nacional e internacional.

La revista se incorporó a la esfera pública del periodo de entreguerras, la cual, según había apuntado Ortega, presentaba hostilidades nacionales que se alimentaban recíprocamente. Un caso particular de esta esfera conflictiva fue la controversia entre *La Gaceta* y la revista argentina *Martín Fierro* sobre el papel hegemónico de Madrid como meridiano de las letras hispanoamericanas. Tras la misiva de la publicación bonaerense cuestionando la aportación de los escritores madrileños a la literatura hispanoamericana, Giménez respondió de forma desenfadada que, en primer lugar, el espíritu bélico de las nuevas juventudes españolas no tenía miedo a la confrontación y, en segundo lugar, que, ante los ataques de la vieja élite intelectual, convenía adoptar una posición acorde con los tiempos y el espíritu de *La Gaceta*: “a las actitudes rígidas y deficientes, un poco de buen humor y de risa” (101) —apostillaba el madrileño. El titular del editorial del siguiente número, “La verbena del meridiano” (105), con el que *La Gaceta* cerró la controversia con *Martín Fierro*, no deja lugar a dudas al respecto. Decía *Gecé* de Ramiro de Maeztu que el lado dogmático y serio del intelectual nacional, especialmente si el escritor es hispánico y vive en el barrio de Salamanca, suele vencer sobre su lado popular (19). Los modos soberbios son propios de la vieja España, no así del carácter popular de la joven España que, acorde con su mundo oscilante y cambiante, afronta la falta de certidumbres de la nueva época con buen humor y sin excesiva seriedad.

Otra de las expresiones de lo viejo era la política oficial. Como han señalado otros autores, *La Gaceta* marcó la transición de una vanguardia desinteresada de la política a

otra comprometida.⁹ El paso de la vanguardia al compromiso no fue tan brusco, sobre todo para aquellos intelectuales y literatos que luego se hicieron fascistas o comunistas. El desinterés por la política de la generación de Gecé no era otra cosa que el desprecio a la vieja *casta* que, desde 1876, se había turnado en el poder, olvidándose de las masas y del pueblo. La rotundidad con que otro de los colaboradores habituales, que ejerció también como secretario de *La Gaceta* sustituyendo a Guillermo de Torre, Cesar María Arconada (1898-1964), negaba la connivencia entre política y la literatura —“No. No. No”— no era una llamada a la enajenación social del escritor, sino, al contrario, un rechazo de la política entendida como el coto privado de una burguesía liberal que se encontraba “en el desván, a punto de ser retirada de la circulación del mundo”— (*La Gaceta* 153). Contraria a la política liberal y conservadora, la línea editorial de la revista estuvo siempre preocupada de formar parte del sentido común de su época: por un lado, el de las masas que surgieron con la modernización económica del país —como públicos extraños entre sí— y, por otro, el del pueblo —la comunidad intrahistórica de Unamuno— que acudía entusiásticamente a las fiestas populares, las verbenas y las corridas de toros. Los jóvenes escritores se inspiraron en el agregado caótico denominado cultura popular que surgió de las transformaciones, resistencias y contingencias sociales, políticas y económicas de la modernidad.¹⁰ La literatura era la expresión de un sentido común en el que confluían modernidad y tradición, vanguardia y 98, novedad y folclore,

⁹ Veáanse los trabajos de Geist, *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: De la vanguardia al compromiso (1918-1936)*, y, en particular sobre la trascendencia de *La Gaceta*, de Selva, *Ernesto Giménez Caballero: entre la vanguardia y el fascismo*.

¹⁰ Sobre el agregado caótico entendido por cultura popular véase Hall, “Notes on Deconstructing the Popular”. La cultura popular no tiene una adscripción de clase, ni viene desde arriba ni desde abajo, tampoco es un residuo de culturas pretéritas, es un entramado heterogéneo que surge en la modernidad a través del cuál operaron las transformaciones políticas de finales de siglo XIX y principios del siglo XX. Esta idea de lo popular parte de la noción gramsciana de sentido común que establece el terreno de los lenguajes y las formas populares como el núcleo fundamental de la hegemonía.

masa y pueblo. En oposición a su antagonista, la política oficial, la literatura expresaba el sentir del auténtico pueblo. Para Arconada, solo había dos movimientos extraliterarios contrarios al statu quo que lo habían entendido: el comunismo y el fascismo. Gecé vio el último como el desencadenante necesario de todas aquellas expresiones contradictorias de la modernidad; una tercera vía entre la vanguardia y la tradición: el “vino revolucionario en odres tradicionales” (en Selva. *Ernesto Giménez Caballero: entre la vanguardia y el fascismo* 88). En una carta a Giménez publicada en *La Gaceta* en marzo de 1928, el escritor y periodista y, al acabar la Guerra Civil, primer director del Instituto Italiano de Cultura de Madrid, Ettore de Zuani (1897-1953) justificaba el movimiento liderado por Mussolini ante los ataques de los medios internacionales por ser no “tanto política, como sobretodo fe, entusiasmo, pasión; y eso no lo podemos olvidar ni siquiera cuando hacemos literatura” (187). Una doctrina *sin doctrina* acorde con la forma de sentir y de ver el mundo de las jóvenes generaciones literarias.

La primera referencia al fascismo que hizo la revista se produjo en la entrevista que realizó Giménez a Maeztu, al que calificaba como el típico intelectual de derechas que vive en el barrio de Salamanca —uno de los barrios más ricos de Madrid— y viste de color “gris”; de gris fascista para ser más concreto. Y es que según Gecé —el pseudónimo vanguardista de Giménez Caballero— Maeztu era el paradigma de intelectual español: dogmático y serio, aristocrático, antidemocrático e impopular. La entrevista deja entrever que en la España de finales de la década de 1920, el fascismo se asociaba a los sectores más reaccionarios de la política y las letras nacionales; actores ligados a la Dictadura *conservadora* de Primo de Rivera y a las organizaciones políticas de carácter tradicional y contrarrevolucionario, cuyas referencias culturales eran

enemigas acérrimas de la innovación. Giménez Caballero se hizo fascista a lo largo de 1928, pero sin dejar de ser vanguardista, manteniendo el mismo tono frívolo e irreverente que caracterizaba su prosa de ficción. En los numerosos artículos y editoriales publicados en la revista se ve este esfuerzo de corrección de la imagen negativa de la ideología interpelando a los actores españoles del cambio, tratando de aglutinar el sentido común popular y adaptando esta ideología a los presupuestos de la generación vanguardista española, cuyo liderazgo recaía en los escritores Ramón Gómez de la Serna y Guillermo de Torre.

1.3. Ultraísmo fascista: la síntesis ramoniana entre el pueblo y la élite

“Un más allá, juvenil y liberador” (47) con “un sentido del humor cósmico” (42) que era una “violenta reacción contra la era del rubenianismo agonizante” (46). Así se expresaba el secretario de *La Gaceta*, Guillermo de Torre, al contraponer en *Literaturas europeas de vanguardia* (1925) la literatura contemporánea a la del periclitado modernismo. Torre fue el artífice del ultraísmo, un movimiento aglutinador de “todas las tendencias estéticas mundiales de vanguardia” (48) en el que aflúan el belicismo y el activismo que las caracterizaban, pero también la frivolidad, la espontaneidad, el gusto por lo no convencional así como un humorismo irreverente. Para Torre, el iniciador y referente del ultraísmo fue su amigo y también colaborador habitual de *La Gaceta*, Ramón Gómez de la Serna. “Si bien no se puede decir que el mundo es un disparate, el pensamiento del hombre y el alma humana son unos puros disparates” (5)— afirmaba Gómez de la Serna en la estridente disertación teórica que prologa sus *Disparates*. El creador de la greguería tuvo una enorme repercusión en la síntesis que Giménez trató de llevar a cabo entre la vanguardia juvenil y relativista con la que se identificaba —la del disparate y la

greguería— y el nacionalismo de las viejas instancias intelectuales del 98 (Mainer XV). La atropellada, ansiada y, en muchos casos disparatada convergencia entre modernidad y nacionalismo de Giménez, le debía mucho a un declarado apolítico como Gómez de la Serna. Años antes del proyecto político-literario de *Gecé*, el líder de la tertulia del Café Pombo celebraba en sus *Disparates* la transformación del espacio público español. Por un lado, las alteraciones provocadas por el tránsito de España hacia una sociedad de masas de la que querían ser parte activa todos los estratos sociales. Ejemplo de ello es la caricatura de una revolución que tiene lugar en una plaza de toros en la que el público, liderado por el primer espada, se rebela contra el presidente (34). Por otro, la recepción masiva de novedades en relación con las antiguas fiestas populares. Esto lo refleja en la disparatada imagen del cine como un corral de comedias en el que ya no hay gallinas, sino gallos “que las noches de luna se proyectan sobre la pantalla cinematográfica de la noche y cacarean numerosas ¡BU-E-NAS NO-CHES!” (13-14). En sus apologías del fascismo, Giménez plasmó el sentido desenfadado y burlesco expresamente ramonista, asociando afanosamente elementos anacrónicos de difícil maridaje con el objeto de, en primer lugar, refundar los mitos nacionales en la modernidad y, en segundo término, crear un ultraísmo ideológico y estético que aglutinara la práctica totalidad de lo nuevo. Un proyecto sintético de tradición y modernidad que ya había comenzado años antes, en *Notas marruecas de un soldado* (1923):

Pero vayámonos, también, orientándonos, medievalistas, estudiosos de la épica (...) hacia el género donde ha evolucionado, en sustancia, la poesía de los romances. Y es el cinematógrafo. No es accidental que las judías de Xauen narrasen, a la par, las proezas del Conde Claros y de Douglas Fairbanks (143).

En el mismo pasaje de las *Notas marruecas*, Giménez reclamaba la necesaria aparición

de un “nuevo Cervantes del film” que le diera a España un auténtico cine nacional. Al referirse al entusiasmo que les provocaba Fairbanks a la judías de Xauen, Giménez acusaba la paradoja de que un elemento foráneo producto de la modernidad como el cine —el espacio público de recepción y producción masiva e internacional de imágenes compartidas por públicos extraños entre sí— activaba los sentimientos de pertenencia e identidad entre los espectadores. Este ejemplo demuestra que el desarrollo de la producción internacionalizada y los nuevos modos de recepción masivos nunca estuvieron en contradicción con los procesos de identificación míticos y nacionales (Berman 35-41), sino que, como quería demostrar *Gecé*, podrían ser un instrumento idóneo para reforzar los vínculos nacionales de las masas populares.¹¹ Adoptando la sintaxis vanguardista —el lenguaje plagado de neologismos, la yuxtaposición de elementos contradictorios y el párrafo corto¹²— y el culto a la emergente sociedad del espectáculo de la literatura ultraísta, *La Gaceta* continuaba el proyecto de *Notas marruecas* de integración del nacionalismo español en la modernidad potenciando el humorismo y la excentricidad que ya apuntaba su diario de la campaña marroquí.¹³

¹¹ Los nuevos espacios públicos reprodujeron con más fuerza si cabe el culto, el ritual y la doctrina de las religiones secularizadas que conocemos como ideologías. El fascismo es el paradigma recurrente de la estetización de la política, algo que no excluye otros los discursos hegemónicos; no solo a los considerados como *populistas* ni a los reducidos al ámbito de la política institucional o de la educación —los aparatos ideológicos del Estado que definiera Louis Althusser—, si no también a los que actúan fuera del debate público: los de las empresas de mass media, los de la publicidad, los productos culturales de gran difusión, etc.

¹² Interesantes trabajos sobre la prosa vanguardista de Giménez se pueden encontrar en Dennis. “Ernesto Giménez Caballero and Surrealism: A Reading of *Yo, Inspector de alcantarillas* (1928)”, y Anderson, “Herky, Kerky: Playing Fast and Loose in Giménez Caballero’s *Hércules jugando a los dados*”.

¹³ La crítica de Giménez a las autoridades militares en *Notas* está plagada de humorismo. *Gecé* retrata al jefe de la legión como un tipo acelerado, descerebrado y carnavalesco que sobreactúa su conmiseración paternalista hacia unas tropas mal abastecidas, desanimadas, con un desconocimiento absoluto de su función en la colonia —algunos no hablan ni español y otros no encuentran el momento de desertar. El personaje mencionado no era otro que el general Millán Astray, el que posteriormente sería su jefe en el Departamento Nacional de Propaganda instalado en Salamanca tras los primeros meses de la guerra civil. Sobre la importancia del humor como instrumento de comunicación durante la guerra para hacerla más tolerable a los soldados que combatieron en las trincheras durante la I Guerra Mundial tenemos el

De modo similar al disparate ramonista, Giménez aclamaba a Don Juan Tenorio por ser el *recordman* del amor (*La Gaceta* 237) o a Santa Teresa como la Mujer-Musa del sindicalismo obrero (465); haciendo un juego de palabras con el hombre-masa de Ortega. Su conversión al fascismo no excluyó este tipo de asociaciones disparatadas, sino que, al contrario, la ideología mussoliniana fue el leitmotiv perfecto para desarrollarlas sistemáticamente. Merece especial atención las cartas de “La etapa italiana” fechadas el primero de agosto —“12.203 Kilómetros de literatura”, (246) —, el 15 de agosto —“12.203 Kilómetros de literatura. La etapa italiana”, (252)— y el 1 de septiembre —“12.302 Kilómetros de literatura. La etapa italiana”, (260)— de 1928. En la publicada el 15 de agosto, *Gecé* describía a Benito Mussolini como la encarnación de lo aristocrático, pero también del espíritu popular y plebeyo de la Italia subalterna. Giménez representaba al *duce* como un emigrante de origen plebeyo y un arribista; un *robanidos* en su infancia y un buscavidas en su juventud que había tenido que emplearse en todo tipo de menesteres. Una imagen todavía más chocante de Mussolini nos la ofrece al decir que el dictador es la síntesis de César y Charles Chaplin; el emperador de la nueva Italia y el bufón de las masas populares. Aunque en un contexto completamente diferente, esta disparatada asociación de imágenes, que difícilmente se puede atribuir a un convencido partidario del fascismo, conservaba muchas similitudes con los *collages* burlescos que, en el número dedicado al carnaval, hizo *La Gaceta* a diversas referencias de la literatura contemporánea: Paul Valery, travestido de gitana, José María Pereda, haciendo de improvisado boxeador o Ramiro de Maeztu, de *socialista* (25). *La Gaceta* se hacía eco de referencias políticas y literarias que, al tiempo que eran exaltadas y magnificadas,

interesante volumen coeditado por Clémentine Tholas-Disset y Karen A. Ritzenhoff *Humor, Entertainment, and Popular Culture During World War I*.

también eran objeto de comentarios burlescos. Ejemplo de ello era la sección realizada en coautoría con Arconada, Giménez, Gómez de la Serna y Torre, “Manías de los escritores”, que, en tono jocoso e histriónico, presentaba el lado más personal de las vacas sagradas de la literatura española: Juan Ramón Jiménez era un “lepidóptero asocial” que no quería tener contacto con sus vecinos (43); Ortega, un maniático de la velocidad y del progreso que recorría con su automóvil los páramos atrasados de Castilla (31); o Pío Baroja, víctima de su propia *manía* hacia los judíos al ser mordido por su perro Thor, apodado como el dios de la mitología aria (99).

Empero, el paralelismo entre Chaplin y Mussolini es algo más que un disparate. La película *El circo* (1928), protagonizada por el mismo actor, tuvo una entusiasta acogida en la *La Gaceta*.¹⁴ En un artículo dedicado a la película, Giménez rendía culto a la figura individual de Chaplin por conciliar a públicos antagónicos como las masas y las minorías, lo que confería al actor el carácter trascendental de “un ideal sintético a priori. Eso es. Un mito: una fabulosidad” (188). A continuación, *Gecé* definía el circo como un espacio público que generaba consenso entre las clases bajas y las burguesas; entre la masa irracional y las élites intelectuales. “Pueblo” e “Inteligencia” acudían fraternalmente a un lugar reservado al entretenimiento:

Mientras los niños y los obreros y el burgués, a nuestro lado, reían con sus vientres tiernos e inocentes, reía nuestro cerebro con claridad y sonrisa metálica y pura.
Fue un experimento de alta tensión. De suprema fraternidad entre clases humanas. Vientre popular y médula de minoría. Folklore y Matemática (188).

Según Michel Foucault, el soberano tiene un lado grotesco que, lejos de minar su

¹⁴ Primero de la mano de Luis Buñuel y luego de Antonio Piqueras, el cine tuvo siempre un lugar privilegiado en la revista (Gubern 202-207).

autoridad, enfatiza y refuerza su poder reconociendo implícitamente su carácter contingente al decir *yo también soy un humano como vosotros*. La conjunción entre lo cómico y lo épico elevaba simbólicamente a las clases populares al lugar otrora reservado a las viejas élites. Tanto en Chaplin como en Mussolini, la estridencia no está en contradicción con el heroísmo. O por decirlo de otro modo, en el circo, como en el Estado fascista, vientre e inteligencia se dan las paces. La nueva esfera pública se caracterizaba por una alta intensidad afectiva que era capaz de unir en una misma comunidad a los sujetos extraños —por clase social y nivel cultural— encontrados en los dispositivos de entretenimiento de masas de la modernidad —el cine, el circo, los toros. El grado de intensidad del encuentro entre públicos en la fiesta generaba identificaciones políticas que no se podía establecer en los espacios políticos en los que, parafraseando a Unamuno, se encasillaban los insectos muertos. El encuentro fascista entre lo popular y la élite mediante el agregador de la cultura popular no conllevaba la exclusión populista de una parte de la población por ser el anti-pueblo, al contrario, se generaba la ilusión de una transformación más allá de las ideologías de la que todos participaban superando los viejos antagonismos que impedían la “suprema fraternidad”. En consecuencia, la identificación entre cómico y dictador no suponía una crítica irónica al heroísmo impostado del soberano —es decir, detrás del espacio trascendental del poder se ocultaría la grosería y simpleza intelectual de un campesino como el niño Mussolini—, sino que la fiesta carnavalesca era en sí misma el proyecto fascista de superación de las brechas ideológicas que había logrado la simbiosis entre vientre y cabeza; pueblo y élite.

En este sentido, el fascismo de *La Gaceta*, lejos de ser una respuesta reaccionaria a las transformaciones del mundo contemporáneo, quería representar una modernidad

alternativa que, adaptándose al sentido común de la sociedad de masas, desencadenara una revolución consensuada y sin antagonismos, interpelando a la sociedad mediante significantes que no significaban nada, pero en los que se podían significar todos.¹⁵ En este sentido, no me refiero a un consenso formulado de acuerdo a dos diferentes partes que establece una relación de reciprocidad mutua, sino en lo que Ortega denominara, en *España invertebrada* (1922), como un proyecto político sugestivo y no coercitivo para captar a las masas. La apelación a la sugestión de las masas de Ortega mantiene una relación estrecha con el concepto de hegemonía que establece Gramsci como una negociación entre el poder coercitivo del Estado y el consentimiento de la sociedad civil; “della forza e del consenso” (991). Este término no refiere tanto a la elección por una comunidad de una ideología y de unos políticos a través de los canales institucionales de participación, sino al ejercicio de la hegemonía social a partir de la aceptación o, mejor dicho, consentimiento de una concepción del mundo y de una organización social compartida en forma de sentido común por una amplia mayoría de la sociedad civil.

Gecé, que despreciaba los vías de expresión democrática —demoliberal— por ser un residuo del siglo XIX, apelaba a la dimensión afectiva como un elemento de unión interclasista para la transformación política de un Estado que no se había adaptado a los cambios de la sociedad de masa. En este sentido se manifiesta cuando afirma que el circo, a diferencia de los canales de representación que los viejos liberales, el espacio de consenso en el que la sociedad se encuentra; las élites se abrazan con las masas. El desplazamiento afectivo de los lugares rituales tradicionales a los de la nueva sociedad de masas era convertir en propuesta política lo que Gómez de la Serna, en una de sus

¹⁵ Sobre el fascismo como *modernidad alternativa* véase Griffin, Roger. *Fascism and Modernism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*.

disparatadas intervenciones, decía sobre cuanto valdría la pena convertir al mundo en un circo (Dennis 115). En otras palabras, el circo simbolizaba la confluencia de los nuevos modos de recepción estética, los espacios públicos y los sujetos políticos derivados de la misma. No obstante, no se debiera limitar esta celebración de la dimensión afectiva de la sociedad al fascista de Giménez, ya que una gran parte de los escritores que colaboraron con *La Gaceta* aplaudieron entusiásticamente la estetización de la política en los nuevos espacios públicos: el circo, el teatro, el cine, la plaza de toros o el estadio de fútbol.

1.4. La masa y la musa

La Gaceta fue una plataforma de recepción y asimilación de contenidos muy heterogéneos que la convirtieron en algo más que una revista de vanguardia (Moreno-Caballud 431). En particular, los editoriales de su director alternaban varias disciplinas con dosis de cultura popular sin rigor cronológico ni explicación diacrónica que, de forma similar a los manifiestos de las vanguardias históricas, proclamaban un antagonismo radical entre un ellos y un nosotros (Caws XXII-III). Los editoriales de *La Gaceta* exaltaban la modernidad y la pureza de la política totalitaria, antónimo de la decadente y corrompida esfera pública española. La crítica alcanzaba tanto a las élites —el clero y ejército— como a las clases medias de asalariados y funcionarios que aceptaban pasivamente la situación. Del mismo modo que Unamuno, *La Gaceta* señalaba como culpables de la situación española a aquellos elementos residuales de la sociedad derrotista de finales de siglo que continuaban reproduciendo hábitos de inactividad y conformismo social: “el sentido del bar [...] de la merienda y de la cuchipanda”; de la “butaca y el café, el limpiabotas y el cigarrito” que descansaba, engordaba, se abanicaba

(252); y un joven español “que hoy siente adormecidos sus instintos brutales y agresivos, por tantos años de burocracia pacifista, de militarismo oficinesco, de predominio oficial de los viejos, de los ramplones, de una clase media estricta” (246). A diferencia de su homólogo mediterráneo, el estado autoritario italiano había revitalizado la esfera pública: “lejos de toda oficina, de toda covachuela, de todo destinejo ministerial, en plena vía férrea, en pleno periodismo audaz, en plena frontera, en plena alta hora de la noche, en plena tensión vigilante y dominadora” (246). Para Giménez, se asociaba erróneamente a la dictadura de Miguel Primo de Rivera con el fascismo ya que no solamente no había transformado la esfera pública, sino que su acción “pacifista” había agudizado la decadente sociedad de la Restauración. Por el contrario, el fascismo de Giménez promovía la politización de la dimensión afectiva de la sociedad moderna¹⁶ —la del cine, la propaganda, la publicidad—, sacudir los lastres de la antigua esfera pública —la del café, la tertulia y el abanico— y, en último término, invadir el ámbito autónomo del poder eran elementos de un programa transversal comprometido con el dinamismo de la modernidad que compartían muchos de los vanguardistas que se politizaron a fines de los veinte, entre ellos, el más tarde militante comunista, César María Arconada:

De la multitud ardorosa de los estadios, como de la multitud religiosa de los cines, ha de salir el mundo nuevo, el mundo de nuestra época. Frente al café, la tertulia, la política, el teatro, exaltemos nuestras cosas: el cine, la acción, los deportistas, las mujeres con pelo corto. Frente al artista, al político o al cómico, exaltemos al nuevo héroe: al futbolista, al boxeador, al chófer (*La Gaceta* 143).

Esta exaltación de la nueva la esfera pública no solo se remitía a las masas organizadas en

¹⁶ Nieland desarrolla el concepto de *publicness* (1), que abarca la noción habermasiana de esfera pública ya citada en anteriores páginas y el concepto de *publicity* —que refleja la proliferación de la industria del espectáculo y del consumo— y que hace mención al compromiso de los vanguardistas por recuperar la dimensión afectiva de la esfera pública: “The strange, public life of modernist feeling is a poetry of virtuosity, crafting the forms of erotic attachment, sociability and political affiliation the make public life even worth living” (28).

los partidos y sindicatos, sino al hombre-masa de Ortega, que no se limitaba a una sola clase social subalterna. Para el autor de *La rebelión de las masas* (1930), se trataba de un sujeto social moral y cualitativamente menor derivado de la esfera pública capitalista, que ofrecía un consumo sin límites de bienes y servicios. Al creerse con derecho a todo, ningún obstáculo material o espiritual impedía al hombre-masa demandar una participación activa en política e incluso suplantar a las minorías gobernantes. La intromisión de la masa y los valores negativos asociados a ella —la vulgaridad, la mediocridad y la indiferencia— en todos los ámbitos de la sociedad desembocaría necesariamente en el fin de la política como una actividad exclusiva de las minorías egregias: los individuos diferenciados por su cualificación técnica y superioridad moral. En consecuencia, la plenitud ideológica del sentido común de la masa llevaría a la sociedad avanzada, que le había dado las herramientas técnicas, materiales y legales para prosperar, a su completa destrucción, a la barbarie preexistente. Según Ortega, históricamente la masa se había hecho con el poder en Rusia y en Italia, otro país mediterráneo como España en el que, aun manteniéndose las viejas instituciones burguesas, el poder actuaba con el mismo ánimo anárquico de la masa. Para Ortega, el problema del fascismo no era tanto la brutalidad de sus métodos represivos, como la instauración, aunque transitoria, de la masa dentro del poder. Es decir, la barbarie, la anarquía y el odio a la aristocracia se insertaban en la máxima expresión de la civilización: el Estado. Aun manteniendo las antiguas instituciones y legislaciones, el poder perdía su función rectora y ejemplarizante esforzándose por actuar con la irracionalidad de las masas. Giménez llevó esta polémica a las páginas de *La Gaceta*. En oposición al elitismo liberal de Ortega, *Gecé* sostenía que el hombre-masa “quizás no es

tan masa y seguramente es más hombre que los de otras épocas históricas” (465).

Como hemos mencionado anteriormente, Giménez representaba a santa Teresa como la “Mujer-Musa” que “si se me permitiera decirlo” diría que es “sindicalista”, porque nadie era “más popular que ella” y “nadie estaba más metida en la “masa” que la fundadora de las Carmelitas Descalzas (465). Esta yuxtaposición tan *disparatada* entre la época imperial y la acción revolucionaria de los sindicatos quedaría patente en la enseña falangista creada por Ledesma y por el mismo Giménez cuando, según cuenta en sus *Memorias de un dictador* (1979), estaban cerca del ateneo libertario y vieron cómo ondeaba la bandera rojinegra anarquista. Los fundadores del nacionalsindicalismo colocaron sobre el rojo y negro de la bandera de la Confederación Nacional del Trabajo el yugo y el haz de flechas de los Reyes Católicos, nacionalizando de esta forma el sindicalismo revolucionario. Este símbolo, para nada relacionado con la vanguardia, se origina en un gesto de incuestionable frivolidad vanguardista. Decía Gómez de la Serna que la Máxima, por su carácter trascendental y lapidario, es “a lo que menos se quiere parecer a la Greguería” (*Greguerías VIII*). Sin embargo, Gecé escribió máximas como greguerías. El ejercicio ramonista de superponer elementos de difícil maridaje para generar una metáfora hilarante no solo produce un distanciamiento cínico al poner dos conceptos antitéticos, sino que expresa el funcionamiento en fondo y superficie de los sentidos comunes, de la ideología en sí misma ¿Cómo pensar que el fascismo de la Falange nace de un chiste en el que operan desplazamientos simbólicos sorprendentes? El orden de estos desplazamientos nos ofrece un chocante silogismo: el arnaco-sindicalismo expresa la contradicción anarquía e intolerancia del alma española; el alma española es anarquista, pero a la vez intolerante; los Reyes Católicos son la encarnación soberana y

autoritaria de ese alma anarquista eminentemente española. Rojo y negro, haz y flechas son signos que refieren a un sentido común de la modernidad de España y su problemática configuración como nación —desde los regeneracionistas y sus disquisiciones sobre el ser de España—, pero su condensación simbólica forma parte del ritmo libre y estrambótico ramonista; de la capacidad de aglutinar contrarios y formar relaciones equivalencias desternillantes que posee la greguería.¹⁷ Por otro lado, el símbolo falangista se procesa con la inmediatez de un instante en la calle, una revelación pasajera que posee la misma frivolidad que la chocante asociación *Santa Teresa-Musa de la Masa* o *Don Juan-Recordman*.

1.5. Heterogeneidad, subalternidad y síntesis

Ortega consideraba que el fascismo y los episodios revolucionarios que auparon la masa al poder eran propios de sociedades periféricas cuyos caracteres estaban moldeados por la irracionalidad de Oriente —en el caso de Rusia— y del Mediterráneo —en el de Italia.¹⁸ Desde Arconada al conde Keyserling, *La Gaceta* recibió con optimismo el despertar de las naciones europeas que habían adoptado modelos políticos alternativos a la democracia liberal. Las tesis de Kurt Erich Suckert, alias Malaparte, y su libro *Italia barbara* (1925), que achacaba la subalternización cultural y política del sur de Europa a la hegemonía protestante, tuvieron una fuerte repercusión en la politización gradual de la línea editorial de la revista.¹⁹ Tal fue su influencia, que no sería excesivo considerar el pensamiento

¹⁷ Juli Highfill define la greguería como una “small epiphany, a brief instant of (mis)perception that brings two or more disparate objects into a surprising, humorous relationship of equivalence” (86).

¹⁸ Véase Ortega y Gasset, José. “Sobre el problema del fascismo”.

¹⁹ El número 3 de *La Gaceta* reseñaba el eco que tuvo la aparición de la revista en las páginas de la *Fiera Letteraria* (13); publicación que, tras su traslado a Roma, en 1928, fue codirigida por Malaparte. Sobre la politización fascista de *La Fiera Letteraria* véase Divano: *Alla origini della “Fiera letteraria” (1925-1926)* (123-82).

político de Giménez, desde su prólogo a *Italia barbara* “En torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven de España” publicado en *La Gaceta* hasta su obra prima *Genio de España: Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo* (1932), una adaptación a la española de Malaparte con las peculiaridades vanguardistas de un discípulo de Gómez de la Serna. Del mismo modo que el escritor nacido en Prato, Giménez se identificaba con los movimientos políticos italianos y rusos por ser modelos de “una política original y sin préstamos nórdicos” (*La Gaceta* 173), haciendo una apología del sur, identificándose con lo *moro* y lo *africano*, antagonistas de lo ario; la raza que había extendido el espíritu racionalista en Europa hasta convertirlo en hegemónico, subalternizando al bárbaro espíritu de los pueblos meridionales. En la “Carta a un compañero de la joven España”, fechada el 15 de febrero de 1929, Giménez apoyaba la petición de un joven español “embebido de tradición germanizante y occidentalizante” de crear un movimiento fascista a la española “de Sur contra Norte”: “¡No somos europeos!” (337)—exclamaba. La carta llamaba a la confluencia de todos los pensamientos, ideas y manifestaciones de la España moderna contra el orden turnista que había fracasado en su proyecto de europeizar a un país periférico como España. Un *Risorgimento* nacional que uniera en un haz las diferentes generaciones: la del 98 de Unamuno, la novecentista de Ortega y la vanguardista de Gómez de la Serna.

Sin embargo, el fascismo transversal de Giménez contenía tales contradicciones que difícilmente podía ser el inicio de un proyecto nacional-popular. En el año 1928, *Gecé* alternaba la defensa del catolicismo hispánico con el pansexualismo de *Yo, inspector de alcantarillas*, un libro caleidoscópico en el que narraba, tabúes aparte,

relaciones zoófilas, sacrilegios y actos onanistas.²⁰ Ciertamente es que la defensa de la catolicidad de Giménez no denunciaba una sociedad secularizada en la cual la Iglesia había perdido su papel rector, sino que respondía fundamentalmente al antieuropeísmo de Malaparte. Según el autor de *Italia barbara*, el espíritu racional e ilustrado decimonónico había suplantado el vitalismo y la irracionalidad de los países católicos del sur de Europa. Cuando Giménez se refería al psicoanálisis en su *Yo, inspector* defendía que no era otra cosa que una manifestación más de la mística nacional. La asociación de misticismo y psicoanálisis ejemplifica perfectamente la retroalimentación contradictoria del pasado y el presente en un nacionalismo que no rechazaba la modernidad, sino que se reproducía en todo fenómeno actual.

A través del discurso fascista de *La Gaceta* hay ciertos componentes retóricos que responden a juegos del lenguaje dentro de un mismo sentido común. Un ejemplo es cómo se defendían distintos modelos ideológicos —comunismo y fascismo— como si fueran lo mismo. El comunismo ruso y el fascismo italiano no se entendían como dos modelos contrapuestos, no tanto por compartir elementos ideológicos o por partir de una misma lógica política de antagonismo absoluto, sino porque ambos eran asimilados como dos movimientos alternativos que se rebelaban contra un mundo occidental al que había arrastrado a su decadencia más absoluta el capitalismo protestante que despreciaba a las culturas y las sociedades subalternas del sur y el este de Europa. La defensa de la barbarie del sur contra la democracia racional y liberal del norte despliega una multiplicidad de significantes flotantes que se extienden en diferentes direcciones. Por ejemplo, la

²⁰ Sobre lo escatológico de Giménez en su etapa vanguardista y su relación con el fascismo véanse Labanyi, “Women, Asian Hordes and the Threat to the Self in Giménez Caballero’s *Genio de España*”; Pino, *Del tren al aeroplano: ensayos sobre la vanguardia española*; Krauel, “Escatología, fetichismo y bestialismo en Yo, inspector de alcantarillas de Giménez Caballero”; y Pao, “Giménez Caballero’s Fractured Fairy Tale: *El Renditor mal parido* (1926)”.

catolicidad se podría entender en términos de irracionalidad y del libre desenvolvimiento del inconsciente —así lo hace ver Giménez en *Yo, inspector de alcantarillas*—, de vuelta a una sociedad inocente y no corrompida por la artificialidad de la cultura racionalista y a la vez de defensa de las instituciones autoritarias, códigos morales y tradiciones homogéneas previas a la llegada de la modernidad. La misma celebración de la pasión del sur del latino contra el norte de Europa se hacía afirmando el carácter represivo de un pasado idealizado.

La recepción del fascismo malapartiano por Giménez explica por qué la definición del fascismo genérico resulta insatisfactoria.²¹ Al tratar de definir el fascismo con caracteres positivos, o se tiene la sensación de que existe una cosa que falta —por ejemplo, al establecer que el fascismo es un populismo más dentro de los muchos que surgen desde el siglo XIX se omitiría su carácter aristocrático— o se comete la generalización de dar un significado demasiado amplio: el fascismo sería un populismo de masas que a su vez defiende un orden más jerarquizado y aristocrático. En un momento populista en el que los viejos modelos habían caducado, el fascismo de *La Gaceta* aspiraba a formar una comunidad en su absoluta plenitud que acumulara todas las contradicciones de la modernidad en un haz que las afirmara y las negara a la vez. Quizás la mejor definición del fascismo sea una negativa a definirlo. A partir de aquí la discusión se establece en la generación de los sentidos comunes. El fascismo no planteaba simplemente una síntesis de todas las ideologías a su izquierda o a su derecha, sino que respondía a una pulsión a la síntesis que estaría presente en todas las ideologías —no solo las totalitarias— y que fue capaz de interpelar al unísono. Al tiempo que defendía la

²¹ Según la ya citada definición de Griffin en *The Nature of Fascism*: “a genus of political ideology whose mythic core in its various permutations is a palingenetic form of populist ultra-nationalism” (44).

preservación de la individualidad construida en la modernidad contra el peligro del materialismo comunista, atacaba la atomización social que había provocado la modernización. Es por ello por lo que definir el fascismo como la pulsión a la síntesis sería una definición menos completa, pero más satisfactoria de una ideología que no se puede comprender en el espectro de la terminología izquierda-derecha (Eatwell 200).

Georges Bataille indica que el fascismo, a diferencia del comunismo o del liberalismo, supo canalizar los elementos *heterogéneos* olvidados por la lógica economicista de los anteriores regímenes liberales y de los nuevos movimientos revolucionarios socialistas. Bataille señalaba las carencias del marxismo para abordar las formaciones sociales no *homogéneas*: aquella parte de la sociedad excluida de lo que denominaríamos sociedad *útil* —los medios de producción y las clases sociales productivas—; todo lo *otro* que actúa como residuo, es decir, los elementos imposibles de asimilar por la lógica economicista ante la dificultad de concretar su existencia positiva. Estos elementos, cuyas respuestas son solo computables en términos de afecto y, por lo tanto, son ajenos a cualquier clasificación o medida positiva, pertenecen a la realidad *otra* del inconsciente que se sitúa más cerca del pensamiento de los *primitivos* que de las formas *homogéneas* más avanzadas del pensamiento moderno.²² Siguiendo a Bataille, en *La razón populista*, Ernesto Laclau afirma que el éxito de la formación de un discurso hegemónico depende, más que del producto de la suma de demandas positivas

²² Según Bataille, el fracaso del sistema productivista se originó porque carecía de heterogeneidad y estaba fundamentado tan solo en elementos homogéneos. El surgimiento del fascismo se produjo porque la atracción *imperativa/subversiva* fue olvidada por unas democracias que redujeron al mínimo los elementos heterogéneos que constituían el poder soberano, constituyéndose en meras gestoras del sistema productivo. El fascismo apela aquellas formaciones *heterogéneas* superiores. Aquellos principios *elevados* objetivables (el padre sobre el hijo, el fuerte sobre el débil, el joven sobre el viejo,...) que están condensados en formaciones mitológicas en el dominio de lo no definible: “To these real situations must be added mythological situations whose exclusively fictitious nature facilitates a condensation of the aspects characteristic of superiority” (Bataille 74).

insatisfechas, de un significante sobre el que la multitud proyecta sus deseos inconscientes (209).²³ Se trata de significantes flotantes que estructuran y llenan los huecos de significado que pueda haber en una empresa colectiva. En ocasiones, el significante —por ejemplo, la figura de un líder sobre el que proyectamos nuestro yo ideal— acaba superando las propias demandas específicas —concretas o abstractas— en las que se fundamentaba (122). El fascismo podría ser el extremo de cómo la simbolización de un discurso político trasciende al mismo discurso político. El movimiento fascista aspira a conformar una plenitud mítica de la comunidad que supere todas las contradicciones mediante una serie de significantes vacíos. De ello se infiere que la falla de esta ideología se encontraría no tanto en llevar al extremo los antagonismos de clase o étnicos, sino en la promesa de alcanzar la plenitud social mediante el consenso de todas las ideologías en unos mismos significantes de interpelación popular; ya sean estos el *pueblo*, la *libertad* o la *justicia*.

“En la Carta a un compañero de la Joven España”, Giménez se valía del antagonismo *Sur* contra *Norte* para desplegar una serie de significantes vacíos en múltiples direcciones que sedujeran a diferentes sectores de la sociedad española para formar una unión —*haz*— fascista. En primer lugar el reino de los Reyes Católicos “con libertades, pero sin liberalismos; con santas hermandades —orden y represión del Estado—, pero sin somatenismos” —sin reprimir a las organizaciones sindicales. En

²³ Según Laclau, en *Psicología de la Masas*, Freud otorga el papel preponderante en los fenómenos de conversión de masas al significante primordial que tiene que ver con la relación madre/hijo coartada y los siguientes episodios de identificación y desviación de la carga afectiva en otras actividades ajenas al objeto originario. Según Laclau, se trata del requisito fundamental para la gestación de un discurso hegemónico: “Si la plenitud de la madre primordial es un objeto puramente mítico, no hay ningún goce alcanzable excepto a través de la investidura radical en un *objeto a*. Así, el objeto a se convierte en la categoría ontológica principal. Pero podemos llegar al mismo descubrimiento (no uno meramente análogo) si partimos del ángulo de la teoría política. No existe ninguna plenitud social alcanzable excepto a través de la hegemonía; y la hegemonía no es otra cosa que la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud que siempre nos va a evadir porque es puramente mítica” (Laclau 148).

segundo lugar, la carta apelaba a la multiformidad de España previa a los Reyes Católicos en contraste con la “España del novecientos, uniformada, provincial, centralista”. El fascismo, como en la época de los Reyes Católicos, llevaría a una comunidad plena sin un aparato centralista, respetando los regionalismos específicos, pero con *unidad*. Esta comunidad ideal la concreta en la enumeración de los intelectuales desde 1898 hasta la actualidad que, pese a sus divergencias, representan el nuevo *risorgimento* español: Menéndez Pidal, Ortega, Gómez de la Serna, Baroja, Azorín, Maeztu, Araquistain y Unamuno, por su puesto, el artífice del resurgir de “España contra Europa” (337). Sin embargo, Giménez lamenta que España sigue dividida en “en los de *acá* y los de *allá*” (341): en liberales y casticistas; entre las tendencias occidentales liberales y las orientales comunistas. Según Giménez, Unamuno resolvió esta contradicción aunando sintéticamente regionalismo y casticismo.

1.6. Casticismo y modernidad: el consenso fascista en Esencia de verbena

El fascismo se constituyó en una religión secularizada que transfirió los espacios de culto de sus antiguos lugares sagrados a la esfera pública. Una religión política que basó su poder ideológico en tres niveles: 1) una *religión-sucedáneo* implementada por los aparatos coercitivos de un estado totalitario (Linz 20); 2) una comunidad en el que sociedad e instituciones estatales se abrazaban conmemorando los grandes eventos fundacionales de la nación; y 3) una manifestación de ritos y hábitos *consentidos* en una sociedad moderna de consumo. En términos gramscianos, una hegemonía localizada en el consenso de la sociedad civil y no en la fuerza del poder coercitivo (Ives 121-22). Del mismo modo, la intrahistoria de *En torno al casticismo* interesó a los primeros fascistas españoles por su eficacia ideológica, que residía más en su valor consensual de sentido

común desde *abajo*, que en el de una doctrina propagada desde *arriba*: el “verdadero contrato social no formulado que es la efectiva constitución de cada pueblo” (Unamuno: 160). *La Gaceta* promocionó la cultura del consenso de los felices años 20: el *charleston*, las fiestas populares, el circo, el *star-system* hollywoodiense y los deportes. En la mayoría de los casos, productos culturales importados de la industria americana, que formaban parte de lo que Clement Greenberg llamara en 1939 la cultura kitsch.²⁴ El fascismo vanguardista de *La Gaceta* festejaba los mecanismos de producción sensitiva de la sociedad de consumo. No los contraponía necesariamente con un Estado fascista, porque este último hacía de la política un espectáculo, la estetizaba. La política, otrora recluida en los parlamentos, templos del liberalismo decimonónico, ahora se expandía al estadio, la sala de cine y la verbena. En este sentido, el fascismo sería una teología política que no renunciaba a la satisfacción libidinal y al disfrute masivo de la esfera del consumo.

El culmen de la síntesis nacionalista de la vanguardia, la nueva esfera pública, las masas y la política fue la película del Cineclub de *La Gaceta: Esencia de verbena* (1930). Este cortometraje de apariencia y realización improvisadas contiene una gran densidad simbólica. En la película operan una serie de significantes que hacen del fascismo un proyecto inclusivo de masas, vanguardias artísticas y políticas. El título se fundamenta en la síntesis de un mundo moderno del hombre-masa oscilante y frívolo y el Madrid castizo de fiestas y tradiciones eternas. La fiesta popular que celebra *Esencia de verbena* tiene ciertos resabios bajtinianos ya que, como en el circo o en el carnaval, en la verbena hay

²⁴ En su estudio sobre “Libros y medios de comunicación de masas” durante la dictadura, Paul Aubert y Jean-Michel Desvois subrayan la proliferación de películas de Hollywood en la segunda mitad de la década de 1920 en detrimento de una producción cinematográfica nacional que se encontraba en constante declive (86-88).

una clausura temporal de las jerarquías —históricas, culturales, estéticas— siendo el pueblo el triunfador de su plenitud; lo natural y lo artificial, la tradición y la civilización se condensan en un macrocosmos orgánico que supera las limitaciones ideológicas y materiales de la vida real. Como en la fiesta bajtiniana, tampoco hay una separación entre participantes y espectadores; el pueblo asiste embriagado a su propio espectáculo. En el cortometraje sobre las verbenas de San Antonio y de La Paloma, los planos de botijos “milenarios” y los churros “de abolengo moruno” son la esencia permanente de una verbena cuyos artefactos —la noria, el tiovivo o el tubo de la risa— reproducen el ritmo desenfrenado, oscilante y giratorio de los tiempos modernos. El tiempo pasajero del “humo” de las cigarreras del Rastro actualiza otro tiempo mítico: el humo de la parrilla en la que se martirizó a San Lorenzo. La verbena forma parte del sentido común popular moldeado por el dinamismo vertiginoso de una emergente sociedad de consumo en la que, no obstante, se manifiesta un *Volkgeist* madrileño. Lo popular abarca un amplio campo semántico en el que la tradición convive y se transforma con los nuevos modos de producción e intercambio. Un nacionalismo en sintonía con el ultraísmo de Torre: “júbilo dyonisiaco o, más bien, sentido del humor cósmico, afirmación occidental, exaltación de nuevos valores vitales” (42). Es decir, un ultraísmo político que fuera la apoteosis, no solo de las vanguardias de principios de siglo, sino también de los movimientos políticos y culturales que se sucedieron desde finales del siglo XIX: regeneracionismo, novecentismo, etc.

Una de las secuencias de la película hace mención al cuadro de *La Verbena*, de Maruja Mallo, cuya exposición patrocinada por Ortega en *La Revista de Occidente* en el verano de 1928, fue reseñada en la primera página de *La Gaceta*. Antonio Espina firma la

crítica a “la nueva *pintor*” en la que analiza las composiciones sobrecargadas de motivos populares como las “verbenas y los carrouseles” (225). La veneración que expresa Espina a Ortega en el artículo dedicado a la pintora nos da una idea de la importancia de las tesis orteguianas en los debates artísticos de finales de 1920 tanto para los futuros literatos y artistas de *izquierdas* —ejemplo fue *El nuevo romanticismo* (1930), de José Díaz Fernández— como para los de *derechas*. En la conferencia que diera casi una década después en la sociedad “Amigo del arte” de Montevideo, en 1937, Mallo explica su evolución a partir de la tensión entre el arte popular y el de las élites que disertara Ortega en su breve ensayo de 1925 *La deshumanización del arte*. Según la pintora “en las fiestas y ferias populares, año nuevo, carnaval, verbenas y navidades, está grabado el impulso creador, la edificación consciente del pueblo (39).

Uno de los defectos que señalaba Espina en la obra de Mallo era la sobreacumulación de figuras. Precisamente, el cortometraje comparte esta sobredimensión o horror vacui en la que vertiginosamente se suceden las tomas con el ritmo frenético de un montaje *vertoviano*. La propia pintora reflexiona acerca de la confusión de personajes, de la alteración del orden simbólico de las fiestas populares de sus primeras obras. Esta alteración del orden de lo popular en el que la élite y el pueblo se confunden en una misma masa viene secundada por la decadencia y la decrepitud de las naturalezas que pinta en la segunda etapa. Según Mallo, ambos periodos de su evolución artística están correlacionados: las alteraciones de las jerarquías sociales en las fiestas populares y la destrucción de la naturaleza por el triunfo del residuo señalaban la decadencia de lo viejo. En la última etapa, se alumbra el mundo nuevo: “el orden es la arquitectura íntima de la naturaleza y el hombre, la matemática viviente del esqueleto”

(42). Lo popular y los elementos de interpelación del proletariado y de la clase obrera se transfieren del espacio urbano al rural; de lo artificial a lo *natural*.

Cuando Mallo escribió estas líneas, ya se había concretado el viraje político y estético del realismo socialista. En cambio, durante los años de *La Gaceta*, lo nuevo y la cultura popular se identifican con el triunfo de la masa y los dispositivos de producción de ocio fundamentalmente urbanos. A principios de 1930, el imaginario de lo popular comienza a sesgarse de lo urbano por estar asociado a la alienación subjetiva y económica del proletariado y a la decadencia de la sociedad capitalista. Dos novelas fundamentales para entender esta traslación de los significantes populares son *La venus mecánica*, de Díaz Fernández, y la menos conocida *El sello de la Muerte*, publicada en 1924, de un jovencísimo Ledesma Ramos. El protagonista y su compañero, Antonio de Castro, se reconocen hastiados por la corrupción e hipocresía de la esfera pública así como por la falta de resolución de una subjetividad contemporánea abúlica, sedada por la burguesía rectora. Como alternativa, la obra del futuro líder de las JONS propone la vuelta a un mundo en el que lo heterogéneo —como ya hemos explicado, con la teoría del fascismo de Bataille, hace mención al ámbito de los afectos; de los restos excluidos por una sociedad materialista y determinista— recondujera la deriva de una civilización artificial que estaba forzando al hombre a la aceptación resignada de una vida afectivamente truncada. *Esencia de verbena* consagra el despertar de los afectos que tiene lugar en las fiestas populares y la celebración consensuada de estratos antagónicos en el espacio productivo —proletariado vs burguesía; masa vs élite— y que se concilian, superando el vacío existencial y material de la sociedad, en el espacio de lo popular.

El cortometraje fue uno de los últimos intentos, también fracasados, que hace

Giménez de configurar una ideología popular y espontánea que se antepusiera a una doctrina definida. En referencia al fascismo, Slavoj Žižek se pregunta si son realmente las representaciones de gran carga simbólica —la parafernalia simbólica de líderes y símbolos— las que vertebran esta ideología, o si, por el contrario, son los elementos pre-ideológicos —los motivos aparentemente circunstanciales— los que le otorgan su eficacia discursiva;²⁵ es decir, aquello que vivimos como *espontáneo*, que se sitúa en el centro de la cotidianidad y que, por ello, es menos perceptible. El significado no es lo principal de los elementos de una ideología como tal, sino que estos operan como significantes flotantes cuyo significado es fijado por el modo en que se articula hegemónicamente. Žižek denomina a estos significantes elementos pre-ideológicos que configuran el discurso vencedor. De esta manera, apabullados por la carga simbólica de una ideología *totalitaria*, obviamos elementos circunstanciales que pueden tener aún más relevancia que cualquier simbología explícita en el discurso político. Elementos vacíos de significación explícita, pero que vertebran, cohesionan y, cuando se ha producido su ensamblaje total con el discurso hegemónico, llegan a ser identificados con el mismo discurso.

La disposición caótica de un repertorio simbólico tan heterogéneo conllevaba el sueño fascista de una comunidad intrahistórica —tradicional y moderna— que, formada desde el consenso de la base social, partiendo de los sentidos comunes, superara todas las contradicciones sociales, políticas y nacionales. La interpelación a la vanguardia, a la

²⁵ En “Learning to Love Leni Riefenstahl”, Žižek cuestiona la idea extendida sobre los totalitarismos: “...parades, mass performances in stadia, etc. If one finds it also in communism, one immediately draws the conclusion about a “deeper solidarity” between the two “totalitarianisms.” Such a formulation, the very prototype of ideological liberalism, misses the point. Not only are such mass performances not inherently fascist; they are not even “neutral,” waiting to be appropriated by left or right. It was Nazism that stole them and appropriated them from the workers' movement, their original site of birth. None of these “proto-fascist” elements is per se fascist. What makes them “fascist” is only their specific articulation-or, to put it in Stephen Jay Gould's terms, all these elements are “ex-apted” by fascism.”

tradicción católica y a las fiestas paganas supone la culminación y el fin de la ideología; una sociedad que alcanza su plenitud. El totalitarismo en su máxima ebullición, sería una traslación de la política en términos schmittianos, como la guerra por otros medios; el antagonismo absoluto entre el amigo y el enemigo. Ahora, el momento populista en el que se publica *La Gaceta* hace que repensemos el totalitarismo, desde su anverso: ¿No es la misma clausura de la confrontación y la plenitud de una sociedad en la que los sujetos se desenvuelven libremente, sin constricciones ideológicas, la máxima fantasía no solo del fascismo, sino de las ideologías? Sin duda, Giménez y su ramonismo fascista difícilmente se puede entender en los términos con los que se identifica vulgarmente al populismo: una tendencia política con un discurso demagógico que enfrenta a una gran mayoría contra una minoría de privilegiados. El antagonismo juega un papel secundario en la retórica de Giménez. En una época en la que aún no ha comenzado la batalla ideológica de los años 30, la versión fascista de estos años es eminentemente agregadora. Se podría objetar que Giménez establece un antagonismo contra el norte de Europa, la hegemonía protestante y el liberalismo democrático. No obstante, el campo semántico al que apela esta oposición es lo suficientemente amplio y agregador como para acoger signos contrarios que solo se significan por su relación equivalencial —lo soviético-oriente-lo moro-lo subalterno-lo católico-lo español-lo mediterráneo-lo fascista—, fuera de la misma no dicen nada.

1.7. La definición política de los proyectos posmonárquicos

Dos años antes de la formación de Falange Española, a finales de 1933, Ramiro Ledesma Ramos fundó el semanario *La conquista del Estado*. Tras proclamarse la Segunda República, el filósofo zamorano sostenía que el 14 de abril era una oportunidad de

ruptura con la vieja política demoliberal. Pensaba que lo que se estaba dirimiendo durante aquellas fechas era la lucha de una España vieja contra otra nueva, de la que posteriormente saldría el vencedor de las únicas vías posibles frente a la decadencia del sistema capitalista: el fascismo y el comunismo. Sin embargo, las primeras hostilidades entre el tradicionalismo católico y el republicanismo generaron un antagonismo en el que el fascismo, como ideología revolucionaria y transversal, tendría un papel subalterno. Cuando el 15 de diciembre de 1931 salió a la luz el primer número de la revista dirigida por Ramiro de Maeztu *Acción Española*, su primer editorial proclamaba la defensa del pensamiento católico español atacando todas las ideologías que no brotaron “de nuestro ser, sino de nuestro no ser”; a saber la *antipatria*, en cuyas filas estarían los partidarios del liberalismo, el socialismo, el anarquismo y todos los movimientos revolucionarios. En el segundo número del quincenario, el escritor y periodista José María Pemán Pemartín (1897-1981) hacía una crítica a la totalidad de las letras españolas que desde Benito Pérez Galdós habían sido una proyección de la política sin rumbo de Estado Español; del mismo modo que la literatura española importaba las tendencias estéticas extranjeras y su cariz individualista, la política hacía lo mismo aplicando modelos foráneos que minaban la unidad espiritual de la patria. Según Pemán, uno de los paradigmas de esta literatura decadente era Unamuno, intelectualmente, “por carecer de un propósito directivo y formador” y, personalmente, por ser “el hombre más rabiosamente individualista y antisocial de nuestra patria” (135). Una de las referencias del fascismo jonsista y falangista era el blanco de los ataques de uno de los más importantes artífices del fascismo nacionalcatólico que conformó la base ideológica del régimen franquista. En 1931 el fascismo proclamado desde las páginas de *La Gaceta Literaria* y *La Conquista*

del Estado aún se encontraba lejos del discurso de la *patria* y la *antipatria* que las fuerzas tradicionalistas y conservadoras estaban poniendo en marcha. Unos meses antes de proclamarse la Segunda República, en el segundo número de *La Conquista del Estado* publicado el 21 de Marzo de 1931, Ledesma Ramos destacaba la actualidad, la espontaneidad, la acción y la actualidad del pensamiento del autor de “El sepulcro de Don Quijote”. El fascismo revolucionario, sin formar parte de la militancia de las organizaciones tradicionalistas, iría asimilando el discurso de la *antipatria*, dejando atrás el primer proyecto aglutinador de las tendencias estéticas e intelectuales de vanguardia. Jamás el fascismo en España lograría disputar el discurso revolucionario a la izquierda, sino que al contrario sería con la condensación de la izquierda, antes enfrentada, en el antifascismo, cuando se definiría como epítome de la contrarrevolución; discurso que, por otra parte, José Antonio Primo de Rivera adoptó como propio. Al tiempo que el fascismo español abandonaba el vanguardismo, su discurso se iría asimilando al de Ramiro de Maeztu con la defensa de la hispanidad y el catolicismo del nacionalismo conservador pergeñado desde los tiempos de Marcelino Menéndez Pelayo como bandera. En 1929, Giménez Caballero acusaba a la Dictadura de Primo de Rivera de perpetuar el liberalismo y, al partido Unión Patriótica, cuyo principal ideólogo era Pemán, de ser una muleta más del extinto régimen alfonsino y, por lo tanto, un síntoma más de la decadencia española. Concluido el directorio de Primo de Rivera, el relato antes negativo del dictador, considerado un generalote golpista más como los que se habían sucedido en el siglo XIX, se tornará más benigno. En el segundo número de *La Conquista del Estado*, Ledesma Ramos alababa la figura del dictador por ser el hombre de acción que “introdujo la pirotecnia de su uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas”.

En los mismos términos que lo hacía con Unamuno, el filósofo zamorano a diferencia de Giménez, que, como señalábamos en páginas anteriores, tan solo dos años antes descalificaba a la dictadura por haber agravado la inactividad y el pasotismo de la sociedad española de la Restauración, hacía un balance positivo de la dictadura por haber imbuido de espíritu de lucha y acción a la antes pacífica y pacifista esfera pública española:

Espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña. En medio de la charca burguesa que toma chocolate y fuma puro todas las tardes en el café. En medio del ambiente antiheroico y lechuzo de los señoritos liberales que pasean (2:1).²⁶

En los años siguientes, el fascismo español pasaría a las filas de los sectores conservadores antirrepublicanos adquiriendo un rol gradualmente más relevante en la

²⁶ La discusión sobre si la dictadura fue o no un régimen fascista continúa abierta. Como los fascistas de principios de los años 30, aún no tenemos un relato consensuado sobre el Directorio de Primo de Rivera, ya que se considera a la vez un periodo de regresión y modernización, autoritarismo y liberalismo, autarquía e internacionalización, proteccionismo y libre comercio, conservadurismo y regeneracionismo, casticismo y europeísmo, nacionalcatolicismo y cosmopolitismo. Cada historiador privilegia uno de estos componentes. En *Fascism from Above: the Dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*, Shlomo Ben-Ami subraya el carácter proto-fascista y totalitario del régimen con raíces en el maurismo y otros sectores reaccionarios. Sin embargo, el mismo estudio del historiador se contradice al decir que la dictadura era un Leviathan autárquico e intervencionista, al tiempo que reconoce la multiplicación de capital extranjero en el país y la exención de cargas fiscales a las grandes compañías inversoras. En este sentido, sostiene Martin Blinkhorn que, por encima de una dictadura de masas con una visión totalitaria, la de Primo de Rivera fue un versión *paternalista* con escasas posibilidades de perdurar en el tiempo (123). En *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish civil War*, Sebastian Balfour resalta el papel del africanismo reaccionario, que se impuso a los sectores liberales del ejército, en la formación del directorio militar. En la introducción a *The Agony of Spanish Liberalism: From Revolution to Dictatorship 1913-23*, Francisco Javier Romero Salvadó y Angel Smith enfatizan el movimiento anticomunista paneuropeo que respondió a la solución ante la crisis del liberalismo con el estado corporativo. En *Fascism in Spain (1923-1977)*, Stanley Payne subraya el nacionalismo autoritario de la dictadura, que fue un precedente del franquismo, al tiempo que reconoce un esfuerzo regenerador y europeísta cercano a las tesis políticas orteguianas. En *Making Spaniards: Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30*, Alejandro Quiroga incide en el intento fallido de la dictadura de crear un movimiento de masas nacionalcatólico concentrado en el partido Unión Patriótica. Sabemos también que la dictadura estaba favoreciendo con su política económica el cambio cultural que precedió la llegada de la República. Una dictadura que quería dominar todos los ámbitos de la esfera pública, estaba diversificándola en un periodo sin precedentes de recepción de productos culturales foráneos. Las masivas emigraciones del campo a la ciudad y la proliferación de una cultura urbana favorecida por la política económica de la dictadura convivía con la propaganda nacionalista implementada por la misma. Estas contradicciones sobre el carácter totalitario, autoritario, regeneracionista o modernizador de la dictadura que duró desde 1923 a 1929 son parte de un mismo sentido que ha operado en taxonomías historiográficas con el paso del tiempo más difusas y poco clarificadoras.

esfera pública. Con relación a este último periodo, se antoja necesaria la elaboración de un estudio completo de los elementos de sentido común durante la Segunda República hasta y después del estallido de la Guerra Civil. Un buen inicio es el trabajo de Rafael Cruz, que observa el enfrentamiento político entre el republicanismo y los sectores contrarios al cambio de régimen mediante el análisis de la construcción social imaginada de un *pueblo* y un *contrapueblo* durante la República.²⁷ A partir de este referente, debiéramos considerar un estudio más completo de la literatura y la política vanguardista, y su relación con esta construcción social o comunidad imaginada (Cruz 113). El mismo Cruz publicó un valioso estudio sobre el “Discurso político y literatura: César Arconada. 1930-1936”. A través del autor de *Los pobres contra los ricos*, se observa la retroalimentación entre la política y la literatura en un periodo en que es imposible aproximarse a ambas como ámbitos autónomos. Cruz sostiene que la literatura no solo se adapta a la construcción un significado de la realidad (155), sino que también construye significados sociales y definiciones de la realidad concreta (156). Éste análisis nos lleva a la conclusión de que la literatura no es un objeto pasivo manipulado por intereses políticos, sino que, al contrario, desempeña un papel prioritario tanto en la reproducción y construcción de los sentidos comunes —que responde a lo que Cruz define como “unas estrategias” de significación de la desigualdad y la injusticia social “establecidas, en ocasiones desde el siglo XIX” (156)— como en la politización de la esfera pública a partir de la articulación de un ellos contra un nosotros. A principios de la década de 1930, el renovado interés por la novela social que inauguraba José Díaz Fernández y su *Nuevo*

²⁷ Véanse Cruz, *En el nombre del pueblo. Rebelión, república y guerra en la España de 1936* y “Pueblo, Parapueblo y Contrapueblo en 1931”.

Romanticismo, dio paso a la lucha entre los anarcosindicalistas, los socialistas y las comunistas por la hegemonía del relato que interpelaba al sujeto político *proletariado*. Un ejemplo lo tenemos en la controversia entre el órgano de las Juventudes Socialistas, la revista *Renovación*, y Ramón J. Sender. En un artículo publicado el 5 de agosto de 1931 en el diario *El Sol*, el autor de *Imán* atacaba a los socialistas por formar parte del Gobierno Provisional y, con ello, de pactar con la burguesía republicana, lo cuál constituía una traición al proletariado. La réplica socialista llegaba solo cinco días después, el 10 de agosto de 1931, en un artículo firmado por Carlos Hernández Zancajo, titulado “El cretinismo teórico del anarcosindicalismo”, en el que acusaba al anarcosindicalismo de ser reaccionario y de hacer un ejercicio de histerismo izquierdista. Ambos discursos partían de la misma definición del antagonismo político —la burguesía contra el proletariado— y ambos también, eran excluyentes entre sí al intentar hegemonizar el relato compartido. En este mismo espacio retórico se encontraba el Partido Comunista de España a principios de la República que, aunque tuvo una mayor repercusión en la esfera pública que el fascismo revolucionario de Ledesma Ramos y Giménez, también desempeñaba un papel testimonial, prácticamente de comparsa de los dos grandes sindicatos obreros en España —la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo y la socialista Unión General de Trabajadores— hasta la fusión entre las juventudes socialistas y las comunistas tras las elecciones de febrero de 1936. Arconada, militante del PCE desde 1931, publicó la novela *Los pobres contra los ricos* en la que se articula el discurso comunista del antagonismo burguesía-proletariado: la República como otro engaño burgués, la Guardia Civil instrumento de represión de los ricos, los traidores socialistas, representados por el alcalde de Morcuende, un moderador que

protege los intereses de los ricos, etc. Un esquema que cambió sensiblemente en la novela *Reparto de tierras*, publicada en 1934, en la que los sectores de la reacción, el clero y los terratenientes, son los enemigos de una coalición más amplia de luchadores proletarios, sabedores de que la República, con un gobierno conservador, nada hará por satisfacer las demandas de la clase obrera. En “Quince años de literatura española”, publicado en el número de junio-julio de 1933 de la revista *Octubre*, el mismo escritor palentino categorizaba a las letras españolas en tres bloques políticos: a) una sección de contrarrevolución y fascismo con “Montes, Bergamín, Ledesma Ramos, Giménez Caballero y Sánchez Mazas”; b) una de “tradición favorable a la pequeña burguesía” con “Jarnés, Gómez de la Serna y Obregón”; c) “y por último, los escritores que estaban con el proletariado, como Arderíus, Sender y Alberti” (166). A estas alturas, el antifascismo estaba superando las disensiones de las organizaciones obreras por hegemonizar el discurso de la lucha de clases, mientras que el fascismo español seguía acercando posiciones con el anti-republicanismo conservador y católico. Desde que Díaz Fernández publicara *Nuevo Romanticismo* en 1930, la literatura de vanguardia había dejado de ser revolucionaria y antiburguesa para considerarse producto de neurasténicos y pequeñoburgueses sin ningún interés por la transformación social. El sector de Gómez de la Serna o Jarnés configuraba el bloque de los indecisos políticos cuya identificación con la pequeña burguesía señalaba su falta de compromiso con la verdadera lucha política y, en consecuencia, su cercanía ideológica con el enemigo fascista y capitalista.

1.8. Conclusiones

De acuerdo con esta exposición, el tránsito ideológico de una “interpretación nacionalista

liberal de España” (Mainer LII) al fascismo excluyente que Giménez manifestara en el periodo republicano no es una evidencia constatable. Con la caída del régimen alfonsino y la redefinición de los antagonismos, los *disparates* del escritor madrileño fueron sintonizando con el bloque antirrepublicano que se configuró antes del estallido de la Guerra Civil. Para analizar esta transición, debiera excluirse como marco analítico la simple oposición entre un liberalismo nacional integrador y aglutinador de diferentes sensibilidades ideológicas y un fascismo excluyente, fanático y ortodoxo. La transversalidad, heterogeneidad y pluralidad de ideologías de que acogió *La Gaceta* fue el punto de partida del fascismo de Giménez. Al definir el fascismo como una política de consenso, me refería a que su eficacia persuasiva se encuentra en el terreno de los sentidos comunes y no solamente en el de la violencia y la coerción. Ortega sostenía que el fascismo era una síntesis compleja y contradictoria de *A* y *no-A* que promulgaba simultáneamente la defensa de la tradición y de la modernidad.²⁸ En un momento de decadencia de las viejas instituciones, Giménez creó el proyecto político-literario de *La Gaceta* “excluyendo toda exclusión” al imaginar una comunidad plena en la que participaran los ultraístas, los catalanes, los socialistas, los sefardíes, los regeneracionistas, los surrealistas, los industriales, los obreros, los burgueses etc. Un amplio antagonismo entre lo nuevo y lo viejo que señalaba como enemigo un demoliberalismo que estaba en franca decadencia y crisis en toda Europa. El fascismo español fue menos pluralista (Payne 52) en la medida en que se definían los

²⁸ Cito textualmente el breve ensayo de 1925 publicado en *El Espectador*: “El fascismo tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, a la vez, no cree en la restauración de nada pretérito (...) Por cualquier parte que tomemos al fascismo hallamos que es una cosa, y a la vez la contraria, es *A* y no *A*” (497).

antagonismos, las militancias y las exclusiones que establecieron la relación entre la política, la sociedad y las letras durante la República.

El objeto del diálogo entre el fascismo y los sentidos comunes como la cultura del consenso entre los literatos e intelectuales que llamaban a una politización de la sociedad ante los estertores del régimen de la Restauración invita a una reflexión sobre el significado del populismo. El populismo no es una ideología política, sino que es una forma de hacer política que establece una frontera definida entre un ellos —la élite— y un nosotros —el pueblo. El movimiento populista provoca un enfrentamiento abierto entre un grupo de la sociedad que se considera excluido por una minoría que sacrifica el bienestar del colectivo en beneficio propio. La contradicción entre las fuerzas del cambio y del statu quo la encarna un líder que se erige como el mesías de los excluidos por el *establishment*. En último termino el mesías se identifica con la totalidad de los excluidos —el pueblo— lo cual lleva a la fanatización del enfrentamiento político al producirse un antagonismo insuperable entre el pueblo y el anti-pueblo —del que forman todos aquellos que no comparten este relato. Sin embargo, el populismo no es simplemente la ideología liderada por un mesías cuya secta de fanáticos se erige como la voz del pueblo. En el momento en que se define con esto caracteres el populismo es: a) un fenómeno emergente sin repercusión en la esfera pública; b) un movimiento que enfrenta radicalmente a amplios sectores de la sociedad; c) un proyecto fracasado que está dando sus últimos estertores. Cuanto más difusa es la línea entre el pueblo y el contrapueblo, más aglutinador es el nosotros y mayor potencial ideológico tiene el populismo en cuestión.

En referencia a la internacionalización de una ideología antiinternacionalista

como el fascismo, *La Gaceta* fue el órgano receptor de una religión política que, al tiempo que atacaba el universalismo, influía *universalmente* política, ideológica y estéticamente en la esfera internacional (Ben-Ghiat 12). En lo que atañe al fascismo como un discurso identitario de rechazo a una minoría étnica, el disparate de Giménez es un canto a la aglomeración de identidades y culturas heterogéneas en un mismo contenedor. Recordemos que la conversión fascista de Giménez comienza por la defensa de una identidad subalterna que está siendo sojuzgada por el norte de Europa—el aparente oxímoron moro-católico contra lo nórdico-protestante—; un discurso difícilmente comparable con el del posterior nazismo alemán o con el neofascismo actual, que señala a la inmigración musulmana como parte de un proyecto transnacional de desintegración de una identidad europea homogénea. Esta interpelación victimista del fascismo tiene su origen en Malaparte y sus ya mencionadas proclamas contra la cultura hegemónica de los países protestantes. Sus tesis sobre el despertar de las naciones bárbaras de Europa fueron apropiadas por Giménez con el objeto de configurar un imaginario nacional de un España a la que le era más ajena, ya fuera por rasgos culturales o étnicos, Europa que los judíos sefardíes y *moros* del norte de África.

Otro de los elementos que se han discutido en este capítulo es el de la politización a través de las nuevas experiencias subjetivas que transformaron la esfera pública. En *Making the Fascist Self, The Political Culture of Interwar Italy*, Mabel Berezin sostiene que la violencia y la excepción no fueron las características definitorias de esta ideología, sino la construcción de una nueva identidad pública y privada comunitaria en un momento de crisis de las formaciones ideológicas dominantes. De esta traslación de las experiencias de sentido común colectivas al ámbito de la política formaron parte las

religiones y tradiciones, pero también las nuevas culturas populares que emergieron por las contradicciones entre los nuevos y los viejos hábitos —como es el caso de *Esencia de verbena*. El fascismo fue parte de los procesos de subjetividad que transformaron las sociedades europeas a finales del siglo XIX y principios del XX. En el caso específico del emergente fascismo español, hemos analizado un discurso de celebración de la subjetividad formada por las experiencias de consumo colectivas. Giménez demandaba estetizar toda la esfera pública para dotar a la política de los mecanismos afectivos de los espacios públicos nacionales invadidos por una industria cultural foránea. El fascismo de *La Gaceta* intentó construir un consenso en todos los ámbitos de la esfera pública con la defensa simultánea de A y no-A. La idea de establecer experiencias puntuales entre los públicos que activaran los mecanismos afectivos para unirlos es quizás una de las paradojas que atravesaron la política del momento. Se ha analizado la vía estética al fascismo como un proyecto transversal que incluyera a todos los actores de lo nuevo contra lo viejo. La génesis del fascismo español que tanto le debía al disparate ramonista, fue definitivamente rechazada por el fascismo de los años treinta. Ledesma Ramos excluyó a Giménez de *La Conquista* por expresar un pensamiento demasiado literario.²⁹ Las propias ideas elitistas de Ortega fueron asimiladas por José Antonio Primo de Rivera y el proyecto fascista español, de ser una celebración de la transformación moderna del espacio público, viró en los términos conservadores que, desde antes de comenzar la década de 1920, habían configurado el discurso del miedo contra el bolchevique: epítome de masa y la barbarie. Esta metamorfosis se puede ver claramente entre el pseudónimo

²⁹ Tan solo dos meses después de publicarse el primer número de *La Conquista del Estado*, Ramiro Ledesma declara que Gecé “ya no pertenece” a la revista y añade que, aunque se trata de un hombre “de emoción impoluta” tiene “el defecto de lanzarse a los escauceos políticos con un exclusivo sentido literario (...) Ha reconocido —y le hemos ayudado a reconocer notablemente— que no está hecho para las bregas políticas, y así, a completa satisfacción nuestra abandona en estos momentos (7:1).

del Giménez fascista de la vanguardia —*Gecé*— y el Giménez fascista de la República, apodado *Gran Inquisidor*.

A principios de 1930, El cambio de paradigma del realismo social y la decadencia del vanguardismo traslada de la ciudad al campo el espacio imaginario de la disputa del conflicto social y, aunque la lucha en la esfera pública es fundamentalmente urbana, las interpelaciones ideológicas se realizaron desde el campo semántico de lo rural. Así, el circo, Charlot y el charleston de Josephine Baker pasaron de ser la parte positiva de la esfera pública a formar la parte negativa, el residuo de una sociedad urbana capitalista y decadente. Arconada o Giménez, de cantar la aglomeración, la multitud y el cambio de hábitos de las masas concentradas en las ciudades, se hicieron poetas de la comunidad reducida y los hábitos rurales. Aunque tenemos el vanguardismo tardío de los ulteriores falangistas Samuel Ros o Antonio Obregón como últimos reductos del vanguardismo ramonista —sobre todo en el caso de Ros— es evidente que los desenlaces del *Hombre de los medios abrazos* y de *Hermes en la vía pública* —sendas novelas publicadas en 1932— pregonaban el final de la vanguardia cosmopolita y disgregadora de identidades; la vuelta a la inscripción del individuo en una comunidad y su reafirmación subjetiva a través de ella. Evidentemente, esta problemática no es solamente tratada por el fascismo, aunque los elementos de identificación con la comunidad sean tan dispares al de otras ideologías antagónicas.

Finalizada la dictadura de Franco, a diferencia de otros de sus camaradas *bunkerizados* —aquellos que rechazaban cualquier cambio del régimen inaugurado el 18 de julio de 1936— o de los oportunistas que se unieron a la transición de la dictadura a la democracia rechazando los Principios del Movimiento, Giménez mantendría sus

disparatados planteamientos fascistas de primera hora siempre dentro de los consensos de la ideología dominante: en una entrevista concedida en Televisión Española en plena Transición, argüía que el proceso descentralizador puesto en marcha tras la caída de la dictadura incorporaba el sueño falangista de la regionalización ideal de las provincias españolas. Además, espetaba que su síntesis nacional del genio de oriente o de occidente se asimilaba al eurocomunismo de Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo.³⁰ En una época de crisis del régimen alfonsino, el primer fascismo español interpeló a todos los sectores en una cadena heterogénea de lugares comunes: la vanguardia ultraísta, el socialismo, el nacionalismo, el anarcosindicalismo; con el ánimo de configurar un sentido común fascista en España. Un momento populista que, no es descabellado afirmarlo, guarda enormes similitudes con el proceso de Transición a la democracia que comenzó a finales de 1975.

³⁰ Véase la entrevista que le concede Giménez a Joaquín Soler en el programa televisivo “A Fondo” de RTVE de 1977.

Capítulo 2

El fascismo hispánico de Ramiro Ledesma y *La Conquista del Estado* en la construcción de la identidad republicana (1931)

A finales de la década de 1920, Giménez Caballero confeccionó un embrionario movimiento fascista cuya matriz condensaba los discursos distintas generaciones de intelectuales y escritores, desde el grupo del 98 al vanguardismo. El léxico del autor madrileño contenía un *ethos* vanguardista que se oponía a todo lo viejo, lo caduco, aquello que representaba el régimen de la Restauración y la política liberal decimonónica. Tanto los viejos modos de las élites políticas e intelectuales ancladas en el pasado como los hábitos improductivos de aquellos que no estaban preparados para las transformaciones del nuevo siglo tenían que ser superados a fin de adecuar la política al sentido común de la nueva esfera pública. En 1931, Giménez Caballero pasó a integrar el grupúsculo de simpatizantes del fascismo que fundó el semanario *La Conquista del Estado: Semanario de Lucha y de Información Política*, cuyo director era un filósofo discípulo de Ortega e influenciado por el idealismo alemán que había colaborado en *La Gaceta Literaria* llamado Ramiro Ledesma Ramos (Zamora, 1905-1936).³¹ El pequeño grupo en torno a Ledesma pretendía organizar un movimiento revolucionario y anticomunista, inspirado en el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, sobre las

³¹ Véanse Stanley G. Payne (54-65), Ismael Saz (118-21) y la completa biografía de Ledesma de José Gallego Margaleff: *Ledesma Ramos y el fascismo español*. Aparte de *La Gaceta Literaria*, fue colaborador de el periódico *El Sol* y de la *Revista de Occidente*. Como escritor de ficción, Ledesma es autor de *El Sello de la Muerte* (1924).

bases políticas y culturales que emergieron en el periodo de Entreguerras (Gallego 63). El proyecto encabezado por Ledesma y Juan Aparicio López (1906-1987), secretario de la revista, trató de articular un fascismo a la española en un momento político de transición, o de, como se refiere a ella Rafael Cruz, de revolución *elegante* (63-74), de la monarquía a la Segunda República (1931-1939).

El primer ejemplar del semanario se publicó el 14 de marzo de 1931 y, después de varias suspensiones, fue definitivamente clausurado a finales de octubre de 1931. Pese a su corta existencia, *La Conquista del Estado* (*LCE*) se reconoce en la literatura falangista como la “bandera inicial” del “nacionalsindicalismo” (Montero Díaz 36), la “alborada” (Guillén Salaya 85) de un movimiento juvenil antiliberal y antimarxista descontento con la Segunda República que, más tarde, cristalizaría en Falange Española de la JONS. Sin embargo, en el momento en el que se publicaron los 23 números de la revista, al cual se limita históricamente este capítulo —los prolegómenos y los meses que siguieron a la proclamación de la República—, todavía no habían cristalizado los bloques políticos confrontados a lo largo de los años siguientes, ni tan siquiera la “naturaleza misma del régimen” republicano (Juliá Díaz XII). Este capítulo versa sobre la construcción del discurso de *LCE* en la coyuntura específica de un proceso de cambio e incertidumbre, teniendo en cuenta los discursos presentes en la esfera pública, a través de la prensa y la propaganda de las diversas tendencias y partidos políticos existentes. La finalidad de este capítulo no es acentuar las características propias del fascismo de *LCE* o los elementos ideológicos, retóricos y performativos de convergencia con otros partidos afines en Europa, sino la intersección del discurso político del semanario en los lenguajes de otros actores españoles que formarían parte de culturas políticas e ideológicas, en principio,

antagónicas. De este modo, mi objetivo es condensar en lo posible los discursos del republicanismo, la emergente derecha antirrepublicana y la izquierda revolucionaria para observar cómo el discurso de *LCE* intervino sobre sus elementos transversales.

En primer lugar, analizaré la recepción positiva de *LCE* de la movilización popular del 14 de abril de 1931 y la configuración de su discurso en relación con los lenguajes de otros actores políticos tras el cambio de régimen. En este sentido, el semanario realizó un seguimiento de la construcción nacional republicana; la creación de una nueva comunidad imaginada (Anderson 6) que generó paradigmas, demandas y sujetos políticos sobre los cuales sustentar y particularizar su retórica fascista. En este proceso se observa una tensión en el discurso de *LCE* sobre el nacimiento de la República que se debate entre un apoyo unánime a la movilización popular que la secundó y el rechazo a la élite de la coalición de partidos antimonárquicos que hegemonizó el proceso político. De manera similar a Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria*, la recepción por la revista —fuera negativa o positiva— del momento político y de los discursos de los actores confrontados se estableció sobre los cimientos retóricos de un antagonismo de lo *nuevo* contra lo *viejo*.

En primer lugar, analizaré cómo, durante las semanas posteriores al 14 de abril, *LCE* fue posicionándose a favor de la rebelión abierta contra el gobierno provisional en alianza con los sectores de la izquierda ajenos al republicanismo de los *demoliberales* y a los *aburguesados* socialistas. A lo largo de los pocos meses que duró la revista, ninguno de los editoriales del semanario propuso un programa común con los actores de la derecha y de las formaciones católicas, los más beligerantes hacia el gobierno provisional y el proyecto nacional republicano. Pese al uso de elementos consensuados con la

derecha y la divergencia programática con los republicanos, el proyecto fascista de Ledesma integraba un lenguaje de interpelación a las masas, en especial a la juventud como sujeto revolucionario, identificadas con la movilización popular que desencadenó la República del 14 de abril. Para complementar este apartado, abordaré la divergencia del grupúsculo fascista con los tradicionalistas de Maeztu en la contingencia política y el acercamiento a los sectores de la izquierda revolucionaria a través de la inscripción de sus retóricas en los significantes de la derecha antirrepublicana. Un lenguaje político de alcance universal en sintonía con los fascismos del resto de Europa se fue acomodando e identificando a los discursos políticos y las contingencias que se dieron en los meses que duró el semanario. En los últimos números de la revista, *LCE* fue paulatinamente asumiendo el discurso de la derecha antirrepublicana, cuya identidad se conformó en oposición a una inminente revolución *marxista*, al *separatismo* de los partidos nacionalistas catalanes y al *anticatolicismo* de los sectores que secundaban el nuevo Estado. Este último componente religioso fue el aglutinante popular de una identidad política opuesta a la República representada por diferentes organizaciones, aunque, eminentemente, por Acción Popular y la coalición Confederación Española de Derechas Autónomas (Montero 159-79).

2.1. El momento populista del 14 de abril y la construcción de la identidad republicana

La Segunda República Española fue la culminación de un proceso de alianzas accidentales de múltiples sensibilidades que constituyeron una identidad política opuesta a la monarquía y a la dictadura de Primo de Rivera. Esta última había pasado de

postularse como una vía autoritaria alternativa a la España *decadente* de la Restauración borbónica de 1876 a ser el epítome de la decadencia monárquica. El socialista Indalecio Prieto, figura política imprescindible para la confluencia de los antiguos monárquicos, republicanos liberales y socialistas contra el rey,³² afirmaba en el discurso de bienvenida a Unamuno tras su exilio durante la dictadura: “En España no son posibles ahora más que dos grandes agrupaciones políticas: hay que estar con el rey o contra el rey. Esa es la línea divisoria, el mojón, el hito que no permite posiciones esfumadas, distingo ni confusiones” (34). Manuel Azaña, líder de Acción Republicana y futuro ministro de Guerra, exclamaba que los españoles no podían ser vasallos, súbditos de un “régimen [en referencia a la dictadura], que llamándose nuevo, era lo más podrido y lo más bastardo del régimen anterior” (14). Un mes después, Ortega sentenciaba a la monarquía en *El Sol* por haber permitido una dictadura con la que no había parangón “en todo el ámbito de la historia incluyendo los pueblos salvajes” (“El error Berenguer” 1). Tras las elecciones municipales del 12 de abril, el rey Alfonso XIII abandonaba el país y, desde la madrugada del 14, se proclamaba la República Española. Una movilización masiva, y pacífica, de manifestantes celebraba la caída de la monarquía en las principales urbes del país. El 14 de abril se produjo la adhesión de actores de procedencia y tradiciones políticas diversas en torno a un gran significante: la República.³³ En *Memoria y destino*, María Zambrano relataba este episodio como el renacimiento de una comunidad nacional negada por siglos de absolutismo monárquico —“*la España virgen* rescatada de los malos encantadores” (250)— en toda su plenitud en “la hora de la esperanza pura, la hora en la que lo que se espera hay que traerlo a la realidad” (228).

³² Luis Sala González: *Indalecio Prieto: República y socialismo (1930-1936)*.

³³ Véase la reflexión de Ernesto Laclau del populismo como modo de construcción política que puede estar presente en propuestas de diverso signo político (*La razón populista* 11, 29).

De los discursos en la prensa del día posterior a la proclamación de la República se destacan tres elementos: 1) la excepcionalidad de una movilización popular pacífica, ajena a las revoluciones violentas que la precedieron; 2) la ausencia de injerencias externas en el proceso revolucionario; 3) la revitalización de la comunidad nacional; 4) la legitimidad de una revolución popular que representaba con mayor o menor fidelidad el gobierno provisional de la República.³⁴ El editorial del *Heraldo de Madrid* expresaba el júbilo ante la “fiesta nacional”; una revolución sin revolución por su ejecución pacífica, “sin violencia” y “sin oro ruso”, en la que “los terribles carbonarios, los depredadores los violadores de la propiedad, los estupradores se limitan a pasear por las calles de la ciudad su entusiasmo y su júbilo” (1). La retórica del editorial de *El Herald* respondía al marco discursivo en el que se habían expresado los medios monárquicos, los cuales propagaban que las actividades subversivas del comité revolucionario durante el año anterior habían sido financiadas por el comunismo soviético y que el cambio de régimen supondría necesariamente una revolución sangrienta. La exaltación de la llegada sin violencia de una revolución pacífica no era exclusiva de la prensa abiertamente republicana. *Ahora*, periódico que decía haber apoyado a la monarquía hasta su caída, la describía como un “espectáculo de la multitud española, serena y disciplinada, dueña de sí misma y que exterioriza su entusiasmo en medio de una absoluta tranquilidad” (3). El último y tercer elemento común consistía en una exaltación patriótica vinculada a la tradición liberal. La revolución había sido pacífica y nacional, sin injerencias externas, lo que suponía para los rotativos un acontecimiento único en la historia de las revoluciones. España había logrado tras siglos de sufrimiento, de despotismo monárquico, su plena soberanía nacional. De este modo, el 14 de abril evocaba la época de la revolución de los

³⁴ Véase Cruz, Rafael. *La revolución elegante: España 1931*: 90.

comuneros del siglo XVI en la que el pueblo se había levantado contra la arbitrariedad y el despotismo monárquicos, aunque esta vez sin violencia, “con un orden absoluto y un entusiasmo frenético” que respondía “a la suprema soberanía popular” (Araquistáin 1). Por último, *La Libertad* dedicaba sus loas a una República por y para el *pueblo* que seguía requiriendo de su participación activa a fin de extinguir los últimos bastiones de la monarquía: los representantes, los medios y las organizaciones políticas que no se identificaban con la República.

Como consecuencia entre esta tensión entre la legitimidad del pueblo y la de los gobernantes, el grado de aceptación del régimen republicano era divergente en la prensa de las organizaciones de izquierda. Aunque se mostraba unánime en conceder al pueblo el protagonismo en los días posteriores a las elecciones municipales del 12 de abril, subrayando el alcance universal, único en la historia de España, de lo acontecido, su visión del gobierno provisional como representante legítimo de la revolución pacífica en las calles variaba considerablemente.³⁵ La portada de *El Socialista*, vocero del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y del sindicato Unión General de Trabajadores (UGT), hacía referencia a las manifestaciones de entusiasmo popular en las calles, sin violencia, y al renacimiento de una comunidad nacional que había sido negada por la monarquía durante siglos. En un homenaje a la revolución de 1968 que precedió la instauración de la Primera República, *El Socialista* titulaba “¡Viva España con honra!”, añadiendo la proclama antimonárquica —“¡Y sin borbones!”. Sin embargo, a diferencia de otros rotativos republicanos, reivindicaba el origen proletario de la revolución pacífica y la necesidad de implementar “una política progresiva que” diera “satisfacción a los justos

³⁵ Un completo análisis de las reacciones de la prensa y de los partidos políticos se encuentra en Rafael Cruz: *La revolución elegante: España 1931*.

deseos de los trabajadores” (1). Para los socialistas, la República era la única forma de Estado que podría facilitar la implantación del socialismo de forma pacífica, consolidando el nuevo régimen. Por su parte, la otra organización obrerista de amplio alcance en el Estado, la anarcosindicalista de la CNT veía el 14 de abril como una etapa transitoria hacia una revolución todavía pendiente. Con el objeto de hegemonizar el discurso articulado sobre el eje burguesía-proletariado, la prensa de las organizaciones partidistas y sindicales de izquierdas, desde los socialistas a los anarquistas, se acusaban mutuamente de traición a la clase obrera y de connivencia con la burguesía capitalista. Apenas cuatro días después de proclamarse el nuevo Estado, El diario anarcosindicalista *Solidaridad Obrera* aplaudía las primeras medidas del gobierno con relación a la libertad de los presos y la garantía de libre expresión en el espacio público. No obstante, ponía alerta a sus seguidores sobre la influencia negativa que pudieran ejercer los socialistas de la UGT, *traidores burgueses* que habían colaborado con la Dictadura, representada en el gobierno provisional por varios ministros, entre los que se encontraba el ya mencionado dirigente socialista Prieto. En los meses siguientes, la CNT se posicionó como la primera gran organización revolucionaria opuesta al nuevo régimen republicano porque consideraba insuficiente tanto el modelo social, al que equiparaban con el de la Dictadura, como la represión insuficiente contra las plataformas propagandísticas de los monárquicos y de la Iglesia.

Por otro lado, la prensa conservadora no se mostraba tan unánime ni en el diagnóstico de la situación ni en su posición ante el régimen republicano. El medio más exaltado en la defensa del régimen anterior, el periódico monárquico *ABC*, en su editorial del 15 de abril, acusaba a los republicanos de una “campana sañuda y tenaz de odio y

sectarismo” que había llevado al rey Alfonso XII “a retirarse de España con la dinastía” (17). El discurso de apego al pasado de *ABC* no era compartido por otros medios que en cuestión de meses se opondrían de forma beligerante al proceso constituyente republicano.³⁶ *La Nación*, antiguo diario oficioso de la dictadura de Primo de Rivera, titulaba: “Tengamos confianza y fe en los destinos de España”. Aunque en el editorial se expresaba la preferencia por la monarquía,³⁷ el periódico propiedad de Manuel Delgado Barreto se mostraba más cauto con la nueva situación que el diario monárquico, sin cuestionar la legalidad del nuevo régimen y ofreciéndose como su aliado siempre y cuando se garantizara el *orden* y se acabara con “los extremismos” (1). La diferencia entre *La Nación* y *El ABC* se hacía notar no tanto en sus convicciones monárquicas, sino en las disensiones surgidas durante la dictadura de Primo de Rivera, en la que un amplio sector de las élites monárquicas se opuso los decretos del Directorio. Durante el bienio en el que gobernaron las fuerzas republicanas de izquierda, este grupo de comunicación sería, junto al dirigido por Ángel Herrera Oria (*El Debate*), uno de los espolones de la oposición antirrepublicana. En 1933, Delgado Barreto fundó el diario *El Fascio*, órgano que pretendía ser la plataforma de un futuro partido fascista en España y cuya publicación

³⁶ En una carta publicada ese mismo día, el 15 de abril, *ABC* se alineaba inequívocamente con el anterior régimen: “Nuestra fe y nuestros principios (...) no se los lleva el huracán de pasiones que ha turbado tantas conciencias y ha extraviado a gran parte del pueblo (...) La monarquía es el signo de todo lo que defendemos; es la historia de España. Los hombres y los azares pueden interrumpir, pero no borrar la tradición y la historia, ni extirpar las raíces espirituales de un pueblo, ni cambiar su destino” (“Nuestra actitud” 21). El 17 de abril, el editorial de *ABC* se hacía eco de un artículo salido en el diario republicano *Crisol* en el que se valoraba su coherencia ideológica por ser “digna, decorosa y leal” a diferencia de (“Juicio de una revista republicana” 15).

³⁷ *La Nación* abogaba por una monarquía de tipo autoritario siguiendo los modelos antirrevolucionarios que se habían impuesto a lo largo de Europa. Un año antes, en abril de 1930, el periódico anunciaba la fundación de la Unión Monárquica Nacional. Heredera de la anterior Unión Patriótica, estaba formada por los antiguos partidarios de la dictadura: José Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu y el hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera, entre otros. En opinión de Mercedes Cabrera, Calvo-Sotelo “rompió las tradiciones liberales con un lenguaje radical que incomodaba y rechazaban los viejos políticos. pero que, quizás para desgracia de estos, se convirtió en protagonista de la campaña, desplazando la defensa de la monarquía (8).

fue secuestrada por el gobierno tras publicarse el primer número. Por su parte, *El Debate* fue el diario oficioso del primer gran partido antirrepublicano, Acción Nacional que, más tarde, ya renombrado Acción Popular, coaligó a los partidos de la derecha antirrepublicana en la Confederación Española de Derechas Autónomas.

La República era considerada transversalmente como una resurrección nacional que alumbraba un nuevo destino. A partir del significante con mayúsculas que generó la República de abril de 1931, sinónimo del pueblo, se derivó un léxico político que articuló una serie de demandas muy heterogéneas y opuestas entre sí. Para los anarquistas, la superación del viejo régimen solo podía venir del protagonismo de las masas, por lo que la República era parte de un proceso que no acababa más que comenzar. Los anarquistas alertaban contra el posible fraude o a la *traición al pueblo* por el gobierno *burgués* republicano. En este sentido, la República y los primeros objetivos del gobierno fueron insuficientes para organizaciones y personalidades republicanas que consideraban las medidas cobardes, lastradas por la moderación de los oportunistas, y que acusaban a los republicanos moderados de sustituir el anterior régimen por una monarquía de *gorro frigio*, es decir, un cambio meramente superficial. En cambio, la prensa republicana liberal señalaba que el gran acontecimiento de una movilización popular y pacífica ya era de por sí la meta necesaria. Por su parte, posiciones cercanas a un diario de extrema derecha como *La Nación* no consideraban legítima una fase revolucionaria, sino una República que garantizara el *orden*, es decir, que cualquier transformación de la organización económica y social no implicara ni una revisión radical del orden de la propiedad ni de los fundamentos identitarios de la nación, sobre todo aquello que afectaba a las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica.

Ante la retórica popular/populista de los republicanos contra la tiranía de los borbones y de las oligarquías que los habían sustentado durante siglos, gran parte de los conservadores equiparaban el nuevo régimen con el periodo que se consideraba la acumulación de todos los agravios que había sufrido el pueblo: la dictadura de Primo de Rivera. Hay ejemplos de cómo, durante los últimos años del Directorio y a lo largo de la República, el término *dictadura* fue empleado por las derechas como un significante negativo que se le asignaba recurrentemente al enemigo republicano y socialista. En un artículo firmado por Andrés Revesz titulado “El dictador y las izquierdas” (7-8), se atribuía la génesis de los dictadores modernos al socialismo revolucionario del que, sostenía, Mussolini había formado parte. Tan solo pasado un mes de la proclamación de la República, también desde *ABC*, se atacaba al nuevo régimen asimilándolo al Directorio: “negamos por igual la tesis de las facultades legislativas en el Gobierno revolucionario, lo mismo cuando ese gobierno se llama Directorio que cuando se denomina demócrata y republicano”. “En el pórtico” del régimen republicano las lesiones a las libertades habían superado con creces aquellas que —reconocían— se sucedieron en los siete años de dictadura: “tan dictatorial y rechazable es el sistema tanto en manos de unos como de otros” (“Menos pasión y más consecuencia” 23). “Tres años después, en el tercer aniversario del 14 de abril de 1934, el artículo “Aquello y esto” contrastaba de forma irónica los *logros* del régimen presente con las *penurias* del anterior:

títulos de nobleza, coronas, tratamientos, ... Todo eso es antidemocrático y no puede admitirse en un régimen de igualdad. Pero nuestros demócratas siguen llamándose *excelencia* y *usía* (...) Por lo demás, si antes se hablaba de *sangre azul*, más importancia le dan hoy a la *sangre roja* (...) ¿Distintivos? ¿Galones? Igual que antes. ¿Automóviles? Más, y más lujosos. Y allá van homenajes y banquetes y fiestas y desfiles... ¡Todo muy democrático!” (López-Montenegro 4).

Este artículo bien podría ser un extracto del nuevo discurso popular/populista de las fuerzas antirrepublicanas que surgieron durante el nuevo régimen, muchas de las cuales construyeron su identidad jugando con el antagonismo republicano, que enfrentaba a las élites burguesas protegidas por la monarquía y a una República identificada con el pueblo. Un ejercicio de apropiación del dispositivo retórico republicano y socialista para hacer resaltar las contradicciones de una identidad que decía ser antagónica a la monárquica y a la burguesa, pero que era tan *vieja y corrupta* como su precedente. Los republicanos no venían del pueblo, sino de la alta burguesía; eran aristócratas de *sangre roja* que disfrutaban de un exceso de comodidades materiales nunca antes visto en las viejas élites. Si del 14 de abril se derivó una identidad de lo popular asociada a la República que establecía una dicotomía entre el nuevo y el viejo régimen, los opositores que fueron surgiendo en el devenir de los primeros meses del gobierno provisional, de tan diferente extracción ideológica y tradición política como los anarcosindicalistas de la CNT y la derecha católica, explotaron esta dicotomía en su favor, asimilando la República con lo peor del régimen de la Restauración. Sobre la identificación con el discurso revolucionario del 14 de abril y su divergencia con la vieja élite del gobierno provisional de la República a la espera de una gran revolución hacia un Estado totalitario que emulara las que habían tenido lugar en media Europa —desde la fascista italiana hasta la soviética— se fundamentaría el discurso del semanario fascista *La Conquista del Estado* .

2.1.1. El fascismo de La Conquista del Estado ante la contingencia del 14 de abril: República y Dictadura

Esta panorámica de los discursos políticos a principios de la República resulta de especial utilidad para entender la articulación en el nuevo régimen del proyecto de la revista *La Conquista del Estado: Semanario de Lucha y de Información Política*. Pese a que en los estadios previos a la llegada de la República la revista se mostraba escéptica ante otro posible régimen demoliberal que no cambiara sustancialmente la organización del Estado y de la sociedad, Ledesma dio la bienvenida al nuevo régimen y la movilización popular en las calles que lo apoyaba. En el número del 18 de abril de *LCE* titulaba “La proclamación de la República: Una fase de la revolución española. Muy pronto llegarán los minutos decisivos del porvenir hispánico. ¡¡Españoles!! ¡¡Alerta!!”. El editorial dedicaba “un elogio y un aplauso al régimen republicano” producto de “la voluntad del pueblo español” que se ha decidido “de un modo magnífico por la República” y enfatizaba la carga afectiva de la movilización masiva del 14 de abril: “todos cuanto estiman que la emoción primera de las luchas políticas es la emoción del pueblo, deben hoy acatar sin reservas a la República”. *LCE* concluía advirtiendo que “la fase liberal” ya estaba superada por otros pueblos, advirtiendo que la nueva forma de estado tenía que salir de “la entraña hispánica” y debía concentrarse “en las auténticas eficacias, que son las de índole económica y social” (6:1).³⁸ En primer lugar, el editorial otorgaba legitimidad a la República (con mayúsculas) por ser producto de una movilización popular, un elemento que destacaba mayoritariamente la prensa del momento. Sin embargo, a diferencia de los medios republicanos liberales, *LCE* advertía sobre los peligros de que la República se concretara en forma de Estado liberal-parlamentario y de gobierno elegido en sufragio. En este aspecto, el semanario compartía ciertos elementos

³⁸ Todas las citas de los artículos de *La Conquista del Estado: Semanario de lucha e información política* corresponden a la edición facsímil editada por Barcelona: Círculo doctrinal José Antonio de Barcelona, 1974

del discurso de los anarcosindicalistas de *Solidaridad Obrera*, que proclamaban la necesaria superación de “todas las morbosidades políticas y sociales del viejo estado”, así como la consideración de que el 14 de abril era una fase primigenia de un proceso revolucionario aún por desarrollarse.

El discurso del semanario contenía elementos del republicanismo que no se encontraban ni en la defensa de la legalidad ni en la nostalgia por la monarquía. La revista fascista apoyaba la República por ser una manifestación popular y nacional — “nosotros, fervorosos exaltados de la energía nacional, hispánica, celebramos su disciplinado triunfo” (6:1) — en la que el pueblo había sido el principal protagonista. A diferencia de los medios conservadores, *LCE* expresaba abiertamente su simpatía por las manifestaciones de apoyo popular en las calles y, además, las vinculaba a una exaltación de nacionalismo. En consonancia con la retórica de la prensa asociada a los partidos y sindicatos de izquierda, el semanario se posicionaba contra la formación de una república liberal y burguesa. Las consignas de exaltación del proceso republicano como una manifestación popular que demandaba una “etapa revolucionaria” eran muy similares a la de los anarcosindicalistas de la CNT. Por otro lado, el discurso de la derecha alertando por la posible secesión de Cataluña de España se combinaba con las llamadas y consignas de la izquierda revolucionaria contra cualquier proyecto que no defendiera el control estatal de la economía. En cierta medida, el populismo de *LCE* contenía la misma base heterogénea de los manifiestos fascistas de Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria*, pero con un mayor seguimiento de los acontecimientos actuales y con una voluntad de incorporar las nuevas demandas que surgían en la esfera pública. Independientemente de su deriva política inicial, el semanario sostenía que las diferencias serían leves en los

inicios y que bien estaba “ese primordial deseo de consolidar el régimen republicano” (7:1). El 25 de abril dedicaba su primera página a los sucesos acaecidos durante los días posteriores al 14 de abril y a la implantación del gobierno provisional. Favorable a la República y dispuesto a defenderla “contra los enemigos que surjan” (7:1), decía compartir planteamientos con los republicanos intransigentes³⁹ y la izquierda más radical, al exigir medidas de colectivización de la economía y control de la vida social por el Estado. En este aspecto, el proyecto económico de la *LCE* no contemplaba una tercera vía que resolviera la tensión entre el capitalismo y el socialismo, sino que apelaba a una transformación radical del capitalismo y a una estatalización absoluta de todos los ámbitos de la sociedad.

2.2 Lo viejo y nuevo

El editorial “Comentarios actuales: La vida política” encabezaba el primer número de la *LCE*, el 14 de marzo de 1931, un mes antes de proclamarse la Segunda República. El antes colaborador de *La Gaceta Literaria*, Ramiro Ledesma llamaba a “las fuerzas auténticamente jóvenes y nuevas” contra “la vieja España liberal y agotada, setentona y miope” (1:1); “hombres jóvenes, repetimos, que nos traen a España el fervor de la época nueva” y que no se rendirán “ante la presencia de las vejeces tortuosas” (2:1). Tras las jornadas revolucionarias posteriores a las elecciones del 12 de abril se enfatizaba el protagonismo de la juventud en la celebración del triunfo electoral y en la transformación política del país ya que la juventud era el sujeto político histórico que estaba llamado a transformar la sociedad y a conquistar el Estado. En consecuencia, en el manifiesto

³⁹ La definición de estas fuerzas de *republicanos intransigentes* proviene de Rafael Cruz: *La revolución elegante: España 1931*.

“Pedimos y queremos” se especificaba que la afiliación a la organización fascista estaba limitada por edad a militantes entre los 18 y los 45 años: “¡Españoles jóvenes! El único Grupo que puede satisfacer vuestros intereses dentro de la República es el nuestro ¡¡Afiliaos!!” —en un anuncio de las páginas interiores exaltado en letras grandes (6:5).

En línea con estos postulados, en los primeros números de la revista se publicaba una sección a dos columnas titulada “La España que hace” que solía venir acompañada por otra a modo de contrapunto bajo el epígrafe “La España que deshace”. En ambas secciones se comentaban diversas instituciones y medios de comunicación que representaban el anverso y el reverso del antagonismo entre lo nuevo y lo viejo. El primer artículo de “La España que hace” se dedicaba a la Federación Universitaria Escolar (FUE), la primera gran organización universitaria que lideró las protestas callejeras contra la Dictadura de Primo de Rivera y está firmada por uno de los integrantes del partido-revista, Antonio Riaño Lanzarote, bajo el título “La obra de Sbert: Las F. U. Es.”. En las dos columnas que contienen el texto se exaltaba la labor de la FUE por “despertar” en el estudiante español “la conciencia colectiva” que daba la batalla “a todo cuanto hubiera en la Universidad de viejo y decrepito” para “levantar una juventud universitaria con bríos y empuje suficiente para derrumbar vejeces y oponer a la desintegración suicida del ochocientos sus anhelos de organización y de estructura”. Se atacaba sin ambages al Directorio de Primo de Rivera, que “se caracterizó por ser marcadamente antijuvenil” y que se encontró con la oposición beligerante que se encontró de las organizaciones universitarias, (1:5). De manera similar a *La Gaceta Literaria*, el texto segregaba la esfera pública en unos espacios asociados al pasado, donde se recluían los vestigios del siglo anterior —los cafés, los viejos círculos de intelectuales y determinados centros

culturales asociados al *demoliberalismo*— y otros asociados a la transformación y la lucha políticas donde se politizaban las masas llamadas a liderar la revolución: la juventud universitaria, cuyo núcleo de actividad política lo desempeñaba la FUE en la Universidad Central de Madrid.

Por otro lado, *La España que deshace* representaba lo viejo, el proyecto antagónico al cambio; todo aquello *decrépito* y *caduco*. El artículo del primer número iba dedicado al Ateneo de Madrid,⁴⁰ una institución vinculada a la izquierda que se caracterizaba negativamente por ser un centro asociado a los viejos intelectuales liberales. El Ateneo, rezaba el artículo, “ha perdido el contacto con los nuevos tiempos (...) adorando los viejos mitos del viejo siglo” y de la que “no ha salido ni una idea universal ni un síntoma de que el sentido de los nuevos tiempos era allí comprendido” (1:5). No obstante, *La España que deshace* no solo disparaba sus dardos contra los centros e instituciones inclinadas hacia el republicanismo de izquierdas, sino que lo hacía también de forma furibunda a aquello de viejo, burgués y liberal, en el sentido de unos modos de hacer política decimonónicos inherentes a las organizaciones y medios conservadores. El periódico *ABC* se retrata como “un refugio de arrepentidas, de Don Juanes jubilados; un sumidero de desperdicios, de gente escéptica, enclenque y fatigada; de plumas sucias, avariósicas, que se engominan el bisoñé y todavía gallean ante las duquesas de Gil de Escalante” (4:5). Toda esta serie de referencias negativas comunes al fascismo y a buena parte de las vanguardias de exaltación de la masculinidad, culto a la juventud, y desprecio

⁴⁰ El Ateneo de Madrid es una institución cultural nacida en el siglo XIX presidida por los más destacados intelectuales: Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán o Fernando de los Ríos, entre otros, pero cuyo más presidente más notorio fue Manuel Azaña, ministro de la guerra y, más tarde, presidente de la República. Fue un centro asociado a la izquierda durante la República que fue asaltado por pistoleros antirrepublicanos en varias ocasiones. Al finalizar la Guerra Civil, se pondría a disposición de la Delegación Provincial de Educación Nacional controlada por el partido único Falange Española Tradicionalista de las JONS.

de la feminidad, asociada a la burguesía, así como de la aristocracia decadentes son muy frecuentes en *LCE* para atacar tanto al izquierdismo moderado como al conservadurismo, referido en este caso particular a la tradición política de la Restauración. El texto asocia al *ABC* con las tradiciones y los hábitos del conservadurismo y nacionalismo del siglo XIX. Todo un repertorio de ingredientes asociados a una cultura popular que rechazaban: “La España que haremos no necesita, de colorines dominicales” —en referencia a las portadas de los domingos de *ABC*—, de superrealistas hipócritas, de D’Ors [del que se burlaba Guillermo de Torre en *La Gaceta*] (...) de la mediocridad celestinesca de Fernández Flórez, del patio sevillano de *Abc*, de las familias honestamente españolas, de la flatulencia conmemorativa de *La Restauración*”.

Estas retóricas de la juventud se basan en el antagonismo de un tiempo pasado de crisis de la cultura, de instituciones asociadas a proyectos políticos e ideologías moribundas que se serían sustituidas por unos valores de época colectivistas y antiparlamentarios hegemonzados por la juventud puede verse en la revista *El Estudiante*, dirigida por Rafael Giménez Siles (Málaga, 1900- Madrid, 1991), que se editó en Salamanca y Madrid entre 1924 y 1926. Los editoriales del semanario comprenden la visión de la juventud como sujeto político que ha de unirse para articular un proyecto de cambio y emancipación colectiva: “es esencial en nuestra época una comunidad y compenetración continua entre los individuos que hoy experimentan en España anhelos de renovación”. Aunque la línea editorial de esta publicación simpatizaba eminentemente con la revolución rusa y el establecimiento del Estado soviético, el dispositivo retórico enormemente similar al de *LCE*: “nuestra intención fue, desde un comienzo, formar un núcleo de juventudes libres españolas, para ir despertando de esta

forma, en la España joven, un sano descontento que la obligase, a su vez, a una actuación eficaz en los problemas perentorios de nuestra patria” (“Comentando nuestra labor” 1). La superación de lo viejo en España, reflejado en el “hombre sin necesidades, espíritu de vida estrecha, corta, limitadísima” (“Al reaparecer” 1), pasaba por la activación política del estudiante universitario, al que se le asignaba un papel rector en la construcción de un Estado Republicano. El cambio no podía ser hegemonizado por los liberales republicanos, viejos republicanos que se proyectaban en los hitos del siglo XIX, pero no contemplaban la transformación económica y social del país, dejando de lado al proletariado, con el que había de alumbrarse un porvenir de Libertad social y de Cultura unánime (“Las efemérides de hoy” 1).

La España que hace contiene elementos asociados al republicanismo al exaltar los movimientos contra la dictadura de Primo de Rivera, en especial las rebeliones universitarias opuestas a la actividad de los sindicatos conservadores, católicos en su mayor parte, y a la hegemonía de la Iglesia en la educación superior. Durante 1928 y 1929 tuvo que hacer frente a varias huelgas dirigidas por la organización fundada por Antoni María Sbert Massanet, siendo las movilizaciones estudiantiles uno de los factores principales para la crisis de legitimidad del Directorio de Primo de Rivera.⁴¹ Durante la República, la FUE se consolidó como una organización antifascista a la que se enfrentó desde 1933 al Sindicato Español Universitario (SEU), formado por estudiantes

⁴¹ En este sentido, el aumento del número de universitarios, que se incrementó de 19.000 a 27.000, y el proyecto de construcción de la Ciudad Universitaria en Madrid. El crecimiento de la masa de estudiantes de grado superior vino acompañado de reformas educativas como la Ley Callejo, que promulgaba la imposición en los centros educativos de una ideología nacionalista articulada en el centralismo cultural, la religión católica y la defensa de la monarquía. En respuesta a las medidas de intervención de la universidad y a los ataques contra la libertad de cátedra, el movimiento estudiantil liderado por la FUE se convirtió en uno de los más directos opositores a la dictadura. La excepcionalidad y la arbitrariedad con las que actuó la dictadura contra las huelgas estudiantiles fueron reprobadas públicamente por intelectuales de un amplio radio ideológico (González Calleja 83-94).

falangistas y jonsistas. Poco antes de comenzar la República, el antiguo líder de la FUE se integraría en las filas de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), un partido catalanista completamente antagónico a las fuerzas de la derecha española, cuya defensa del centralismo, del *papel rector* de Castilla contra los riesgos de *desmembramiento* de la patria, vertebraba buena parte de su discurso. En el momento en que se publicaba el artículo, la FUE era un sindicato despolitizado, en el sentido más amplio del término, que no es ausencia de actividades polémicas, sino que formaba parte de un movimiento más amplio de una nueva España contra una vieja. Esa vieja la representaba la dictadura decimonónica de Primo de Rivera y las instituciones católicas que no comprendían los tiempos actuales.⁴²

2.3 En busca de líder: El hijo del pueblo

En el empeño de encontrar alianzas con los actores revolucionarios de abril de 1931, *LCE*, como en el caso de Giménez Caballero en *La Gaceta*, proyectó sus demandas en líderes de otras formaciones políticas, muchos de los cuales no eran únicamente ajenos al fascismo, sino declaradamente antifascistas. Desde los primeros números, la revista enmarcaba la coalición republicano-socialista dentro de lo viejo por contener actores asociados a lo viejo. Aquellos demoliberales, rezaba el semanario, veían la República parlamentaria como un fin en sí mismo y no como una fase para la creación de un Estado sindicalista: “tan solo un hombre entre los del comité famoso, Indalecio Prieto, nos garantizaba con su talento y firmeza un viraje radical” (3:1) ¿Cuál era la razón de que el

⁴² Llama la atención que, justo en el siguiente número del 21 de marzo de 1931, *LCE* una valoración positiva de la dictadura de Primo de Rivera: “En aquella farsa liberal del año 1923, podrida de Parlamento y de acechos cobardes, introdujo la pirotecnia de su uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas” (2:1).

político vasco fuera la garantía de lo nuevo en una coalición integrada mayoritariamente por políticos que representaban lo viejo? Prieto era uno de los socialistas que, pese a las reticencias de gran parte del PSOE, había promovido la coalición entre formaciones del más amplio espectro a favor de la República, pese a que eran calificadas por muchos de sus compañeros de partido de burguesas y de responder a intereses ajenos a los del proletariado. Si a principios 1930 sus tesis no recibían el apoyo mayoritario de su partido, a finales de ese mismo año se convirtieron en la línea a seguir por el PSOE. Una vez formado el gobierno provisional, la portada del 17 de abril de *El Socialista* dedicaba dos columnas a la toma de posesión del político vasco como ministro de Hacienda. En ellas se destacaba el “interesante discurso” del *camarada* Prieto, en el que se distancia de la labor de otros ministros del pasado, que venían de la burguesía y de la aristocracia. En cambio, él era “un hijo del pueblo, que desde ahora es un funcionario más en el ministerio” (“Nuestro camarada Prieto pronuncia un interesante discurso” 1).

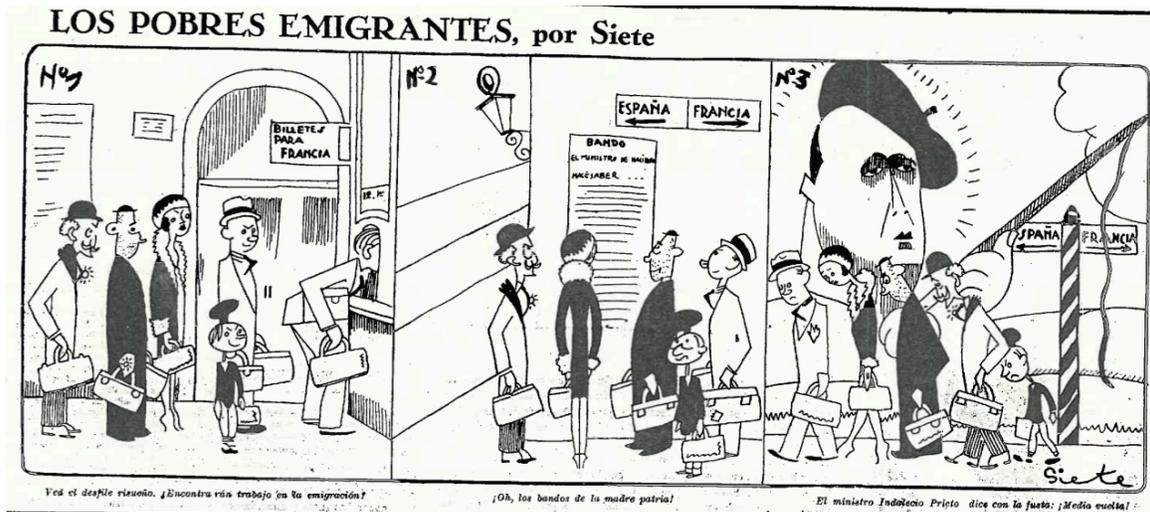


Fig. 1. Siete. “Los pobres inmigrantes”. *La Conquista del Estado* 8 (1931): 3.

En una de las habituales viñetas que aparecían en el semanario sobre la actualidad política (fig.1), se representaban una serie de personajes estereotípicos: unos burgueses acompañados por un sacerdote están comprando unos billetes para salir de la España

republicana hacia Francia. El pie de la viñeta describe con sarcasmo la huida de los conservadores al país vecino: “Ved el desfile risueño ¿Encontrarán trabajo en la emigración?”. En la segunda viñeta los personajes se encuentran con un bando firmado por Indalecio Prieto y en la tercera aparece proyectada sobre el cielo la efigie del ministro mientras los burgueses dan vuelta atrás cabizbajos ante un firme y lacónico mandato: “¡Media vuelta!”. Esta caricatura representaba a las decadentes derechas; los monárquicos, clérigos y capitalistas que pretendían abandonar la nueva España republicana, pero cuya fuga la evitaba el llamado a ser líder de la revolución nacional. El ministro se representa como el *hijo del pueblo* que somete, amenazando con su fusta, a los traidores que abandonaban una patria que ya no era su patrimonio exclusivo. Con el objeto de contextualizar la viñeta de Siete, se pueden observar los números publicados de los primeros días de la República de *El Socialista*, en el que se denunciaban las facilidades con la que el rey y otros antiguos partidarios del régimen anterior habían abandonado el país sin haber respondido por sus crímenes contra el pueblo. Una metáfora de uso corriente en los medios de izquierda para expresar las facilidades con la que “infinidad de aristócratas, holgazanes de profesión, que han vivido una vida muelle, de confort y comodidades excesivas, explotando a los trabajadores españoles” habían abandonado el país junto al monarca, era la del puente de plata. El editorial concluía afirmando que el Gobierno, con mayúsculas, debía “tomar en serio a estos emigrantes y vigilarlos de cerca” para reintegrarlos y juzgarlos por sus crímenes contra el pueblo. Los burgueses caricaturizados en la viñeta de Siete son los explotadores que huían de la Nación con sus rentas “para poder seguir viviendo lujosamente”. Estos burgueses, proseguía *El Socialista*, habían disfrutado de una vida muelle; es decir, una vida fácil y

despreocupada dedicada a los placeres a costa del sacrificio del pueblo. Este léxico que la revista fascista compartía con la izquierda revolucionaria delineaba la franja que separaba a dos enemigos irreconciliables: por un lado, los viejos burgueses de hábitos decadentes que huían de la revolución; por otro, los participantes de la movilización popular: masas de jóvenes trabajadores que acabarían con la generación corrupta y decadente que les había precedido.



Fig. 2. Caricatura de Indalecio Prieto. *Gracia y Justicia*, 3 Sep. 1931: 9.

La retórica antiburguesa no era exclusiva de las formaciones republicanas o de las formaciones revolucionarias, entre las que se podría incluir los fascistas de *LCE*, sino que formaba parte de un lenguaje de sentido común a partir del que se identificaban todos los actores políticos. Para contrastar la representación idealizada de Indalecio Prieto como hombre del pueblo, en la imagen siguiente (fig.2) se puede observar una caricatura en la revista de humor *Gracia y Justicia* publicada el 5 de septiembre de 1931. La acentuada

obesidad del personaje y opulencia en el vestir se presumía en evidente contradicción con la estética de un *hijo del pueblo*. La imagen viene acompañada de un texto —“lo encontramos completamente transformado, dispuesto a lanzarse a la vía pública”— que ironizaba sobre la predisposición revolucionaria del dirigente que supuestamente representaba los intereses de los trabajadores. Se observa que esta revista fundada por Delgado Barreto, como otros tantos medios antirrepublicanos, utilizaba el antagonismo burguesía-proletariado y todo el aparato simbólico que lo rodeaba para identificar a su enemigo político con todo aquello que se oponía a su propia identidad. Como he señalado anteriormente en el caso de la Dictadura vs la República, se trataría de otro ejemplo de utilización del lenguaje político con el que se identificaban la izquierda republicana y socialista para desarticular su discurso.

Parte de estos reclamos a favor de Prieto se encuentran en momento de significación del republicanismo a caballo entre un proyecto *obrero o burgués*, verdaderamente republicano o con rémoras de la vieja política, hecho por el *pueblo* o monopolizado *leguleyos*. La retórica de medios, como *El Socialista*, conciliaba las demandas por un Estado controlado por la clase obrera con la defensa de los procedimientos legales de un estado liberal. Una capacidad de aglutinamiento de diferentes discursos acusada de oportunista y traidora por sus rivales inmediatos en la representación de los *intereses* de los obreros: la CNT. Tras la decepción por el estado de las cosas entre la primavera y el verano de 1931, la posibilidad de que Prieto se convirtiera en un líder que condensara las demandas de *LCE* se fueron desvaneciendo. Un efecto de la contingencia de un periodo de crisis en el que muchos actores, empezando

por lo que sería el movimiento embrionario del fascismo español, tendrían que definirse e identificarse.

2.3.1. En busca de líder: Franco, caudillo republicano

Una vez establecido el gobierno provisional, *LCE* manifestó un marcado desprecio a sus dirigentes por su vejez moral, física y política, anclada en las aspiraciones republicanas del siglo XIX de un régimen parlamentario burgués. La retórica de *LCE* condensaba parte de un sentido común sobre la llegada sin mancha de una República en la que el protagonista era el pueblo, aunque, en consonancia con los republicanos *intransigentes* y con la Confederación Nacional del Trabajo, el gobierno no estaba representado fielmente el espíritu del 14 de abril, lo que obligaba a implementar una segunda fase de la revolución española. Una de las personalidades más populares que compartía este diagnóstico era Franco. No se trataba del futuro dictador Francisco Franco, sino su hermano, también un miembro destacado del ejército, Ramón Franco (1896-1935). El por entonces famoso comandante de la aviación, el mismo que cruzó el Atlántico pilotando el Plus Ultra, formaba parte de la progresista Unión Militar Republicana, organizada durante los años de la dictadura. En octubre de 1930 había publicado un artículo referente a la situación de la aviación en la que acusaba a la dictadura de haber obrado a espaldas de la soberanía popular. La evasión de la prisión militar en la que se le recluyó por esta manifestación pública de desafección con la dictadura y con la monarquía tuvo una enorme repercusión en la esfera pública.⁴³ Franco era considerado un icono de resistencia por la prensa republicana ya que era el principal oficial contra la monarquía de un ejército

⁴³ Véase Zavala, José María. *Franco, el republicano: la vida secreta de Ramón Franco, el hermano maldito del Caudillo*, Madrid: Altera, 2009.

que, desde el desastre de 1898, y sobre todo desde que dio comienzo la colonización del norte Marruecos, estaba asociado políticamente con la derecha antiliberal (Balfour 33-34). En la carta que dejó en la prisión al general Berenguer mostraba sus posiciones políticas al tiempo que evocaba su viaje transatlántico en el Plus Ultra:

Por salir en defensa de la libertad ciudadana me tuvisteis aprisionado, pero nunca amordazado. Mi pensamiento vuela más alto que toda la gloria que para España ganó el Plus Ultra. Poco a poco, el pájaro rebelde, con su pico, ha quebrado los barrotes de hierro, y todo el orín de los mismos lo ha lanzado al viento para que sirva de ejemplo al país, que está anhelando romper sus cadenas (en Ramón Garriga 191).

A la fuga de prisión le sucedió la sublevación militar de Jaca, en la que cayeron los primeros mártires de la causa republicana, Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández, tras ser condenados a muerte y fusilados. Tan solo dos días después de los fusilamientos, Franco organizó la sublevación de la base aérea de Cuatro Vientos, en la periferia sur de Madrid. Desde los aviones se lanzaron proclamas de saludo a la República en las que se invitaba a “los defensores del régimen caduco” que salieran “a la calle, que en ella” les bombardearían (207). Franco se convirtió en un héroe de la revolución antimonárquica. Desde su exilio en Francia, entabló relaciones con los políticos exiliados, entre ellos los anarcosindicalistas, lo que repercutió en su republicanismo de izquierdas. Una vez proclamada la República, pronto se manifestó contra el gobierno provisional por las facilidades con las que los monárquicos habían abandonado el país —el anteriormente mencionado *punteo de plata* a la reacción— y porque no se estaba produciendo una transformación radical del Estado. En el diario *La Tierra* se le dedicaba un cancionero popular que, recreando la efeméride del avión Plus Ultra, cuando Franco sobrevoló el Atlántico en el primer vuelo transoceánico de la

aviación española, alertaba a los contrarrevolucionarios y a los falsos republicanos de su próximo *vuelo*:

Diles a tus aviadores que es preciso volar:
que es preciso seguir hacia la luz
en alas de la noble juventud
que quiere despegar
de lo que sean campos de falsa democracia (...)
donde pueda crecer el impunismo,
y los tristes helechos de las vacilaciones,
y las hirientes zarzas de las contemplaciones,
y la mala entraña del tirar y aflojar...
Aviador: ten dispuesto el motor
por si acaso tenemos que volver a volar (Gerineldo 1).

El 9 de mayo *LCE* publicó en primera página una carta abierta al reintegrado jefe de la Aviación Militar. Las tres columnas estaban dedicadas a la idea revolucionaria de *LCE*, un proyecto que se decía estatista, antiburgués, anticapitalista, imperialista y ante todo joven, como significativo aglutinador de los reclamos precedentes. La carta argumentaba que la República necesitaba una revolución llevada a cabo por los jóvenes contra “el vil señoritismo de izquierdas, están ahí dispuestas a entrar en fuego para defender el hervor revolucionario” (9:1). En este número se defendía que el movimiento debía ir más allá de las categorías de la izquierda y la derecha, tres los grupos que estaban en disputa:

1.º El grupo retrógrado, reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima democracia parlamentaria, mediocre y burguesa . 2.º El grupo marxista, socializante e internacional, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria. Y 3.º, el grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas lo caminos del imperio (9:1).

El liderazgo de Franco como caudillo tenía sentido en cuanto a que manifestaba abiertamente una necesaria transformación social a partir de una revolución violenta para acabar con los antiguos monárquicos que se estaban vistiendo de traje republicano.

Además, Franco representaba la juventud de “nuevos revolucionarios”, el sujeto político

llamado a hegemonizar esa transformación, que se oponían a los “caudillos viejos, de poltrona y de café, que desconocen los resortes de la gallardía española que hoy resurge”.

La llamada a una revolución liderada por el comandante Franco se abortó apenas se hizo pública su candidatura para las elecciones constituyentes en las listas de los andalucistas de Blas de Infante Pérez de Vargas (1885-1936), el cuál, desde la publicación de *Ideal andaluz* (1917), reivindicaba la identidad histórica propia de Andalucía.⁴⁴ La colaboración de Franco con los proyectos republicanos federales era vista como una traición al ideal revolucionario; el comandante había tomado la vía de lo viejo al aliarse con los andalucistas. Desde su manifiesto fundador, *LCE* había encadenado una serie de significantes como revolución, juventud y República ligadas a la unidad de la nación española; un proyecto que excluía de la futura República hispánica a otras sensibilidades nacionales o reivindicaciones autonomistas dentro del Estado. La defensa del centralismo seguía las tesis de Ortega sobre la hegemonía de Castilla en la Nación española, que debía ejercer el papel rector de Estado e imponerse a la amenaza que suponía el desenvolvimiento de otras identidades nacionales. El semanario integró esta concepción identitaria homogénea de España en un discurso revolucionario sobre el eje burguesía-proletariado. Los proyectos autonomistas, como el que estaba promoviendo el partido catalanista Esquerra Republicana (ERC), se consideraban burgueses, demoliberales, decimonónicos y decadentes. De modo opuesto, lo antiburgués, lo fecundo y lo contemporáneo se ligaba al desarrollo de un Estado centralista, imperial e hispánico. Su apelación se contradecía con un proyecto de Estado republicano que se proponía integrar las diferentes reivindicaciones nacionales y regionales dentro de su territorio.

⁴⁴ Véase Ruiz Romero, Manuel. *Blas de Infante Pérez (1885-1936)*.

Resulta interesante observar cómo, en un proceso de continuas transformaciones políticas y de alianzas contingentes, *LCE* se identificaba con actores que, en cuestión de días formarían parte de proyectos antagónicos. De este modo, durante la primavera de 1931 las posibilidades de colaboración con los partidos del 14 de abril se fueron agotando. Pese a todo, el semanario fascista continuó interpelando aquellos que demandaban una República revolucionaria de la que se excluyeran a los viejos monárquicos, al clero, que recibía continuos ataques en los editoriales, y a los demoliberales, que habían traicionado al pueblo con una República parlamentaria y burguesa. Hacia mediados de 1931, ya solo quedaba una fuerza que, en principio, cumplía con sus demandas de transformación social radical, consideraba el Estado burgués republicano como una fase transitoria hacia una revolución inminente y no simpatizaba con las aspiraciones autonomistas de los partidos regionalistas: los anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo.

2.4. El pueblo y la revolución sindicalista

Tanto para los integrantes de la CNT como para los socialistas del PSOE-UGT, todas las fuerzas vinculadas al sistema a la iglesia, la monarquía y, en definitiva, a la reacción formaban parte de un pasado que no tenía cabida en la nueva España. La enemistad entre estas organizaciones venía de varias décadas atrás. Ambas organizaciones interpelaban al mismo sujeto político, el proletariado. Ambas se arrogaban la legitimidad en la representación de los proletarios y acusaban a sus rivales de traicionarlos. La retórica de los anarcosindicalistas identificaba a los socialistas con las fuerzas de lo viejo y su colaboración con una República burguesa les convertía en traidores a la clase obrera. Tras

la proclamación de la República, la CNT no tardó en pronunciarse contra el monopolio del sindicato socialista UGT en el gabinete gubernamental y su voluntad de acabar con los verdaderos revolucionarios. El vocero de los anarcosindicalistas en Cataluña, el periódico *Solidaridad Obrera*, recordaba que la UGT había pactado con la Dictadura del mismo modo que ahora lo hacía con una República que estaba en manos de la burguesía, que no era suficientemente beligerante con la Iglesia y los monárquicos y que, en consecuencia, se estaba convirtiendo en otro instrumento de explotación de los proletarios al servicio de la reacción. Los socialistas, en cambio, señalaban que los llamamientos a la violencia contra los enemigos del pueblo que pregonaban los anarcosindicalistas eran contraproducentes y fortalecían las posiciones de los sectores que defendían la permanencia en el *pasado*.

Esta tensión entre las fuerzas de lo nuevo también se evidenciaba en la vulnerabilidad programática de los fascistas de *LCE*. Resulta llamativo que una formación aparentemente tan unívoca expresara tal vacilación en aspectos claves de su discurso. Tras las primeras semanas de la República, continuaban la falta de certidumbres sobre como intervenir en la esfera pública, cuál era el partido que representaba la nueva política y el líder que la representaba. A partir de mayo, con las elecciones constituyentes convocadas para el verano, los editoriales de *LCE* comenzaron a interpelar a los actores revolucionarios al margen del nuevo régimen. Lo hacían porque compartían el discurso de los partidos revolucionarios que advertían que se estaban repitiendo en España las fases de la revolución bolchevique de 1917. Desde *LCE*, Niceto Alcalá-Zamora, presidente del gobierno provisional, era caracterizado como el Alexander Kérenski de la revolución española, en referencia al que fuera primer ministro ruso entre la caída del zar

y el triunfo de la Revolución de Octubre de 1917. El editorial del 23 de mayo se deshacía en elogios hacia la CNT por ser el sindicato que había “logrado la mayor eficiencia de lucha, y su fidelidad social, de clase, no [había] sido nunca desvirtuada”; “mucho más actual y fecunda que las organizaciones moribundas del socialismo” (11:1). Si las páginas de los meses de abril y mayo se dedicaron a los liderazgos de Prieto, único referente fiable dentro de la coalición *demoburguesa* socialista y republicana, y de Franco, futuro caudillo de una revolución hispánica, a partir del verano de 1931, los editoriales del semanario fascista, al tiempo que hacían continuas apologías a la violencia, dedicaron numerosas alabanzas al sindicalismo revolucionario de la CNT.

Conviene en este punto hacer un inciso que precise los términos del léxico revolucionario de los fascistas españoles para entender cómo se imbricaba en los lenguajes políticos que circulaban en la España de 1930. En *España invertebrada*, Ortega afirmaba que, tras la Gran Guerra, se había impuesto un pacifismo burgués en Europa contrario a la fuerza de las armas por suponer “un torpe residuo de la animalidad”, “lo contrapuesto al espíritu”. Al contrario, la *ética* burguesa era “moral y vitalmente inferior a la ética del guerrero” (35). Las sociedades burguesas decadentes eran aquellas en las que prevalecía el espíritu pacifista en detrimento de la ética del guerrero. Las tesis de Ledesma también venían influenciadas por las reflexiones sobre la eficacia de la violencia de Georges Sorel, que planteaba que la subsistencia de una civilización dependía del grado de conflicto que hubiera entre las clases. Según Sorel, La violencia proletaria se encontraba “al servicio de los intereses primordiales de la civilización” (95). Por el contrario, las sociedades en las que la burguesía establecía acuerdos con el proletariado acababan decayendo y autodestruyéndose (93). En este sentido, el peor

enemigo del proletariado no era el capitalismo burgués, sino los partidos políticos socialdemócratas que decían representarlo o los partidarios del corporativismo, aquellos que abogaban por un sistema económico mixto para abortar la conflictividad social. Este último modelo se asemejaba al propugnado por los republicanos demoliberales y los socialistas aburguesados. Del mismo modo, la retórica de *Solidaridad Obrera* interpelaba a los obreros para oponerse al pacto entre los republicanos burgueses y los socialistas traidores de la causa de los trabajadores de la UGT, haciendo continuos llamamientos a la violencia revolucionaria, un medio necesario para hacer la justicia del pueblo.

Sin embargo, el sindicalismo cenetista era más fiel a la concepción soreliana de la violencia que el estatalismo fascista de Ledesma. Según Sorel, el problema de la violencia en la historia había sido el de su uso como *fuerza*, es decir, su aplicación por parte de políticos y burócratas como un instrumento de reforzamiento del Estado. Desde su antipositivismo declarado, Sorel no sería tanto un apóstol de la violencia en abstracto, sino de la violencia no instrumentalizada, es decir, un opositor de su uso con fines objetivos. El problema no era tanto la violencia en sí misma, sino su transmutación en fuerza utilizada por el Estado o en una violencia calculada por un liderazgo político cuyo único objetivo se basaba en el oportunismo del momento, buscando su rédito en pequeñas reformas favorables a los obreros y en la representación de los sindicatos en los órganos de poder del Estado. La huelga política acabaría instaurando otro régimen despótico que aplicaría la fuerza al servicio Estado, terminando por imponer un aparato de delación y terror aún más nocivo que el precedente. De este modo, la única forma violencia válida sería aquella encaminada a la destrucción del Estado, libre de toda estrategia política que objetivara sus condiciones de realización y estableciera su éxito positivo en un futuro

cierto. A la violencia instrumentalizada —o fuerza estatal—, Sorel le opone la violencia *pura* revolucionaria que no proyecta la transformación de la sociedad blandiendo un programa para el mañana. La defensa de una revolución contra un Estado “irreformable” no se podría compaginar con una violencia programada desde arriba cuya solución viniese dictada a priori por los políticos (115). La teoría de Sorel viene de la mano del antimecanicismo de Henri Bergson y su idea de la “experiencia integral” (133), a saber, que el contacto bruto del ser con el tiempo y su propia experiencia hacen que la historia sea impredecible y que dependa del desenvolvimiento espontáneo del sujeto en el tiempo y en el espacio. La lucha de clases se integraría en esta idea de la experiencia conjunta, que no se ocupa por los detalles ni por las particularidades de la realización del comunismo, sino del mito-imagen de la revolución en su conjunto. Lo importante es la eficacia de esos mitos-imágenes — “imágenes de un porvenir indeterminado en el tiempo” (125)— para las transformaciones venideras, aunque estas no se asemejaran —ni se asemejarían nunca— a las proyecciones de los revolucionarios. La ejecución de la huelga general tendría consecuencias impredecibles y disertar sobre su finalidad sería un ejercicio fútil. Sorel sostenía que el mero designio de una existencia programada por un supuesto Estado socialista solo alentaba a los oportunistas deseosos de una vida cómoda en el desempeño de una política conciliadora que cesara la conflictividad social.

En el momento de la proclamación de la República, el anarcosindicalismo se debatía entre el pestañismo —corriente asociada a Ángel Pestaña favorable a la conjunción con otras fuerzas republicanas así como a la postergación de la revolución— y la vía insurreccional de los anarquistas de la Federación Anarquista Ibérica, que, fieles a los principios revolucionarios de Sorel, rechazaban pactar con el régimen burgués. *LCE*

se manifestó inequívocamente *pestañista* porque su estrategia podía aglutinar a los trabajadores en un gran sindicato nacional que impidiera una disgregación del movimiento revolucionario, una posibilidad que Ledesma asociaba con la victoria de las tesis anarquistas. A partir del verano de 1931, *LCE* dedicó varios editoriales a la CNT, con un seguimiento exhaustivo del funcionamiento interno del sindicalismo anarquista y de su acción sindical en las calles. En referencia a la organización del sindicato, el semanario hizo referencia al Congreso Extraordinario de la CNT en el que se debatía sobre la estrategia a seguir en el nuevo régimen republicano. En la página dedicada a la primera sesión del congreso:

Surgió la estúpida Dictadura de Miguelito. Hubo cárceles y destierro para el Sindicato Único. Vinieron las dictablandas de Berenguer y Aznar. Llegó la republiquita medrosa y burguesa, con su cortejo de frailes, banqueros y generales. Por encima de tales mostrencos sucesos, ha crecido y se ha granado la nueva generación hispánica, que es muy nacional y muy revolucionaria (14:6).

El texto constataba la imposibilidad de una república revolucionaria por se una reproducción del anterior régimen: un “cortejo de frailes, banqueros y generales”. En cambio, los anarcosindicalistas eran la España joven y revolucionaria que representaban líderes como Ángel Pestaña, al que se reivindicaba como un nacionalista español. De él se decía que “bien pudo acompañar a Mio Cid a reconquistar justicia (...) es la verdad y el amor que se abre camino sobre los espíritus y las ansias de los trabajadores. Él los ensambla y unifica”. Un discurso fascista que integraba al líder anarcosindicalista dentro de un proyecto de reactualización de los mitos nacionales del pasado en el presente (Neocleous XI). En este sentido, el sindicato anarcosindicalista era plenamente nacional porque, pese a que su hegemonía como organización obrera se circunscribía a Cataluña, donde se estaba llevando a cabo un proceso de reconocimiento federal por parte de la

República y se estaba gestando un estatuto de autonomía promovido por las fuerzas republicanas catalanistas, interpelaba al conjunto de trabajadores del conjunto del Estado Español así como desconfiaba de los proyectos autonomistas por ser una amenaza contra la unidad nacional. La beligerancia del semanario hacia el catalanismo de ERC convertía a los cenetistas en aliados porque promovían una revolución nacional, lo que la convertía en una fuerza “muy nacional y muy revolucionaria”, de “rudeza ibérica” (14:6). A diferencia de las fuerzas burguesas que habían hegemonizado el proyecto republicano y de los comunistas, cuya estrategia estaba dictada por una potencia extranjera y de ideología marxista como la URSS, el anarcosindicalismo representaba lo nuevo, era antiburgués, revolucionario y genuinamente nacional.

El discurso anticapitalista de los anarcosindicalistas establecía una continuidad entre las políticas económicas de la Dictadura y las que estaba llevando a cabo la República burguesa. Una de las movilizaciones con más repercusión de la CNT fue la que litigó a los trabajadores sindicados contra los dueños del monopolio de telecomunicaciones Telefónica en julio de 1931. La revista dedicó varias páginas a la huelga con numerosos elogios a la organización anarcosindicalista por considerarla una manifestación de un sindicato de clase “no marxista” que rechazaba la participación extranjera de la American Telephone and Telegraph Company en una compañía que debía estar plenamente en manos del Estado español y no subordinada a los intereses del imperialismo americano. Una reivindicación que, según *LCE*, hacía al sindicato en el único portavoz de los intereses nacionales contra el “el rapaz capitalismo extranjero”, al que se representaba con la garra de un águila en lucha contra un león. Desde las páginas de *Solidaridad Obrera*, los anarcosindicalistas reivindicaban la revolución nacional que

prometía el 14 de abril y que había sido abortada por los republicanos burgueses, definiéndose como los únicos portadores de la revolución, a diferencia de “los miserables” de la organización socialista UGT, “cada día más desarraigada del proletariado español” que apoyaba a gobernantes “servidores descarados del capitalismo extranjero” (“Encima de un volcán” 1).

La idealización de la CNT por *LCE* conecta con algunas interpretaciones históricas posteriores del sindicalismo anarquista que lo retratan positivamente como una fuerza antiburocrática organizada de base por gente común, ajena a élites y credos políticos impuestos, o negativas desde parámetros liberal-progresistas, que lo conciben como un irracionalismo antimoderno que compartía en esencia la misma matriz moral-religiosa que la ultraderecha.⁴⁵ En uno de los últimos números de la revista, el 17 de octubre de 1931, se atacaba el cambio de estrategia de la CNT tras la Asamblea regional de Sindicatos únicos catalanes que daba la victoria a los sectores, según *LCE*, más cercanos al anarquismo y, por lo tanto, a cualquier organización sistemática de los trabajadores que pudiera servir de plataforma a un Estado totalitario. Pese al rechazo al proceso constitucional republicano y a unos instrumentos de canalización de la voluntad popular decimonónicos, como el concurso electoral de los partidos o la contienda política limitada al ejercicio de los políticos profesionales en el parlamento, la futura alianza entre fuerzas revolucionarias y el esfuerzo de *hispanizar* el sindicalismo anarquista para integrarlo en un movimiento de masas que proclamaba *LCE* fueron un absoluto fracaso.

2.5. La hispanidad y la República hispánica

⁴⁵ Véanse Bookchin, Murray. *The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936* y Martin, Steven H. *The Commonality of Enemies: Carlism and Anarchism in Modern Spain, 1868-1937*.

En *España contra España: los nacionalismos franquistas*, Ismael Saz sostiene que el nacionalismo español, compuesto de una serie de elementos identitarios aparentemente estables, perdurables en el tiempo y con escasas modificaciones estructurales, respondía a la crisis de identidad que trajo consigo el Desastre de 1898 y los comienzos del siglo XX en España. Los actores que podrían subsumirse dentro de una corriente fascista o fascistizante española, bien sea desde el conservadurismo tradicionalista al fascismo revolucionario, respondían a las exigencias y demandas de la sociedad, y su constitución era más voluble e inestable que la de otras fuerzas de la izquierda con una tradición política mucho más asentada. La identificación del fascismo con una tradición política y una organización social preexistente, lejana en el tiempo, formaba parte de su propia retórica de proyección en un pasado opuesto a un presente de decadencia que, si en el caso del marxismo había sido identificado con el capitalismo, se justificaba por la ausencia o disolución de la identidad nacional homogénea pasada.

En esta línea, el primer punto del manifiesto de *LCE*, “Pedimos y queremos”, exigía el establecimiento de un “Estado hispánico, robusto y poderoso” apelando a un pasado imperial del Estado Español que se actualizaba en el presente: “la táctica imperial que nos convierta en el pueblo más poderoso de Occidente”. Merece especial atención el adjetivo *hispánico* que acompaña buena parte de su lenguaje y su utilización sistemática como un vocablo de aplicación múltiple a fenómenos y actores que convergían dentro de los presupuestos ideológicos —indefinidos— del semanario. En las páginas de la revista se adjetivaba la República como *hispánica*, a los estudiantes FUE se les elogiaba por su carácter *hispánico* o se apelaba al sentido *hispánico* de ciertas figuras políticas relevantes como Prieto, del comandante Franco o los líderes del anarcosindicalismo. En este

sentido, *LCE* disponía del epíteto para calificar al movimiento de resistencia al régimen demoliberal y del capitalismo que luchaba por un *nuevo* modelo de organización de la sociedad y del Estado. El semanario hacía un uso político de un término que había sido objeto de debate la década anterior como elemento definidor de una vía revolucionaria alternativa a la planteada por los partidos marxistas antinacionales.

A lo largo de 1920, se inició una discusión sobre las implicaciones político-ideológicas de la hispanidad. El socialista Luis Araquistáin publicó en *El Sol* un artículo en el que defendía un hispanismo ligado a las tradiciones liberales. Según Araquistáin, un hispanoamericanismo oficial de reconocimiento entre tiranos y déspotas se situaba a ambos lados del continente. Era necesaria una reacción de la “inteligencia crítica” de las naciones hispanoamericanas que superaran una idea de hispanismo acrítica y conservadora: “Necesitamos un hispanoamericanismo liberal, por contraposición a ese otro hispanoamericanismo conservador o indiferenciado que coloca la idea de hispanidad –como en otro orden la idea de nacionalidad– por encima de nuestras imperfecciones y nuestras miserias, llevándole a adular todo lo que pertenece a nuestra raza, aunque sea falso, inepto, feo o injusto” (1). Araquistáin se refería al uso específico del término hispanidad adoptado por Zacarías Vizcarra Arana (1880-1963). En “Origen del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad”, Vizcarra señalaba que el vocablo refería a los pueblos hispanos diseminados por el mundo que poseían un “conjunto de cualidades” espirituales que los diferenciaban. Independientemente de las diferencias raciales entre estos pueblos, este conjunto se definía por la religión católica, contrapeso espiritual de las “luchas raciales y apetitos materialistas”. La fiesta del Día de la Raza trasladaba la concepción opuesta al sentido espiritual de la obra hispánica, por lo que

debía de sustituirse por Día de la Hispanidad. Ramiro de Maeztu y Whitney (1874-1936), miembro de la sociedad cultural y de la redacción de su revista homónima *Acción Española*,⁴⁶ adoptó la concepción de Vizcarra y la dotó de un sentido histórico contemporáneo. *LCE* se hizo eco de las reflexiones de Maeztu sobre la hispanidad como una solución alternativa a las dos tendencias ideológicas presentes en las “naciones hispanoamericanas”: la capitalista y la comunista (“Homenaje a Ramiro de Maeztu” 2:5). Maeztu hacía una analogía entre hispanidad y los modelos sociopolíticos anticomunistas en toda Europa derivados del fascismo que se oponían al liberalismo decadente y que confrontaban al materialismo socialista revolucionario. En términos políticos, la hispanidad teorizada por Maeztu era una reacción a tradiciones políticas mucho más antiguas y asentadas en la España de 1930 como el liberalismo, el socialismo o el anarquismo, además de un discurso crítico con los movimientos regeneracionistas que, desde principios del siglo XX, se sustentaban sobre concepciones foráneas—la anti-España. La construcción ideológica del concepto formaba parte de una estrategia de galvanización de una identidad monárquica que había perdido sus referentes el 14 de abril, con el exilio de Alfonso XIII y el fin de una institución sobre la que se asentaban los pilares del conservadurismo católico y monárquico.

En *LCE* lo hispánico se reivindica vinculado a la historia y a los mitos nacionales de la Reconquista y el Imperio,⁴⁷ pero, a su vez, no se distanciaba de la cultura y literatura españolas contemporánea, exaltando, del mismo modo que Giménez Caballero

⁴⁶ La sociedad cultural se constituyó en octubre de 1931. El primer número de la revista data del 15 de diciembre de 1931 y duró hasta un mes antes del estallido de la Guerra Civil, en julio de 1936 (González Cuevas, *Maeztu: biografía de un nacionalista español* 274).

⁴⁷ Véase el artículo de *LCE*: “La Monarquía en la España de los siglos modernos”, de M. Almagro Bosch en el que se contraponen los ideales imperiales del “morir de la Edad Media” en oposición a la época “de leyes y leguleyos” (7:4).

en *La Gaceta Literaria*, a Unamuno y a la generación del 98. En el proceso de constitución de la República española, el término se usaba sistemáticamente para calificar a las fuerzas políticas revolucionarias que habían desempeñado un rol central en el movimiento contra la Dictadura de Primo de Rivera —a la que el propio Maeztu y sus colaboradores habían secundado— y en la llegada de la República. En lo hispánico se subsumían reivindicaciones de movimientos que por su desarrollo y estrategia eran proyectos antitéticos al de *Acción Española* y que constituían lo que Maeztu denominaba como la anti-España. Si, según Rafael Cruz, durante el periodo se visibilizaron “una variedad de identidades de pueblo” circunscritas a una comunidad popular, un pueblo republicano, un pueblo trabajador, un pueblo revolucionario o un pueblo español (*En el nombre del pueblo* 26), *LCE* subsumía esa multiplicidad, en muchos casos excluyente, en una gran identidad hispánica. La retórica se sustentaba en una ecuación entre lo hispano y los movimientos actuales. Lo actual o lo nuevo se asociaba a lo opuesto al decadente régimen demoliberal y a sus promotores burgueses y *leguleyos*. Lo hispánico apellidaba los fenómenos contemporáneos que, en convergencia con las experiencias del resto de Europa, eran antiburgueses y revolucionarios, mientras que eran su opuesto aquellos que proponían proyectos residuales del siglo anterior. De este modo, la mayor parte de los miembros del gobierno provisional eran objeto de descalificaciones por parte del semanario porque, enmascarados en la apariencia de lo *nuevo*, no eran otra cosa que expresiones burguesas de “señoritos”, como la ideología socialdemócrata cuya “entraña, ideología y afanes son específicamente burgueses”. Por otro lado, aunque se considerara un fenómeno actual que venía a superar el modelo demoliberal del siglo XIX, el comunismo se oponía a lo hispánico no tanto por su presupuestos colectivistas, sino

porque introducía “en las sagradas fidelidades hispánicas el morbo de la deslealtad, de la traición y del error”, siendo un “vago extranjerismo de una cultura antinacional” (12:1). Tanto la estrategia socialdemócrata como la comunista no eran hispánicas, porque la primera no se ajustaba al principio soreliano de la revolución violenta y la segunda se enajenaba de la nación española como componente identitario central.

La contingencia de los primeros meses de la República fue un factor determinante para que la ideología de *LCE* se identificara con bloques ideológicos que más tarde se distinguirían claramente de sus adversarios *fascistas*. La apelación a una República hispánica, a los estudiantes hispánicos de la FUE, al sentido hispánico de Prieto o del comandante Franco y al sindicalismo hispánico de la CNT eran productos derivados de una retórica construida improvisadamente, a partir de las contingencias de un periodo de crisis orgánica del viejo Estado monárquico hacia un nuevo modelo republicano con una nueva identidad nacional. Estos derivados heterogéneos, en la mayoría de los casos contradictorios, respondían a una estrategia de convergencia del movimiento de Ledesma con los nuevos movimientos políticos y culturales. Al estar sometidos a las contingencias y a la indefinición propia de movimientos que estaban siguiendo el proceso de construcción republicana, *LCE* apelaba a los anarcosindicalistas o republicanos extremistas que adoptaron posiciones más definidas, caso del comandante Franco.

2.6. El pueblo contra el pueblo: la religión como aglutinante popular de la derecha

Los acontecimientos acaecidos en mayo de 1931 desencadenaron una lucha entre identidades políticas antagónicas que empezaron a definirse a partir del primer enfrentamiento entre republicanos y católicos acaecido en el nuevo régimen republicano.

Desde finales del siglo XIX, la oposición a la hegemonía de la Iglesia católica fue un elemento de unidad de sectores anarquistas, federalistas y socialistas, para los cuales, dentro de las concepciones marxistas, la cuestión religiosa era “un epifenómeno de la confrontación central de su imaginario: capital y trabajo, burguesía y proletariado” (Suárez Cortina 250). La identidad de los sectores que se unieron por la República se basaba también en el anticlericalismo, por ser la Iglesia uno de los pilares políticos e ideológicos que sustentaban el régimen de la Restauración y la monarquía (Cueva Merino 26). La República, desde los inicios, se manifestó como un proyecto de laicización de la esfera pública española, activando medidas que restaban poder a la Iglesia Católica, que hasta entonces había ejercido amplias cuotas de poder institucional.

A través de sus medios y organizaciones políticas, la derecha postmonárquica construyó un discurso populista basado en la identidad católica del pueblo español que se oponía a una República que atacaba tanto sus creencias más íntimas como las instituciones y manifestaciones del espíritu colectivo. Se daba así paso al enfrentamiento entre dos modelos de pueblo: uno republicano y otro católico (*En el nombre del pueblo* 50-62). Como reacción a la laicización de la esfera pública, la prensa de derechas resaltaba las contradicciones del discurso republicano, que abogaba por un Estado en el que todos pudieran disfrutar de una ciudadanía libre e igual en derechos, pero que estaba excluyendo a los católicos. En esta disputa retórica de los derechos del ciudadano en la nueva República, estos medios y sus organizaciones señalaban que la ciudadanía y la identidad española tenían que ser necesariamente católicas, porque ser católico era ser español y por ende ser ciudadano libre. Sin catolicismo y sin la colaboración generosa entre sus instituciones y el Estado no había libertad ni igualdad entre los ciudadanos. Un

ejemplo de esta cadena equivalencial libertad-ciudadanía-religión lo ofrecía el editorial del primer número de *Gracia y Justicia*, “Un ratito en serio”, que acusaba a los dirigentes republicanos de no

“encauzar la vida pública por el camino del bien, que está en el orden, en el respeto a las ideas, en la garantía para todos los derechos, en la consideración a las tradiciones del país, en el mantenimiento del espíritu cristiano, en la conservación de la moral, en las leyes de convivencia...” (1:4).

De este modo, se asimilaba la hegemonía de las doctrinas del credo católico con el respeto a los derechos e ideas de todos los ciudadanos. En consecuencia, no se estaba defendiendo el *statu quo* previo al régimen republicano en el que se privilegiaba la catolicidad del Estado, sino desde la inevitabilidad del actual régimen se consideraba que la ciudadanía tenía que fundamentarse en una religión.

A principios de mayo, el cardenal primado Pedro Segura y Sáez hacía público el agradecimiento a los servicios a España del rey destronado Alfonso XIII, así como un mensaje directo contra el proceso de instauración de un Estado laico y republicano: “cuando los enemigos del reinado de Jesucristo avanzan resueltamente, ningún católico puede permanecer inactivo”. La misiva de Segura hacía una apología del anterior régimen e identificaba a la República con el enemigo del catolicismo, animando a sus fieles a movilizarse contra el nuevo régimen. Este discurso de identificación de la comunidad nacional con la monarquía y la religión católica se puede seguir a través de los números de abril y de mayo del diario católico *Siglo Futuro*. El editorial del 12 de mayo, titulado “La triste jornada de ayer”, afirmaba que el móvil de los ataques contra los edificios eclesiásticos era el odio a la religión católica que había sido canalizado a través de “todos los sistemas inspirados por el liberalismo”, como la República, cuyos

gobernantes “profesan principios incompatibles con la doctrina católica” (1).

Anteriormente, el diario había sido uno de los más beligerantes contra la proclamación de la República por tratarse de la antítesis del Estado monárquico y católico que demandaban. La cabecera de la portada de este diario protagonizaba la imagen del Cristo del Sagrado Corazón acompañado de la leyenda: “Reinaré en España”. En 1919, Alfonso XIII había consagrado en Getafe la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, un gesto que le granjeó el apoyo de los sectores tradicionalistas y que asimilaba a la monarquía con el catolicismo y la nación española: “Dos principios incommovibles arraigan en nuestro corazón: Dios y la Patria. (...) Eso es lo nuestro: la fe católica y España, que es eso” (“La religión y la patria” 1). El proceso de construcción nacional republicana no era solo alternativa a esta identificación entre la Nación y la religión católica, sino que se oponía radicalmente a ella.

El efecto directo de la contienda entre una nueva ciudadanía republicana opuesta a la católica fue la primera organización posmonárquica de amplio alcance nacida al albor del nuevo régimen: el partido Acción Nacional,⁴⁸ de Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*. El conjunto de dispositivos mediáticos y políticos de Herrera Oria generó una nueva identidad antirrepublicana que, a diferencia de los postulados de medios de comunicación monárquicos como el *ABC*, no se alimentaba de una nostalgia de la monarquía. Los acontecimientos de mayo de 1931 fueron el comienzo de numerosas manifestaciones católicas que propagaban un populismo fundamentado en la preservación de la organización de la esfera pública por la Iglesia, algo que era más pretérito y profundo que las instituciones parlamentarias y monárquicas refrendadas en

⁴⁸ Partido que posteriormente se denominaría Acción Popular, columna vertebral de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) liderada por José María Gil-Robles desde febrero de 1933.

1876.⁴⁹ A esta emergente identidad política católica de victimismo antirrepublicano se sumó el grupo de Delgado Barreto,⁵⁰ cuyo discurso se sostenía en una República que había adquirido los males que decía combatir —una monarquía de gorro frigio—, con políticas económicas estaban depauperando a las clases medias urbanas y una acción en general destructiva. Sumado a la destrucción de las clases medias, la identificación de un poder político corrupto y al peligro eminente de una revolución marxista, el catolicismo se convirtió en el elemento clave de aglutinamiento de las fuerzas antirrepublicanas que, mediante la gran coalición Confederación Española de Derechas Autónomas, lograron una amplia representación parlamentaria tras las elecciones de 1933.⁵¹

2.6.1. El pueblo contra el pueblo: LCE ante el discurso revolucionario de mayo de 1931

Por su parte, los medios que abogaban por una transformación radical del anterior statu quo acusaban a la República de haber transigido con los viejos monárquicos, que eran calificados de neorrepublicanos, y pedían una República identificada con el pueblo dispuesta a asumir las transformaciones sociales que requería un Estado moderno y a reprimir a los enemigos del pueblo. El gobierno de la República no había aplicado la justicia que el pueblo demandaba, otorgando un puente de plata a muchos de los

⁴⁹ La asociación político-social de las organizaciones laicas de la iglesia católica en España, sus contactos internacionales con el Vaticano y organizaciones de otros países y las tensiones entre los diferentes sectores procatólicos constituyen el objeto del estudio en Feliciano Montero: “La acción católica, Ángel Herrera y la Asociación Católica de Propagandistas”. Sobre la vía accidentalista de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas en la República véase “El diario *El Debate* en la II República ¿acatamiento a la legalidad?”, por Cristina Barreiro Gordillo.

⁵⁰ Manuel Delgado Barreto había sido director del diario *La Acción* (1916-1924), diario que dedicó los primeros elogios en España a la dictadura fascista de Mussolini (González Cuevas, “Las religiones políticas contemporáneas: su incidencia en España.” 110).

⁵¹ Un estudio sobre el fascismo como religión política y su conexión con las organizaciones políticas católicas lo constituye González Cuevas, Pedro Carlos. “Las religiones políticas contemporáneas: su incidencia en España.”

anteriores colaboradores de la dictadura de Primo de Rivera. Tampoco había impedido que los monárquicos y los católicos se reorganizaran políticamente en nuevas formaciones que amenazaban la revolución del 14 de abril. El editorial de *La Tierra* justificaba de este modo la violencia en las calles:

Las masas que votaron en alarde magnífico de civismo la República, han demostrado violentamente en la calle que quieren salvar el régimen (...) Al advertir la forma vacilante con la que actuaban [los miembros del gobierno provisional] frente a los enemigos de la República ha salido a la calle y le ha enseñado una vez más, violentamente, a la monarquía y a sus hombres que jamás volverán a regir los destinos de España (“Por el bien de la República: Las rutas que marca el país” 1).

El editorial proseguía definiendo “el espíritu religioso, sano” “amparado y defendido por el pueblo” que no era el “aquellos elementos que con la capa de la religión, encubren un estado de cosas retrógrado”. Y concluía: “con la Iglesia Liberal representando el espíritu de Cristo, sí. Con los frailes, acaparadores de conciencias y fortunas, no”. Los monárquicos y, por ende, los enemigos de la República estaban usando la religión católica para extender un mensaje de subversión contra el mandato popular. Ante la pasividad de las instituciones republicanas, el pueblo había decidido actuar.

Pese a que por entonces *LCE* ya había proclamado su hostilidad al gobierno *demoliberal*, el populismo católico de la derecha no se constituyó en un elemento de galvanización del nacionalismo *hispanico* que pregonaba el semanario. A propósito de las primeras medidas de laicización de la educación, en el número del 13 de junio, bajo el epígrafe “Notas universitarias”, se demandaba a las asociaciones católicas que no hicieran “petición de ningún género, pues su misión había acabado el 14 de abril. La enseñanza no puede ser en manera alguna patrimonio de una religión o de cierto número de asociaciones católicas o no católicas”. En el verano de 1931 las esperanzas de *LCE* en

la República del 14 de abril ya se habían desvanecido. Pese a todo, el semanario se distanció del discurso de los diarios monárquicos y católicos sobre la quema de conventos de mayo de 1931 (Gallego Margaleff, “La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo” 385).

La quema de edificios eclesiásticos que tuvo lugar en Madrid entre el 14 y el 15 de mayo no fue objeto de la simpatía del semanario, pero tampoco de una consideración especialmente animosa. El editorial del 16 de mayo de 1931 atacaba el protagonismo de las “turbas que incendian conventos”, ya que el anticlericalismo era un residuo de una lógica política que consideraban pasada: el enfrentamiento entre el laicismo burgués y el catolicismo reaccionario del siglo XIX. En línea con su defensa de la violencia, el editorial no negaba “la eficacia rotunda a las llamas purificadoras”, sin embargo, consideraba obsoleto un supuesto antagonismo entre las fuerzas del progreso y de la *frailería*. A pesar de que este lenguaje recordaba la dialéctica de las organizaciones revolucionarias, el semanario no consideraba la quema de conventos la acción de una movilización legítima del pueblo, sino de una turba identificada con el anticlericalismo del siglo XIX; la cuál era una lógica política que nada tenía que ver con los nuevos tiempos. Sin embargo, para los diarios de la izquierda revolucionaria la quema de conventos formaba parte de un proceso de protagonismo popular que se antojaba necesario una vez la República no había cumplido su promesa de castigar a los enemigos del pueblo. *Solidaridad Obrera* exaltaba la acción del Pueblo —resaltado en mayúsculas— que había tomado la calle contra la reacción de “la Alianza monárquica, sus subhombres —jamás hombres⁵²— y sus elementos” —y proseguía— “cuando las

⁵² En *Fascist Virilities : Rhetoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy*,

multitudes ven el peligro antilibertario, saben dirigir sus tiros al blanco reaccionario y quemarse bravamente el fuego de la acción que todo lo purifica” (“El momento actual: la justicia del pueblo sabia como ninguna” 1); pero que compartía la ecuanimidad entre pureza y violencia, siempre que aquella última fuera una acción del Pueblo. La exaltación de la violencia era uno de los elementos centrales del fascismo revolucionario, una parte consustancial de su *ethos*. Sin embargo, *LCE* rechazaba la quema de conventos porque no se podía escamotear “los objetivos revolucionarios más directos” que eran la superación del viejo Estado demoliberal y la creación de un Estado totalitario sindicalista. La diferencia sustancial se centraba en la acción de la violencia contra los edificios eclesiásticos, un ejercicio de empoderamiento de el *Pueblo* para los anarcosindicalistas de *Solidaridad Obrera* y una acción de la *turba* para *LCE*. En definitiva, se trataba de una posición no tanto de neutralidad ante los sucesos de mayo, sino a medio camino en distintos lenguajes revolucionarios que estaba tan lejos de los planteamientos de la derecha de vuelta al anterior régimen como de los movimientos revolucionarios que hacían del anticlericalismo un elemento central para articular una noción de pueblo. El editorial de *LCE* sentenciaba “¡Nada sobre el Estado! Por tanto, ni la Iglesia, por muy católica y romana que sea” (10:1).

El debate que inauguró los primeros conflictos del periodo republicano fue relegado a un lugar secundario y la acción política de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el partido Acción Nacional, posteriormente Acción Popular, ignorada por completo en el pasquín de la pequeña organización fascista. Sin embargo, los

Barbara Spackman sostiene que el elemento de condensación que articulaba la retórica fascista era su virilidad exacerbada. No obstante, las retóricas de la virilidad en mayor o menor intensidad se encontraban en muchos de los discursos del periodo. La descalificación del adversario por su anormalidad sexual fue bastante recurrente en los discursos republicanos contra los monárquicos a principios de la República. Se les describía como señoritos improductivos dedicados exclusivamente a las pasiones *vesánicas*.

contenidos de la revista se contradicen con el ensayo *¿Fascismo en España?* en el que, ya en 1935, llamaba a las fuerzas de la derecha a unirse contra la República. En un análisis retrospectivo de los meses de *LCE*, el filósofo zamorano decía haber compartido objetivos políticos con Acción Popular al tratarse de una fuerza antimarxista “como la nuestra” (64). En los primeros meses del semanario, *LCE* no dedicó ninguna atención a la politización de un catolicismo que fuera una alternativa a la vieja monarquía y la República. Tampoco planteó que en la configuración de un fascismo a la española la religión fuera un elemento clave en la identidad *hispanica*. Al contrario, la defensa de la organizaciones como la FUE en *La España que hace* interpelaba al sentido común de los jóvenes que se había puesto “enfrente del poder” (1:6) contra la intervención de la Iglesia en la universidad a través de las asociaciones católicas: “El orbe humano en el que se mueven las preocupaciones de lo religioso las creemos en todo ajenas al orbe político, y nada nos importan, una vez asegurada aquella supremacía” (10:1).

En los inicios de la República, *LCE* no recurrió al catolicismo como un elemento de identidad política. El manifiesto fundacional del semanario “Pedimos y queremos” hacía referencia a un Estado “robusto y poderoso”, una dictadura de “origen popular” que garantizara “todas las necesidades materiales y espirituales del obrero”, con la “Entrada en las Universidades de los hijos del pueblo”. Nada se decía sobre las creencias y la religión como un elemento vertebrador del fascismo español. A propósito de la expulsión del cardenal Segura se decía:

La Iglesia, por muy católica y romana que sea, no puede jamás pretender soberanía alguna frente al Estado (...) es execrable que la Iglesia haya sido muchos años sostenedora y amparadora de todos los abusos y de todos los crímenes contra la prosperidad y la pujanza del pueblo español. Creemos, pues, que el Gobierno está obligado a reajustar el papel de la Iglesia en la vida civil de nuestro país. (15:2).

A medida que se reducía el campo de acción del fascismo revolucionario y sus compañeros de viaje significaban sus proyectos lejos de los presupuestos del manifiesto “Pedimos y queremos”, así como se configuraban dos pueblos antagónicos, *LCE* radicalizó su discurso contra el anticlericalismo de la izquierda: “anticlericalismo bufo” de “odio burgués” y “partidos masónicos”. Una serie de términos que no habían aparecido en números anteriores y que se concluían con un nuevo alegato :“la cosa va ya pasando la raya, y vamos a permitirnos denunciar un nuevo problema: el problema anticlerical”. En los últimos números se planteaba como un problema la persecución religiosa y el celo anticlerical del gobierno provisional, al que ya se calificaba de tiránico. Tras la sociedad entre el diario *La Libertad*, del vallisoletano Onésimo Redondo, y el grupo de Ledesma para crear las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, el catolicismo sería un elemento de definición política.

2.7. Conclusiones: el fascismo como vocablo polémico mundial y los fascistizados españoles

Fácilmente se comprenderá que cuantas veces utilicemos aquí la palabra “Fascismo” lo hacemos como concesión al vocabulario polémico mundial, pero sin gran fe en la exactitud expresiva
Ramiro Ledesma: *¿Fascismo en España?*

La cita que encabeza esta sección corresponde a una de las últimas reflexiones de Ramiro Ledesma Ramos (1905-1936) como ideólogo y organizador del movimiento fascista en España en 1935, un año antes de ser condenado a muerte y fusilado apenas estalló la Guerra Civil. *¿Fascismo en España?*, un breve ensayo que publicó bajo el

pseudónimo de Roberto Lanzas, se plantea a modo de interrogación partiendo de dos cuestiones: la primera refiere al fascismo como una tendencia internacional; y la segunda a su aplicación en España a través de diferentes partidos y organizaciones políticas. Según el texto de Ledesma, el fascismo, a mediados de 1930, ya no debía someterse a examen como una ideología circunscrita a Italia porque en estos momentos era “un concepto mundial operante” (45). El ensayo es una extensión de los presupuestos ideológicos expuestos en *LCE* por el mismo Ledesma: el fascismo es antimarxista porque es nacional, a diferencia del comunismo, que funciona como una religión universal, y cuyos componentes se caracterizan por su homogeneidad, por no estar arraigados a una cultura particular. Es antiburgués porque se opone a los viejos estados decimonónicos y al sufragio democrático a través de los partidos políticos; y es ante todo un movimiento juvenil de inconformistas con el *statu quo*. El fascismo se había extendido por Europa convirtiéndose en un vocablo internacional por ser el campo magnético de una alternativa viable al marxismo y al demoliberalismo.

En 1935, Ledesma ya había abandonado el proyecto fascista de *LCE*, vertebrado en torno a los actores del *cambio* del 14 de abril, los cuales formaban parte del bloque antagónico o antifascista. El programa que se plantea difiere enormemente del de *LCE*, un fascismo transversal que acogiera desde aquellos actores identificados con el 14 de abril hasta los sindicatos más radicales y que excluía a los monárquicos, los tradicionalistas vinculados a la dictadura de Primo de Rivera y los grupos católicos. El primer elemento que se diferenciaba claramente del discurso anterior era el énfasis en el carácter de movimiento de clase media, alternativa al “partido clasista de los proletarios”. Según Ledesma, el fascismo interpelaba a todas las clases sociales, pero se trataba

eminentemente de un movimiento de clase media. Tan solo unos años antes, Giménez Caballero decía en las páginas de *La Gaceta Literaria* que la juventud “hoy siente adormecidos sus instintos brutales y agresivos, por tantos años de burocracia pacifista, de militarismo oficinesco, de predominio oficial de los viejos, de los ramplones, de una clase media estricta” (246). No obstante, la apelación a la clase media de Ledesma no era tanto en favor de lo viejo y en contra de lo nuevo, que seguía identificando con el fascismo, sino de un cambio de actitud inherente a la clase media y sus formaciones de representación política, las antiguas fuerzas conservadoras, ahora “fuerzas fascistizadas”, que habían logrado reunir a “los sectores más capaces, heroicos y abnegados” (52). El uso adjetival del vocablo fascista como *fascistizado* era consecuencia de su extensión a la política internacional dando como resultado un movimiento popular de amplio alcance que interpelaba a las masas de forma más eficaz que el comunismo, limitado a ser el representante del proletariado. La apelación de Ledesma a las fuerzas fascistizadas y a la clase media se realizaba en un momento en el que la derecha estaba movilizando a su militancia fuera de los esquemas de la política demoburguesa. La clase media actual se había transformado en un sujeto político activo que había renunciado al pacifismo demoliberal y estaba dispuesta a utilizar la violencia.

Cuando se publicó *¿Fascismo en España?*, ninguno de los partidos fascistas constituidos, Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista y Falange Española, había prosperado durante la Segunda República lo suficiente como para competir electoralmente con las otras fuerzas políticas (1931-1936). Y sin embargo, la extensión del vocablo polémico mundial a la esfera pública española, ya estaba presente en los discursos hegemónicos (González Calleja 86) que estaban haciendo uso de lo que

Ledesma refería como la inexactitud expresiva del término. La falta de corporeidad de un proyecto fascista asentado en España no fue óbice para que el fascismo entrara en la escena política sin contar con los *verdaderos* fascistas.⁵³ Del mismo modo que había pasado en otras partes de Europa, escritores, intelectuales y periodistas se interesaron por el fascismo como un fenómeno político contemporáneo que, tarde o temprano, llegaría a España. Los defensores de las vías alternativas a la derecha conservadora se habían manifestado en el diario maurista *La Acción*, de Delgado Barreto, el sindicato libre *Somatén*, los seguidores del dictador Primo de Rivera y las organizaciones políticas católicas a través del diario *El Debate*. Muchos de estos actores eran acusados de *fascistas* por sus enemigos y sus mismos medios de comunicación declaraban, con mayor o menor reserva, simpatizar con un fenómeno político que se propagaba por el continente. Estas manifestaciones políticas eran consideradas más *fascistas* para sus adversarios que las de los *verdaderos* partidos fascistas. Ya en 1934, Giménez Caballero lamentaba en la revista de Falange, *F.E.* (1933-1934), que la *sanjurjada* —el golpe militar fracasado contra el gobierno de Manuel Azaña liderado por José Sanjurjo en 1932— fuera acusada de fascista por los medios adeptos a la República (6). Lo que se puede extraer de la queja de Giménez, que quería hacer resaltar en la esfera pública cuál era el verdadero movimiento fascista, es que, aunque el fascismo era un elemento de suma importancia en los argumentarios de los actores políticos durante la República, aquel escuálido grupo de fascistas de la Falange tenían apenas repercusión en el conflicto político. Giménez corroboraba cómo el término fascista se usaba para adjetivar una

⁵³ En referencia a la diferencia entre un espacio polémico de difusión del fascismo y un movimiento específico de esta ideología señala Ferrán Gallego: “Thus, for example, the small Spanish fascist *party* should not be confused with the larger fascist *space* that was being built in Spain during the Second Republic” (“Fascistization and Fascism: Spanish Dynamics in a European Process” 164).

animadversión absoluta hacia un rival político, aunque el enemigo al que se calificaba como tal negara serlo, sino que sintiera aversión absoluta por lo que el fascismo significaba. Sirva de ejemplo cómo los anarcosindicalistas acusaban a la República y su Ley de Defensa de octubre de 1931 de fascista, ya que su único propósito era desactivar el movimiento revolucionario para perpetuar a la burguesía y a la reacción (“El caos” 1).

En *¿Fascismo en España?* vuelve sobre esta problemática en torno al fascismo como vocablo polémico internacionalizado:

¡Lucha mundial contra el fascismo! Una consigna así dio la vuelta al mundo antes que propio el fascismo tuviese en él análogo cinturón de admiradores. En casi todas partes se propagó el antifascismo antes de que el fascismo apareciese (*¿Fascismo en España?* 48) .

Ledesma constataba la paradoja de que, pese que no habían cristalizado movimientos fascistas genuinos en España, ya existía una extensa red de respuesta contra el fascismo. La conclusión a la que llegaba Ledesma era que el antifascismo español no reaccionaba tanto contra las formaciones fascistas —en aquellos momentos Falange Española de las JONS—, sino contra las fuerzas de la derecha que, pese a no tener el mismo origen político, habían asumido finalmente la nueva dialéctica política mundial:

La mecánica actual de las luchas político-sociales hace que el fascismo sea la bandera de una red complejísima de gentes insatisfechas, postergadas y descontentas (...) Pues no hay solo individuos, grupos y organizaciones fascistas, sino también, y quizás en mayor relieve, individuos, grupos y organizaciones fascistizadas (55).

De esta diferencia entre fuerzas fascistas y fascistizadas concluía Ledesma que las primeras, aquellas que habían mimetizado el fascismo italiano de un modo directo, habían acabado por colapsarse siendo las otras la única alternativa viable. El discurso de la mimesis de un movimiento extranjero frente al fascismo originario fue clave en las

disputas entre las formaciones antirrepublicanas. Una vez relegado de los órganos de dirección y expulsado del partido Falange Española, el antiguo director de *LCE* criticaba abiertamente la formación fascista porque consideraba que se había subalternizado como movimiento político que aspiraba a hegemonizar a la derecha antirrepublicana, fracasando en su propósito de ser un movimiento de masas en España en su empeño por imitar a los movimientos fascistas de otros países. Precisamente, Falange utilizó el mismo discurso del fascismo *mimético* para distanciarse de sus rivales inmediatos de Acción Popular y las juventudes que secundaban el partido —Juventudes de Acción Popular (JAP)—, que, a diferencia de los *auténticos* fascistas, sí que tenían una red extensa de cuadros por toda España así como con un amplio apoyo electoral en 1933, a los que acusaban de ser un fascismo *fiambre*, falso, frío y técnico opuesto a la autenticidad, la pasión y el lirismo del falangismo; asunto que trataré en el siguiente capítulo.

Ledesma concluía que atrás había quedado la posible revolución nacional del 14 abril, monopolio de las fuerzas “azañomarxistas” (72) —palabro que describía la coalición entre republicanos, socialistas y comunistas—, las cuales habían encontrado otro elemento de unidad popular en el antifascismo. La única respuesta eficaz contra ellas no la protagonizaban los grupos “miméticamente” fascistas, sino, según el exdirigente de las JONS, fuerzas que tendían “a fascistizarse” (63). José Calvo Sotelo, anterior ministro de la Dictadura, miembro de Acción Española y jefe por entonces de Renovación Española, era un claro ejemplo de “líder derechista fascistizado”. Desde la concepción de Ledesma, la fascistización era, más que una ideología, un proceso por el cual los conservadores renunciaban a limitarse a las vías electorales y a no emplear la violencia para contrarrestar a sus enemigos, concienciándose de la necesidad de una guerra total

contra un antagonista absoluto fuera de los cauces parlamentarios. Ledesma concluía asumiendo las “perspectivas inmediatas” de un enfrentamiento armado contra el bloque antifascista, que no pasaba por el fascismo *mimético* de los falangistas, sino por la asunción por la derecha conservadora del empleo de otros medios fuera de los cauces demoliberales para la conquista del poder. En su tesis de la fascistización, Ledesma liberaba al fascismo de todo compromiso con unos principios ideológicos a favor de una estrategia directa de golpe de Estado que asimilara el fundamento de lo político como el enfrentamiento a muerte contra un enemigo irreconciliable.

En este capítulo he analizado el proyecto de Ledesma Ramos en relación a su interacción con otras identidades políticas en el proceso de transformación política del 14 de abril. El discurso de la revista es propio de un momento populista de ruptura con el pasado en el que las viejas y decadentes élites habían dado paso a las nuevas y fecundas generaciones. A través de cadenas de asociación con elementos de lo *nuevo* inscritos en el discurso de diferentes organizaciones y medios de comunicación, Ledesma articuló una ideología fascista en los inicios de la República. He analizado cómo ante el momento populista 14 del abril y respondiendo a las retóricas de los actores principales, *LCE* hizo una serie de desplazamientos de los grandes significantes que interpelaban al nuevo sujeto popular republicano. El lenguaje de la revista alternaba el discurso de los actores del cambio con otros significantes identificados con la derecha no republicana, sobre todo en lo referente al rechazo a la configuración federal del Estado o al auge de los regionalismos. Esta primera etapa fue paralela a los intentos de reconstrucción del campo político de la derecha que, como he señalado a lo largo de este capítulo, se presentó con un discurso renovado que enfatizaba el carácter anticatólico del régimen republicano

contra un *pueblo* esencialmente católico. La ruptura con el 14 de abril a partir de los sucesos de mayo y el fracaso en la tentativa de hacer un anarcosindicalismo *hispanico* provocaron un cambio de estrategia que llevaría paulatinamente a LCE a posiciones más cercanas a las de los antirrepublicanos significados en el catolicismo político. Cuando Ledesma publicó *¿Fascismo en España?* el proceso de ideologización o fascistización había tomado unas coordenadas distintas, siendo el campo de interpelación completamente distinto. Aunque el sujeto histórico seguía siendo la juventud, el sujeto político al que interpelar no era tanto la clase obrera nacional, sino la clase media y los encargados de tomar el poder las fuerzas militares desafectas con el régimen republicano. Como señala Ferrán Gallego, a partir de 1934, Ledesma, identificado por la historiografía con el fascismo revolucionario, dio un giro radical a su anterior discurso revolucionario posicionándose a favor de un frente amplio antirrepublicano con el resto de las derechas españolas para fundar un Estado corporativo (“La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo” 421-26).

En el siguiente capítulo trataré la retórica del movimiento liderado por José Antonio Primo de Rivera, Falange Española de las JONS, a través de la revista *F.E.*, en un momento de crisis del proyecto republicano en el que el vocablo fascismo, ya fuera a través de su rechazo o aceptación, se haría omnipresente como elemento de movilización de diversas fuerzas políticas enfrentadas. Analizaré el discurso de Falange en relación con la ambigüedad que, de manera sistemática, adquirió lo *fascista* como epíteto de identificación y de desacreditación del enemigo político.

Capítulo 3

La Falange de José Antonio Primo de Rivera ante el fascismo como significante de disensión: F.E. (1933-1934)

En noviembre de 1933, el jefe de Acción Popular y cabeza electoral de la coalición católica CEDA, José María Gil-Robles y Quiñones, obtuvo una amplia victoria electoral. La nueva mayoría de derechas en las Cortes se reflejaba en la prensa nacional como el fin del proyecto republicano del 14 abril y el inicio de un proceso que guardaba similitudes con los rumbos políticos de Austria o Alemania. La prensa de izquierdas anunciaba que el fascismo había llegado al poder en España o estaba camino de asentarse en forma de dictadura. En el ocaso del proyecto republicano, del que buena parte de los socialistas se habían desvinculado a lo largo de ese mismo año, un grupo de simpatizantes del fascismo, que solía compartir tertulia en un café Lyon de la madrileña calle Alcalá con el joven abogado José Antonio Primo de Rivera (1903-1936) —Eugenio Montes, José María Alfaro, Agustín de Foxá, Giménez Caballero, Samuel Ros, Alfonso Bardají, Alfonso García Valdecasas, entre otros—, fundó el partido que, tras el Decreto de Unificación de 1937, sellaría la marca política y simbólica del posterior régimen de Franco: Falange Española. En febrero de 1934, las JONS de Ledesma se unieron a este nuevo partido con el propósito de aunar fuerzas en la nueva coyuntura.⁵⁴

⁵⁴ Ruiz-Manjón, Octavio. “La vida política en el segundo bienio republicano”.

El líder de Falange era el hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, némesis del movimiento republicano que emergió en 1930. En los años precedentes a la fundación del partido, José Antonio había desarrollado una prolífica actividad política, publicando artículos en diferentes medios y siendo a su vez miembro de Unión Monárquica Nacional. Uno de los factores determinantes para su entrada en la política fue la defensa del legado político de su padre, acusado, además de ejercer el poder de forma despótica, de múltiples irregularidades económicas durante su gestión. Todavía antes de la fundación de Falange, José Antonio había secundado otros proyectos embrionarios de un fascismo español, tales como el periódico *El Fascio* o, el precedente más inmediato, Movimiento Español Sindicalista – Fascismo Español. Hasta la fusión con las JONS, compartiría la dirección del partido con Julio Ruiz de Alda y Alfonso García Valdecasas. Tras la constitución oficial del partido, el 23 de octubre de 1933, José Antonio protagonizó la puesta en escena de F.E. con un discurso que tuvo lugar en el Teatro de la Comedia.⁵⁵

La revista *F.E.* fue el órgano de prensa de Falange desde finales de 1933 hasta julio de 1934, tras “varias suspensiones gubernativas, una censura continua y frecuentes atropellos en la calle” (Gibson 73). La portada del semanario la encabezaban las siglas del partido y, después de la fusión con las JONS, el característico yugo superpuesto al haz de flechas. En la revista se publicaron artículos, manifiestos y reportajes sobre la actualidad política española e internacional —incluidos en las secciones “Noticiero de España” y “Noticiero del mundo”, respectivamente —, con un seguimiento especial de otros movimientos análogos en toda Europa, bajo el epígrafe “Vida fascista”. Cada número contenía una variedad de ilustraciones propagandísticas, la mayoría de ellas

⁵⁵ Véase Thomàs, Joan María, *José Antonio: Realidad y mito*; Payne, Stanley G. *Fascism in Spain*: 71-77.

contra el parlamentarismo y el comunismo, así como fotografías de los actos de Falange. Estos últimos solían presentarse de forma detallada en las dos páginas interiores que incluían, en la parte inferior, la información para suscriptores. En ellas se incluían los obituarios y oraciones dedicadas a los militantes asesinados, las crónicas de las manifestaciones en diversas localidades españolas, generalmente en Madrid y provincias castellanas —Valladolid, Medina del Campo o Carpio de Tajo—, o los principios doctrinales del partido.

Este capítulo tiene como objeto analizar el discurso del partido en esta revista en un contexto, el del segundo bienio republicano, en el que el significativo fascismo desempeñaría un papel fundamental en los antagonismos entre los actores hegemónicos. A través de *F.E.*, se estudiará a Falange y los elementos de su discurso: 1) como partido de reacción unas derechas que no articulaban un proyecto nacionalista contra la República del 14 de abril; 2) como partido secundario en un contexto preexistente en el que el fascismo era un significativo central en la dialéctica política —un fascismo que tenía que rivalizar en originalidad con el *falso* fascismo de las derechas católicas— ; 3) como vanguardia de la política enfrentada violentamente a la alternativa antifascista: los partidos marxistas; y 4) como movimiento de inspiración orteguiana que salvaría la inseparable brecha entre el republicanismo, las derechas y el socialismo marxista de las izquierdas. En la conclusión, analizaré los discursos de ruptura en la primera crisis del falangismo entre finales de 1934 y principios de 1935.

3.1. Análisis del sentido polémico del significativo fascismo en 1933

El discurso de Falange Española fue muy similar al de otras organizaciones europeas del fascismo de Entreguerras y al de otros núcleos precedentes en España, entre los cuales ya se ha tratado ejemplos como *La Conquista del Estado* y las JONS. En este sentido, la aparición de un partido fascista español no supuso una novedad reseñable en un contexto de polarización del discurso público en que el fascismo, como vocablo polémico, aparecía con asiduidad en la hemeroteca del año 1933. Para las organizaciones de izquierda republicanas u obreristas, Falange era un elemento más del fascismo reaccionario preexistente, hegemonizado por Gil-Robles y Acción Popular. Si se tuviera por objeto un estudio general sobre el fascismo y su operatividad política durante la República, sería del todo insuficiente limitarse al análisis interno de pequeñas formaciones explícitamente fascistas, como los proyectos de Giménez Caballero o Ledesma Ramos. En este sentido, tampoco sería satisfactorio abordar la resonancia que el léxico y la simbología fascistas tuvieron en distintas organizaciones políticas y culturales cuyo discurso presentaba abundantes coincidencias con el de otras organizaciones anticomunistas europeas —los seguidores del Partido Nacionalista Español de José María Albiñana o las Juventudes de Acción Popular.

Ferrán Gallego establece que, en el caso de España, hubo un bloque de síntesis de elementos ideológicos y culturales que compartían un conjunto de enemigos reconocibles del republicanismo, el socialismo y el regionalismo. Estas fuerzas, conviene Gallego, no eran exactamente fascistas, sino fascistizadas, y, más allá de sus diferencias doctrinales y programáticas con otras foráneas y nativas, se acercaron al “political *magnetic field*” del fascismo (“Fascistization and Fascism: Spanish Dynamics in a European Process” 168).⁵⁶

⁵⁶ Expresión tomada de Burrin, Philippe. “La France dans le champ magnétique des fascismes.” *Le Débat* 32 (1984): 52-72.

La metáfora de la atracción magnética del fascismo es enormemente sugestiva a efectos de estudiar la cercanía doctrinal, simbólica, personal y económica entre líderes y movimientos de raíz tradicionalista, alfonsina, cedista o jonsista, situados a la derecha o derecha extrema del espectro político, y que darían consistencia ideológico-política a lo que, más tarde, vino a denominarse franquismo. Sin embargo, en 1933, en un contexto de esfera pública abierta, con múltiples discursos y contiendas —electorales y parlamentarias—, las rivalidades de partidos políticos de este signo podrían manifestarse, incluso, en el monopolio de esa doctrina política llamada fascismo, el cual no se había concretado en un gran movimiento de masas en España. Sin embargo, la recopilación de los discursos de 1933 hace del todo imposible determinar una unidad coherente entre el significante —fascismo— y el objeto —si existiera, de una organización genuina o nuclearmente fascista—. Si se determinara el fascismo y sus simpatías a partir de esta coherencia, sus partidarios se limitarían a un grupo exclusivo de estudiosos entusiastas de la doctrina, como Giménez Caballero o Ledesma Ramos.

La metáfora del fascismo como imán también podría ilustrar la repulsión, el rechazo o la oposición de otras fuerzas políticas a ese núcleo de atracción que sería el fascismo. Me refiero al antifascismo como elemento de cohesión de fuerzas, no siempre afines, pero opuestas a una serie de organizaciones vinculadas de forma voluntaria o involuntaria al fascismo. Cuando digo “de forma involuntaria”, me refiero a que muchas organizaciones y fuerzas del espectro político republicano fueron etiquetadas por sus enemigos como fascistas, aunque no se identificaban directamente con el fascismo o, incluso, lo repudiaban. Esto es, el uso negativo del significante fascismo para nombrar y categorizar a un enemigo, independientemente de si este defendía una doctrina o un

movimiento fascistas. Este enemigo trasvasaría los límites de un movimiento específico claramente significado —véanse las JONS de Ledesma— e, incluso, un movimiento ideológico cultural de más amplio alcance; el bloque al que Ferrán Gallego, utilizando la terminología de Ledesma Ramos, denomina *fascistizado*. Sería necesario hacer un estudio de la importancia del significante en su función negativa, para rechazar a un enemigo político y, en consecuencia, para interpelar al aliado. Históricamente se suele resaltar el rechazo al fascismo como factor de unidad de las fuerzas republicanas en un nuevo bloque que, tras el fracaso del pacto del 14 abril durante el primer bienio, superó las diferencias entre socialistas y las fuerzas republicanas *burguesas*, abiertamente reconocidas desde 1933 hasta el comienzo de la Guerra Civil. Las contradicciones políticas e ideológicas en este bloque disminuyeron una vez que unieron sus fuerzas contra el fascismo.⁵⁷ Sin embargo, la situación en el momento en que Falange se puso en escena era muy diferente y el significante fascismo funcionaba más como un elemento de disensión que de cohesión. Se requiere, en consecuencia, de un estudio comparativo de los discursos de los *fascismos* y de los diferentes *antifascismos* con el objeto de abordar el aspecto polémico del significante fascista y su vinculación a diferentes proyectos de significación política y de exclusión del enemigo político a finales de 1933.

En referencia al uso de un significante de denominación del enemigo político, en uno de los pasajes de su célebre ensayo de 1932 *El concepto de lo político*, afirma Carl Schmitt, quien entiende lo político como el “el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación” (57) o, lo que es lo mismo, la lucha entre

⁵⁷ Aunque la rama bolchevizada del Partido Socialista Obrero Español, representada por políticos como Francisco Largo Caballero o Luis Araquistáin, defensores de la unidad de las fuerzas *obreras*, no llegara a asimilar la dialéctica entre fuerzas antifascistas y republicanas que protagonizó el mensaje electoral del Frente Popular, vencedor en las elecciones de febrero de 1936.

una fuerza amiga y su opuesta enemiga, que “todos los conceptos, ideas y palabras poseen un sentido *polémico*” (60). Se comprende que el lenguaje manifiesta la esencia antagónica de el hecho político y que este mismo aparece cuando esos mismos conceptos, ideas y palabras “se formulan con vistas a un fenómeno concreto” —y añade— “cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos (que se manifiesta en guerra o revolución), y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación”. Según Schmitt, el grado máximo de intensidad del lenguaje político se manifiesta en la guerra, en oposición a un desarrollo del juego político parasitario o lo que son “formas ulteriores de *política*, aún más debilitadas, degradadas hasta extremos parasitarios y caricaturescos (...) que acaba calificando de *políticos* los más extravagantes negocios y manipulaciones”. Sin embargo, pese a su naturaleza espuria, Schmitt entiende que, incluso en esta escenificación fraudulenta del juego político, “la presencia de un antagonismo concreto sigue vigente en la forma usual de emplear el lenguaje (...) incluso en aquellos casos en los que falta toda conciencia de hablar *en serio*” (60). De este modo, para el jurista alemán, “palabras como estado, república, sociedad, clase (...) resultan incomprensibles si no se sabe a quién en concreto se trata en cada caso de afectar, de combatir, negar y refutar con tales términos” (61).

¿Podría comprenderse el fascismo fuera de los usos derivados del lenguaje polémico, es decir, de la dialéctica entre partes antagónicas? En el primer capítulo, se hacía referencia a la falta de concreción del fascismo como ideología política y al problema que implicaba una definición positiva como la del fascismo genérico. La concreción teórica y conceptual para abordar el fascismo se hace aún más complicada teniendo en cuenta el sobreuso de un término que ya cuenta con un siglo de historia y que

no ha parado de reproducirse como objeto de (des)identificación política. Según Gottfried, esta distancia histórica ha desvirtuado su significado llegando incluso a extremos en los que sus detractores antifascistas “not feel the obligation to provide a historically and conceptually delimited definition of their object of hate” (1). Esta imprecisión sería producto de un uso espurio e interesado, cuando no ignorante, del término aplicado a fenómenos completamente ajenos al fascismo genuino de Entreguerras (Gentile 31-42). Sin embargo, no se trata simplemente de una cuestión de imprudencia contemporánea, que Gottfried justifica por la falta de conocimiento de quien se lo arroja como insulto a todo aquel que se oponga a sus presupuestos ideológicos, ya que, si se visitan los textos de la prensa y la propaganda de los años treinta, se encuentra la misma indefinición, no ya solamente por el empleo de sus detractores, que hicieron un esfuerzo evidente por menoscabar e impopularizar el fascismo, sino por sus mismos acólitos, simpatizantes o aliados circunstanciales.⁵⁸ De ello se puede concluir que, como el comunismo, el fascismo era un significante impreso en los discursos de la gran mayoría de los actores políticos, los cuales configuraron una red de significaciones muy dispersa basada en ecuaciones con otros relatos o *boundary stories* de más vieja tradición política.⁵⁹ Conviene entonces analizar el fascismo como significante de uso común durante la República para determinar los antagonismos, las rivalidades y las filiaciones

⁵⁸ Véase el artículo de George Orwell, publicado en 1944, “What is fascism?”, en el que hace mención a la imprecisión del término al aplicarse de forma disparatada a fenómenos sin ninguna relación entre sí: “It will be seen that, as used, the word ‘Fascism’ is almost entirely meaningless. In conversation, of course, it is used even more wildly than in print. I have heard it applied to farmers, shopkeepers, Social Credit, corporal punishment, fox-hunting, bull-fighting, the 1922 Committee, the 1941 Committee, Kipling, Gandhi, Chiang Kai-Shek, homosexuality, Priestley’s broadcasts, Youth Hostels, astrology, women, dogs and I do not know what else”. Orwell se refería al significado vacío de determinados vocablos políticos como democracia, socialismo, libertad y patriotismo, entre los que destacaría el que es objeto de esta discusión: “the word Fascism has now meaning except in so far as it signifies “something not desirable” (132). En la actualidad, el fascismo sería lo opuesto a otros conceptos vagos y poco claros como *libertad*, como sostiene el politólogo William E. Connolly, “surrounded by positive normative “connotations” (140).

⁵⁹ En referencia al término *boundary stories* de construcción social entre dos identidades antagonistas desarrollado en Tilly, C. *Stories, Identities, and Political Changes*.

políticas. En suma, para ver en concreto a quien se trataba de *afectar*, de *combatir*, *negar* y *refutar* al emplear este vocablo polémico mundial en un contexto nacional de alta intensidad política. El objetivo es esbozar un breve compendio de los discursos de rechazo hacia el fascismo en el momento político en el que se fundó Falange.

El 18 de enero de 1933, *El Siglo Futuro* informaba sobre una conferencia del escritor tradicionalista José María Pemán, organizada por la Federación de Estudiantes Católicos en la Universidad de Salamanca. Pemán observaba “la diferencia del sentido nacionalista español del tradicionalismo, al compararlo con el fascismo italiano” ya “que, en el fondo, es el italianismo liberal del siglo pasado”. El que fuera uno de los intelectuales más representativos de *Acción Española* atacaba la raíz liberal del fascismo, opuesta a la del tradicionalismo, y acusaba a sus seguidores de tomarlo como ejemplo “por lo que el fascismo tiene de externo”, de extranjero. El tradicionalismo nada tenía que copiar del fascismo extranjero, porque España “ni tiene nada que aprender, ni, por tanto que copiar porque el régimen político tradicional de España, original, propio y perfecto, fue, es y será superior a todo otro” (“Temas del momento: Una conferencia de Pemán”¹). El discurso de Pemán contraindicaba las bases ideológicas sobre las que se asentaba el fascismo con el objeto de persuadir a sus potenciales seguidores en España: nacionalistas católicos antirrepublicanos. De este modo, el fascismo no es nacional, sino que es extranjero; no es original, sino que es una copia; y, pese a que se autorrepresenta como una fuerza antiliberal, viene de la tradición política de los liberales italianos.⁶⁰ Al ser una fuerza liberal podría identificarse con la tradición republicana española, la masonería, la

⁶⁰ La distinción objetiva y subjetiva entre el conservadurismo y el fascismo en España es el objeto de estudio de Martin Blinkhorn. A este respecto sostiene: “Conservative Spaniards of the 1930s, even many of the more demagogically inclined, repeatedly insisted that Spain has not need of an Italianate or Germanic form of antiliberal, anti-leftist mass movement for the simple reason that the country possessed a vigorous counterrevolutionary heritage of its own” (120).

Institución de Libre Enseñanza y, en suma, todas aquellas organizaciones que representaban lo opuesto a los tradicionalistas alfonsinos: la denominada anti-España. De la conferencia del escritor gaditano no se puede concluir directamente que el fascismo fuera una fuerza antagónica a la de los tradicionalistas, sino que competía en interpelar al mismo lector de *Acción Española* o de otras asociaciones conservadoras católicas representadas en el discurso del ya mencionado *El Siglo Futuro*. En este sentido, el fascismo es definido en unos términos muy específicos por su magnitud como significativo político para no aglutinar a los jóvenes tradicionalistas y católicos, a los que Pemán alerta a fin de que no se dejen seducir por su vigencia en otros países y su popularidad internacional.

La izquierda también compartía la denuncia por la falta de originalidad del fascismo como producto ideológico extranjero. Sin embargo, al contrario que en la sorprendente analogía de Pemán, que asimilaba fascismo y liberalismo, la izquierda liberal apelaba a la esencia democrática del pueblo español, opuesta a la dictadura y la tiranía, más apta para otros pueblos como el italiano o el ruso: “El fascismo requiere un temperamento racial del que carecemos. Como si intentáramos —valga el símil— que una flor creciese lozana en el surco abierto de roca viva” (Somoza Silva 3). En líneas generales, la candidatura de la CEDA era identificada por las izquierdas con la reacción católica y la burguesía, *pilares del fascismo*. Las candidaturas integradas en la CEDA tenían en la religión su aglutinante popular y fundamentaron parte de su discurso en su oposición a una república anticatólica que amenazaba la esencia cristiana del pueblo español.⁶¹ Como contrapeso al discurso de las derechas, medios republicanos liberales,

⁶¹ Véase Cruz, Rafael: *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936* (50-62).

como el *Heraldo de Madrid*, advertían a los católicos de que las derechas querían imponer el fascismo y acabar con la libertad de culto para dar comienzo a un estado totalitario que absorbería todas las actividades de la vida privada y familiar, incluido aquellas ligadas a las creencias religiosas más íntimas. El diario republicano avisaba a sus potenciales votantes de que, tras el triunfo de los fascistas, se prohibirían los centros católicos y se clausurarían sus asociaciones. Esta propaganda del fascismo antirreligioso suponía el contrapeso al discurso de la derecha contra una República laica que quería destruir el sentimiento popular vinculado al credo católico.

Tal y como se observa en los ejemplos anteriores, el término no se utilizaba para limitar una ideología muy específica, sino que, de manera opuesta, se recurría a él en un sentido extremadamente laxo. El 1 de noviembre de 1933, justo antes de las elecciones que dieron paso al bienio conservador (1934-1936), *La Tierra* se hacía eco de un artículo del sindicato anarquista CNT en el que se advertían de los peligros del éxito de sus máximos enemigos políticos en las próximas elecciones, que se presentaban bajo las siglas de la Confederación Española de Derechas Autónomas, y de la presumible implantación de una dictadura precedida por un proceso electoral democrático, del mismo modo que había ocurrido en Alemania o en Austria. No obstante, los de la CEDA no eran los únicos *fascistas*:

Uno de los sectores políticos que con más entusiasmo actúa preparando su triunfo es el fascismo, ya declarado, ya encubierto, bajo diferentes denominaciones que se encuadran en la C.E.D.A.(...) Al fundamentar ese optimismo concurren también las divisiones de los partidos que se llaman de izquierda, representantes de otro fascismo que tuvo su exponente definidor en Casas Viejas (“El peligro fascista: su inminencia y gravedad: un importante artículo de la CNT” 1).

Para los anarcosindicalistas, la CEDA representaba el fascismo, ya que se trataba de una coalición de la *reacción* apoyada financieramente por la burguesía. Este discurso lo suscribían otros actores en la contienda electoral de 1933, como el PSOE. Sin embargo, la CNT iba más allá en el uso del término, ampliando su campo semántico para atacar a “los partidos que se llaman de izquierda”. El sindicato, uno de los espolones desde la izquierda contra la coalición socialista y republicana que gobernó entre 1931 y 1933, denominaba fascistas a esas fuerzas porque habían recurrido a mecanismos de coerción contra su organización —a través de, entre otras medidas gubernamentales, la Ley de Defensa de la República— y habían reprimido la revolución libertaria en la pequeña localidad andaluza de Casas Viejas, mandando la fuerza pública para asesinar a los campesinos sublevados. De acuerdo con este discurso, el fascismo representaba todo aquello que se oponía al proletariado representado en el movimiento libertario, desde la reacción católica hasta la hipócrita burguesía republicana, que se decía de izquierdas, cuya connivencia con el *fascismo* se patentaba en sucesos criminales, como el asesinato de revolucionarios en Casas Viejas, perpetrados por la República *burguesa*.

A finales de 1933, el fascismo se desarrolló como un instrumento dialéctico de desacreditación de derechistas contra derechistas; de republicanos contra derechistas; de anarquistas contra los mismos republicanos o socialistas; y de comunistas contra socialistas y anarquistas. Los comunistas habían desarrollado la tesis del socialfascismo: fascismo y socialdemocracia eran similares en tanto en cuanto enmascaraban los intereses de la burguesía con un falso discurso de justicia social. Los comunistas españoles no escatimaban el uso del epíteto fascista para apellidar a cualquier organización política, dentro o fuera de los cauces *democrático burgueses*, opuesta al partido, único adalid de la

revolución mundial contra el capitalismo en su fase terminal.⁶² En consecuencia, los socialistas eran socialfascistas; los anarquistas eran anarcofascistas; y el gobierno de Azaña era “el centro de la contrarrevolución fascista” (Pagè i Elies 237). El último extremo de esta denominación laxa lo representaba Rafael Alberti en una caricatura publicada en la revista *Octubre* dedicada a los enemigos del comunismo (fig.3). Un monstruoso octópodo capitalista sostiene con sus tentáculos los principales diarios de tirada nacional, entre los que se pueden observar desde el conservador *Ahora* hasta el revolucionario *La Tierra*. El texto que acompaña el dibujo del poeta advierte sobre el monstruo “propagador de mentiras y calumnias contra la Unión Soviética” que “crea la confusión, preparando el fascismo y la guerra”. Más allá de la obviedad del fascismo *reaccionario* —“*ABC, El Debate y La Nación* no se incluyen aquí, porque su marcada posición reaccionaria no deja lugar a dudas”— desenmascarar aquel oculto en múltiples disfraces era una de las tareas de un *verdadero* revolucionario comunista. El anticomunismo o antisovietismo, en cualquiera de sus manifestaciones, bien se tratara del republicanismo liberal o, incluso, del izquierdismo anarquista de *La Tierra*, era fascismo, contribuía a su difusión o le *abonaba el terreno* porque, en definitiva, ayudaba a perpetuar el sistema capitalista. A través de estos discursos que precedieron a las elecciones de noviembre de 1933, el significativo fascismo estuvo omnipresente en la propaganda de los partidos y de los medios de comunicación, tanto para atacar a sus máximos enemigos como para diferenciarse de sus más inmediatos rivales electorales.

⁶² Véase Payne, Stanley G. “Soviet Anti-fascism: Theory and Practice, 1921-45”; Haro, Lea. “Entering a Theoretical Void: The Theory of Social Fascism and Stalinism in the German Communist Party”.

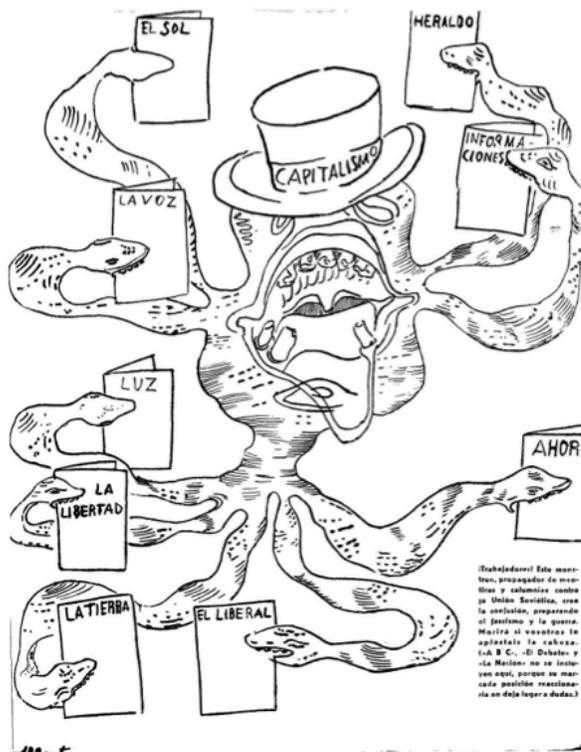


Fig. 3. Alberti, Rafael. “El monstruo del fascismo propagador de mentiras contra la Unión Soviética.” *Octubre*, Oct.-Nov. 1933: 25.

Comunistas, anarcosindicalistas, socialistas o republicanos contribuyeron con sus relatos a dibujar el fascismo con generosos trazos, hasta el punto de que, al representarlo con unas aristas tan difuminadas, se achacaban mutuamente una colaboración directa o indirecta con el mismo. El fascismo, a imagen y semejanza de la caricatura de Alberti, era un monstruo de múltiples cabezas que mostraba su faz más odiosa en la reacción explícita de los partidos que promocionaban los beneficios de una dictadura corporativa y antimarxista, pero que también disponía de otras facetas más amables con el objetivo de confundir a las masas. En este sentido, la aceptación de los republicanos de una mayoría parlamentaria hegemonizada por las derechas suponía el triunfo del fascismo; la alianza reformista entre republicanos burgueses y socialistas no revolucionarios *facilitaba la llegada* al fascismo; la estrategia de los *falsos* socialistas de recuperar el pacto

republicano-socialista del 14 de abril *abonaba el terreno* al fascismo; o la abstención electoral de ciertas organizaciones de falsos revolucionarios que se negaban a integrar un frente de unidad antifascista garantizaba el éxito del fascismo. Los relatos contradictorios del antifascismo de 1933 eran consecuencia de la división entre las fuerzas del 14 de abril y las organizaciones de la clase obrera. Estas se denunciaban mutuamente como aliadas del fascismo, señalando la colaboración de sus rivales republicanos, socialistas o anarquistas en las etapas preparatorias de la burguesía para implantar la dictadura más sanguinaria y cruel jamás conocida.

Por su parte, los ataques al fascismo eran contrarrestados por los periódicos más identificados con un movimiento asociado a unos presupuestos ideológicos que juzgaban muy favorablemente. Un editorial de *La Nación* previo a las elecciones generales de 1933 denunciaba, a modo de interrogación, la manipulación del significante y la tergiversación de su contenido por las candidaturas de la izquierda:

¿Por qué quienes emplean con tanta facilidad la palabra “fascismo”, aplicándola a diestra y siniestra, no se toman la molestia de enterarse de lo que el “fascismo” es y de lo que pretende? Si se supiese bien que el “fascismo” supone una convicción y una conducta, jamás se le atribuirían propósitos absurdos, y menos que nada hostilidad hacia los obreros, porque el “fascismo” descansa en un programa y en una honda preocupación de carácter social, hasta tal punto, que un estado fascista ha de definirse como una organización fuerte y permanente de jerarquías de trabajo (“Frente a la lucha electoral: hay hombres gratos al fascismo, pero no hay una sola candidatura fascista” 1).

Es esta definición positiva del fascismo —la tercera vía entre capitalismo y comunismo que satisfaría a todas las clases sociales— la que sirvió como nexo entre las distintas organizaciones políticas que se disputaban el voto de las derechas en el campo magnético del fascismo. Estas derechas fascitizadas estaban dispersas y enfrentadas entre sí a través de múltiples marcas —el Partido Nacionalista Español, o los denominados albiñanistas;

las JONS; Renovación Española; las Juventudes de Acción Popular, entre otras—, con una simbología y guardarropía singulares.⁶³

¿No cuestionan todos estos relatos que daban múltiples significaciones al fascismo en 1933 el que, más allá de una formación específica, se trataba de un significante totalizador aplicable tanto para un enemigo parcial como para el mayor adversario político o para un proyecto de plenitud social y política? Si para la prensa liberal-republicana el fascismo significaba una coerción estatal brutal, y, por lo tanto, un proyecto totalitario que acabaría con las libertades individuales, para el socialismo marxista de Largo Caballero el desenvolvimiento de esas mismas *libertades* a través del voto y de su representación en el parlamento burgués suponía el origen del fascismo. La viñeta de Alberti sobre los múltiples tentáculos con los que el monstruo del fascismo se camuflaba en una variedad de editoriales e ideologías es un ejemplo exacerbado de este discurso. Todos los periódicos de tendencias izquierdistas no socialistas tenían una naturaleza común, su rechazo a la Unión Soviética, su anticomunismo y, por lo tanto, su fascismo. Ejemplos como el anterior denotan de qué modo el fascismo se transformó en un significante independiente que trascendía los límites de un proyecto político ligado a una formación y a unos representantes. Su laxitud comunicativa fue uno de los elementos de la erosión del proyecto socialista-republicano y de las mismas organizaciones obreras. El fascismo como objeto de odio conceptualmente indeterminado al que hacía referencia Gottfried al criticar el abuso del término por la izquierda contemporánea, también se dio en la izquierda de los años en el que el fascismo, como régimen y doctrina política internacionalizada, tenía vigencia histórica plena. Esta inconcreción sobre lo es el

⁶³ Gil Pecharromán, Julio Gil. *Conservadores subversivos: La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, 149-67.

fascismo, no únicamente de sus promotores, seguidores y simpatizantes en todo el mundo, sino también, y en especial, de los antifascistas, es el inicio de una infinidad de definiciones insatisfactorias —“too narrow” o “too wide” (Griffiths 3)— que la historia, la sociología y la filosofía sobre el fascismo han aportado con posterioridad. En lo que se refiere específicamente a la confrontación de identidades que caracterizó la Segunda República, el fascismo se dio en un contexto complejo en el que participaron múltiples actores y discursos. Este no solamente funcionó como un denominador común de un bloque de síntesis de fuerzas antirrepublicanas y anticomunistas, sino que operó como un significativo vacío con la que se investía negativa o positivamente, parcial o totalmente, al enemigo o amigo político. El fascismo formaría también parte de la “guerra de definiciones, de palabras, de nombres para legitimar posiciones propias y deslegitimar las ajenas, buscar apoyos, difundir y extender mensajes, influir, en definitiva, en las interpretaciones compartidas existentes” entre las diferentes identidades populares que Cruz analiza en el periodo republicano (*En el nombre del pueblo* 7). En las elecciones de 1933, se desempeñó como un elemento de disociación de las fuerzas del anarcosindicalismo, el comunismo, el socialismo y el republicanismo. Tras la huelga general revolucionaria de octubre de 1934, que se saldó con la represión y detención de buena parte de los líderes de las organizaciones obreras, entre ellos Largo Caballero —y pese a la resistencia de la corriente que representaba este último en el PSOE—, el fascismo, como opuesto a la democracia y las libertades *democrático-burguesas*, fue el catalizador de la asociación de las fuerzas del Frente Popular que, dando forma a un amplio arco de fuerzas liberales, socialistas, comunistas y nacionalistas, ganó las elecciones generales de febrero de 1936.

3.1.1. La disensión entre fascistas

Falange surgió en un momento de crisis de un proyecto republicano seriamente cuestionado, no ya por las derechas, sino por una gran parte de las izquierdas, entre ellas una militancia del PSOE, sobre todo la rama juvenil —Federación de Juventudes Socialistas—, adscrita a la tesis de Largo de Caballero de instauración de una dictadura socialista.⁶⁴ El significativo fascismo proliferó en el vocabulario de los actores políticos a partir del triunfo de la CEDA en las elecciones de 1933, con la mayoría parlamentaria del Partido Radical y de la coalición de Gil-Robles en las Cortes de la *reacción*. De acuerdo con la izquierda republicana y los socialistas, Falange no era el partido fascista en España, ya que la calificación recaía en otros actores de mayor relevancia en la esfera pública y en la actividad institucional republicana, sino un grupo de matones; de esbirros al servicio de otros protagonistas. Acción Popular, la facción más representativa de la coalición CEDA, y su rama juvenil, Juventudes de Acción Popular (JAP), eran para sus más declarados adversarios la verdadera y más peligrosa fuerza fascista. Según gran parte de la prensa opuesta a Gil-Robles, la amplia representación parlamentaria de la CEDA en las Cortes de la *reacción* y una futurible entrada en el gobierno constituían la llegada del fascismo a España y el inicio de un proceso que acabaría con la instauración de la dictadura fascista.

⁶⁴ Véase Sala González, Luis: *Indalecio Prieto: República y socialismo (1930-1936)*; Heywood, Paul. *Marxism and The Failure of Organized Socialism in Spain, 1879-1936* (156-75); Aróstegui, Julio. *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Sabadell (Spain): Debate, 2013; Tuñón de Lara, Manuel. *El movimiento obrero en la historia de España II*, Madrid: Taurus, 1972; Souto Kustrín, Sandra. “Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República.” *Ayer* 59 (2005): 97-122; Araquistáin Quevedo, Luis. *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona: Fontamara, 1980.

El 22 de abril de 1934 las juntas de Acción Popular y su organización juvenil JAP celebraron en el Escorial un congreso que atrajo a miles de militantes de toda España. Un mes antes, el periódico de la Federación de Juventudes Socialistas, *Renovación*, alertaba de la “manifestación fascista” que iba a tener lugar en la periferia madrileña (“¡Un triunfo de las Juventudes Socialistas!”). El 15 de abril, El dominical de *Abc, Blanco y Negro*, dedicaba un extenso reportaje al Congreso de la Juventud de Acción Popular. Señalaba la atención que había traído en sus enemigos, “los socialistas”, que habían encontrado “en esa fiesta un pretexto fácil para tachar de fascistas a esas Juventudes”. El vicepresidente de JAP, José María Pérez Laborda, afirmaba que el acto tenía como finalidad “demostrar al país que Acción Popular cuenta con una masa extensa y disciplinada de jóvenes que siguen con fe y con entusiasmo las inspiraciones de su jefe y que le alientan para la difícil tarea que la Historia ha venido a confiarle”. Unos líderes en las Cortes que se veían obligados a “hacer sacrificios y someterse a prácticas y métodos (...) completamente desacreditados” en el mundo. Si sus directivos estaban haciendo ese *sacrificio* en una institución como el parlamento, de *prácticas desacreditadas*, JAP era la encargada de “dar a la organización una savia nueva, una tónica de vibraciones que recoja el ambiente actual y purifique los sistemas las costumbres políticas”. Sin embargo, Pérez Laborda distanciaba su *nuevo* movimiento del fascismo: “no somos fascistas. No lo somos porque no estamos conformes con una gran parte de los principios básicos del fascismo y porque además creemos que no hay necesidad de copiar patrones extranjeros” (Casares 51). No obstante, reconocía una de similitud con el fascismo: “acaso en la parte externa, en lo que se pudiera llamar espectacular, se pueda encontrar alguna coincidencia entre nosotros y los fascistas. Es inevitable, porque para dar entusiasmo y disciplina a organizaciones

extensas, es preciso hacerlas acompañar de ese aparato que tienen sus medios de eficacia en el saludo, en el himno, en el desfile”. A ello habría que sumarle la obediencia a un líder infalible cuya “presencia en la vida pública era un designio providencial para salvar el país” (Casares 52). El dirigente de la JAP aportaba su propia definición del fascismo, no como ideología o doctrina política, sino como modo de organización marcial de un grupo político, con sus rituales, su canciones y sus saluciones características; la parte *externa* que les identificaba con fascismo.

El día después del congreso de El Escorial, el *Heraldo de Madrid* calificaba a AP como “la organización política más turbia y equívoca” ya que se “declara no fascista y adopta toda la guardarropía y atributos de las organizaciones fascistas” (1). Los medios republicanos denunciaban la ambigüedad de los discursos del *neogüelfo* y *populista* de Gil-Robles. Al tiempo que negaba ser fascista, defendía el modelo de Engelbert Dollfuss (1892-1934) en Austria, que había disuelto el parlamento y prohibido las manifestaciones públicas de las organizaciones socialistas.⁶⁵ La ambigüedad en el discurso de AP que denunciaban los periódicos de izquierdas también era señalada por los de derechas. El acto de El Escorial había sido un éxito, congregando a más de 20.000 militantes. Sin embargo, los medios antirrepublicanos no estaban satisfechos con el contenido de las intervenciones de Gil-Robles y con la falta de respuesta ante la huelga general convocada en Madrid contra el acto. El mismo vicepresidente de la JAP había asegurado que, “si mañana surgiera una huelga revolucionaria, nuestras juventudes se sentarían

⁶⁵ En relación a los güelfos que, en las guerras de la Italia renacentista, apoyaban a los papas contra los gibelinos, partidarios del emperador. En el editorial de *Luz*, fechado el 20 de abril de 1931, se recurría a este término para designar satíricamente a la formación católica Acción Popular. Por su parte la vía Dollfuss era rechazada por los falangistas por considerarla no revolucionaria, popular. En *F.E.* se trataría de forma ambigua la figura del dictador austriaco, que apenas duró un año en el poder. Desde el desprecio a la política social demasiado conservadora de los partidos populares, al elogio por su política *imperial*: “Los Habsburgo se levantan como sombras detrás de cada una de las pisadas del canciller” (9:5).

automáticamente en los lugares de trabajo. No faltaría agua, ni gas, ni electricidad. (...) La vida de la ciudad sería normal” (Casares 52). El editorial del integrista *El Siglo Futuro* posterior al acto de Acción Popular en el Escorial elogiaba la organización y la buena marcha del acto, pero consideraba que las declaraciones de Gil-Robles, no ya negando ser fascista, sino añadiendo que la República nada tenía que temer de sus partidarios, eran una abdicación ante las fuerzas de oposición: “cuanto de sano hay en esa organización de Acción Popular va a injertarse en el tronco del sistema cuyas raíces están podridas y de cuya savia viciada no puede esperarse ningún fruto sano”. El editorial exponía su desacuerdo con Gil Robles por acatar el régimen republicano, siendo en su opinión el germen del régimen liberal, democrático y parlamentario fracasado, desprestigiado” y “cubil” (“El acto de El Escorial: Al servicio de la República” 1) de la revolución que estaban llevando a cabo las organizaciones obreras, encabezadas por el partido socialista. Esa sociedad republicano-marxista, que no era tal en 1934, ya que el PSOE, de la mano de Largo Caballero y de la Federación de Juventudes Socialistas, se había distanciado de la República *burguesa* del 14 de abril, era la nominación del enemigo común; de un régimen que incubaba el desorden, la rebelión, en definitiva, la revolución en su legislación fundadora. Pese a que el acto del Escorial había sido un éxito, las palabras amables de Gil Robles hacia la República y los disturbios de Madrid, donde fue declarada una huelga general antifascista, eran recogidas por la prensa antirrepublicana como una muestra de cobardía. Existía una organización de miles de partidarios que, sin embargo, no estaban dispuestos a dar el combate en la calle a las organizaciones obreristas que habían conseguido un paro pleno en todos los servicios municipales y el cierre de los comercios de Madrid. *La Nación* sostenía que la sociedad identificada con las derechas

“advirtiendo que todo se reduce a expansiones oratorias y a un poco de exhibición, que cuando llega el momento de la energía y de las actitudes inexorables carece de toda eficacia, se siente un poco acobardada.” Advertía que el marxismo impondría la dictadura del proletariado, y que no se pararía en contemplar la vía democrática y parlamentaria, por lo que respuesta de las fuerzas antagonistas debería ser adoptar “las mismas actitudes dictatoriales” (“El pueblo acobardado, sometido a una tiranía insensata” 1).

¿Cómo eran recibidas estas discusiones sobre la llegada del fascismo en España por el nuevo partido Falange Española? En un contexto en que las *derechas* no eran suficientemente fascistas —o solo en su parte *externa*—, ¿Podía ganarse a esos sectores descontentos con el discurso de Gil-Robles, *de expansiones oratorias y un poco de exhibición*, pero que cuando llega el momento de la energía y de las actitudes *inexorables carece de toda eficacia*? ¿Cómo intervenir en la retórica fascista y antifascista que empañaba el debate entre la CEDA y sus adversarios? La revista *F.E.* se hacía eco de todas las polémicas sobre el fascismo de sus rivales de AP, el partido hegemónico. Con objeto de erosionar la credibilidad de sus rivales en la representación del fascismo, denunciaba la ambigüedad e indefinición de una fuerza que recogía las portadas de los medios republicanos y obreristas como el enemigo señalado. La propaganda de Falange distinguía entre falsos fascismos reaccionarios, asociados con Gil Robles, y los auténticos, cuya traducción en España eran José Antonio y su movimiento. A continuación, abordaré el uso del fascismo por los falangistas como un significativo indeterminado de disociación entre las mismas fuerzas antirrepublicanas y antimarxistas.

¿Qué era Falange como partido fascista con respecto a sus rivales inmediatos de las *derechas*? Saz establece que “el ultranacionalismo falangista, revolucionario y palingenésico, constituía (...) el núcleo y la razón de ser de la ideología fascista de Falange. Aquello que servía , además, para diferenciarla nítidamente de la de sus adversarios conservadores o reaccionarios. Pero esto, a tal fin necesario, no era en modo alguno suficiente” (*España contra España* 202). Con el objeto de diferenciar a Falange del resto de sus rivales *conservadores* resulta complicado recurrir al uso de epítetos como reaccionario o nacionalista, acompañado del prefijo *ultra*, para hacerlos herramientas de análisis histórico de esos mismos discursos. Estos serían parte de un vocabulario polémico entre grupos antagónicos coetáneos para limitar sus apoyos coyunturales, sus votos y su base militante. El discurso de Falange no era el de un movimiento alternativo a las *derechas* por la radicalidad de su retórica o por su propuesta programática, sino por rivalizar con esas mismas *derechas* en el *campo magnético* del fascismo. La disensión con otros actores difícilmente puede ilustrarse con el enfrentamiento entre una derecha *radical* frente a otra *moderada, conservadora o burguesa*. Kevin Passmore sostiene junto a Martin Blinkhorn que estas etiquetas serían producto de “our distinction”, que no es necesariamente la de los protagonistas. El intercambio de epítetos entre fuerzas hostiles en relación a su derechismo, a su conservadurismo o clasismo formaba parte del juego del lenguaje político coetáneo. En referencia al uso de estos calificativos en el contexto de Entreguerras, Passmore sostiene:

“when protagonists did use terms such as radical and conservative, they often meant something different to us. What matters is how the terms were *used*. When activists claimed ‘Fascism is this’ or ‘Nazism is that’, and accused their opponents of ‘deviations’, such as having a ‘conservative’ or a ‘bourgeois spirit’, we must ask what they meant. (74-75).

Estos términos, que definen a un colectivo político o a sus dirigentes, tienen un carácter retórico que solo puede comprenderse en la dialéctica del momento y, por lo tanto, resultan problemáticos como categorías neutras de análisis extemporáneo para diferenciar los diferentes sectores de un determinado arco político, al ser producto del desenvolvimiento de un lenguaje polémico entre los mismos. En suma, se trata de términos para delimitar el campo aliado y el antagonista, los cuales, citando de nuevo a Schmitt, resultan inútiles si no se sabe a quién se trata de negar, afectar o combatir.

En *Fascismo y Franquismo*, Saz afirma que el discurso de Falange Española trataba de presentarse “en la forma más semejante posible al de otras fuerzas de derecha” (47) disputándole, sin éxito, el espacio político a Gil-Robles. ¿Interpelaba Falange al votante de las *derechas*? F.E. se postuló como la plataforma de una revolución auténtica, alternativa a la del 14 de abril y a las derechas que, pese a que, a modo de impostura, viraban su discurso hacia el fascismo, seguían, según la retórica falangista, siendo las mismas fuerzas *liberales* de la Restauración. Y finalmente, un último factor que Ledesma más tarde escribiría sobre las derechas fascistizadas, un movimiento político de militantes dispuestos a enfrentarse físicamente al régimen republicano y a los enemigos socialistas. Además, Falange se consideraba un movimiento, y no un partido, demandaba la abolición de los partidos políticos y el establecimiento de una dictadura totalitaria en la que, manteniendo el régimen de propiedad privada, las fuerzas productivas se integraran en un gran sindicato nacional. Sin embargo, más allá de diferencias programáticas con otros partidos de las derechas, el partido coincidía en muchos de sus puntos en la necesidad eliminar la disensión de los partidos marxistas y separatistas bajo una fórmula totalitaria que conciliara los intereses privados y los estatales. ¿Revolucionarios? ¿Derechistas?

¿Ambos? en el primer número de Falange, fechado el 7 de diciembre de 1933, Uno de los miembros del triunvirato de Falange, Julio Ruiz de Alda, justificaba la abstención de su partido de participar en los comicios de 1933 porque solo hubieran quitado “votos a los partidos no socialistas y separatistas” (1:3).⁶⁶ Según Ruiz de Alda, lo fundamental era no debilitar las posiciones parlamentarias de las *derechas* con el fin de evitar una reedición del bienio anterior. Uno de los beneficiados de la mayoría parlamentaria de las *derechas* sería José Antonio, que obtendría un escaño al presentarse por la provincia de Cádiz en una lista electoral monárquica. Cuando Falange Española acusaba a sus adversarios de derechas de conservadores, aburguesados o democráticos o falsos fascistas lo hacía con el objeto de distinguirse políticamente para hegemonizar la anulación del republicanismo en las instituciones y la eliminación del marxismo.

Acción Popular y Falange fueron organizaciones rivales, pero con discursos que pertenecían a un mismo espacio político y que rivalizaban sobre cuál era el partido *verdaderamente nacional*. Recurriendo a diferentes estrategias de negación del adversario, el partido de Primo de Rivera y la formación de Gil-Robles se disputaron términos asociados al fascismo, al catolicismo, al liberalismo, al republicanismo o al socialismo para reafirmar, matizar o modificar su discurso en cada una de las contingencias de 1933 y 1934. En último término, Falange era una organización apoyada política y financieramente por los alfonsinos de Acción Española, los cuales exploraron múltiples vías de negociación con otros grupos de las derechas para acelerar el final de la República y debilitar políticamente a los sectores de las derechas integrados en la CEDA que se resistían a una ruptura fulminante con el régimen a través de una táctica gradualista de dominación de los resortes estatales.

⁶⁶ Cito la edición de facsímil de *F.E.*, Madrid, Editora Nacional: 1943.

Siendo el fascismo parte de una dialéctica preexistente que protagonizaban otros bloques hegemónicos, la formación minoritaria desarrolló un discurso sobre la novedad del falangismo y la necesidad de un movimiento de estas características. El semanario *F.E.* abordó la dialéctica fascismo y antifascismo, enfatizando las diferencias genuinas del falangismo con las formaciones que se identificaban o que eran asignadas al fascismo por los partidos y los periódicos de izquierdas. Sirva de ejemplo el editorial del número 5 de *F.E.*, que presentaba bajo el título “Nuestros enemigos” a los dos grandes grupos en los que se dividía el *antifascismo*: los primeros, los que “dicen que el fascismo existe y que es un peligro enorme, por lo que hay que movilizar fuerzas contra él, todas las fuerzas de seguridad y de policía del Estado”. A los que se unían en fraterna alianza “todos los periódicos de izquierda con su inflado aspaviento” y “la movilización de delincuentes profesionales”. Se trataba de los antifascistas militantes, un “primer grupo (...) el más zafío, bronco y elemental (...) necesario para ventilar la pugna entre la España y la anti-España” (5:1). El otro grupo lo integraban aquellos que negaban el fascismo y cuya prensa silenciaba su importancia ante “el clamor aparatoso y desproporcionado” de los periódicos de significado antifascismo. “Como regla general puede afirmarse que solo se dice con empeño que no existen las cosas que indudablemente existen” (5:1). En este grupo de antifascistas estarían Gil-Robles y la CEDA, los cuales renegaban de la etiqueta de fascista que les asignaban los grupos de izquierda y hacían una exposición constante de sus diferencias por complejo de ser tratados como tales.

El especialista en el catolicismo político de la década de los treinta, Vicent Comes Iglesia, trata “las fronteras políticas” del espacio ocupado por la CEDA (199). El autor

cita las impresiones de Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República durante 1931-1936, sobre la CEDA y las sensibilidades políticas que acogía la confederación, a la que calificaba de “heterogéneo conglomerado”, a cuyos márgenes se situaban, por un lado, católicos dispuestos a colaborar con la República y, en el otro extremo, “una hueste de impulsos, métodos y fórmulas fascistas” (200). Según Comes, este primer grupo reflejaba la orientación de dirigentes como Luis Lucia Lucia, vicepresidente de la CEDA, quien, durante el periodo republicano, demandó la reorganización de los militantes católicos en un periodo de cambios al que tendría que habituarse de acuerdo con la doctrina del accidentalismo, a saber: el respeto a la forma de Estado, monarquía o república, y la defensa de los principios doctrinales de la Iglesia Católica. El segundo grupo, el de los fascistizados, en tensión con el primero, abogaba por la instauración de una dictadura corporativa. En relación a los *extremistas* de la CEDA, los discursos de las diferentes fuerzas de izquierda tildaban a este grupo desde *ambiguos y monárquicos embaucados* hasta *reaccionarios* o *fascistas*. Los de otras derechas rupturistas, como he mencionado en el caso de los diarios *Siglo Futuro* o *La Nación*, de *republicanos, democráticos y cobardes*. En *F.E.* se describía a la CEDA y a sus juventudes de la JAP con calificativos del discurso de los periódicos de derechas más beligerantes con el *accidentalismo*, pero también, de la izquierda revolucionaria. En referencia a las derechas más beligerantes hacia el accidentalismo, *F.E.* solía juzgar a AP como un elemento más del régimen republicano de acuerdo con los principios liberales y democráticos. Por otro lado, había similitudes con el discurso del socialismo revolucionario al definir al partido católico como *viejo, burgués, decadente, contrarrevolucionario* y *masón*. Pongo por caso las crónicas sobre la actualidad política que trataban el ejercicio de la política en las

instituciones democráticamente elegidas como el resabio de una sociedad decimonónica en descomposición —un tema ya tratado en el primer capítulo dedicado al fascismo de Giménez Caballero—; un desfile de “fantasmas de cadáveres y reminiscencias crueles” (4:12). Pero, además, *F.E.* se refería a AP como partido fascista, pero de un fascismo encorsetado y mal comprendido; *frío* y *técnico*.

En un artículo titulado “De la sociología en conserva al fascismo fiambre” se ridiculizaba la ambigüedad del discurso de AP. El texto comienza con la réplica de Gil-Robles a las acusaciones de fascismo de la prensa de izquierda contra su persona y su partido: “nosotros no queremos una organización corporativa; no creemos en el parlamento; consideramos indispensable una reforma social honda; detestamos a los parásitos; creemos en la tradición española... pero ¡Nada de fascismo!; ¡Nosotros no somos fascistas!”. Si el fascismo es la suma “de unas cuantas cosas, todas las cuales, una a una, gustan al señor Gil Robles”, —apelación al corporativismo, al antiparlamentarismo, a la *tradición española*— “¿Por qué le disgusta el fascismo?”. Pese a que el discurso de la coalición católica coincidía en sus partes fundamentales con el fascismo, el proyecto de Acción Popular renunciaba a una equiparación con el significante que mejor interpelaba a aquellos sectores opuestos al marxismo y partidarios de un estado corporativo que uniera a las clases sociales. Según *F.E.*, Gil-Robles negaba la mayor por su compromiso con el liberalismo y el agonizante régimen republicano. La razón de tal negativa era la imitación de otros partidos conservadores —“partidos populares europeos”— que “se integran por una serie de personas circunspectas, suaves, castas, imperceptiblemente sonrientes, madrugadoras, ordenadas y amantes de la estadística”. Estos partidos formados por cuadros de técnicos y estadísticos pretendían

hacer del fascismo lo mismo que hicieron los socialdemócratas revisionistas y antirrevolucionarios con el socialismo marxista: “prefirieron *poner a enfriar* al socialismo, e inventaron una especie de socialismo blanco, sociología en conserva, muy técnico y muy estadístico, en el que se iban aceptando una a una todas las peticiones obreras sin el calor auténtico de una revolución popular”. Del mismo modo, “todas las inquietudes espirituales de Europa han sido sometidas por los partidos populares a ese proceso de refrigeración”. Mientras el fascismo era “un movimiento caliente y alegre” a partidarios de este tipo de movimientos les estaba “prohibido emocionarse”. El partido de Gil-Robles “se apropia toda la técnica del fascismo, pero sin captar su emoción”, algo que es “respecto del fascismo, lo que la sociología en conserva respecto del socialismo” (5:3). AP había puesto al *fascismo en conserva* pura doctrina, pero sin el espíritu y la emoción, la poesía, en definitiva, a la que los falangistas decían deberse:

En nuestro movimiento, donde técnica y economía, doctrina y disciplina sociales tanto cuentan, la primera palabra ha sido poesía, pero poesía entendida como cruda madre del heroísmo y de la sátira hasta lograr su apogeo civilizado y clásico de edificación e ironía: poesía eterna de España, que hoy se bate y canta en nosotros con su ritmo tumultuoso de génesis y que no ha de parar hasta solidificarse en una nacional arquitectura y hasta hacerse fluida en un río sonante de emoción patria (1:2).

En cierto modo, *F.E.* interpelaba a todo un aparato de cuadros organizados con una *poesía* y unos símbolos propios ya existentes: la rama juvenil de AP, las Juventudes de Acción Popular. Aquellos que en su himno cantaban estrofas como: “De entusiasmo los pechos alientan / y en Oriente amanece otro Sol / que se pongan en pie los que sientan / el orgullo de ser español (“Los populistas se excitan” 1). La acusación de fascismo fiambre a los populares formaba parte de un intercambio de golpes entre dos fuerzas que venían a representar la *emoción* de los patriotas españoles, frente a la aplicación

impostada y fría de doctrinas foráneas como el marxismo. El periódico de Acción Popular, *El Debate*, había acusado a Falange de no ser un partido nacional y de tener un patrón extranjero. La réplica falangista aparecía en el primer número de *F.E.*: “El marxismo es una invención alemana, el comunismo rusa. En cuanto al Partido Popular Italiano, era una traducción del Centro alemán, y el Partido de Acción Popular español, la traducción de una traducción, corregida y vigilada desde fuera”. Una acusación que respondía a otra sobre la imitación del fascismo italiano: “cuando estemos con menos prisa nos tomaremos la fatiga de explicar la génesis auténticamente universal y española de nuestro movimiento desde el Imperio y la Contrarreforma”. Era en cambio el “fundamento inequívoco español” lo que caracterizaba a otros movimientos a los que les faltaba la “vastísima tradición, que a nosotros llega por la vía directa de nuestra historia” (1:1). La más larga tradición de este tipo de movimientos en Francia o en Italia no era sino el reconocimiento de otros países a la más inmensa tradición del falangismo en España. Algo que Primo de Rivera señalaba en el discurso de unidad de Falange y las JONS de Onésimo Redondo y Ledesma Ramos:

Dejemos que nos digan que imitamos a los fascistas. Después de todo, en el fascismo, como en los movimientos de todas las épocas, hay, por debajo de las características locales, unas constantes, que son patrimonio de todo espíritu humano y que en todas partes son las mismas (*Discursos* 37).

El número 8 respondía a las declaraciones de Gil Robles en el *Heraldo de Madrid*, medio en el que negaba ser fascista porque el fascismo iba en contra del catolicismo, el elemento fundamental de unidad popular sobre el que se había articulado el éxito electoral de la CEDA. En la pequeña entrevista en el *Heraldo*, un medio republicano que pedía la unidad de las fuerzas de la izquierda, Gil Robles afirmaba no ser fascista, replicando al entrevistador y a su medio por qué le calificaban como tal:

- Gil Robles: ...yo, no soy fascista contra lo que ustedes opinan.
- Reportero: Nosotros opinamos así porque lo dice todo el mundo.
- G.R.: Pues le aseguro que no es verdad. Nada más lejos de mí que el fascismo.
- R.: Nosotros ya hemos dicho más de una vez que usted no era fascista, porque es católico.
- G.R.: Así es, en efecto.
- R.: Pero, sin embargo, el diputado comunista Bolívar nos ha dicho que usted es fascista, y que el ser católico no impide ser fascista, como demuestra Mussolini.
- G.R.: ¡Pero si Mussolini no es católico ni lo ha sido nunca! Siempre ha sido un ateo, y por eso ha creado el fascismo, que es contrario a todo dogma católico.
- R.: ¿Cree usted en el afianzamiento del fascismo en España?
- G.R.: Tampoco creo en él. Por lo menos en el que quieren presentarnos ahora como fascismo. El fascismo, ni en España ni en ningún sitio, pueden traerlo los señoritos: eso de ninguna manera lo conseguirán. Si aquí llega el fascismo será porque se ponga al frente de esas falanges un tráfuga del socialismo o del sindicalismo, como fue Mussolini y más tarde Hitler... Pero los señoritos no podrán nunca hacer nada (“Gil Robles nos dice que no cree...” 1934).

Gil Robles abordaba dos cuestiones espinosas sobre el fascismo en España que tenían que ver con su condición asignada por la izquierda del líder de un movimiento análogo y con la aparición de un movimiento, Falange, que pretendía representar ese campo político y competir contra AP. Ante la primera oponía el catolicismo al fascismo, por ser un movimiento intrínsecamente ateo. Sobre la segunda, argüía que el fascismo, tanto en Alemania como en Italia, era un apéndice de las organizaciones obreristas de izquierdas —socialismo o sindicalismo— y que sus líderes provenían de la representación política de la clase obrera. Con esto Gil-Robles acusaba a la Falange de querer representar una fuerza obrerista siendo ellos mismos “señoritos” de la clase burguesa que no tendrían ninguna prédica entre las masas socialistas o anarcosindicalistas. Una vez más, retomando la discusión iniciada en el primer apartado del capítulo, el fascismo es investido negativamente por el líder de las *derechas* para limitar los elementos coincidentes con su adversario. Siendo el líder de una fuerza anticomunista que proponía la superación de la República en una fórmula corporativa, un régimen político cercano a

lo que se ha analizado de otros insertándolos en la categoría de *fascismos de Entreguerras*, Gil Robles entendía que el vocablo fascismo comprendía ciertos elementos de exclusión de su electorado nacionalista y católico, ajenos a su autorrepresentación como partido defensor del *orden* y de la *civilización*: su discurso *patriótico* y, sin embargo, su origen foráneo —lo que viene a ser una contradicción para cualquier fascismo fuera de Italia—; su desconexión inicial de la tradición religiosa y política cristiana —el fascismo revolucionario de primera hora de Mussolini contra el *cristianismo* marxista (Benito Mussolini, *Il Popolo d'Italia*, 12 de diciembre de 1919)—; y, consecuencia de esto último, un cierto carácter subversivo de movimiento obrerista hermano de la revolución bolchevique, hijo de los *desórdenes* de la posguerra mundial. El discurso de distanciamiento de Gil Robles acusaba los orígenes problemáticos del fascismo y desatendía los componentes de movimiento anticomunista afianzado en los años 30, defensor del catolicismo y de la civilización contra la subversión marxista; retórica que jalonaría la alianza entre Franco y el régimen fascista italiano en la guerra de 1936. Una aproximación retórica al fascismo que no se diferencia demasiado de la instrumentalización que Ishay Landa observa en los juegos del lenguaje de la política contemporánea: “the attempt is frequently to *dis-own* fascism, to make it the affair of someone else, preferably of one’s political and ideological antagonists” (321).

F.E. rebatió las palabras del líder popular sobre el carácter anticristiano del fascismo y sus orígenes obreristas, extraños a aristócratas como José Antonio Primo de Rivera. En el número del 1 de marzo, *F.E.* contraargumentaba que fascismo no era pagano, ya que, el mismo papa Pío XI, le había reconocido como un defensor de la fe católica: “hombre dado a la Italia por la Providencia divina.” La misma consideración,

por otra parte, que tenían los miembros de la JAP de su jefe de partido. Ya en uno de los últimos números del semanario se afirmaba que la manera de proceder en política de los cedistas era la “entronización del relativismo” (14:8), de inspiración luterana. En este sentido, Falange no solo se refería a AP como un fascismo fiambre o copiado, sino que discutía la misma identidad del partido asimilándolo a la antítesis del catolicismo.

El artículo “El señorito Gil Robles está nervioso” (8:3) ofrecía un retrato satírico del prototipo cedista y de sus Juventudes de Acción Popular, aristócratas vinculados a la corrupción del sistema parlamentario, del *statu quo* republicano y democrático:

La cosa es clara: todos ustedes llevan cuello, corbata y gemelos en los puños; muchos van envuelto en trajes impecables; los marqueses y los condes no faltan entre ustedes. Ustedes son, pues, señoritos (...) El señorito Gil Robles está nervioso con esto del fascismo, porque teme que le quite masas (...) le impida algún día reposar las nalgas en el banco azul entre radicales moderados y agrarios conversos (8:3).

Falange respondía —los que se afiliarían en masa a Falange tras el estallido de la Guerra Civil— afirmando que la CEDA y las JAP pertenecían a una casta aristocrática decadente colaboradora del *statu quo* republicano. Este discurso contradecía el de los socialistas y comunistas sublevados en 1934, que entendían que el régimen republicano estaba superado y que las instituciones, tras la mayoría cedista en las elecciones del año anterior, estaban en manos de la *reacción burguesa* y del *fascismo*, productos completamente intercambiables en sus discursos. En cambio, para los falangistas, la reacción, identificada con lo viejo de la Restauración, las formas políticas caciquiles y el parlamentarismo democrático-republicano era lo opuesto al fascismo; o, al menos, al fascismo “no fiambre”. Falange escenificaba su rechazo al *statu quo* atacando a la CEDA, a su *burguesía* y sus *señoritos*, pero también a las instituciones democráticas republicanas, que se sostenían en una concepción rousseauiana del pueblo soberano

concebido como mayoría electoral.⁶⁷ Como observaba en el capítulo interior (25), las derechas utilizaron un lenguaje de sentido común antiburgués para contrarrestar la retórica de las formaciones antagónicas. Las mutuas acusaciones de *señoritos*, *reaccionarios*, *burgueses* o *aristócratas* eran parte de estos juegos de desacreditación del discurso del adversario.

El Congreso de la JAP del 22 de abril en El Escorial había dejado imágenes de un acto castrense, organizado por escuadristas que exigían todo el poder para Gil-Robles. Como señalaba anteriormente, las palabras de líder de la CEDA habían decepcionado a parte de las derechas, que esperaban un discurso de ruptura con el régimen del 14 de abril. *F.E.* ironizaba sobre el éxito de la manifestación *fascista*, que había terminado con los militantes *deshechos* “entre la nieve” (12:4), helados, no solo por las inclemencias de la Sierra de Guadarrama, sino por las palabras tan poco alentadores de Gil Robles.

de unas juventudes, que no eran tan *juventudes*, ya que, exageraba la crónica del acto, solo se admitían a *jóvenes* entre 45 y 60 años. Una buena parte de los números del semanario posteriores al acto mencionarían el fracaso del movimiento de masas de AP y sus *japoneses*, como se referían a los cuadros de las JAP. Para Falange, el movimiento de Gil-Robles no lograría nada en la solución de los problemas políticos de España que, en general, se resumían en dos: el marxismo, la masonería y el separatismo catalán.

Del discurso de Falange contra AP se pueden extraer las siguientes conclusiones: en la emergencia de retóricas fascistas y antifascistas en España, el falangismo se postuló como un fascismo poético y auténtico frente al tecnicismo frío de los partidos que

⁶⁷ José Antonio Primo de Rivera asumió un discurso contra la organización del Estado a partir del voto de las mayorías que puede observarse con más extensión y profundidad en los artículos del tradicionalista Víctor Pradera y Larumbe (1872-1936), publicados en *Acción Española*, que integrarían su ensayo *El Estado Nuevo* (1935).

imitaban el fascismo. Las derechas de Gil-Robles, mediante sus acciones políticas habían demostrado que no eran más que un movimiento frío, “materialista, donde la poesía no tiene valor y lo son todo las estadísticas y los números”. La pretensión de AP de hacerse con los resortes del poder lentamente, “sin prisas”, lo desacreditaba por completo para efectuar la acción enérgica que le demandaban otros sectores situados en *las derechas*. Y no lo hacía porque AP pertenecía a la misma gerontocracia que, desde el siglo XIX, había gobernado en España generando, precisamente, lo que decía combatir: “la España cubierta de polvo de tantos años de aburguesamiento” (14:8). Falange proclamaba la diferencia entre su alternativa a la República, representada por nuevos *señores*, y el continuismo de los *señoritos* que parasitaban en los residuos de la política decimonónica y cuya acción solo beneficiaba a las viejas clases caciquiles. Por último, pese a que Acción Popular decía representar los intereses de los españoles católicos, desarrollaba acciones políticas ineficientes a través de canales políticos y bajo doctrinas ideológicas *ajenas* a España, negando las concomitancias entre el fascismo, como el nuevo catolicismo, y la tradición política y cultural española, a las que había traicionado en sus devaneos parlamentarios con los actores del 14 de abril.

3.1.2. Los antifascistas contra qué fascistas: la alianza entre conservadores y socialistas

Muy lejos estaría Falange de rivalizar con la militancia de JAP que, ya en 1934, se cifraba en más de 200.000 miembros. No sería hasta la primavera de 1936, tras la victoria del Frente Popular, cuando las Juventudes de Acción Popular se pasarían en masa a las filas del partido. Todavía en 1934, año de la Revolución de Octubre, la actividad de los

falangistas, ante el casi nulo reconocimiento de su doctrina política y teórica, se enfocó en publicitar los enfrentamientos violentos con las otras juventudes más numerosas de España: las Juventudes Socialistas. La *entronización del relativismo* a través de la acción de las cortes republicanas, que los falangistas asociaban al oportunismo y al *politiqueo* decimonónico, esencialmente antifascista, era lo que sus antagonistas, los socialistas revolucionarios vaticinaban como el inicio inevitable de una dictadura fascista establecida gradualmente a través de los mecanismos que ofrecía la República burguesa. Desde el órgano de prensa de los jóvenes socialistas, *Renovación*, se predicaban las resoluciones del V Congreso, la ruptura con los partidos republicanos y la República burguesa y la proclamación de la vía revolucionaria. La FJS llamaba a luchar contra el fascismo, asociado al parlamentarismo *reaccionario* y a la farsa democrático-burguesa republicana. Según los jóvenes socialistas, el fascismo se instalaría cómodamente en las instituciones de una República reaccionaria para, una vez controlados los mecanismos represivos del Estado, oprimir al proletariado. La única alternativa posible para los trabajadores era tomar por la fuerza el poder y fundar la primera dictadura socialista española —la *Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas*—, propósito para el cuál era un lastre la colaboración con la masonería republicana y los socialistas de *derechas* del primer bienio. La política del parlamento burgués, dominado por los radicales y los cedistas, era la manifestación de la contrarrevolución temerosa de la acción revolucionaria de la juventud proletaria en las calles.

El 17 de febrero de 1934, *Renovación* publicaba un decálogo para el militante socialista. Las directivas conminaban a sus jóvenes afiliados a guardar una disciplina marcial de obediencia “ciega” a los jefes. Los grupos que desfilaban por las calles debían

reconocerse mutuamente mediante una salutación obligatoria—“saludar con el brazo en alto —vertical— con el puño cerrado, que es un símbolo de hombría y virilidad”. Se recomendaba la necesidad de efectuar acciones callejeras continuas para generar “una atmósfera de miedo y respeto” en el espacio público. El último punto se referiría a la necesidad de que el militante tuviera claro que la finalidad del socialismo era la toma violenta del poder, ya que los medios *democrático-burgueses* ya se habían experimentado sin éxito: “la única idea que hoy debe tener grabada el joven socialista en su cerebro es que el Socialismo solamente puede imponerse por la violencia, y que aquel compañero que propugne lo contrario, que tenga todavía sueños democráticos, sea alto, sea bajo, no pasa por ser de un traidor, consciente o inconscientemente”. Ante la inevitable contienda violenta contra las fuerzas *enemigas del proletariado*, se exigía al joven socialista hacerse con armamento de fuego “como sea, donde sea” y “por los procedimientos que sean” (17 de febrero de 1934).⁶⁸ Marxismo o fascismo; no había otra alternativa posible.

Esta dialéctica sería asumida de buen grado por los falangistas. Eran ellos y los socialistas los que se batirían en la batalla final que se avecinaba tras la *pantomima* parlamentaria de los radicales y los *falsos fascistas*. Samuel Ros reflejaba este antagonismo en el artículo “El pulso de la vida”, en el que denunciaba la falsa contradicción entre monárquicos y republicanos. Como *El hombre de los medios abrazos*, el desconsolado lisiado de la novela de Ros, España se encontraba enferma, “tendida en la cama de un hospital, respirando afanosamente los últimos alientos de vida,” mientras

⁶⁸ La cuestión del rechazo al socialismo democrático y los republicanos masones por las juventudes socialistas, a la vanguardia de las tesis leninistas de Largo Caballero, es tratada en Araquistáin Quevedo, Luis. *Marxismo y socialismo en España*; Aróstegui, Julio. *Largo Caballero: el tesón y la quimera*; Serrano Poncela, Segundo. *El partido socialista y la conquista del poder*; Tuñón de Lara, Manuel. *El movimiento obrero en la historia de España II*; Souto Kustrín, Sandra. “Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República.”

izquierdas y derechas representaban su propia farsa: “¡Salvemos a la República! Gritan algunos ateneístas con polilla de biblioteca—¡Restauremos la Monarquía! —gritan algunos aristócratas con polilla de jardín—. Y España, sola en su cama de hospital, se muere”. Republicanos, *ateneístas con polilla de biblioteca*, y conservadores, *aristócratas con polilla de jardín*— representan la dialéctica demoliberal que Ledesma Ramos decía superada o lo viejo a lo que Giménez Caballero se oponía desde las páginas de *La Gaceta Literaria*. Frente a la masa conformista y los políticos de un lado de otro, que veían languidecer el corazón de la patria, se encontraban los falangistas y los socialistas revolucionarios. Las vías de aquellos que no querían “salvar la República ni restaurar la Monarquía”, estos eran, “los marxistas y los antimarxistas”:

Nadie piense que se puede librar de la contienda; es preciso alistarse en una o otra parte, porque la forma más segura de sucumbir será la de permanecer en el puesto de espectador. Hay cosas que no se pueden presenciar sin dejar la vida, y puesto que se hace preciso arriesgar la vida, piense cada español cuál es su deber y en dónde suena la voz que le llama (7:11).

Había que alistarse en uno de los dos bandos antagónicos —Falange o los marxistas— o permanecer expectante junto a los republicanos y de los radical-cedistas. Las Juventudes Socialistas eran la némesis de Falange, ya que defendían una doctrina *tiránica*, *materialista* y *antinacional*. No obstante, interpelaban al mismo sujeto político —la juventud, que ganaba protagonismo en las calles—, se oponían abiertamente a una solución transitoria respetando los cauces *democrático-burgueses* y aspiraban a una revolución que rompiera marras con la República del 14 de abril.⁶⁹ Los falangistas oponían a sus enemigos marxistas su revolución *nacional*.

⁶⁹ Véase Souto Krustin, Sandra. *Paso a la juventud: Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*. Arbeloa, Victor Manuel. *El quiebro del PSOE (1933-1934) Tomo 2: Del gobierno a la revolución*.

Empero, los falangistas, aunque se representaban como los portavoces del fascismo español, no eran los protagonistas de esta batalla final entre el marxismo y el fascismo. Al contar con la mayoría parlamentaria en las Cortes de la *reacción*, Acción Popular y Gil-Robles *organizaban* el fascismo mediante el control de las instituciones burguesas y los falangistas eran tan solo sus esbirros, una *banda de criminales* complementaria financiada por las *extremas derechas*, pero accesoria. AP y las JAP habían demostrado su fuerza en una manifestación masiva a las afueras de la capital, mientras que los falangistas limitaban sus apariciones públicas a pequeños actos en lugares de provincias y a los funerales de los *caídos*, donde se reunía su escasa militancia. Las principales proclamas antifascistas del diario de los posteriores líderes de la Juventud Socialista Unificada —la unión de las organizaciones juveniles del Partido Comunista de España y del PSOE—, Santiago Carrillo y Segundo Serrano Poncela, iban destinadas a sus principales enemigos fascistas. La FJS preparó un gran acto antifascista en respuesta al Escorial, con un gran despliegue logístico, muy similar al de las JAP, que terminó en la ya mencionada huelga general declarada en el centro de la capital. Un mes antes de su celebración, los jóvenes socialistas vaticinaban que este sería “el primer choque serio entre el fascismo y la clase obrera” —es decir, la batalla final entre la gran burguesía reaccionaria frente al proletariado—, “el primer episodio de la guerra civil” (*Renovación*. “La manifestación de El Escorial” 3 de marzo de 1934). Los falangistas apenas tenían trascendencia en el gran conflicto final que vaticinaban los jóvenes socialistas.

Sin embargo, las JAP no aparecieron en el centro de Madrid la tarde del acto del Escorial para enfrentarse a las Juventudes Socialistas, como tampoco Gil-Robles pronunció el discurso de ruptura con la República esperado. Razón por la cuál, en

referencia a lo mencionado en páginas anteriores, un diario como *La Nación* censurara la falta de predisposición al combate de la derecha *que cuando llega el momento de la energía y de las actitudes inexorables carece de toda eficacia, se siente un poco acobardada*. El 26 de abril de 1934, *F.E.* atacaba el discurso de sus adversarios en el *campo magnético* del fascismo, sosteniendo que el acto de El Escorial era “la mejor justificación de nuestra existencia política y revolucionaria”. Poco podían hacer las viejas derechas católicas disfrazadas de milicias armadas, los, en sentido irónico, “formidables “fascistas” (¡!) [sic]” de la JAP, en este combate al que tampoco acudieron las “juventudes rojas” del PSOE. El semanario minimizaba la participación de las Juventudes Socialistas en una huelga que se había delegado en los trabajadores afiliados a los sindicatos “marxistas” —en referencia a la Unión General de Trabajadores. Según los falangistas, los fascistas de los que los marxistas alertaban, no eran aquellos de El Escorial, sino sus “equipos nacionales auténticos”:

Todavía no saben los marxistas españoles lo que va a representar para ellos la presencia organizada y resuelta de equipos nacionales auténticos. Entonces advertirán la diferencia entre un peligro real y uno meramente dialéctico como el que a diario forjan con sus confusonarias [sic] divagaciones en torno al fascismo (12:8).

El artículo concluía que los socialistas estaban creando un fantasma especular en el fascismo como excusa para llevar a cabo una revolución marxista. Sin embargo, esos *fascistas* no iban a ser los de El Escorial, sino aquellos dispuestos a usar con eficacia el lenguaje “de la violencia” y “de la lucha armada”. Los falangistas que, “a su hora”, presentaran “las razones”.⁷⁰

⁷⁰ No obstante, los primeros en recibir financiación directa del régimen fascista italiano fueron los líderes de la Comunión Tradicionalista y de Renovación Española ese mismo mes de abril de 1934. Véanse Álvarez Rey, Leandro. *La derecha en la segunda república*; Blinkhorn, Martin. *Carlism and Crisis*; y Vincent, Mary. *Catholicism in the Spanish Second Republic*.

Comenzaba un periodo de intercambios violentos entre Falange y los socialistas, que no terminaría hasta finalizada la Guerra Civil: la víctima y el asesino como acción de propaganda. La distribución y venta de *F.E.* por los militantes falangistas atraía a más socialistas que a entusiastas del *verdadero* fascismo español. El primer obituario de los falangistas fue dedicado a un joven que, tras haber adquirido el primer número del semanario —Francisco de Paula—, fue asesinado por dos jóvenes socialistas en el corazón de Madrid: “la muerte le ha traído a nuestras filas. (...) Su sangre ha escrito sobre el suelo de España su cédula de inscripción”. Bajo el epígrafe del obituario la exclamación “¡Presente!” dedicada a los mártires del movimiento falangista. Sería el primero de otros, como Matías Montero, el falangista *protomártir* del Movimiento Nacional que sería abatido a tiros por las Juventudes Socialistas como represalia al asesinato de un joven en el asalto a la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina, controlada por la FUE. “Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor” (7:9). En las páginas que recogían el reportaje gráfico del funeral de Montero, se enfatizaba en este concepto de martirologio del caído en Falange, cuya sangre lograría unir a los españoles: “Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la redención de España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres” (7:9). Lo que difería del crimen por odio que auspiciaban derechas e izquierdas, movidos por doctrinas e ideológicas sin *espíritu*.

El corazón de esa juventud marxista que quería imponer un modelo político antiespañol —es decir, antifascista y marxista— se alojaba en los sindicatos universitarios. Mencioné en el capítulo anterior la importancia de la Federación

Universitaria Escolar en la movilización estudiantil contra la Dictadura y por la República, así como, ya en pleno régimen republicano, su posterior alineamiento con el antifascismo. Falange trataría de contrarrestar la influencia del sindicato estudiantil, ahora vinculado a la izquierda revolucionaria, con la creación del Sindicato Español Universitario (SEU). A finales de enero de 1934, publicaba *Renovación* que “los fascistas” —en referencia a militantes del SEU— habían “asaltado la Secretaría de la F.U.E. de [la facultad] de Medicina, hiriendo a un camarada. Debe ser la última vez que cae uno de los nuestros en estas luchas ¡Hay que atacar sin piedad a la canalla fascista!” (27 de enero de 1934, 1). *F.E.* daría su versión lo sucedido, justificando los disparos de los fascistas por la violencia con la que habían sido atacado por los *fueistas*.⁷¹ El número del 8 de febrero de 1934 ofrecía la transcripción del discurso de José Antonio Primo de Rivera en las Cortes sobre la Federación Universitaria Escolar, su carácter partidista —antifascista y marxista— y la violencia en las aulas. En opinión del líder falangista, la FUE “ha derivado abiertamente hacia la política” y es “la primera que ha ejercido un régimen político de violencia”. Según Primo de Rivera, la FUE se había convertido en una organización que no se dedicaba, como en el pasado, a las necesidades de los estudiantes, sino a la propaganda partidista en la Universidad Central de Madrid. En 1933, el sindicato estudiantil había decidido la expulsión inmediata de los fascistas. Pero el líder falangista iba más allá: denunciaba una persecución ideológica solamente por profesar un determinado tipo de ideología: “Es decir, que la F.U.E., resucitando los

⁷¹ Véase también González Calleja, Eduardo. “Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1968)”.

procedimientos de la Inquisición, pero todavía más sutiles (...), se mete a indagar, no lo que hacen los estudiantes fuera, sino lo que llevan en la cabeza”.⁷²

Se perseguía a aquellos individuos no por su “actividad fascista”, sino por profesar “ideas fascistas” (6:9). *F.E.* propagaba la imagen colectiva de los falangistas como una minoría de defensores de la nación perseguidos por un gobierno de derechas pusilánimes y una banda criminal organizada de izquierdas; ambos hostiles abiertamente al fascismo y a sus seguidores en España. Primo de Rivera hacía referencia a la persecución sufrida por la Dirección General de Seguridad, que concebía su movimiento “como una partida de la porra”, cuando “el fascismo es una inquietud europea, (...) una manera nueva de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio”. Las intervenciones gubernamentales, las redadas de la policía en sus locales, las suspensiones de los periódicos y la muerte de sus militantes eran su carta de presentación de víctimas del sistema y de un gobierno conservador que los maltrataba con más dureza, si cabe, que a los marxistas revolucionarios. Primo de Rivera denunciaba en el Congreso que “cada número de esa revista que se llama “F.E.” (...) cada uno de esos números (...) cae en manos del fiscal y suscita su cólera” (6:10). El semanario *F.E.* está sufriendo la persecución del gobierno conservador solamente por sus ideas. La imputación de organización violenta no tenía ningún apoyo documental, ya que eran los falangistas los que habían sufrido la violencia “por pistoleros que o pertenecían a la Juventud Socialista o recibían muy de cerca sus inspiraciones”. La violencia venía de un

⁷² La analogía entre los procedimientos de la F.U.E y los de la Inquisición resultaba sorprendente, ya que la institución era utilizada más profusamente por las izquierdas como referente histórico negativo asociado, por sus métodos coercitivos y su origen católico, al fascismo, a las derechas, la dictadura o al capitalismo. En un artículo de principios de 1933 publicado en *La Tierra*, Narciso Grau rendía culto al mártir anarquista de Casas Viejas Francisco Cruz Gutiérrez, apodado Seisdedos, caído en la lucha contra el capitalismo: “Bello es morir por un ideal de redención, es elevarse por encima de la nada. Así sabían morir los Giordano Bruno, los Miguel Servet; así sabían morir en la hoguera del fanatismo religioso. Así han conquista la eternidad. La inquisición capitalista también hace sus mártires” (4).

solo lado: “nosotros hemos sufrido hasta ahora todas las víctimas y las hemos sufrido en silencio” (6:10). En definitiva, los falangistas sufrían la opresión de un enemigo más numeroso y de unas derechas que les perseguía con mayor celo que a las izquierdas en una violencia preexistente a la que los falangistas respondían con abnegación y sin contrapartidas.

En este contexto se denunciaba la pasividad del gobierno de derechas ante la Revolución marxista en marcha y su única obsesión con Falange. Ante esta coyuntura, el discurso de Falange se sostendría en su identificación con el verdadero movimiento nacional —el fascismo no podía representarse AP ni las JAP, por su colaboración con un gobierno republicano, burgués y democrático. F.E. representaba la revolución verdadera, la nacional, y no la antinacional marxista; la única vía revolucionaria posible frente al marxismo de “las J.A.S. (Juventudes de Asesinos Socialistas)” (15:5). El sujeto revolucionario —la juventud— tenía en Falange una alternativa a la gerontocracia de los partidos políticos —“los Partidos viven de sus jóvenes, chupan su corazón como parásitos” (15:3)— y a las ideas decimonónicas materialistas del liberalismo y el marxismo. En último término, Falange se concebía a sí misma como un movimiento ajeno a los viejos antagonismos que superaría la división insalvable entre clases y partidos políticos. Si en anteriores apartados, he analizado el fascismo por el rechazo a las derechas del statu quo —el fascismo fiambre— y a las izquierdas marxistas antinacionales, que se concretaba en el lema *ni izquierdas, ni derechas*, a continuación, abordaré el discurso positivo de unidad de Falange y la reacción que tuvo en la esfera pública.

3.2. Ni de izquierdas ni de derechas

Diversos autores han hecho mención a la admiración, manifestada generalmente en privado, que sentía José Antonio por los líderes del republicanismo y del socialismo no marxista, Manuel Azaña e Indalecio Prieto respectivamente, que habían hecho gala, pese a la resistencia de sus partidarios, de un discurso integrador, contra la lucha de clases auspiciada por el *egoísmo de las derechas* y el *rencor de las izquierdas*. También se ha señalado que el elogio a estas figuras del republicanismo inicial causó el rechazo absoluto de aquellos que veían en Falange una fuerza hostil al régimen del 14 de abril y un contrapeso eficaz a la violencia de las organizaciones obreristas.⁷³ El discurso falangista defendía que el partido no respondía a las viejas categorías de izquierda y derecha porque se situaba fuera de la dialéctica, agitada por partidos de uno u otro signo, que dividía a la sociedad en clases sociales y sentimientos regionales:

F.E. no es un movimiento de derechas, ni es un movimiento de izquierdas, ni es un movimiento de centro, porque se coloca, fuera y por encima, contra la misma pugna estéril,...(1:1).

Los falangistas se consideraban por encima de esas dos tendencias: “en la causa suprema de la libertad de España, estamos solos y estamos a la misma distancia de Gil Robles que Largo Caballero” (3:2); es decir, del líder de las derechas insolidarias y del de las izquierdas rencorosas.

El 6 de junio de 1934 en las Cortes, Primo de Rivera hacía un balance retrospectivo de los últimos años de la monarquía, de la dictadura de su padre y de la República. En su locución parlamentaria, el líder falangista asimilaba estos dos últimos

⁷³ En la sesión parlamentaria celebrada en junio de 1934, El discurso *integrador* de José Antonio para con la izquierda revolucionaria que abandonase el marxismo había causado el “desprecio” y el “enfado” de “los diputados derechistas y ultraderechistas presentes” (Thomas 191).

episodios históricos por presentar los componentes necesarios de una revolución: su amplio apoyo popular y la ruptura con lo preestablecido. La primera, la *revolución* promovida por su padre en 1923; la segunda, la República del 14 de abril de 1931, impuesta “revolucionariamente” tras una elección a concejales municipales. Según el hijo del dictador, ambos proyectos políticos, de fuerte inspiración nacional, habían sido abortados por el resurgimiento episódico de disputas internas de carácter partidista que tenían como trasfondo los problemas sin resolver de la nación: el separatismo regional y la lucha de clases. Ambas revoluciones habían acumulado las esperanzas del pueblo; ambas las habían frustrado con su fracaso. Según Primo de Rivera, la Dictadura no había adquirido las bases de un movimiento fascista, aún en estado embrionario en otras partes de Europa; tampoco la afección ni la comprensión de la generación más joven y de los intelectuales, sin los cuales “un proceso de transformación política” se antojaba una empresa imposible. España tenía dos losas que la oprimían y ninguna de las dos revoluciones fallidas se había librado de ellas. Por arriba, “la falta de toda ambición histórica” y, por abajo, “la falta de justicia social” (13:8).

Según Primo de Rivera, la revolución del 14 de abril había tenido una *buena música*, “sobre todo en aquel memorable manifiesto de Ortega y Gasset y Pérez de Ayala” (13:8). Dos meses antes de la proclamación de la República, Ortega publicaba junto a Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala el manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República, en el que llamaba a los intelectuales y a los universitarios, en especial a la juventud, a unirse a la causa republicana. La República había de ser un estado nuevo, opuesto al modelo parasitario que había creado la monarquía de Sagunto.⁷⁴

⁷⁴ En referencia al pronunciamiento militar de Arsenio Martínez Campos que, en 1874, finiquitó la Primera República Española y restauró la monarquía.

El 6 de diciembre de 1931, pasados varios meses de la movilización popular del 14 de abril y días antes de aprobarse la Constitución de la República, Ortega sentenciaba en el cine de la Ópera el fracaso del nuevo régimen. En tan solo unos meses, una República que había nacido “con plenitud y sin discordia” había derivado en otra arropada en “propósitos, preferencias credos políticos particulares, que no eran coincidencia nacional”. Urgía *rectificar* el perfil partidista de la República por un proyecto que aunara los intereses de todos, lo cuál demandaba...

...el surgimiento de un gran movimiento político en el país, un partido gigante que anude, de la manera más expresa, con aquel ejemplar hecho de solidaridad nacional, portador de la República, que interprete ésta como un instrumento de todo y de nada para forjar la nueva nación, y haciendo de ella un cuerpo ágil, diestro, solidario, actualísimo, capaz de dar su buen brinco sobre las grupas de la fortuna histórica, animal fabuloso que pasó ante los pueblos siempre muy a la carrera. En suma, señores, que frente a los particularismos de todo jaez, urge suscitar un partido de amplitud nacional (“Rectificación de la República 5).

El fracaso de la República era por consiguiente debido a la división entre intereses dispares que no convergían en un solo interés nacional. Esta situación de divergencia había provocado un gran desencuentro sentimental entre aquellos que en sus inicios apoyaron con entusiasmo el proyecto republicano. La receta de Ortega para rectificarlo era la creación de un partido de unidad nacional que debía imponerse a “los particularismos de todo jaez”. El *entusiasmo* de los españoles en la República se había tornado en *decepción* y debía recuperarse el espíritu del renacimiento nacional republicano en una formación política de amplio alcance nacional ¿Cómo organizar la República española? ¿Cuáles eran los fundamentos sobre los que construir la unidad frente los particularismos; el *gran partido de amplitud nacional*?

Conviene revisar los estudios dedicados a la idea nacional de Ortega previos a la proclamación de la República. En *España invertebrada* el filósofo madrileño introducía

una breve disertación sobre los orígenes y la formación de la nación española. Según Ortega, el fundamento nacional de España, a diferencia del de otros credos nacionales, no encontraba su origen en un determinado núcleo racial, es decir, en una base biológica o antropológica que lo diferenciara del resto. España, como lo fue Roma en la antigüedad, era “un vasto sistema de incorporación” (8), la articulación de “colectividades distintas en una unidad superior” (9). De este modo, la nación española se había originado por efecto de la asimilación de diferentes colectividades no con ánimo de fusión o asimilación de sus componentes particulares para edificar otra nacionalidad distinta, sino en torno a un “proyecto sugestivo de vida en común” (11). La finalidad de la coexistencia de esos grupos no vale por sí misma, sino por formar “una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades” (11)”: “No conviven *por estar juntos*, sino *para hacer juntos* algo” (11). Si su dimensión territorial era indeterminada, indefinida por los caracteres particulares de un territorio, también lo era su completitud en el tiempo. La nación española sería “un programa para el mañana” (12) y, como tal, lo contrario a un hecho diferencial que se produjera en un pasado concreto. La experiencia histórica demostró como la pérdida de las últimas colonias de ultramar conllevó el fracaso del proyecto universal de España, vino a desmembrar a España. Al perderse su misión expansiva se sumergió en un ensimismamiento nacional del que surgieron diferentes tendencias centrífugas: los regionalismos. Según el autor de *España invertebrada*, la causa de la desvertebración de España no era otra que la ausencia de un proyecto expansivo ilimitado en tiempo y espacio. De no llevarse a cabo el programa para el mañana, la nación acabaría autodestruyéndose entre las cuitas particulares de sus territorios.⁷⁵

⁷⁵ Sobre la teoría de la nación de Ortega, véase Bagur Taltavull, Juan. “La idea de nación en Ortega y Gasset: Estado de la cuestión.”

El discurso sobre la “Rectificación de la República” aludía a algunos de los elementos de la teoría proyectiva de la nación de Ortega como comunidad de futuro o de *destino*. La República ha fracasado por sus contradicciones partidistas y, para rectificarla, se antojaba necesario un gran partido con un proyecto nacional de realización constante, pero incompleta con el objeto de construir “la gran arquitectura del porvenir” (5) o “la gran unidad de nuestro destino y de nuestro porvenir” (6). Antes de la plasmación de las tesis de Ortega sobre el gran partido nacional en Falange, ya se había puesto en marcha un partido patrocinado por el diario *Luz*: El Frente Español. El diario *Luz* nacía en los inicios de 1932 auspiciado por Ortega y antiguos colaboradores de *El Sol*. Ortega daba salida al periódico con un manifiesto que, en líneas generales, continuaba desarrollando lo expuesto en “Rectificación”. Si en el anterior alegato contra el devenir del proyecto republicano, Ortega enfatizaba la supeditación de los intereses particulares a otro nacional, en este afirmaba que la República debía ser un proyecto positivo, es decir, que no se basara en su antagonismo al régimen precedente, que no fuera una anti-monarquía, sino que afirmara su forma de ser: “Se es *anti*. Por consiguiente: no se es, se es *anti-es*”: “No, no es intereses lo que hay que crear, sino espíritu. Un nuevo Estado no se afirma, sino se suscita un nuevo espíritu” (“Antimonarquía y República” 1). Dos meses después, *Luz* publicitaba la creación del Frente Español, cuyo manifiesto venía respaldado desde María Zambrano al posterior líder falangista, García Valdecasas, entre otros intelectuales vinculados a la Universidad Central de Madrid, todos ellos seguidores de las tesis de rectificación de Ortega. La pérdida de la oportunidad histórica del renacimiento republicano y la decepción por una constitución elaborada por partidos “que no representan la voluntad ni las necesidades de España”, y que “han ignorado que el interés

de España está por encima de las combinaciones de partido” (10), enfangados en el conflicto entre católicos y republicanos, era la razón de ser del Frente Español. El manifiesto contenía una mayor concreción en el rechazo a las vías políticas actuales. Se planteaba sin ambages la ejecución de un proyecto alternativo a la “democracia parlamentaria” y “a la dictadura de clase” (10). A diferencia de los manifiestos políticos de Ortega, que hacían referencia a una unidad nacional en la que se desarrollaran el capitalismo sin la interferencia del Estado con arreglo al reconocimiento y respeto de las demandas del movimiento obrero, el Frente Español se oponía a cualquier tipo de materialismo, ya fuera capitalista o comunista, y condenaba “el ateísmo repulsivo” de las organizaciones de *clase* y su “negación de toda jerarquía espiritual”. Los cinco puntos de su programa “no acabado” se basaban en la supeditación de todo interés al Estado, el anticapitalismo, la separación entre un único interés nacional sobre los regionales y, los dos más interesantes por su similitud con lo que posteriormente planteará Falange: la “sindicación de los productores” elevando los “Sindicatos a organismos de gestión Social-Económica del Estado” y “cumplimiento de la misión histórica de España” (10).

Un año después, Primo de Rivera, en el discurso fundacional de Falange Española en el Teatro de la Comedia de Madrid de 1933, subrayaba el carácter de Falange como “anti-partido”, un movimiento que no es de derechas ni de izquierdas:

Nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas (*Discursos* 21).

De modo similar al manifiesto de Ortega, llamaba a la superación del particularismo de los intereses a un lado y otro del espectro político, de los programas políticos concretos, a favor de una “irrevocable unidad de destino”. El líder de Falange tomaba el testigo de la

filosofía sobre la nación orteguiana en su apelación a España como una unidad de destino en lo universal. La superación de esas luchas particulares solo podría hacerse mediante la constitución de un gran movimiento que pusiera en marcha un programa en el mañana. Falange era el movimiento y no el partido que destruiría el desengaño de los intereses políticos y llevaría a su concreción la gran unidad de destino; lo que Ortega definiera como una *comunidad de propósitos*. Meses más tarde, tras efectuarse la unidad de Falange y de JONS, el partido de Ledesma y Onésimo Redondo, el líder de Falange hacía mención a una triple división que ponía en peligro la unidad de destino: “los separatismos locales, la lucha entre los partidos y la división entre las clases” (*Discursos* 31). Es en la primera división de intereses en la que José Antonio refiere explícitamente a las tesis de Ortega sobre la naturaleza de las naciones:

Una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en estado más primitivo de espontaneidad. Que una patria no es el sabor inmediato de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos: que una Patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal (*Discursos* 31).

La arquitectura nacional no es un proyecto acabado que pueda someterse a la reducción cultural de sus componentes, a su núcleo, sino que es un proyecto de incorporación de colectividades. Es la diferencia entre los pueblos en estado *primitivo* y los que tienen una misión en el mañana; los dos modelos opuestos de nación que Ortega pergeñó en *España invertebrada*.⁷⁶

3.2.1. Ni las derechas ni las izquierdas: el fascista solitario

⁷⁶ Sobre la relación ambigua entre Ortega y Falange, véase también la introducción de José-Carlos Mainer a la última edición de la antología *Falange y literatura*: “Historia literaria de una vocación política (1920-1956)” (46-47).

La patria como unidad *transversal* de destino fue la base teórica del discurso en las Cortes del 6 de junio de 1934 sobre las dos revoluciones fallidas del líder falangista. Primo de Rivera elogiaba la revolución del 14 abril por su carácter transversal. El PSOE y los republicanos habían pactado un programa nacional por encima de los intereses de partido: “la incorporación de los socialistas a una obra de Gobierno no exclusivamente proletaria. Esta sí que era una posición interesante: los socialistas, por una vez interrumpían su rumbo de movimiento de clase, de movimiento exclusivamente proletario, y se matriculaban en un movimiento que tenía todo un aire nacional”. Además, atacaba la derecha, su gobierno y su mayoría parlamentaria como parte del régimen de la Restauración, nada que pudiera aportar un régimen nuevo: “la República se está gobernando exactamente en el mismo tono conservador con que se gobernaba en el año 1921”. Pero ambos bandos, seguían en su particularismo y, mientras las derechas no aceptaban un programa de justicia social, las izquierdas, continuaban con su “interpretación marxista, antinacional, absolutamente fría ante la vida española” (13:9).

La utilización de los planteamientos de Ortega y Gasset y el Frente Español no contribuyó al crecimiento y popularización de la formación fascista. La estrategia política del discurso *revolucionario* de Primo de Rivera era una coalición que integrara a los *reaccionarios* y *equidistantes* del PSOE —adjetivos de la Juventudes Socialistas contra el sector no revolucionario del socialismo español— en un Estado monopolizado por un solo partido. Sin embargo, el discurso de rectificación y del Frente Español en Falange, que pudiera haber parecido una acción estratégica de acumulación de fuerzas para ampliar el escaso alcance del proyecto falangista, no solo no acercaría partidarios *ni de izquierdas ni de derechas* al falangismo, sino que provocaría el efecto contrario: división,

ruptura y marginación, por las derechas *fascistizadas*; y más antifascismo, por las izquierdas. La apelación a la *revolución nacional* en el parlamento por parte del líder falangista en un momento de ruptura, casi de división, del Partido Socialista, aquellos que los jóvenes socialistas definían los *derechistas* del PSOE, no recibió reconocimiento público por parte de los socialistas *reaccionarios*.

La prensa del día siguiente, en especial los medios vinculados a la alternativa autoritaria a la República y que interpelaban al antimarxismo acusaban al líder falangista de aliarse con el enemigo político. *El Socialista* mencionaba la mala impresión que había causado entre los monárquicos: “las damas monárquicas que asistían a la sesión desde la tribuna también comentaban desfavorablemente el discurso del señor Primo de Rivera”. *Abc* reflejaba el rechazo de los diputados de Renovación Española al discurso de apelación al socialismo: “no había nada acertado en su peroración del diputado fascista, entendiendo algunos que habiendo sido el móvil de todos los movimientos fascistas de Europa la guerra al marxismo, es bien extraño que el que se titula jefe fascista español esté de completo acuerdo con las maneras del partido socialista de nuestro país”. Primero de Rivera, defendía “exteriorizó conceptos gratos a los socialistas” (23). *El Siglo de Futuro* afirmaba que había “dedicado palabras de halago al partido socialista, de donde salen los tiros contra los afiliados de Falange Española, que los amigos del señor Primo de Rivera van a enterrar levantando el brazo al paso del férreo. Ese brazo fascista, ya lo sabemos, no se alza en amenaza; se alza para descender suavemente en caricia” (1). Los tradicionalistas acusaban a José Antonio y al fascismo de complacencia con el socialismo. Los fascistas no podían ser el contrapeso violento del marxismo debido a su falta de animosidad hacia el socialismo. Otro ejemplo de utilización del significante

fascismo en un sentido de antagonismo y disociación entre fuerzas que, en un futuro próximo, combatirían en la misma trinchera y se articularían bajo el nombre de Falange. Desde el otro lado de la trinchera, El *Heraldo de Madrid* calificaba irónicamente al líder falangista de *führer* ibérico, el aprendiz de dictador que quería emular al padre: “en septiembre del 23 nos prometieron mucha justicia social”. Por un lado, las izquierdas relacionaron el discurso del hijo del dictador con la demagogia *fascista*. Por otro, las derechas lo asociaron con el socialismo y a las revoluciones propias, según los reacios a identificar la *auténtica* tradición política española con un movimiento *extranjero*, del fascismo.

3.3. La división del falangismo: ¿Derechistas fascistas vs revolucionarios fascistas?

Los que habían promovido un proyecto positivo de articulación de fuerzas en torno al fascismo, le acusaron de querer pactar con los enemigos del fascismo y de una actitud *intelectual* propia de un *antifascista*. En este sentido, lo denominados alfonsinos, la derecha antiparlamentaria de más larga trayectoria política que habían promovido la Unión Patriótica Nacional de Miguel Primo de Rivera y, ya en la República, Acción Española y Renovación Española, que habían financiado y promovido la creación del partido fascista, fueron los principales actores de las críticas contra Primo de Rivera. Sin embargo, el discurso de *rectificación*, tan criticado por medio los medios afectos a estos sectores, no fue tanto la desacreditación de supuestas ideas *socialistas*, como la desarticulación de un artefacto político, Falange Española, poco operativo y que había tomado un perfil independiente no esperado. Los patrocinadores de F.E. habían

recuperado un icono político en el exilio desde abril de 1931, José Calvo Sotelo⁷⁷, que quería unirse a Falange. José Antonio se negó a que el exministro de la dictadura de su padre se afiliara al partido fascista. Durante la primavera y el verano de 1934, protagonizó varios desencuentros con miembros de Renovación Española en congreso, generando desafección hacia Primo de Rivera entre los propios militantes de Falange. Prueba de ello es que el nuevo partido de Calvo Sotelo —el Bloque Nacional— integró a exfalangistas como el marqués de Eliseda⁷⁸ —Francisco Moreno Herrera (1909-1978) y el aviador Juan Antonio Ansaldo (1901-1954), que había ingresado en marzo como Jefe de Objetivos; esto es, organizador los grupos paramilitares de la denominada Falange de la Sangre para perpetrar acciones armadas contra los jóvenes socialistas.⁷⁹

Una de las causas de esta ruptura con el tradicionalismo hubiera sido la concepción laica de Falange con respecto a la religión católica, cuestión desarrollada en este capítulo cuando se abordó el enfrentamiento dialéctico entre AP y Falange. Según Thomas, “irritaba (...) la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado, y el énfasis

⁷⁷ Calvo Sotelo había revisado el ideario de los monárquicos con el objetivo de superar las disputas internas entre tradiciones políticas de la derecha antirrepublicana sobre la restauración del anterior régimen “sobre el suelo pantanoso y movedizo del sistema liberal” (Arrarás 74) para proponer la *instauración* de un Estado *nuevo*.

⁷⁸ En “*Habitus* e ideología. El pensamiento político de Francisco Moreno y Herrera, Marqués de la Eliseda,” González Cuevas analiza los fundamentos ideológicos del *aristocratismo* político que, durante la República, defendería el proyecto político-cultural de Acción Española. El consejero nacional de Falange vio en el fascismo “la actualización del tradicionalismo ideológico” (108), aunque, según González Cuevas, discrepaba en materia de estatismo, intervencionismo y religión.

⁷⁹ Militante de Acción Española, rechazó la línea política de Primo de Rivera. Movilizó a parte de la militancia contra él e, incluso, trazó un plan para asesinar a Primo de Rivera y hacerse con el mando de la organización. Después del fallido golpe, fue expulsado. En 1935, comandó las Guerrillas Españolas del Bloque Nacional. González Cuevas hace referencia a una carta de Ansaldo —sin fecha, aunque presumiblemente de la segunda mitad de 1933—, en la que hace referencia al control político y financiero de “JONS” y del “fascio”: “El fascismo es de mucho más porvenir que las JONS, pero por esa causa creemos que nos hace falta injertamos en él pues como partido político puede ocurrir que al desarrollarse y tener vida propia prescindir de nosotros y nadie sabe a dónde puede ir a parar si el éxito enardece un poco a sus caudillos Hoy nos puede servir y nos servirá como grupo de acción pero hay que pensar en su evolución y crecimiento de tal suerte que no se pierda nuestra tutela y amparo “ (105). Del mismo modo que la unificación de Falange Española de las JONS sería protagonizada por sus financieros alfonsinos, también lo sería el abandono de los jonsistas a principios de 1935.

en el papel de éste molestaba especialmente a los católicos, que veían en ella una *idolatrización* del mismo” (201). La laicización de Falange en el programa de noviembre de 1934, habría provocado la marcha del marqués de Eliseda al partido de Calvo Sotelo, alegando que “el artículo 25 del programa”, en el que se abordaba cuestión religiosa, era “francamente herético” (“El marqués de Eliseda se aparta de Falange Española” 34). El artículo en cuestión sostenía que el nuevo Estado incorporará “el sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional”, pero que “la Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.” No obstante, la suma de los acontecimientos desde el retorno de Calvo Sotelo hacen inferir que la razón no era la laicización de Falange, ya que desde que Primo de Rivera le negó la entrada en el partido, se multiplicaron las referencias negativas a Falange en la prensa derechista. Al contrario, el partido sostenía un programa muy similar al de la formación de Calvo Sotelo. Un año antes, Goicoechea, líder de Renovación Española durante el exilio del político gallego, lanzaba una carta-programa que, en referencia a la cuestión religiosa, suscribía la misma posición en la relación Iglesia y Estado que los falangistas. A diferencia de la concreción sintética del programa falangista, Goicoechea desarrollaba sus planteamientos: “en lo religioso, somos católicos, y no por eso pretendemos una confusión inadmisibile en los campos que se mueve la Iglesia y el Estado; ni una vinculación exclusivista y dañosa. (...) Por el contrario, propugnamos como fórmula acertada y salvadora de relaciones entre Iglesia y Estado, una separación administrativa y económica entre ambos, que emancipe y libere a la jerarquía eclesiástica de toda inmisión en el gobierno de sus peculiares asuntos” (288-289).⁸⁰ La posición de Falange en este

⁸⁰A diferencia del conservadurismo de Goicoechea, Calvo Sotelo defendía una “alternativa” actualización

sentido era muy similar a la de otras fuerzas que utilizaron la religión católica como un elemento central de interpelación a sus seguidores, por lo que su desacreditación como partido *laico* o *estatista* formaba parte de la retórica de esa nueva derecha antirrepublicana articulada en el Bloque. Los ataques a Falange por ser un fascismo idolátrico ya no venían de AP, sino de aquellos que apoyaban la concentración de fuerzas de Calvo Sotelo a través del recién creado Bloque Nacional y que criticaban la negativa de Primo de Rivera a participar en la misma. Afectar, negar y combatir las posiciones del Bloque causaron la marginalización y estigmatización de Falange por aquellos que la habían apoyado. Desde el nuevo rotativo de la formación tras la clausura de *F.E., Arriba*, se inició la misma campaña contra los fascistas fríos y técnicos, esta vez, dirigida a los fascistas impostados y “ultraderechistas” del Bloque Nacional (Gibson 110). La justificación del falangismo a favor de Primo de Rivera seguiría su periplo marginal por 1935 utilizando la estrategia retórica de los revolucionarios contra los fríos técnicos de la extrema derecha.

Otra de las causas de la ruptura presentes en los discursos de los protagonistas referiría a la intersección del partido fascista entre un posicionamiento *conservador* —el de Primo de Rivera— o *revolucionario* —el de los jonsistas. Las declaraciones de Ledesma, el líder del jonsismo, del 18 de enero en el *Heraldo de Madrid* argumentaban la ruptura entre un fascismo revolucionario, representado por el jonsismo, y otro movimiento conservador, liderado por un aristócrata demagogo, de “mentalidad feudal” y “amigo del parlamentarismo”, apoyado por “grupos oligárquicos de la fortuna heredada”; la “Alta Banca y los grandes terranetientes andaluces” (“El fascismo español, partido por

del tradicionalismo español en concordancia con los movimientos fascistas europeos (González Calleja 110).

gala en dos” 16). Los jonsistas decían abandonar Falange para “extender los ideales nacionalsindicalistas en los sectores populares”. En una nota publicada el 22 de enero, Falange censuraba las declaraciones como “completamente falsas”, bajo el epígrafe del republicano *Heraldo de Madrid* que relataron los días de ruptura entre falangismo y jonsismo: “El fascismo español, partido por gala en dos” (2). Los falangistas, operando con los mismo términos de desacreditación del enemigo que los jonsistas, contestaron que estos se encaminaban “a granjearse la protección de grupos políticos diametralmente opuestos al sentido revolucionario nacional sindicalista” (“Falange Española de las JONS: Recapitulación de notas” 1). Este es un ejemplo de la compleja trama derivada de la ruptura sobre la especificidad ideológica y política del falangismo y el jonsismo fundada en vocablos de identificación y exclusión de los actores protagonistas que querían imponer su propio relato para oponer identidades antagónicas. Ledesma discrepó con Primo de Rivera por no acumular fuerzas con las derechas fascistizadas; aquellas derechas, ahora en el Bloque, que les habían financiado. Este proyecto de fascistización encabezado por Calvo Sotelo fue el que posteriormente elogió Ledesma en *¿Fascismo en España?* Según Joan Maria Thomàs, la pérdida de la fuente de financiación alfonsina, ahora destinada al nuevo proyecto de Calvo Sotelo, para sostener la prensa y la débil actividad sindicalista de Falange fue una de las causas de la salida de los jonsistas más destacados: Ledesma y Onésimo Redondo.

3.4 Conclusión: de la división a la unidad por o contra el fascismo

En este capítulo, he desarrollado el vocablo fascismo como un elemento de atomización de fuerzas republicanas, socialistas, anarquistas, católicas, alfonsinas y tradicionalistas.

De este modo, como se observa por lo dicho desde una anarquista como Federica Montseny —que denunciaba “la levadura fascista que han representado siempre los conventos y los alumnos de los conventos en esta tierra nuestra” (“Glosas: fascismo católico” 480)— hasta el líder de los católicos, Gil Robles —que negaba ser fascista por su componente anticatólico, opuesto a la tradición española—, la utilización del fascismo en los discursos de la prensa y las organizaciones reflejó una variedad de significaciones dispersas sobre el mismo y su aplicación en España. En las filas del antirrepublicanismo, los tradicionalistas carlistas, más reacios a la mimesis programática y terminológica foránea, asimilaron fascismo y socialismo. Por su parte, Primo de Rivera atacó al fascismo técnico o fiambre de Gil Robles. Este conjunto de discursos incoherentes reflejaron la dispersión del significante fascismo dentro de un juego político extremadamente plural y fraccionario. Falange actuó en un contexto, el de 1934, en el que el fascismo no construyó los consensos necesarios para una acción política —y militar— operativa. La negativa a colaborar con el proyecto de Calvo Sotelo dio inicio a un periodo de descalificaciones por sus antiguos patronos y militantes, causando una grave escisión que dejó al partido en una situación de precariedad y marginación mediática.

Tras la Revolución de octubre de 1934, la fragmentación entre fascistas y antifascistas de diversa procedencia se salvaría paulatinamente por la construcción de bloques más homogéneos. El enfrentamiento y la negociación entre los actores políticos que concurrieron a las elecciones de 1936 produjo lo que Laclau denomina “articulaciones no ortodoxas” (*La razón populista* 159). A partir del estallido de la Guerra Civil, las izquierdas comunistas y socialistas adoptaron un discurso transversal

patriótico de reacción al *chovinismo* de los *falsarios* fascistas, de defensa de una *democracia popular antifascista*, tan en contra de dictaduras *terroristas e imperialistas* como de *descabellados* proyectos revolucionarios de *sectarios provocadores* en nombre de la clase obrera. El rechazo al fascismo fue el componente nodal de la unidad de fuerzas que limitaron a mínimos sus proyectos programáticos autónomos. Por su parte, las derechas también apartaron las cuestiones doctrinarias que, abaladas por diferentes tradiciones ideológicas, impedían su unidad —el dilema entre república o monarquía y, dentro de los partidarios de su restauración, el debate entre alfonsinos y jaimistas; o las consideraciones parciales sobre el fascismo— para sincretizar todos los elementos de dispersión en una sola *cruzada* por la *civilización*, contra la masonería republicana y el marxismo *bolchevique*. La configuración de la unidad del discurso de las derechas que apoyaron la sublevación de julio de 1936 y su materialización en la Falange unificada de Franco será objeto de análisis del siguiente capítulo. Abordaré el enfrentamiento polémico de los discursos y su articulación en diferentes significantes identitarios sobre el pueblo y su enemigo externo en relación a la contingencia de la Guerra Civil a través de la revista *Vértice*.

Capítulo 4

La propaganda de unidad anti-antifascista en *Vértice* durante la Guerra Civil Española (1937-1939)

En el capítulo siguiente abordaré el discurso de la unificación de *Vértice: revista nacional de la Falange* durante los dos últimos años de la Guerra Civil (1937-1939). Con este objeto, analizaré la homogenización de las identidades políticas de la contienda entre dos bandos enfrentados —los *leales* y los *nacionales*— desde la primavera de 1936 hasta la constitución política de los sublevados en el partido Falange Española Tradicionalista de las JONS. Tras estallar la Guerra Civil, la multiplicidad de discursos políticos de los años precedentes tendieron a unificarse en uno solo cuyo elemento fundamental era la confrontación entre la patria, como comunidad popular, contra un enemigo externo: a) las fuerzas del comunismo ateo y judío internacional, en el caso de los *nacionales*; b) el fascismo colonial extranjero, en el de los republicanos (Saz 158). Según Rafael Cruz, el comienzo de la contienda civil dio paso a “un proceso de naturaleza cultural, en el que sobresalió la competencia para resaltar, marginar e imponer distintas definiciones en torno a quiénes eran los contendientes, de qué clase de lucha se trataba y cuál era la manera de ganarla” (*En el nombre del pueblo* 264). Las dos identidades antagónicas definieron el sentido de la guerra en torno a los términos compartidos de patria, pueblo, cultura o civilización, asignando al enemigo su opuesto —barbarie, incultura, minoría,

etc.— y atribuyéndose la representación total del conjunto de elementos identificativos de la comunidad nacional (*En el nombre del pueblo* 288).

El discurso de unificación —o articulación de demandas— del bando *nacional* condensaba elementos relativos al *orden*, la nación, el catolicismo y el falangismo/fascismo por oposición a un enemigo que representaba los elementos antagónicos del *caos*, la destrucción de la nación española, la civilización (cristiana) y el orden social. En este capítulo, trataré el proceso de alineación de estos elementos ideológicos en el bando *nacional* a través de una selección de contenidos publicados en la revista *Vértice*. Analizaré la propaganda del Movimiento o bando *nacional* y su definición del conflicto como un enfrentamiento entre el *marxismo* —definido como *caos* y *esclavitud*— y el *orden* y la *revolución* —en su sentido positivo y negativo abordando y desarrollando los siguientes puntos: 1) la unificación en el falangismo de los ideales negativos del bando nacional: la destrucción del comunismo, la anarquía, el caos y anticristianismo (Anti-España) en la revista y su relación con los discursos de oposición precedentes al estallido de la contienda; 2) la hegemonía por el sentido de la lucha y la creación de propagandas populistas —una definición amplia del *pueblo* frente a otra reducida del *antipueblo*: el enemigo—; 3) La articulación de elementos provenientes de distintas tradiciones políticas en una misma interpelación a sectores heterogéneos en un discurso de sentido común fundamentado en el *caos republicano-marxista* y el *antifascismo*; 4) la cuestión histórica sobre la identificación del bando *nacional* con el fascismo y un breve epílogo sobre la desconexión ideológica y retórica con los fascismos

del régimen *franquista*, una vez derrotado el eje Roma-Berlín por las potencias *democráticas*.⁸¹

4.1. Vértice: la revista de la unificación

Vértice: revista nacional de la Falange fue una publicación de gran formato y alta calidad reprográfica impresa por la Nueva Editorial S.A., en San Sebastián.⁸² Revista mensual a cargo de la Delegación de Prensa y Propaganda, estuvo dirigida, en orden de sucesión, por Manuel Halcón, Samuel Ros y José María Alfaro. Antonio Lara de Gavilán, alias *Tono*, junto al escritor y dibujante Miguel Mihura fue el encargado de la dirección artística de la revista, que además contaba con las ilustraciones de los pintores José Caballero y Carlos Sáenz de Tejada —en palabras de Mainer, “traducción pictórica del estilo literario falangista” (115)—. En *Vértice* colaboraron escritores como Agustín de Foxá, Carmen de Icaza, Edgar Neville, Dionisio Ridruejo y Federico de Urrutia, entre otros.⁸³ Junto a los habituales retratos de Franco y José Antonio Primo de Rivera, la simbología del bando nacional —falangismo y tradicionalismo— compartía espacio con la de las potencias extranjeras aliadas: Alemania, Italia y Portugal. La revista propagandística publicaba además variados contenidos literarios, de opinión, reportajes

⁸¹ Véase el primer capítulo para la definición gramsciana de sentido común —“*senso comune è la concezione del mondo diffusa in un'epoca storica nella massa popolare*”—. Según Cortés, el sentido común refiere a la disputa ideológica por la interpretación de la realidad social —“*sentido*, entendido como la significación de la que necesariamente está revestida la realidad social” (60)— basada en preconceptos y saberes no necesariamente sedimentados en el pasado, “sino distintos elementos del mismo presente: fragmentos, signos, discursos (...) que se entrelazan en esa gran mixtura” (62).

⁸² Debido al elevado coste de producción, la revista se puso a la venta entre las 3 y las 4 pesetas. Un precio prohibitivo para la mayoría en las condiciones de 1937.

⁸³ A Carmen de Icaza, dirigente del Auxilio Social de Mercedes Sanz Bachiller, se le atribuye el eslogan de la propaganda falangista “ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan”. La novela de Icaza en la década de 1940 destaca por su rechazo a la sociedad conservadora y a los roles sociales impuestos a las mujeres. Véanse al respecto: G. Andreu, Alicia: “La obra de Carmen de Icaza en la difusión de un “Nuevo” concepto de nación española”; Soler Gallo, Miguel. “Vencer a Medusa: El modelo de mujer angelical en la primera novela rosa de Carmen de Icaza”; “No Happy Endings: Avila, Debbie: “Carmen de Icaza's (Anti)Romance Novels”.

gráficos, en un formato similar al del dominical de *ABC*, *Blanco y Negro*. El primer número de *Vértice* coincidió con la unificación político-militar de los *nacionales* en 1937, por lo cuál, la revista mensual pasaría a subtitularse: “Revista Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.”:

4.1.1. Más allá de la unificación por el fascismo

En el anterior capítulo, abordé los discursos de división de las derechas y del fascismo como vocablo de discordia —el fascismo *fiambre* de las derechas católicas, el *señoritisimo* de los falangistas, el carácter aristocrático de sus líderes, etc.— que desembocaron en el periodo de marginalidad y exclusión de Falange en 1935. En los meses previos a la insurrección militar de julio de 1936, la popularidad de Falange se vio reflejada en el giro retórico de la prensa conservadora a partir de la primavera de ese mismo año. En 1936, diferentes sectores de la derecha política representada en el parlamento y de la jerarquía militar y eclesiástica compartían su oposición al Frente Popular, coalición que para la prensa de derechas representaba la destrucción del Estado, del orden económico, de la identidad española y de la religión cristiana (*Spanish Catholicism* 171-91). El 16 de junio, el líder de Renovación Española, Calvo Sotelo, declaraba desde la tribuna de las Cortes republicanas que su idea de Estado, contraria al desorden y la anarquía imperante, era *fascista* y que él mismo se declaraba *fascista*.⁸⁴ La

⁸⁴ La intervención se puede consultar en el periódico *ABC* del 17 de junio de 1936, 24-28 (<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1936/06/17/023.html>). Tras el parte de Gil Robles sobre los actos violentos contra edificios eclesiásticos, instituciones públicas, centros políticos de la oposición, Calvo Sotelo centró su intervención en las vejaciones y los asaltos contra los agentes del orden por la *turbamulta*. Desde la publicación clandestina de Falange, *¡No importa!*, Primo de Rivera acusaban a Calvo Sotelo de hacerse pasar por *fascista* cuando los sacrificios habían corrido a cuenta de los falangistas. Desde la cárcel, Primo de Rivera prevenía a los militantes falangistas de participar en planes junto a otros grupos derechistas no aprobados por la dirección. Lo cierto fue que, al tiempo que se descabezaba la organización, aumentaban los cuadros en todas las provincias españolas. En muchas de

intervención de Calvo Sotelo suponía la primera declaración abierta de un líder político con alta representación parlamentaria a favor del fascismo e inauguraba un periodo de afirmación, asunción y unión de fuerzas en torno al significante para las fuerzas antirrepublicanas.⁸⁵ Se comprendía que el anterior caudillo de Acción Popular, Gil Robles, escamoteando las vías violentas *necesarias* para el establecimiento de la prometida dictadura corporativa, no era el *Jefe*.⁸⁶ El derechista auténtico vilipendiado por el izquierdista no era un simple *fascista* por analogía, sino que se identificaba con el fascismo como un acto de reafirmación de sus convicciones previas, esta vez, defendidas por las armas y no por las fútiles vías demoliberales.⁸⁷ Las Juventudes de Acción Popular se pasaron en masa a Falange (Blinkhorn 132). La formación mutó en la antítesis descrita

ellas, la dirección local actuaba de forma independiente, coordinándose con los potenciales insurrectos de otras formaciones derechistas y de los cuerpos de seguridad de Estado (Gil Pecharromán 480-85). Descalificando al *fascista* de Calvo Sotelo como “Madrugador”, decía Primo de Rivera: “Así, en nuestro días cuando la Falange (...) recoge los primeros laureles públicos (...) el “Madrugador” saldrá diciendo: “¡Pero si lo que piensa la Falange es lo que yo pienso! ¡Si yo también quiero un estado corporativo y totalitario!... Incluso no tengo ningún inconveniente en proclamarme “fascista” (Thomas 284). De nuevo, se manifestaban las mismas divisiones retóricas *en el fascismo* entre el fascismo *revolucionario* de Falange y el fascismo *conservador* de Calvo Sotelo y el Bloque Nacional (Thomas 285). Enfrentamiento en los mismos términos que tuvo lugar en 1935 entre Primo de Rivera y Ledesma, epílogo del tercer capítulo de esta tesis. En respuesta a la intervención de Calvo Sotelo declarando ser fascista en la sesión parlamentaria del 16 de junio, un diputado de la oposición respondió irónicamente: “¡Qué novedad!” (“Discurso del Sr. Calvo Sotelo” 25).

⁸⁵ La prensa conservadora adopta una postura más cercana a F.E. tras la ilegalización del partido y la inclusión de Primo de Rivera en las candidaturas derechistas para las elecciones al parlamento por la provincia de Cuenca en mayo de 1936. La ilegalización del “fascismo” es vista por *El Siglo Futuro* como el decreto de defunción de la democracia, del parlamentarismo y de los principios liberales. Véanse los editoriales “La lealtad en juego” y “El liberalismo ha hecho “crac”, del 1 y 20 de abril de 1936 respectivamente.

⁸⁶ En el diario *La Época*, órgano oficioso del Bloque Nacional de Calvo Sotelo, tildaban a Gil Robles como “el J”, sátira del que había sido denominado por sus partidarios como *el Jefe* (“La primera maniobra del J.” 1). La derrota en las elecciones supuso la caída del caudillo Gil Robles —el *Jefe* que *no se equivoca*—, el que, según las propagandas electorales de Acción Popular en 1936, *barrería* la vieja política y el marxismo.

⁸⁷ En el momento de máxima popularidad del falangismo, Primo de Rivera en la cárcel trataba de mantener la hegemonía ganada por el partido ante la amenaza de una apropiación del movimiento por un “fascismo conservador”; fascismo reactivo anti-izquierdista que estaba detrás de los reclutamientos masivos de jóvenes militantes sin ideales propiamente falangistas. Payne refiere al oportunismo de las derechas que antes negaban ser *fascistas* (205 y 207). Estas declaraciones son el origen de toda la mitificación posterior de un falangismo ideal de los primeros tiempos contrario al arribismo de los ingresados durante la Guerra Civil; los denominados *camisas nuevas*. En Saz, *España contra España*: “... casi todo el mundo había pasado a ser, al menos superficial y retóricamente, más católico y más fascista que nunca” (161).

por las negativas crónicas derechistas de hacía apenas dos años, aquellas que ridiculizaban a Primo de Rivera y su Funeraria Española —llamada así por el número de militantes muertos sin represalia de Falange a manos de las organizaciones enemigas—. En 1936, Falange sería el partido defensor de los valores tradicionales contra el Frente Popular y la República *marxista, masónica y antiespañola*.

Al comienzo de la guerra, F.E. se erigió en partido-milicia de los sublevados y sus símbolos y rituales —yugo y flechas; marchas marciales; saluciones; cánticos, etc.— protagonizaron las manifestaciones y desfiles en la zona *nacional*. En abril de 1937, todos los partidos quedaban suprimidos por ley en el bando *nacional* y una formación unificada —Falange Española Tradicionalista de las JONS— pasaría a ser el partido único.⁸⁸ Así saludaba *Vértice* la unificación en el primer número:

“las disposiciones recientísimas del JEFE DE ESTADO [sic] unificando a la Falange y al Requeté, que habrán conmovido a todo el ámbito nacional en un profundo sentimiento de españolismo, nos han sorprendido con el primer número de *Vértice* a punto de salir a la calle (...) la gran revista nacional, honra y orgullo de nuestra nueva España” (1937:1).⁸⁹

El bando nacional absorbía todas las corrientes derechistas en la República —desde los mayoritarios de Acción Popular hasta los tradicionalistas— y extremistas —Falange y todos los derivados *fascistas* de la República: albiñanismo, jonsismo, falangismo, etc.—

⁸⁸ La anteriormente expuesta ruptura con Calvo Sotelo y los fascistizados de Renovación Española debilitó las posibilidades de un movimiento fascista articulado por Primo de Rivera y Falange Española. Privados de las ventajas económicas de su alianza con los alfonsinos, los falangistas iniciaron una retórica revolucionaria característica del primer fascismo de Giménez Caballero o de *La Conquista* de Ledesma al tiempo que llevaban en secreto planes de insurrección armada con militares derechistas que no terminaron por concretarse (Payne 119; Preston 132-36). Su oposición a la Acción Popular de Gil Robles se extendió a la *extrema derecha reaccionaria* que había financiado al partido durante su primer año de existencia. El fascismo *fiambre* de la CEDA ahora tenía un nuevo compañero de viaje en el Bloque Nacional de Calvo Sotelo, que *patéticamente* trataba de emular la terminología fascista (Payne 130). En el año de 1935, se agudizó la competencia por representar el fascismo o el movimiento fascistizado de oposición violenta al régimen de 1931. No sería hasta 1936 cuando se produciría el vertiginoso ascenso de FE. De ser un partido marginal paso a ser el partido del régimen de Franco.

⁸⁹ Debido a que los números de *Vértice: Revista Nacional de Falange Española y Tradicionalista de las J.O.N.S.* no tienen numeración de páginas, citaré los contenidos de la revista por año y número de publicación.

(... Los nacionalismos, Saz, etc.). El autodenominado Estado totalitario de Franco conjugaría el entramado político derechista de la dictadura de Primo de Rivera y la República con los aliados del Eje Roma-Berlín.⁹⁰ Según la propaganda, la unificación era la culminación de una España alejada de las viejas significaciones políticas; un *antipartido* que acabaría con la división secular entre españoles. FET de las JONS se erigía como representante de la identidad de los españoles —el sentido común de “la España de bien”: familia, religión, libertad y propiedad, señalada arbitrariamente como *facciosa*— contra la negatividad del republicanismo-marxismo —el antifascismo, limitado a un significado lo más restrictivo posible— en torno los símbolos de Falange y el caudillaje de Franco —epítome del bando *nacional* y de la nación española— y un espíritu transnacional —fascista.

Las distintas identidades de la unificación que antes formaban parte de partidos rivales —Acción Popular, Comunión Tradicionalista, Bloque Nacional o Falange— se integraron discursivamente en una cultura metapolítica de alcance universal: el espíritu

⁹⁰ Las derechas católicas tradicionalistas tendrían más presencia ideológica en el nuevo Estado y en FET de las JONS que aquellos que militaron en Falange y en el partido de Ledesma Ramos (Payne 132). Entre los nombres que integraban el gobierno de la unificación se encontraban políticos que habían desarrollado una actividad prolífica en la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Dictadura despreciada por Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria* por ser burguesa, decimonónica y liberal —cuando el fascismo de *Gecé* interpelaba a las élites culturales progresistas españoles, desde los noventayochistas hasta el vanguardismo. Gil Pecharrmán define a este grupo como *conservadores subversivos*, antirrepublicanos llegados del tradicionalismo y del maurismo en sintonía con los anticomunismos de Entreguerras, que participaron activamente en las conspiraciones para derrocar al régimen de 1931 (Blinkhorn 130). Los más representativos fueron Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno; Andrés Amado, hombre de confianza del asesinado Calvo Sotelo; Pedro Sainz Rodríguez, opositor a Franco tras la guerra; Severiano Martínez Anido, auspiciador de los Sindicatos Libres, o Somatén, contra sindicalismo anarquista a principios de la década de 1920; y Gómez Jordana-Sousa, que perteneció a la Asamblea de Primo de Rivera. El único miembro fundador de Falange, Raimundo Fernández Cuesta, había pasado de un régimen penitenciario en diferentes puntos de la zona republicana, ajeno a la organización del partido, a ser ministro de Franco. El primer gobierno de la unificación no era representativo de falangistas y carlistas, sino de toda la acción estratégica, política e ideológica desarrollada en diferentes periodos de los años veinte y treinta: desde la Unión Patriótica al Bloque Nacional de Calvo Sotelo (Cruz, *En el nombre del pueblo* 277).

totalitario y fascista contra el *materialismo judeomarxista*.⁹¹ Tomando como ejemplo a Italia y Alemania, las propagandas de *Vértice* prometían la realización de un Estado totalitario y una *regeneración* del cuerpo social en la España *nacional*. En esta línea ideológica, el número 5 de *Vértice* —septiembre-octubre de 1937—, recogía las palabras de Hitler sobre “la comunidad de ideales de las revoluciones fascistas y nacionalsocialistas”, que se había “transformado en comunidad de acción” contra “el bolchevismo, teoría política que legaliza y predica las mayores atrocidades y las disimula por la mentira”. Una nota al pie de una fotografía del caudillo alemán bajo el epígrafe de reportajes gráficos “Retina” describía al dictador como el hombre que había “sabido dar a Alemania la tranquilidad necesaria para que todos los ciudadanos trabajen por el engrandecimiento de la nación” (5:1937).

La fascistización tendría su origen en un espíritu internacional antimarxista que se cristalizó en lo Federico Finchelstein denomina “fascist feeling” (39). Este *fascist feeling* se tradujo en los múltiples derivados anticomunistas durante la época de Entreguerras, decayendo en el ocaso de la Segunda Guerra Mundial, y se articuló a través de la creación de un antagonismo absoluto fundado en un ideal negativo: el *judeomarxismo* y la *anticivilización*. En España, la unificación de fuerzas anteriormente enfrentadas en torno a un *espíritu* antimarxista tuvo su apogeo en la Guerra Civil. De manera similar a lo que ocurrió en el campo republicano —un bloque de partidos y organizaciones unidas contra el fascismo en el Frente Popular—, partidos y grupos que habían rivalizado en la República se unieron contra el antifascismo.

⁹¹ En “Falangismo, nacionalsocialismo y el mito de Hitler en España (1931-1945)”, Xosé Manoel Núñez Seixas analiza las coincidencias programáticas e ideológicas entre el nacionalsocialismo y las derechas españolas. El antisemitismo de los medios tradicionalistas y católicos se expresa en la dialéctica de los enemigos de España, una alianza entre capital financiero y marxismo; ambos, al servicio de una conspiración judía universal para destruir el cristianismo y su baluarte en Occidente.

En la introducción a *Reactionary nationalists, fascists and dictatorships in the twentieth century*, Saz, Box, Morant y Sanz basan su tesis de la unidad del fascismo y los fascistizados en el concepto de cultura política:

“This concept enables us to include within the scope of our analysis those elements who, on the other side, had a shared vision of the world and interpreted the past, read their present and conceived the future in similar terms, and who, on another, also shared and accepted a series of representations made up of—and, in turn, expressed in— particular forms of discourse, rituals and forms of sociability (...) The focus on political cultures permits us to highlight the specific elements of each example—their cultural roots, ideological foundations, social and political practices, symbolic codes— together with their capacity to construct identities, their role in the establishment of regimes, their changes and permutations over time and the relationships and transversal similarities between movements” (6-7).

La cuestión sería si es posible discriminar estos elementos de distintas culturas políticas subordinados a una gran ideología fascista. El fascismo fue hegemónico con la hibridación y confusión de los elementos de convergencia de las distintas culturas políticas de manera que las incompatibilidades identitarias e ideológicas quedaran suspendidas en pos de la unidad contra el enemigo. Durante la guerra de 1936, el fascismo hegemónico en España —falangismo— no solo incorporó elementos propios de las culturas políticas derechistas y católicas, sino elementos indefinidos —o significantes vacíos— que en el transcurso del conflicto disputaron a sus enemigos republicanos: *orden, perdón, libertad*, etc. Atendiendo a los textos históricos, se puede observar que la precisión conceptual y doctrinal del falangismo se exagera en los momentos históricos de disensión interna y marginalidad política —antes de la guerra y en la posguerra— y es más *vaga* —como anticomunismo programáticamente indefinido— es su momento de auge, durante la guerra civil. El objetivo de la propaganda falangista era promover una imagen del bando *nacional* como alianza mayoritaria —hegemónica— frente a un

adversario poderoso, aunque *minoritario*, antifascista. Con la derrota y disolución del fascismo en Europa, las diferentes culturas políticas harían retornar sus elementos de identificación a estrategias prefascistas —en el caso del franquismo, el tradicionalismo de finales del XIX— o se integrarían en otras hegemónicas —por ejemplo, el conservadurismo anticomunista de la Guerra Fría— a fin de distanciarse de la que había dejado de ser el *espíritu*, o *fascist feeling*, contra el enemigo *marxista*.

En “The Five Stages of Fascism”, Robert O. Paxton sostiene que el camaleonismo retórico y la volatilidad programática de los fascismos hacen imposible determinar un *mínimum* fascista. Al contrario, la limitación del análisis a sus componentes internos y excepcionales produce una especie de *animalario* fascista: “Like medieval naturalists, they present a catalog of portraits of one beast after another, each one portrayed against a bit of background scenery and identified by its external signs” (10). Es por ello que la generalización de los fascismos es inevitable en su momento de mayor popularidad internacional: “... it [fascism] spreads “politics in a new key” through much of Europe, assembling the nationalists who hated the Left and found the Right inadequate” (9). Mi tesis se basa en la concepción del fascismo español —en su momento de apogeo— como estrategia contingente de absorción de diversos elementos compartidos por otros actores rivales o antagónicos. En este análisis contextual adquiere más relevancia el proceso que una presumible esencia *fascista* (10). Paxton establece cinco etapas en el proceso de implantación, desarrollo, culminación y decadencia de los fascismos: “1) the initial creation of fascist movements; 2) their rooting as parties in a political system; 3) the acquisition of power; 4) the exercise of power; 5) and, finally, in the long term, radicalization or entropy” (11). Si en los periodos iniciales los partidos fascistas

presentaron sus elementos más característicos, su ascenso y establecimiento en el poder fue facilitado gracias al consenso y la aquiescencia de amplios sectores político-sociales. Proceso de hegemonización que culminó, precisamente, con la marginación de los elementos más radicalmente diferenciados del *statu quo*. Finalmente, en la etapa de decadencia previa a la división, implosión y derrota definitiva de los fascismos, se produjo un movimiento reactivo de pureza y regreso a los orígenes que señalaba a aquellos sectores conservadores que habían *traicionado* el movimiento.

En último término, la estrategia de captación de mayorías *fascistas* no se entiende sin que los términos derivados y sus símbolos tuvieran un grado de aceptación en las derechas similar al de extremo rechazo de las izquierdas. En esta estrategia hegemónica es fundamental el grado de fusión de los fascismos con lo *nacional* —entendido como discurso de captación de mayorías más allá de los componentes exacerbados: militarismo, chovinismo extremo, etc.—.⁹²

4.2. El sentido común en el discurso del *terror rojo*: *Novela de revolución de julio en Madrid*, por Edgar Neville

Además de los elementos simbólicos e ideológicos más característicos de los contendientes —el carácter religioso de la contienda contra un conglomerado de fuerzas internacionales antiespañolas dirigidas por Moscú y los círculos masones y judíos en el autodenominado bando *nacional* (Cruz, *En el nombre del pueblo* 306) —, la propaganda de guerra se fundamentó en una serie de lugares comunes referentes al patriotismo, a un

⁹² En la misma línea, González Calleja —“Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico”— subraya las deficiencias de una etiología del fenómeno basada en un psicologismo reductivo que buscaría la causa primigenia en “un factor social amorfo” (21) — demagogia, irracionalismo, alienación—, en especial desde la interpretación totalitarista —Arendt—.

compromiso con un orden de justicia social más o menos definido y a una unidad interclasista en peligro mortal ante un antagonista antisocial y destructivo.⁹³ En este sentido, se observan una serie de dispositivos ideológicos en el uso convencional y pragmático; un conjunto de “generalizaciones de la experiencia” —en palabras de José Nun (174)— sobre la Guerra Civil que se integraron en los discursos de los sublevados y sus adversarios. Según el mismo Nun, “una *ideología* funciona como un metalenguaje del lenguaje ordinario de la vida cotidiana; y su eficacia depende, justamente, de su

⁹³ El rechazo a los *excesos* revolucionarios y la apelación a la pequeña burguesía antifascista fue parte de la contrapropaganda republicana. Véase el editorial del 8 de agosto de 1936 de *Solidaridad Obrera*: “La pequeña burguesía no ha de asustarse: su misión histórica se halla junto al proletariado”. Las propagandas preelectorales del Frente Popular no solo apelaban a los obreros, sino a las clases medias antifascistas contra la acción de los gobiernos del bienio *negro* (1933-1936). En una entrevista en el diario republicano *La Libertad*, Manuel Cordero pedía el voto a favor del Frente Popular para “hacer desaparecer la legislación que lesiona los intereses del proletariado, la clase media y los pequeños campesinos” (5). El triunfo de las elecciones de febrero de 1936 fue visto por los periódicos republicanos como la resurrección de la República y de un espíritu de hermanamiento entre las multitudes obreras y de clase media. Véase *Heraldo de Madrid* sobre la manifestación ante la Presidencia del Consejo de Ministros del 3 de marzo de 1936: “Después del triunfo ciudadano, que tuvo su instrumento legal en las urnas, tanto el mitin como la manifestación a que nos referimos son la exteriorización del júbilo popular y el acicate cordial para la labor del Gobierno. Es el proletariado y es la clase media madrileños quienes estuvieron unidos públicamente: todos los matices ideológicos del Frente Popular encarnados en la multitud” (1). Las apelaciones de a la clase media de los partidos marxistas integrados en el Frente Popular, eran objeto de burla en *Gracia y Justicia* —“La fetén con gabardina: aquí lo bonito es que hagamos cisco con los faroles”—: El enemigo auténtico y feroz de la clase media, tanto industrial como comercial, es la repugnante y adinerada burguesía. Un dependiente de comercio, o un empleado de escritorio, viven como viven gracias a que los marxistas seguimos sin vislumbrar el Poder. Pero esta situación terminaría a los quince minutos de haberse implantado el marxismo con barba. Porque nosotros, nada más instalamos en los “autos oficiales” y haber digerido un cubierto de sesenta pesetas, ¡zas!, suprimimos de un zambombazo todos los comercios y todas las industrias que ahora funcionan, dejamos en mitad de la calle, ¡libres y felices, a todos los empleados dependientes y subalternos que hoy laboran al servicio de la burguesía, ¡y se acabó la explotación! ¿Es bonito o no es bonito, chato?” (4). En el mismo tono irónico refería *El Siglo Futuro* —“Quisicosas”— a la apelación a la clase media por las izquierdas: “Por cierto, que estos bárbaros, los de hoy, han amainado un poco en sus amenazas, han puesto sordina a sus bravuconerías. La pequeña propiedad, la clase media... No vamos a la guerra, si no nos provocan... ¡Qué prudentes se han vuelto! Prudentes a la fuerza. Creían los bravos de barrio que la calle era suya, y ven que ni la calle, ¡ni las urnas! Las urnas, porque el pueblo, todo el pueblo, alto y bajo, tiene presentes los incendios, los enchufes, los trigos, los petróleos, los tubos de la risa, los autos, los chalets, los parados, los incendiarios, los asesinos y los ladrones. ¡Asturias!, y claro, ¿cómo va a votar que vuelvan sus verdugos y explotadores que han arruinado su hacienda, han puesto en peligro su vida y han ultrajado su conciencia al mismo tiempo que han destrozado a la Patria?” (7). Una vez iniciada la Guerra Civil, el diario *La Unión* de Sevilla —“Lo que se obliga a decir a la Prensa madrileña”— denunciaba una campaña comunista de proselitismo a favor de la clase media y los pequeños comerciantes “curándose en salud ante la rotunda derrota final”: “...la *coba* se transparenta más en estas palabras de *Mundo Obrero*: “A esos ciudadanos, baluarte de la clase media, no debe molestárseles con determinadas exigencias”. ¡¡Qué bondadoso está *Mundo Obrero*!! ¿No denuncia tan falsa bondad temores secretos de una inmediata derrota?” (11).

capacidad de conectarse con un amplio espectro de *paradigmas* diferentes” (270).⁹⁴ En este apartado analizaré estos paradigmas populares/populistas en la propaganda de los *nacionales* que trascendieron los límites de la identidad *nacional* —o nacional-católica—.

Uno de estos lugares comunes en la propaganda *nacional* consistía en la denuncia sistemática de las penalidades de la vida cotidiana y los crímenes en la retaguardia de los *descontrolados* del bando republicano. La descripción de una población hambrienta y expoliada, sometida a los excesos y arbitrariedades de las milicias.⁹⁵ En el número 4 de *Vértice* —julio-agosto de 1937— se publicó *Novela de revolución de julio en Madrid*, de Edgar Neville Romreé. Un relato corto que precedió otros títulos como *Madrid, de corte a checa* —de Agustín de Foxá (1938)— o *Checas de Madrid* —de Tomás Borrás (1940)— sobre el terror *rojo* en Madrid (Casanova 170-72).⁹⁶ El relato se inicia con el desfile de niños entonando un antipatriótico: “Patria no, Rusia sí; Patria no Rusia sí”.⁹⁷ A

⁹⁴ Basándose en las categorías ideológicas de H.H. Price —*creencia que y creencia en*—, Nun comprende el peronismo como una ideología de sentido común a través de la cuál divergentes y contradictorias posiciones éticas y políticas pueden manifestarse: “Desde el punto de vista del público, es inevitable, entonces, que la adhesión ideológica implique un modo de “creencia *en*” apoyado en una variedad de “creencias *que*”. Pero, en nuestro caso, lo que llama de inmediato la atención es la gran heterogeneidad (y el carácter muchas veces contradictorio) “de las creencias *que*” en las cuales se sustenta una misma “creencia *en*” el peronismo (...) ellas abarcan desde la creencia que este supone un mayor bienestar económico en el interior de un orden establecido hasta la creencia que su objetivo principal es la transformación profunda de este orden, por medios constitucionales o no” (271).

⁹⁵ Entre las causas de la Guerra Civil, Michael Seidman señala en *Republic of Egos*, los factores individual, intrafamiliar y local en una guerra de supervivencia ante la falta de suministros básicos, especialmente en las trincheras y retaguardia republicanas (7). De un esquema similar parte el ensayo sobre los desertores en la guerra civil de Pedro del Corral: *Desertores, la guerra civil que nadie quiere contar*. La propaganda del bando *nacional* exageró las ya de por sí pobres condiciones materiales del lado republicano, asociándolas a su vez a la violencia anárquica fruto de una turba descontrolada y a un plan premeditado de la URSS (y las logias masónicas) de destrucción y expolio de los recursos económicos nacionales.

⁹⁶ *Novela de revolución de julio en Madrid* se publicaría en 1941 junto a otros relatos de ficción incluidos en *Frente de Madrid* —título homónimo de la película de 1939 dirigida por el mismo Neville— bajo el título *F.A.I.* Véase Burguera Nadal, María Luisa. “Los relatos de guerra de Edgar Neville: Frente de Madrid (1941)”.

⁹⁷ La propaganda del terror *rojo* en Madrid se fraguó durante los primeros meses del conflicto. El periodo de mayor represión en el bando republicano se dio en el cerco de Madrid por el bando nacional durante el otoño de 1936 (Casanova 170-72).

su paso, la multitud congregada aplaude fríamente. Entre ella, Neville describe “una masa sucia que se esforzaba por parecerlo más, y con un tono de voz soez, a veces buscado” y otra de “hombres que no pueden ocultar su distinción a pesar de no llevar corbata y sombrero” y señoras “consternadas de sentirse al aire sin sombrero” (4:1937). De manera resumida, el comienzo de la novela aporta una cosmovisión del Madrid *rojo*: la capital ha sido conquistada por una potencia extranjera e incivilizada que impone a los madrileños unos códigos éticos y cívicos subversivos.



Fig. 4. Antonio Lara y Miguel Mihura. “El oportunismo de la educación de las masas.” *Vértice* 4 (1937).

El proceso de *subversión* de la novela de Neville se anticipaba ya en la prensa de derechas en la primavera de 1936. La *turba*, erigida en poder militar e ideológico, impone una subversión de las conductas que los ciudadanos deben acatar para evitar el escarnio y el fusilamiento. Estos se ven obligados a adoptar la *proletarización* de los códigos de comportamiento, que afectan al vestuario y a las interacciones sociales, prohibiéndose cualquier manifestación *burguesa/fascista* al respecto — “llevar corbata y sombrero” o no intercambiar palabras soeces. En el mismo número 4 de *Vértice*, Antonio Lara Gavilán y Miguel Mihura —bajo el pseudónimo *Tomi-Mito*— representan la subversión de la sociedad madrileña en “El oportunismo de la educación de las masas”. Relato ilustrado de carácter cómico que narra las peripecias de un fugitivo en el Madrid *rojo* que, con el

objetivo de burlar a las *turbas rojas*, ingresa en la *Universidad de la Evasión* (fig. 4). En ella, el personaje aprende el lenguaje de los milicianos en “un cursillo de blasfemias” para ser “miembro de la liga Antifascista” (1937: 4).⁹⁸ Análogamente, la novela de Neville se ambienta en un Madrid en el que portar símbolos religiosos, no haber votado a las candidaturas de izquierdas o no asumir la subversión de los protocolos de sociabilidad —“pasaban señoras con rubias ondas, consternadas de sentarse al aire sin sombrero”, indumentaria propia de *burguesas* —o *fascistas*—, podía acarrear la pena capital. La palabra *fascista* en boca de los antifascistas se tornaba en un símil de la *España decente*, indefensa ante los registros, a las expropiaciones, a las detenciones irregulares ante un mínimo elemento delator —un recorte de un periódico de derechas o un crucifijo— que acarreaban las terribles prisiones improvisadas —las checas— y, finalmente, los asesinatos extrajudiciales en la periferia de la ciudad —los temibles *paseos*.

De igual manera que otras propagandas del bando *nacional*, *Novela de revolución...* apela a una clase media vejada por una masa o *turbamulta* que ha subvertido el orden social y moral —como describía Calvo Sotelo en sus intervenciones parlamentarias de mayo y junio, antes de ser asesinado el 13 de julio de 1936, a las masas

⁹⁸ Antonio Lara Gavilán, fue dibujante y escritor encargado de la dirección artística de *Vértice*. Durante la guerra, edita *La Ametralladora*, revista de humor que precedió a *La Codorniz*. En San Sebastián, colaboró con Miguel Mihura en varias publicaciones, entre las cuales se encuentra *Vértice*. Sobre Lara y el humor del bando nacional véase Corderot, Didier: “Tono y sus tonerías, la vanguardia artística al servicio de la propaganda rebelde”. En 1938, Nueva Editorial publica un libro de caricaturas sobre el enemigo titulado *Cien tonerías de Tono*. En relación al humor del bando nacional, menciónese a Antonio Pérez Madrigal —político que militó durante la República en el Partido Radical-Socialista, el Partido Radical y la CEDA para terminar uniéndose a la causa *nacional*. Pérez Madrigal es autor de títulos como *El miliciano Remigio pa la guerra es un prodigio* (1937), conjunto de narraciones emitidas previamente en su sección de Radio Nacional de España que consistían en la invención de instrucciones y directrices del bando republicano en tono absurdo y burlesco: “Miliciano —¡Por tu vida!— no digas jamás “¡Estoy en muy buena posición!”. Pueden tomarte por burgués y te fusilan” (11). Otra refiere irónicamente a un cambio del callejero por los *marxistas* “a fin de desterrar en absoluto de la conciencia popular antiguos hábitos y poder acallar en ella la resonancia de ciertos conceptos y condenables tópicos”: “Plazuela de los Desamparados”. Esos ya no existen. Deberá ser: “Plazuela de los Redimidos”. —“Travesía del Conde Duque”. Reparar la injusticia: “Travesía de su Lacayo”. —“Calle Real”. Concretar la especie: “Calle de las dos gordas y media”. —“Calle de la Verónica”... (15).

republicano-marxistas que habían quemado conventos y atacado a agentes de la autoridad en los primeros meses de gobierno del Frente Popular—. ⁹⁹ Este discurso de la subversión social y la disolución de la moralidad pública, asociadas a la destrucción de la nación española, fue constante en la prensa de derechas desde la Revolución de Asturias de 1934. ¹⁰⁰ Ya en prisión, en una misiva clandestina dirigida a los militares españoles, José Antonio Primo de Rivera describía así el *sentido* del *movimiento* subversivo en marcha:

“Los gritos los habéis escuchado por las calles: no solo el “¡Viva Rusia!” y el “¡Rusia, sí; España, no!”, sino hasta el desgarrado y monstruoso “¡Muera España!” (...) El *sentido* del movimiento que avanza es radicalmente antiespañol. Es enemigo de la Patria (...) Menosprecia la honra al fomentar la prostitución colectiva de las jóvenes obreras en esos festejos campestres, donde se cultiva todo impudor; socava la familia, suplantada en Rusia por el amor libre, por los comedores colectivos, por la facilidad para el divorcio y para el aborto” (*José Antonio íntimo* 624).

⁹⁹ Tras el parte de Gil Robles sobre los actos violentos contra edificios eclesiásticos, instituciones públicas, centros políticos de la oposición, el líder del Bloque Nacional centró su intervención en las vejaciones y los asaltos contra los agentes del orden por la *turbamulta*. El 6 de mayo en las Cortes, Calvo Sotelo intervenía para denunciar la violencia “infrahumana” y “zoológica” de “las turbas” en la primavera de 1936: “Y para terminar en esta rapsodia de matices verdaderamente inconcebible, trágica y dolorosa, no falta el matiz más criminal, el más infrahumano, un matiz zoológico, de brutalidad inimaginable, que se ha revelado en los hechos que el señor conde de Gamazo exponía con tan sobria elocuencia y que consiste en la muerte a puñetazos, mordiscos y palizas de las turbas, de turbas que se amontonan en círculo alrededor de una víctima defensa, que unas veces es, como en Lebrija, un teniente de la Guardia civil de paisano e inerme, y otras son, como anteayer en Madrid, pobres mujeres (alguna de las cuales están moribundas —una ha muerto, según me dicen—) y que rodeadas de una maraña de arpías y de fieras van poco a poco muriendo, desangrándose, desgarradas, sin un gesto de humanidad en nadie, precisamente por esa falta de autoridad a que antes he aludido” (cit. en Galinsoga y Serna 372).

¹⁰⁰ La visión de la disolución de la moral pública en la Revolución de Asturias se puede ver en la revista tradicionalista *Ellas: semanario de la mujeres españolas*: “Según ellos, cada obrero, cada hombre tenía derecho a una mujer; pero sólo a una. El matrimonio, tanto civil como canónico, era una institución burguesa y despreciable. En la nueva república socialista los hombres eran libres para elegir sus mujeres, sin compromiso de soportarlas siempre. Cuenta el vecino de Barruelo que me proporciona estas noticias que en ese momento empezaron a oírse en la habitación donde estaban reunidos las peticiones de los mozos del pueblo. —¡Yo me llevaré a la Nieves, la del tío Celedonio!— ¡La Petra, para mí! El amor libre quedaba proclamado” (“Balance de la revolución socialista: en Barruelo proclamaron el amor libre” 8),

Los *marxistas* estaban *incitando* a las masas a practicar rituales orgiásticos, a socavar los valores familiares, a profanar e incendiar los edificios del clero.¹⁰¹ Este fragmento de la carta del líder falangista, fechada en mayo de 1936, contenía los principales ingredientes de la ulterior propaganda de guerra contra la vida cotidiana en el bando republicano: la necesaria rebelión ante la ruptura física y moral de la nación, la regresión a una barbarie colectivista, *zoológica*, provocada por la invasión de los comunistas rusos y los excesos de una minoría capitalista, masónica, anticatólica y antifascista. En esta línea, un editorial de *ABC* del mes siguiente describía la homóloga alianza del Frente Popular en Francia como una “coalición monstruosa de burgueses millonarios como Blum, con los enemigos de una estructura que permitió que se amasaran, abusivamente, esos millones y se creara un supercapitalismo de cuyos excesos los plutócratas aliados y favorecedores del comunismo son su máximo exponente” (“Moscú, contra el mundo” 33). Por un lado, la disolución moral de una clase obrera *envenenada* por el marxismo. Por otro, la colaboración de la plutocracia foránea o extranjerizada con el comunismo para destruir la civilización occidental.¹⁰²

¹⁰¹ En la misma misiva, Primo de Rivera denuncia una ocupación de “Rusia” del territorio español a través del Frente Popular en un plan de disgregación “en repúblicas soviéticas independientes” (Thomas 277). La laxitud en las costumbres morales que habría precedido la ruina nacional es el tema del editorial de *El Siglo Futuro* del 14 de marzo de 1936: “El orden legal, el orden moral y el orden material” (Sánchez Cuesta 5).

¹⁰² En “Guerra de palabras. El discurso político de la derecha en las elecciones de 1936”, Sevillano analiza el contenido de la campaña de las derechas en el recuerdo de la Revolución de Octubre, el desorden y la anarquía provocadas por los partidos marxistas y de izquierda republicana, la imposición de un régimen de tipo soviético. El Frente Nacional antirrevolucionario, coalición de partidos de derechas para las elecciones de 1936, tenía como lema: *España y orden*, contra la *revolución*, contra la *anti-España*. Según la prensa de derechas, la derrota en las elecciones significaría la reedición de la Revolución de Octubre de 1934, episodio de la destrucción de la nación, de la civilización cristiana y de todo orden social. Los partidarios del bloque republicano o Frente Popular estaban al servicio de Moscú y planeaban la desmembración de la nación española y el sometimiento de su población a una tiranía marxista/anarquista. Estos revolucionarios iban acompañados de otros burgueses de izquierdas, cuyo carácter *antinacional, judío y masónico* rebelaba que su colaboración con los revolucionarios era solo la excusa para acabar con la civilización cristiana en España, adueñándose de su *baluarte* occidental. En resumen, gran parte de los ingredientes de la propaganda del bando nacional en la Guerra Civil y en el franquismo sobre una conspiración internacional masónica, judía y marxista contra España ya estaban publicados en la prensa anterior a las elecciones de 1936.

La *turbamulta* estaba dirigida por una minoría comunista y masónica para iniciar una *subversión marxista internacional* que iba más allá de la sempiterna oposición entre clases sociales. Los *nacionales* usaron determinados vocablos en disputa propios del lenguaje de las izquierdas obreras —burgués, aristocrático o proletario— para subrayar las contradicciones del adversario: el siniestro capital financiero en contubernio con las masas proletarias *envenenadas* por el marxismo.¹⁰³ Según la propaganda, la masa que llegaba desde los arrabales de la ciudad animada por los capitalistas judeomasones —ataviados con ropas miserables— y la Internacional Comunista, era una nueva burguesía impostada.¹⁰⁴ La alianza antinatural resultaba en una amalgama socialmente indefinida de burgueses *disfrazados de proletarios* y de pseudoproletarios —*lúmpenes* o delincuentes comunes sin oficio— *suplantando a aristócratas*. En el capítulo segundo analicé la creación de una especie de aristocratismo republicano por la prensa de derechas: *los republicanos, aunque decían venir del pueblo, eran la élite económica y política. Pese a tener la democracia como bandera, imponían la dictadura*. Ya en los inicios de la República, la prensa de derechas cuestionaba a los socialistas por ser defensores de los trabajadores *que no trabajaban*, supuestos obreros *que vivían en la opulencia o agitadores revolucionarios sin hoja de servicio* —es el ya citado caso de Prieto, caricaturizado en las revistas humorísticas como *Gracia y Justicia* por su sobrepeso y su gusto por la *buena vida*—. Este tipo representativo de *republicano-marxista* se observa en *Novela de la revolución...*, cuando se describe a los milicianos “que bebían cerveza a la

¹⁰³ Véase el editorial de *ABC* del 7 de junio de 1936, “Moscú contra el mundo”: Los Frentes Populares habrían creado “una coalición monstruosa de burgueses millonarios” y de “los enemigos de una estructura que permitió que se amasaran, abusivamente esos millones y se creara un supercapitalismo de cuyos excesos los plutócratas aliados y favorecedores del comunismo son el mejor exponente” (33).

¹⁰⁴ En *Catholicism in the Spanish Second Republic*, Mary Vincent señala las propagandas antisemitas de revistas católicas como *Estrella de Mar* durante la República (218).

puerta de los cafés con el fusil entre las piernas y con aspecto cansado para que creyeran que venían del frente”. A esta nueva clase aburguesada tenían que someterse los “hombres que no pueden ocultar su distinción a pesar de no llevar corbata y sombrero”, de clase media pero valores *aristocráticos*; humildes compatriotas *maltratados* por las políticas sociales y económicas del Frente Popular.¹⁰⁵

Se puede observar este tipo representativo del enemigo *marxista* en el artículo de Antonio Obregón, “Nuestros verdugos”, publicado en *Vértice* en noviembre de 1937. El

¹⁰⁵ En el contexto previo a las elecciones de febrero de 1936, que darían la victoria al Frente Popular, Gonzalo Latorre pedía a la coalición de derechas una política a favor de la clase media ya que “la clase obrera” estaba “irremisiblemente perdida para los grandes y pequeños burgueses”: “odian, en el fondo y muchas veces en la forma, a los que no somos como ellos, a quienes no pertenecemos a su ramo, aunque seamos tan obreros como ellos y nos abruman en ocasiones mayores agobios (...) Mientras los obreros están conquistados ya, la clase media está abandonada en mitad del arroyo, deseando que alguien la acoja y la redima” (3). En su novela titulada *La economía en siglo XXI*, el economista Enrique C. Basora — colaborador en la revista *El Economista*, publicación sobre economía de tendencia anti-socialista y contraria a la intervención del Estado. Véase al respecto Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis. “Prensa económica, 1874-1936: el caso de “El Economista” Universidad Complutense de Madrid”— denuncia el olvido de la clase media por los discursos demagógicos de los partidos obreros. Los dos fragmentos de la novela mostrados a continuación contienen elementos de interés sobre “la sufrida clase media” y la predisposición psicológica de las masas (obreras) violentas. Comentarios en boca del protagonista de este relato de ficción, Sr. Craus: “Hoy no existe opresión. Las leyes amparan al obrero. Sólo la clase media, la sufrida y postergada clase media es la pagana. Porque sus ingresos disminuyen, al par que aumenta el coste de la vida. Las exigencias del proletariado no son razonables. Cada imposición injusta deja en el arroyo a muchas familias y el ejército de los parados va engrosando (...) Sin embargo, estamos viendo que el estrago satisface a los contratistas de la justicia social, ya que sus fines son expoliar a la burguesía, sin pensar en las consecuencias económicas generales (...) No es posible continuar así— decía—; si el mal no se corta, la desolación y la ruina serán muy pronto una realidad. Ya lo dijo Sighele en *La muchedumbre delincuente*, al afirmar que las multitudes se hallan predisuestas, por una ley fatal de aritmética psicológica, más al mal que al bien; de igual modo que una reunión de hombres, cualquiera que sea su clase, da evidentemente un resultado intelectual inferior al que debiera dar la suma de todos ellos. De la muchedumbre exaltada siempre se teme, Craus pensó en Schopenhauer cuando asegura que en los levantamientos del pueblo es donde se ve resurgir el egoísmo y la crueldad. La masa, en el fondo, es dúctil y de sentimientos humanitarios; pero exacerbada, lanzada como una jauría por los que la dirigen, es turbulenta y fatal. Después recordó el profesor los trabajos de Hobbes, Taine, Lombroso y Laschi, sobre el mismo tema. Unos dicen que las tendencias al hurto y al homicidio, que viven en estado embrionario en todo sujeto mientras está aislado, se agigantan de un golpe al contacto de los demás, doblemente cuando carecen del freno de la educación. Otros aseguran que hay predisposición congénita de la colectividad al delito. Es —como dijo un autor— la resurrección atávica de los instintos, que se hallan ocultos en el alma, igual que el fuego entre la ceniza, esperando la chispa que los ha de hacer estallar...” (Basora 2).

autor de *Hermes en la vía pública*, describe al *proletariado* madrileño a las órdenes del Frente Popular como una masa cuyo rencor no era producto de la injusticia social característica de las zonas rurales del país, sino de su mediocridad, inaptitud y miseria moral: “En Madrid no existía la masa ciega y analfabeta de otras regiones, enfurecida por el hambre, si no un proletariado señorial y castizo, de copa y puro, de buenos jornales, de pantalón ancho, cine partida de dominó y folleto marxista en el bolsillo” (1937:6). Masas de *mediocres* que lideraban unos pocos militares “contra el Ejército y contra España” y que aspiraban a emular a la peor de las burguesías: “... del burgués cien por cien envidiaban su molicie y su vida parasitaria e inútil, que para ellos era la total perfección” (1937:6). Estas no eran proletarias, sino huestes de asalariados acomodados —“El repartidor de telégrafos”, “el dependiente de mercería”, “el escribiente de Seguros”,...— que ansiaban “vengarse en la Revolución de sus defectos y miserias (...). Si queréis conocer a nuestros verdugos ahí los tenéis. Son las hordas del resentimiento mesocrático...”. En otro artículo dedicado a los refugiados en Francia que regresaban a la “España nacional”, “Los primeros naufragios”, el mismo Obregón retrataba a los refugiados venidos de Francia con apariencia espectral —“de mirada quieta, andar vacilante y ojos húmedos...”—, pero, a diferencia de las masas *mesocráticas* antifascistas, conservaban su carácter señorial:

...se veía que eran sombras bien nacidas, espectros de buena casa, de vida antes confortable y grata. Fantasmas, pero de castillo noble y ducal, no duendes cualesquiera de populachería de Barrio (1937:5).

A partir de la disputa de términos de representación y definición política positivos —como *pueblo* o *nación*— o negativos, de desacreditación y exclusión, —*burguesía* o

dictadura— se crearon nuevos derivados mixtos.¹⁰⁶ Atendiendo a las diferencias entre las propagadas republicanas y nacionales, se observa que el significante *pueblo* y su

¹⁰⁶ La marcha del gobierno republicano a Valencia ante el cerco de Franco a Madrid en el otoño de 1936 reforzó a las organizaciones socialistas, anarcosindicalistas y comunistas que controlaban el poder militar, ejecutivo y judicial de Madrid. Pero una fuerza hasta entonces testimonial en número de votos y afiliados adquiriría relevancia sobre las otras: el Partido Comunista de España. Ante el Pacto de No Intervención firmado por las potencias de Europa occidental, la URSS se convirtió en el único apoyo estratégico y militar de peso de la República. Las filiales comunistas en todo el mundo organizaron grandes contingentes de voluntarios para pelear contra el fascismo, la Comintern trasladó a España a sus cuadros políticos — Togliatti y Stepanov— y los soviéticos enviaron ayuda militar y suministraron medicinas y víveres al bando republicano. Los comunistas fueron fundamentales en el proceso de unificación e institucionalización de las fuerzas que resistieron al golpe de Estado, participando en los gobiernos y promoviendo la absorción de las milicias en el Ejército Popular. Los comunistas iniciaron un proceso de nacionalización del sentido del conflicto para abordar la unidad heterogénea de republicanos, socialistas, comunistas, anarcosindicalistas y regionalistas que se opusieron al golpe de Estado de julio de 1936 en único sentido político y militar (Cruz 287). En términos de Propaganda, el proceso de construcción del sentido de la guerra lo hegemonizó el Partido Comunista de España. El PCE y sus organizaciones unificadas —JSU y PSUC— trataron de articular un discurso basado una idea alternativa de patria basada en el 14 de abril y en la tradición liberal del siglo XIX español (Nuñez & Faraldo 401-402). La defensa de la patria por encima de la clase distaba mucho de lo defendido por las organizaciones obreristas durante los años precedentes, entre ellas el entonces marginal Partido Comunista. El patriotismo de guerra republicano estaba en línea con las tesis del Séptimo Congreso de la Internacional comunista (1935): contrarrestar el *chovinismo fascista* formulando un relato alternativo de nación como sujeto político plural e interclasista amenazada por una fuerza invasora: el fascismo extranjero, de orden y defensa del statu quo republicano. La propaganda republicana trató de combatir la definición del adversario que calificaba a los republicanos como los representantes de la anti-España y la revolución marxista. En este sentido, se dio llamada de *primero la guerra* para amortiguar el discurso de luchas de clases de las organizaciones obreristas. Esta operación se aceleró después del éxito de la resistencia de Madrid (Sevillano 1-7) y de la disolución del Consejo de Aragón, que, de la mano de los antiestalinistas del POUM y de los anarcosindicalistas de la CNT, había aplicado un programa de colectivización de la industria, el comercio y la agricultura en Cataluña y Aragón. La propaganda republicana tuvo como principales lemas la defensa de la cultura, la democracia, la independencia, el progreso, la patria, el pueblo y la tradición —elementos que solían aparecer en forma de epítetos y que se formulaban en múltiples combinaciones: *las tradiciones democráticas*, la *democracia popular*, la *patria progresiva* o *las tradiciones progresivas*—. Y todo ello opuesto al enemigo que venía a esclavizar a España. El fascismo era intercambiable por la barbarie, la anticultura, el antipueblo, el despotismo feudal, el esclavismo y la regresión. La propaganda republicana vinculó el antifascismo con la defensa de la cultura (53). Sin embargo, el fascismo no solo estaba del otro lado de las trincheras, sino también operando en la retaguardia, a través de los quintacolumnistas y los *provocadores* fascistas; *sectarios* izquierdistas que demandaban hacer la revolución con el único objeto de *debilitar* la República y favorecer a los enemigos extranjeros.

En este sentido, el fascismo fue además una herramienta retórica para deshacer la competencia interna y resignificar el verdadero sentido de la guerra en favor de las tesis de los liberales republicanos, los socialistas prietistas o centristas y los comunistas, interesados en la neutralización del mensaje revolucionario de los socialistas caballeristas y anarcosindicalistas: la guerra no se hacía por una clase o por otra, se hacía *por España* contra los enemigos *fascistas extranjeros*. La acción del Partido Comunista de España, que contaba con la línea geoestratégica y político-ideológica más clara de todas las fuerzas prorreplicanas, fue la llamada de la unidad de todos los *patriotas antifascistas* en partidos unificados. Las organizaciones que propagaban el odio entre clases sociales y la revolución socialista habían pasado a ser *sectarias* y a servir como *agentes provocadores del fascismo*. De este modo, en mayo de 1937 fueron purgados los *fascistas* del POUM, organización comunista cuya afiliación y dirigentes estaban en Cataluña. En el transcurso de la guerra, la propaganda del Frente Popular se fue haciendo cada vez más transversal. El *buen comunista* no era el *revolucionario* dispuesto a sacrificar su vida para subvertir el injusto orden

antagonismo (*anti-pueblo*) de la propaganda republicana —el *pueblo republicano y socialista que se ha alzado contra la miseria generada por una aristocracia terraniente fascista que acapara/acaparaba los medios de producción*— se resignifica a través de lo que Laclau denomina *cadena equivalencial alternativa*. De este modo, la propaganda del bando *nacional* reformuló el antagonismo *reacción fascista-pueblo* de los republicanos —a partir de 1937, *fascismo extranjero-patria*— apelando a un *contubernio antifascista* contra el *pueblo nacional*. En este antagonismo democrático-popular, las élites las integrarían un grupo de neófitos *comunistas, que vivían como burgueses, y sus turbas*, contra un *pueblo que se moría de hambre en las condiciones más indignas*.¹⁰⁷ La guerra enfrentaría al *pueblo español* —concretado en el *ciudadano común*, de clase media y creencias religiosas— contra una oligarquía *roja y judeomasona* —alianza *perversa* de comunismo y capitalismo financiero del Frente Popular. Estos términos aislados—*rojo, judío y masón*— o compuestos —*judeomasón*— se utilizaron como epítetos intercambiables, sinónimos de lo antinacional.¹⁰⁸

capitalista, sino todo español, con independencia de sus ideas, que estaba dispuesto a dar su vida contra el invasor extranjero alemán e italiano. El fascismo extranjero, espoleado por la aristocracia caciquil que había dominado España en sus etapas históricas más *oscuras*, pretendía esclavizar a los buenos patriotas españoles, acabar con la democracia e imponer una dictadura imperialista desde Berlín. Los españoles, como en 1808, se habían levantado en armas en defensa de su patria y de su independencia.

¹⁰⁷ En otro de los relatos de ficción publicados en *Vértice —Don Pedro hambre—*, Edgar Neville relata la historia —de ficción— de un anciano huido a Francia que sobrevive en París cazando palomas callejeras. La novela corta fue adaptada a la televisión por Antonio Giménez Rico dentro de la serie de cortometrajes *Cuentos y leyendas: Don Pedro Hambre* (1974).

¹⁰⁸ Sobre el concepto *cadena equivalencial alternativa*, el mismo filósofo argentino plantea la siguiente cuestión en *La razón populista*: “¿qué ocurre si la frontera dicotómica, sin desaparecer, se desdibuja como resultado de que el régimen opresivo se vuelve él mismo hegemónico, es decir, intenta interrumpir la cadena equivalencial del campo popular mediante una cadena equivalencial alternativa, en la cual algunas de las demandas populares son articuladas con eslabones totalmente diferentes? (...) Esto genera una autonomía de los significantes populares diferente de la que hemos estudiado hasta ahora. La cuestión ya no radica en que el particularismo de la demanda se vuelve autosuficiente e independiente de cualquier articulación equivalencial, sino en que su sentido permanece indeciso entre fronteras equivalenciales alternativas. A los significantes cuyo sentido está “suspendido” de este modo les denominaremos significantes flotantes” (165). En este caso, Laclau analiza la absorción de las retóricas radicales y populistas por los conservadores en EEUU y Reino Unido a partir de la segunda mitad del siglo XX. El

Al referirme al antagonismo democrático-popular lo hago en el sentido que Laclau lo desarrolla en *Politics and Ideology in Marxist Theory*, a saber: como categoría epistemológica que define la confrontación entre una *élite* y un *pueblo*, presente en toda estrategia política hegemónica independientemente de su carácter ideológico *democrático* o *autoritario*.¹⁰⁹ Por otro lado, lo que en la *La razón populista* denomina “modulación de los viejos temas populistas” (170) también puede observarse en la propaganda del bando *nacional*, de la derecha antirrepublicana y en los testimonios de los desafectos con la situación *revolucionaria* de 1936. Durante la Guerra Civil, *pueblo* y *clase media* pasaron a ser elementos ideológicos flotantes; es decir, términos de pertenencia en disputa entre dos cadenas equivalenciales o discursos antagonicos alternativos: el de los republicanos —la unidad de la clase obrera y de la clase media patriótica contra el fascismo— y el de los *nacionales* —el pueblo *nacional* unido contra el comunismo—. ¹¹⁰

Del mismo modo que con la definición de clase del bando republicano —la turbamulta movida por intereses capitalistas (judeomasónicos) y comunistas—, la subversión se expresa en las originarias propagandas previas a la contienda de forma contradictoria: como la anarquía derivada la falta de autoridad; o como la criminosa planificación de una élite tiránica *republicano-marxista*. Estas descripciones indefinidas del poder/caos se ejemplificaban con numerosos testimonios gráficos y escritos sobre la corrupción física-fisiológica y moral de las turbas —infrahombres, bestias, sádicos— que

obrero depauperado de la retórica populista de izquierdas pasó a ser *el hombre común* frente al establishment político-estatal (165-74).

¹⁰⁹ Véase Laclau. *Politics and Ideology in Marxist Theory*: “our thesis is that populism consists in the presentation of popular-democratic interpellations as a synthetic-antagonistic complex with respect to the dominant ideology” (173).

¹¹⁰ La modulación y adaptación de motivos *populares* compartidos cuestiona las interpretaciones de la teoría marxista —ortodoxa— sobre la apropiación y adulteración de los elementos de la clase obrera por el fascismo. Estas tesis se fundamentan en la taxonomía de ideologías asignadas a grupos sociales históricos específicos —por ejemplo, la equivalencia entre patriotismo chovinista y pequeña burguesía—. Obsérvese la crítica de Laclau a Nicos Poulantzas en *Politics and Ideology in Marxist Theory* (51-142).

perpetraban violaciones sexuales, profanaciones, robos, etc. —de manera similar a las imágenes escatológicas sobre el enemigo por la propaganda nazi que Klaus Theweleit trata en el ensayo *Male Fantasies*—. De la *turbamulta* venían los milicianos, ejecutores del terror rojo; guerreros sin guerra; delincuentes comunes ejerciendo de policías políticos para robar y asesinar.¹¹¹ En *Novela de la revolución...*, Neville expresa el carácter mefistofélico de los chequistas en el episodio en el que Antonio es juzgado por uno de los improvisados tribunales del Madrid *rojo*. A su alrededor, el protagonista observa “grandes cestos y líos de ropa con objetos de plata, alhajas robadas en las casas particulares”. Ante el comité de milicianos, Antonio se atribuye un delito común para librarse de la condición de preso político —“un robo con escaló que había sucedido en el mes de julio” (4:1937). El falso testimonio del joven falangista, inmediatamente desenmascarado, provoca la carcajada general del jurado: “...los del Comité se echaron a reír mirando al presidente, que dijo: “Ese robo lo hice yo ayudado por estos compañeros”, y dirigiéndose a un grupo que estaba en la puerta, añadió: —Llevarse a este a dar el paseíto” (1937:7).

El mal de la turba se reflejaba en la propaganda *nacional* en la indiferencia hacia sus víctimas —muchas de ellas indiferentes a la sublevación del 18 de julio y a la política—. Estas se elegían arbitrariamente entre la población, dando prioridad a aquellas que en algún momento votaron a las derechas o que solían portar símbolos de significación católica: una medalla o un rosario. Era en la persecución a los católicos y a

¹¹¹ La representación del perverso y anárquico chequista rojo se contrapone a la representación del humilde miliciano que se adhiere entusiastamente a la disciplina castrense del Ejército Popular de la novela de Arconada, *Río Tajo* (1938). Si se atiende al desarrollo de la propaganda en el campo republicano, la representación del enemigo de clase va ligándose a la del extranjero que viene a robarle a los españoles su patria para colonizarlos y esclavizarlos. Los españoles lucharían, por encima de su clase, por la defensa de sus *tradiciones democráticas*, violadas por la presencia del fascismo alemán e italiano.

sus símbolos por las turbas cuando se reflejaban los componentes más perversos de las mismas. En un artículo de título gráfico —“El tiro de gracia”—, Tomás Borrás relataba la historia real de un cura vizcaíno “que no predicó odio a España” y que no había participado en la campaña de normalidad de los republicanos —respeto a la clase media y al clero— “no hizo simulacros de misa para las fotografías de los periódicos extranjeros”. Tras ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento, sobrevivió al tiro de gracia en el rostro, “cortando el nervio óptico” y quedando ciego. Este sería “...uno de los tantos hechos que se recogen por toda la España que poseyó la Bestia bermeja”, dedicada a “...la destrucción sistemática de templos, el asesinato de once obispos y diez y siete mil sacerdotes y religiosos; el saqueo de todos los conventos y capillas; el incendio de las iglesias, el fusilamiento de quien poseía una medalla, la ausencia total de cultos, el escarnio y la mancilla” (1937:3).¹¹²

La *Anti-España*, con sus violencias y arbitrariedades, había destruido la vieja sociedad de antaño, pacífica y apolítica, preocupada solo del desempeño de sus quehaceres y de sus tradiciones y de su vida ociosa. Este pasado es recreado en *Novela de revolución...* por Antonio. En busca de refugio, logra esconderse ayudado por su antigua niñera Carmen. Con ella mantiene una conversación nostálgica en la que rememora su infancia en la capital a principios de siglo XX:

¹¹² El relato de Tomás Borrás va específicamente dirigido a los nacionalistas vascos —“separatistas vascos”— cuyos apoyos se encontraban en gran parte de la población católica del País Vasco. Borrás denunciaba así la violencia de los *separatistas* contra los clérigos no afectos a sus doctrinas, igual en crueldad a la practicada por las milicias anarcosindicalistas y socialistas: “La hipocresía de los separatistas vascos ha sido una obra maestra y su refinamiento —¡ellos, tan toscos!— parece obra de los más depurados maquiavélicos florentinos. Para engañar a los extranjeros, para encubrir sus fines, la artimaña que han usado es extender sobre su mercancía bastarda el manto del catolicismo (...) Han asesinado a los curas de aldea cuando no les sumaban a sus campañas, lo mismo que los detritus humanos de la C.N.T. o de la U.G.T. Estos eran gorilas en cueros y los separatistas vascos gorilas en traje a la inglesa” (1937:3). En el momento de la publicación, las tropas *nacionales* habían tomado la capital vizcaína —Bilbao— y continuaban la campaña de conquista de la franja cantábrica en manos de los republicanos —desde Guipúzcoa hasta Asturias— en los inicios de la contienda. La guerra en el norte terminaría con la toma de Gijón de octubre de 1937.

aquella época remota sin odios, sin exasperaciones, en la que la gente se sonreía (...) aquel Madrid plácido, con albañiles de blusa blanca y bigote, soldados multicolores, sombreros, hongos y coches de caballos —Entonces nadie hablaba de política, no se sabía si Silvela estaba la derecha o a la izquierda de Moret, y se vivía bien, no se deseaba más de lo que se podía tener.

Antonio idealiza los paseos en la Plaza de Oriente, junto al Palacio Real, ejemplo paradigmático de una sociedad sin rencores en la cuál se desenvolvían alegremente “los niños, las niñeras, los soldados, los jardineros municipales y unos viejecitos con capa que leían su diario al sol”.¹¹³ La España de la *dominación roja* contrasta con la de antaño. La sociedad de principios de siglo, la del Madrid de la Restauración y de Alfonso XIII, ya no era la misma. Madrid se tornaba en un infierno de comisarías irregulares y comités obreros improvisados. En aquel “viejo Madrid” de la Restauración, las clases sociales vivían armónicamente bajo la música de los “organillos que llenaban el barrio de alegría”. Pero, de pronto, llegó la política del enfrentamiento social seguida indefectiblemente de la instauración del régimen *soviético* en España.¹¹⁴

¹¹³ Véase Mechthild, Albert: “La guerra y el hogar: Iconografía e ideología en la revista *Vértice* (1937-1939)”. La revista ofrece una representación de la mujer asociada al espacio del hogar y la familia como microcosmos social de la comunidad nacional (y religiosa). Esta concepción se puede observar en otra revista tradicionalista destinada al público femenino: *Ellas: semanario de las mujeres españolas* (1932-1934), dirigida por José María Pemán.

¹¹⁴ Se observa la diferencia entre el escarnio de lo viejo de la Restauración por el fascismo de Ledesma y de Giménez Caballero —precedidos e inspirados por las críticas de Unamuno y los regeneracionistas de la anquilosada y conformista sociedad española— y la idealización de los tiempos del turno político que hace Edgar Neville. Francisco Silvela fue ministro en varias ocasiones con el Partido Conservador en las últimas décadas del siglo XIX, mientras que Segismundo Moret, que pertenecía a los liberales, tuvo varios cargos ministeriales desde 1870 hasta 1910, entre ellos, ministro de Gobernación. A través de los personajes de *Novela de la revolución de julio en Madrid*, Neville rememoraba nostálgicamente el periodo *pacífico* de la Restauración al tiempo que apelaba a la regeneración política. La visión favorable de la España de principios de siglo dista de los planteamientos originales de Giménez Caballero o Ledesma Ramos. Mientras que *La Gaceta Literaria* era la punta de lanza contra el demoliberalismo y el anquilosamiento institucional de la España de principios de siglo, desde *La Conquista del Estado* —“La España que deshace: el ABC”— se atacaba a los conservadores nostálgicos de la Restauración canovista; aquellos que defendían “entre toses y monerías, la sagrada y perpetua restauración y apoteosis de sus alifafes, mediocridades e intereses” (4:5). Según José-Carlos Mainer, “el ámbito de *Vértice* pareció inclinarse más por las nostalgias burguesas, las evocaciones del pasado próximo —los felices años finiseculares— y las bellas elegías culturales sobre una España y una Europa cuyas realidades presentes estaban muy lejos de los términos de la nostalgia” (117).

A través de sus propagandas, ambos bandos recurrieron a “*territorios compartidos* que eran al mismo tiempo *territorios en disputa*” (Cruz 164). Estos *territorios compartidos* se concretaron en las apelaciones a la clase media urbana, a la ciudadanía de *orden*, sin filiaciones políticas de carácter *radical*. Según las propagandas *nacionales*, el enemigo no solo perseguía a los más significados ideológica y políticamente —falangistas y votantes de derechas—, sino también al ciudadano *común*, pasivo ante las violencias o *apolítico* en la disputa de ideas y discursos partidistas. En *Novela de la revolución...*, Neville representa a ciudadanos que no están significados con las grandes ideologías en disputa —fascismo o comunismo—, pero que sufren de igual modo la violencia inusitada de los *presuntos republicanos*, en realidad, *extranjeros* o *esbirros* de Moscú. En este sentido, el relato no solo alude a los conservadores perseguidos por los *rojos*, sino que refiere también a las víctimas de un otrora republicanism de *orden* sorprendido por el *caos* de 1936. El ejemplo representativo de este tipo de víctimas es el del desafecto con el devenir del orden republicano, desengañado ante el incumplimiento de las promesas de regeneración nacional y justicia social que prometía el 14 de abril de 1931.¹¹⁵ De este modo, en el relato corto de Neville, se observan diferentes personajes atribulados ante el *terror rojo* de los milicianos, que los

¹¹⁵ Tras el golpe de Estado de 1936, el general sublevado Queipo de Llano afirmaba que el movimiento era “netamente republicano” y su objetivo consistía en “restablecer el orden subrectado por la intromisión de poderes extranjeros” y “salvar a España de la lepra moscovita”. La misiva asociaba “español y republicano” opuesto “hordas marxistas” (“El propósito y el pensamiento del general Queipo de Llano” 1). En un principio, los sublevados se definieron defensores del orden (republicano) y de *España* — apropiándose de la nación— frente a los rojos y al marxismo. Esta apelación a los *republicanos patriotas* se hacía en un momento de debilidad y de acumulación de fuerzas militares e intelectuales de los rebeldes. La definición del conflicto incipiente por las propagandas sublevadas se centraba en los elementos contradictorios ya señalados en el resumen de la prensa derechista de la primera mitad de 1936 —desorden y tiranía; anarquía y comunismo; capitalismo (judío y masón) y socialismo—. El conglomerado político-militar opuesto que haría llamarse Movimiento Nacional. Después de los primeros meses de guerra, la República se ligaría a la cadena *marxista-masón-extranjero* tal y cómo había sido definida por la derecha católica tradicionalista en los cinco años del régimen democrático del catorce de abril. El *republicanismo-marxismo* sería en la propaganda un compuesto antónimo de lo *nacional*.

consideran enemigos *fascistas*, aun siendo políticamente indecisos entre las izquierdas y las derechas, liberales no ortodoxos o, incluso, republicanos. Estos últimos también son perseguidos por los que fueron supuestamente aliados en el pasado. Todos ellos —apolíticos o militantes; sin fuertes convicciones ideológicas o con ideas *propias*— son perseguidos simplemente por hablar *bien*, por profesar ideologías *no sectarias* o por cualquier otra causa que los identifique como *fascistas*. Es el caso del viejo profesor de Antonio, escondido junto a otros maestros en una oficina del último piso del Ministerio de Hacienda —“detrás de una muralla de expedientes”— por miedo a los milicianos *rojos*. Antonio, contrariado, pregunta a este último el porqué de su situación ya que, en otro tiempo, había sido republicano: “—Pero usted era republicano, demócrata, un verdadero liberal” —a lo que contestaba el profesor— “¡Calla hijo, que no te oigan! Y lanzó una mirada de recelo hacia unos milicianos que pasaban”. Este es uno de los ejemplos en los que Neville refleja a caracteres ficticios no necesariamente militantes de Falange o de organizaciones derechistas, sino apolíticos o significados previamente con las izquierdas, y que en la guerra son perseguidos por *fascistas*.¹¹⁶

¹¹⁶ El diario *Ahora* decía en su editorial del 14 de julio de 1936 —“Por nosotros y por los que nos miran”—, tras los asesinatos del teniente José del Castillo —vinculado al Partido Socialista— y de Calvo Sotelo: “Pero ya hemos llegado a un punto en el que no basta la execración del crimen ni su persecución y castigo, individualizando las delincuencias, sino que es necesario fijar una línea de conducta en que a la máxima garantía para el hombre de orden acompañe la máxima sanción para el que lo perturbe” (3). El editorial defendía la permanencia de la legalidad republicana, pero manteniendo el orden público frente a los *alborotadores* de uno u otro signo. En la batalla propagandística contra los *rebeldes* de Franco, los republicanos se erigieron en defensores de la ley, la patria y sus *tradiciones democrático-populares* contra la *rebelión* de los fascistas. Las propagandas de los nacionales también asimilaron algunas de las líneas editoriales de la extinta prensa de *centro*, sobre todo aquellas que apelaban al *orden* ante los *desórdenes* y *crímenes* de los *revolucionarios marxistas*. No se debe confundir el *centrismo* político republicano con la defensa del *statu quo* de 1936 o la neutralidad ante los enfrentamientos. Obsérvese la propuesta de Miguel Maura de una Dictadura Nacional Republicana como dique de contención de las olas de violencia provocadas por los *extremistas*. Una solución *dictatorial* para superar *odios cainitas* que también proponía Pío Baroja: “En estos momentos soy partidario de una dictadura militar que esté basada en la pura autoridad y que tenga fuerza para dominar los instintos rencorosos y vengativos de la masa reaccionaria y de la masa socialista” (Trapiello 208). La disolución del *centro* político republicano —representado por Niceto Alcalá Zamora y Maura— de la estrategia posibilista de la derecha en la República es objeto de

En otro relato corto de Neville —“Las muchachas de Brunete”, publicado en el número de julio de 1938— el pueblo resiste unido el cerco de las tropas enemigas enviadas desde la capital junto a un contingente de blindados rusos. Pese a la heroica oposición, se impone la superioridad militar del adversario y las milicias *rojas* asaltan el pueblo. Una vez tomada la plaza, los comunistas se dirigen al hospital en busca de víctimas propiciatorias y objetos valiosos con los que apaciguar su sed de sangre y riquezas. A la entrada del edificio donde se encuentran los heridos de guerra, un médico sale al paso de los soldados comunistas, recordándoles que “esto es un hospital”. El oficial *rojo* contesta: “—Sí, un hospital de facciosos, ya lo sabemos—” (1938:12). Como en otras propagandas, se mostraba cómo la etiqueta de fascista o faccioso, emitida por la *turba roja*, era una palabra vacía de significado aplicada indiferentemente a todo aquel ciudadano común que respetaba las costumbres y tradiciones o que simplemente no se identificaba con los *rojos*. De este modo, el oficial republicano sentenciaba a muerte a los heridos: “los fascistas no son ni heridos, ni enfermos, ni médicos, son siempre fascistas y hay que tratarlos como tales” (1938:12).

De vuelta a *Novela de la revolución de julio...*, se observa que la identificación con los *nacionales* y Falange del protagonista —Antonio— se produce a través de sucesivos encuentros con distintos personajes de variadas identificaciones políticas, incluso antagónicas en otro tiempo a la suya, pero, en las circunstancias actuales, aliadas en su rechazo a las *hordas republicano-marxistas*. La novela transmite la idea de que la *tiranía roja* no solamente afectaba a aquel que votaba a las derechas católicas, sino también a los propios *republicanos de orden*, que eran identificados como *fascistas* por

estudio de Álvarez Tardío, Manuel. “Un momento decisivo: la estrategia de la CEDA ante las elecciones de 1936”.

los *rojos*. Neville presenta una serie de figuras típicas y apuntes anecdóticos a través de las que el personaje principal reconoce a sus enemigos absolutos y comprende la gravedad de la contienda, como refleja en el episodio del metro. Despreocupado por un instante en el vagón, Antonio “silboteaba” el himno de la Legión, sin percatarse de la presencia de un guardia de asalto en el convoy. Contra todo pronóstico, el guardia, al servicio del poder republicano, no reaccionó negativamente al escuchar la melodía. Al salir Antonio del vagón y reanudar su marcha el tren, el policía le dedicó “una especie de saludo desapareciendo con su sonrisa por el túnel”. Para contextualizar la anécdota, cabe recordar que la Guardia de Asalto era el cuerpo de seguridad del Estado creado durante la República, leal al régimen, mientras que gran parte de los oficiales de la Legión habían sido desafectos al régimen desde su implantación, participando activamente en el intento de golpe de Estado de 1932 —Sanjurjada— y en la sublevación del 18 de julio de 1936. La complicidad del guardia con Antonio y su simpatía ante el himno del cuerpo del ejército más identificado con los sublevados se presenta como otra de las muestras de confraternización entre antiguos enemigos, ahora unidos contra el verdadero antagonista absoluto: el *marxismo extranjero*.¹¹⁷

Otro reconocimiento de estas características tiene lugar cuando Antonio conversa con dos hombres de ley adheridos inicialmente al régimen republicano, pero ahora perseguidos, obligados a esconderse para no ser delatados: “Don Pedro Valdecilla,

¹¹⁷ De manera similar, el largometraje de Neville, *Frente de Madrid* (1939), muestra también escenas de funcionarios y partidarios del bando republicano desafectos con sus correligionarios —como la de Fabricio, viejo miembro del *partido*, denunciando los asesinatos indiscriminados en la retaguardia: “un asesinato es lo que es, y por eso perderemos la contienda”. Otro personaje, Amalio Fernández, que trabaja para el SIM —Servicio de Información Militar de la República—, comparte los planes de defensa de Madrid con los agentes de la quinta columna. La secuencia final de la película muestra al protagonista y a un joven miliciano republicano yaciendo juntos sobre los escombros de la Ciudad Universitaria, muriendo en combate como *hermanos*.

magistrado del supremo” y “don Felipe Torroba, abogado republicano”. La conversación que sigue apela a *republicanos de orden* contra los “asesinos” y “ladrones” *marxistas*:

—Esto no es una guerra civil ni una guerra política, es un caso de justicia y ladrones, son las personas decentes de un país que se sublevan contra los asesinos y los ladrones, eso es todo. Estas bandas que saquean y asesinan no tienen ningún fin político ni social (...) — ¿Pero usted no creyó en la República? —Sí señor, y solo hice mal a medias, gracias a ella ha surgido la tercera solución, Falange. En Falange está resumida la parte sana de las aspiraciones que teníamos los que quisimos la República; ahora... que hemos tardado en comprender (1937:1).

La subversión de los enemigos de la patria ha unido a los viejos enemigos por una causa común: la salvación de la comunidad nacional y el restablecimiento del *orden*.¹¹⁸ Los hombres de leyes simbolizarían a los intelectuales *arrepentidos* por la significación *antifascista* y marxista del régimen republicano, una vez frustradas las *esperanzas* del 14 de abril.¹¹⁹ La ficción de Neville sobre la desidentificación de los viejos republicanos, del profesor *liberal* y el guardia de asalto del régimen *comunista* actual —todos ellos,

¹¹⁸ En la celebración de los *25 años de Paz* —1964—, el régimen franquista presentó la imagen de una España en continuo desorden hasta el golpe militar del 18 de julio. El alzamiento era necesario ante un proceso revolucionario dictado por la Comintern, de cuya participación se excluían hasta a los inicialmente republicanos. Una película de época como *Posición avanzada*—Pedro Lazaga (1965)— muestra a los soldados del frente de Madrid de uno y otro bando amigablemente enfrentados, aprovechando los momentos de tregua para conversar, intercambiarse cigarrillos y pescar en el río Jarama. La confraternización llega a su fin cuando los milicianos republicanos *españoles* son sustituidos por una reserva de brigadistas internacionales. El largometraje representa la guerra civil inicialmente como un conflicto entre hermanos hasta que se produce la injerencia militar de los rusos. La contienda interna se transforma entonces en una guerra por la *liberación* de la patria. Hubo actos similares de confraternización entre los enemigos a lo largo de la guerra, aunque expresamente prohibidos por los altos mandos de ambos bandos (Corral 369-71). Seidman relaciona la proliferación de los contactos entre líneas enemigas con las carencias alimenticias de los republicanos, producidas por la escasez e inflación del precio de los productos básicos, así como con el hartazgo por la extensión de la guerra tras dos años de intensos combates (217-34). En *La Iglesia, la Falange y el fascismo: (Un estudio sobre la prensa española de posguerra)*, Alfonso Lazo Díaz señala que la propaganda directamente vinculada a la Iglesia católica dentro del primer franquismo fue la más hostil a la integración de los otrora militantes en el campo republicano que la falangista, negándose siquiera al reconocimiento simbólico de las figuras más destacadas de la cultura desde la Generación del 98 —aun aquellas, como Unamuno o Baroja, extremadamente críticas con el Frente Popular. Véanse la revista *Ecclesia* o *Signo*— o a la contribución de la masa de excombatientes republicanos en la construcción del Nuevo Estado sino a través de penas y trabajos forzados (44-45, 69).

¹¹⁹ Véase Gracia, Jordi —*La resistencia silenciosa: Fascismo y cultura en España*—, que recoge los testimonios de desafección de los intelectuales otrora republicanos y su posicionamiento ambiguo, cuando no de denotada simpatía, hacia el bando *nacional*. Observa Gracia sobre Gregorio Marañón en el exilio: “Desde que sale de España, Marañón emplea muchas páginas en argumentar su nueva posición pública [contra los republicanos]: no entiende su papel como el de desertor sino que ha sido la República sojuzgada por comunistas y revolucionarios la que ha abandonado la razón liberal” (56).

censurados, observados y perseguidos por los antifascistas— puede comprenderse también como parte de una estrategia populista —de sentido común— de desacreditación de un antifascismo asociado por la propaganda republicana a los valores de la cultura, la paz, la justicia social, la humanidad, etc.¹²⁰

El *anti-anti-fascismo* fue la contrapropaganda de los ideales de la República y el Ejército Popular. En el número que conmemora la *liberación* de Cataluña por los *nacionales* —marzo de 1939—, se publica “La cheka de Vallmajor”, en el que Neville describe pormenorizadamente los métodos de tortura practicados en el que fuera Convento de los Agustinos, en Barcelona: las duchas de agua helada, las reclusiones en las angostas *verbenas* —pequeñas jaulas de madera donde el preso no podía sentarse ni erguirse, sometido al ininterrumpido reflejo de una luz cegadora y al ruido constante de un “zumbador eléctrico”— o la simulación de fusilamiento en el *muro* —“la muerte no importaba a los del S. I. M., preferían la tortura, el martirio”—. El escritor denunciaba

¹²⁰ El *anti-anti-fascismo* fue la contrapropaganda de los ideales de la República y el Ejército Popular. En el número que conmemora la *liberación* de Cataluña por los *nacionales* —marzo de 1939—, se publica “La cheka de Vallmajor”, en el que Neville describe pormenorizadamente los métodos de tortura practicados en el que fuera Convento de los Agustinos, en Barcelona: las duchas de agua helada, las reclusiones en las angostas *verbenas* —pequeñas jaulas de madera donde el preso no podía sentarse ni erguirse, sometido al ininterrumpido reflejo de una luz cegadora y al ruido constante de un “zumbador eléctrico”— o la simulación de fusilamiento en el *muro* —“la muerte no importaba a los del S. I. M., preferían la tortura, el martirio”—. El escritor denunciaba una práctica sistemática de terror organizada por el Estado republicano, más allá de los incontrolados y de las organizaciones políticas *revolucionarias*: “No eran los incontrolados, esto hay que repetirlo; no eran ni siquiera los partidos políticos, ni las milicias socialistas, ni los grupos de la F. A. I. Las Chekas eran cosa del Estado, dependían del Servicio de Información Militar, o S. I. M., y por lo tanto sus procedimientos de tortura sus crueldades inauditas, su estilo infrahumano estaban respaldados por el Estado, por el Gobierno de la República, por el Parlamento, por el Tribunal de Garantías, por el Ministerio de Justicia y por ende por todos aquellos países que mantenían relaciones cordiales, defendían y autorizaban aquellos gobernantes.

El artículo denunciaba a la República y sus apoyos internacionales defensores de la *democracia*, la *libertad* y los *sentimientos humanitarios*, mientras “los malos tratos, el hambre y el terror” eran cotidianos en las *chekas*: “...de esto no se enteraba el embajador de Francia” o “todos estos lamentos, todos los gemidos, todo el dolor que se escapaban de estas Chekas no llegaban al Ritz, en donde se ofrecían banquetes a los parlamentarios de los países democráticos, a la duquesa de Atholl, al mayor Athlee, Hemingway. Estos turistas de la democracia solo oían los discursos que a los postres pronunciaban los directores responsables de estas chekas; discursos que hablaban de libertad y de sentimientos humanitarios (...) Mientras se torturaba a los presos, mientras se inventaba para ellos martirios que sobrepasan los que se atribuyen a la Inquisición, en los países democráticos se bailaba el *Lambeth walk*, y solo había oído para su ritmo...”.

una práctica sistemática de terror organizada por el Estado republicano, más allá de los incontrolados y de las organizaciones políticas *revolucionarias*:

No eran los incontrolados, esto hay que repetirlo; no eran ni siquiera los partidos políticos, ni las milicias socialistas, ni los grupos de la F. A. I. Las Chekas eran cosa del Estado, dependían del Servicio de Información Militar, o S. I. M., y por lo tanto sus procedimientos de tortura sus crueldades inauditas, su estilo inhumano estaban respaldados por el Estado, por el Gobierno de la República, por el Parlamento, por el Tribunal de Garantías, por el Ministerio de Justicia y por ende por todos aquellos países que mantenían relaciones cordiales, defendían y autorizaban aquellos gobernantes.

El artículo denunciaba a la República y sus apoyos internacionales defensores de la *democracia*, la *libertad* y los *sentimientos humanitarios*, mientras “los malos tratos, el hambre y el terror” eran cotidianos en las *chekas*:

...de esto no se enteraba el embajador de Francia” o “todos estos lamentos, todos los gemidos, todo el dolor que se escapaban de estas Chekas no llegaban al Ritz, en donde se ofrecían banquetes a los parlamentarios de los países democráticos, a la duquesa de Atholl, al mayor Athlee, Hemingway. Estos turistas de la democracia solo oían los discursos que a los postres pronunciaban los directores responsables de estas chekas; discursos que hablaban de libertad y de sentimientos humanitarios (...) Mientras se torturaba a los presos, mientras se inventaba para ellos martirios que sobrepasan los que se atribuyen a la Inquisición, en los países democráticos se bailaba el *Lambeth walk*, y solo había oído para su ritmo....

En suma, los dramáticos encuentros imaginados por Neville denunciarían los extremismos y excesos de los antifascistas con el objeto de interpelar a un *republicanismo patriótico* perseguido por las *hordas* antifascistas.¹²¹ La República habría

¹²¹ En la sección dedicada al bando republicano de *Las armas y las letras: literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Andrés Trapiello recoge los testimonios de la Guerra Civil de los escritores que, en el otoño de 1936, mantuvieron una posición de distancia y escasa simpatía ante los abusos cometidos por las autoridades interinas y los milicianos de la capital sitiada. Trapiello contrasta el entusiasmo de los escritores adscritos a la Alianza de Intelectuales Antifascistas por la Cultura —José Bergamín, Rafael Alberti o León Felipe— con las crónicas de otros literatos identificados con la España *leal*, pero gradualmente desafectos con la situación revolucionaria en “los días en que un simple sombrero o una corbata significaban delaciones inapelables” (Trapiello 99-100). Algunos de los títulos que cita Trapiello sobre las experiencias de los intelectuales huidos del Madrid *rojo* denunciando el desorden, las arbitrariedades y los crímenes, son: *Guerra en España: prosa y verso (1936-1954)*, de Juan Ramón

sido un proyecto fallido —a imagen de los republicanos perseguidos por la propia República—y degenerado en un régimen controlado por el comunismo internacional. Falange absorbería un conglomerado de sensibilidades políticas unidas en la necesidad de derrotar a un enemigo común, prometiendo la disolución de los viejos antagonismos —la triple división proclamada por Primo de Rivera: clases, partidos y regiones—. No obstante, estas propagandas de absorción del republicanismo o de reconciliación de los viejos enemigos no tenían tanto un carácter definido —un posible programa o gobierno basado en una conciliación de intereses entre, por ejemplo, republicanos, socialistas y

Jiménez; *Vida en claro: autobiografía*, de José Moreno Villa; o *Memoria presentada al Gobierno de Chile correspondiente a mi labor al frente de nuestra embajada en Madrid durante la Guerra Civil, 1937, 1938, 1939*, de Carlos Morla Lynch, entre otros. Testimonios que denuncian a los comunistas *disfrazados de obreros que se mantuvieron seguros en la retaguardia*: “Fue Bergamín el único literato en toda la guerra a quién Salazar Chapela recuerda vestido de miliciano, con un mono “que parecía recién salido del almacén. No había en su uniforme ni la más mínima partícula de polvo de ningún combate: paño flamantísimo, correa barnizada, portapistolas de cien reflejos, lo mismo que las chisteras...”. Y sabemos por muchos testimonios que el mono fue el uniforme de los que no pisaron el frente...” (Trapiello 125).

Trapiello parte de una concepción de la *cultura* como estadio ético —de encuentro y conciliación; de *diálogo* entre distintos— al margen del enfrentamiento y los radicalismos (fascista o comunista). La guerra la habría rebajado al ámbito inferior de la disputa incivil por los intelectuales al servicio del poder de uno u otro bando. En la guerra, la *cultura*, como máxima expresión *pacífica* de la nación y la civilización, fue instrumentalizada explícitamente por el republicano, a través de la Asociación Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Defensa de la cultura como ámbito universal, pero también concreto, popular y nacional, ante la amenaza destructora de un enemigo exógeno a la par que incivil y belicoso —el fascismo—. Esta sería una de las propagandas de mayor repercusión y éxito nacional e internacional durante la guerra y las décadas venideras. El bando nacional contraatacó denunciando la destrucción física y el tráfico en el extranjero del patrimonio artístico, enfatizando el carácter *bárbaro* de la *revolución roja* y la corrupción moral de sus dirigentes.

El aparato cultural de la guerra fue uno de los que constituyó uno de los núcleos internos de disidencia. Si los republicanos exiliados denunciaron el *erial* y la pérdida irreparable de científicos e intelectuales vinculados a la República tras la victoria de Franco, la sección cultural de Falange, apartada en 1942, acusó a Franco de la defenestración del sector “intelectual” del Movimiento (Ridruejo 15-38) —entre ellos, Gonzalo Torrente Ballester, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo—. En ese momento de la posguerra, tras la crisis de gobierno provocada por los atentados de Begoña, comenzaría el *erial* cultural del franquismo. Muchos de ellos se sumarían a la oposición al franquismo y los escasos movimientos de oposición en la década de 1950 por la *democratización* de España. Más allá de sus rivalidades puntuales y antagonismos insalvables, los opositores a Franco continuaron la asociación fascismo-franquismo-anticultura. Iniciativas como el Congreso por la Libertad de la Cultura (1950) —de la que formaba parte activa el exlíder del POUM, Juan Gorkín— promovieron la extensión de la cadena asociativa al comunismo (soviético) —enemigo *totalitario* de la cultura *libre y democrática*— una vez derrotado el fascismo. A ella se adscribieron intelectuales españoles no comunistas exiliados—Américo Castro, Juan Ramón Jiménez o María Zambrano—, opositores internos —Enrique Tierno Galván— y exfalangistas como José Luis López Aranguren, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo. Véase Amat, Jordi. “Europeísmo, Congreso por la Libertad de la Cultura y oposición antifranquista”.

derechistas—, sino populista, es decir: una estrategia retórica, indefinida programáticamente, de absorción de identidades heterogéneas contra un antagonista irreconciliable.¹²² En la estrategia populista del bando nacional desempeñaría un rol de suma importancia la representación del antifascismo *republicano-marxista* como fenómeno sociopolítico minoritario y sectario. Los *enemigos* del fascismo, o antifascistas, desacreditarían con el epíteto *fascista* a todos los ciudadanos *por el mero hecho de serlo*, incluidos aquellos que en el pasado simpatizaron con la República. De este modo, los anti-fascistas *sectarios* de las turbas habrían provocado que la mayoría *no-antifascista*, indefensa y depauperada, adoptara las posiciones de salvación del orden de Falange y del bando *nacional*, perdiendo *el miedo* a ser denominados *fascistas* o *facciosos* en tanto en cuanto esos epítetos despectivos eran directamente sinónimos de *españoles comunes*.

El episodio de los liberales de la novela de Neville hostigados por los milicianos es la representación —en orden a los parámetros selectivos e interesados del bando propagandista— de los intelectuales que por “abstenerse de la guerra”, desvinculándose de radicalismos sectarios, sufrieron el ostracismo de sus otrora aliados (Preston *Las tres Españas del 36* 16-20). Uno de los marginados por ambos bandos habría sido el periodista Manuel Chaves Nogales, cuya novela *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España* (1937), es el paradigma de la visión condenatoria de la guerra como experimento de ideas radicales producidas en los “laboratorios de Moscú, Roma y Berlín” (4). A través de varios cuadros ambientados en el Madrid republicano, Chaves Nogales recrea los excesos de los chequistas en la retaguardia, que identificaban fascistas

¹²² Véase la conocida propuesta de gobierno de concentración por José Antonio Primo de Rivera, preso en Alicante, para evitar la Guerra Civil, formado por Ortega, Marañón y Martínez Barrio, en el que se integraban algunas de las demandas republicanas —reforma agraria—, con otras derechistas —el restablecimiento de la educación católica— (*José Antonio íntimo...* 144; Thomas 296-99).

de todas las clases sociales e ideologías simplemente por no significarse como comunistas —como también describe los crímenes de los *nacionales* que calificaban de *rojo* al que no compartía sus posturas unívocas y ortodoxas—. Fuera de estas dos tendencias marcadas quedarían excluidas aquellas intermedias, ajenas a las dos ideologías *dictatoriales* o a las denominadas *dos Españas*, avocadas a un enfrentamiento secular. Tendencias que vendrían a integrar lo que ulteriormente se conocería como *tercera España*. Históricamente, el concepto de tercera España surge en mitad de la contienda, alentado por intelectuales católicos exiliados ajenos al bando *nacional* —ya por entonces llamado por sus enemigos *franquista*— que exigían el fin de la guerra y una paz consensuada (*Nosotros, los abajo firmantes...* 36-42). Si se atiende a la evolución en el sentido común del término, la tercera España sería aquella desvinculada emocionalmente de los bandos de la guerra o que, aun adherida a la causa republicana o falangista/*nacional*, manifestó divergencias puntuales con sus aliados que paulatinamente se tornaron en posturas irreconciliables. Tras la victoria de Franco y el mantenimiento del régimen a lo largo de casi cuatro décadas, este sector político-social protagonizaría una solución basada en la *concordia* y en la *superación de odios* pasados para la transición a una *democracia homologable* a las europeas.¹²³

¹²³ Sobre el concepto de la tercera España, véase Juliá, Santos. *Nosotros, los abajo firmantes: Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*. En la introducción a este compendio de manifiestos a lo largo de la historia de España, Juliá expone las tensiones entre los intelectuales católicos en París, conocidos como la “La troisième Espagne” (39), y la jerarquía eclesiástica española, con el cardenal Isidro Gomá a la cabeza. Gomá rechazó la mediación del arzobispo Giuseppe Pizzardo para “una solución pacífica del conflicto armado” y respondió con la *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo* fechada el 1 de julio de 1937 (40). Véase también Riera Ginestar, Joaquín. *La Guerra Civil y la Tercera España: De cómo unas minorías extremas nos llevaron a la guerra*. En *Las tres Españas del 36*, Preston sostiene: “quizá sería ampliar demasiado la definición [tercera España], pero permanece el hecho de que Azaña y Prieto, e incluso José Antonio Primo de Rivera, encarcelado, no entran en la categoría convencional de extremismos” (23). Primo de Rivera, Manuel Azaña, Salvador Madariaga o José María Gil Robles, pese a sus militancias iniciales, habrían optado, según Preston, por la superación de los extremismos que polarizaban la nación y, en consecuencia, serían parte de la tercera España. Sobre la tercera España, el IV Congreso del Movimiento Europeo, en Múnich, 1962 —o *contubernio* de Munich,

Evidentemente, durante la guerra ninguna de las propagandas anticipó lo que ocurriría después, y aunque la tercera España es un concepto más tardíamente desarrollado e instrumentalizado políticamente, las propagandas de concordia nacional fueron un recurso de ambos contendientes para debilitar al adversario, apelando así a los individuos que en uno y otro bando dudaban sobre la causa de sus aliados o simplemente no aguantaban las condiciones derivadas de la guerra —escasez, distanciamiento familiar, enfermedades, etc.—. Estas propagandas de conciliación político-social se intensificaron, sobre todo, una vez que el conflicto se prolongó, especialmente a partir de 1938. En términos de propaganda, A.P. Foulkes distingue entre *agitación* —por la transformación radical del sistema de valores y creencias— e *integración* — que afirma y refuerza el sistema previo de valores y creencias (12). En este sentido, las propagandas de integración se pusieron en práctica por ambos contendientes, evitando la alusión a grandes antagonismos sociales para crear un *nosotros* lo más amplio posible. En ambas se proyectaba una concordia futura entre españoles de todas las clases, excluyéndose aquellos identificados con el enemigo absoluto: ya fuera comunismo, para los *nacionales*, o fascismo, según los leales.

Finalmente, añadiría que el sentido de la guerra no tuvo tanto que ver con la radicalización de las posturas políticas de los contendientes, sino con la asunción por estos mismos antiguos radicales —en relación a sus anteriores posiciones políticamente marginales: por ejemplo, la entonces tildada como propuesta histriónica de los comunistas de crear soviets a la española tras las movilizaciones masivas del 14 de

según la propaganda franquista— y la transición a la democracia, prosigue Preston: “Algunos de ellos” [Gil Robles y Madariaga, entre otros opositores al franquismo] “se encontraron con socialistas y nacionalistas vascos y catalanes exiliados —dirigidos por Madariaga— en Múnich en el IV Congreso del Movimiento Europeo, del 5 al 8 de junio de 1962. El Congreso de Múnich fue en muchos aspectos un ensayo para la pacífica transición a la democracia” (20).

abril— de las estrategias hegemónicas de izquierda y derecha de 1931 a 1936. De este modo, fuerzas como el Partido Comunista de España o las Juventudes Socialistas Unificadas se erigirían como los defensores del orden pacífico, la democracia y la República en la Guerra Civil. Por su lado, la Falange de la guerra pasaría de ser un movimiento extremadamente minoritario de impugnación del orden republicano promovido por Renovación Española, al partido mayoritario de la España de *bien*, de *orden* perseguida y asesinada masivamente por el *comunismo*.¹²⁴

4.3. Franquismo y falangismo ¿Fascismos?

La naturaleza ideológica y política del régimen de Franco —no fascista, fascista por cuestiones coyunturales o por convicción— enfrenta a los historiadores del franquismo (Alonso Ibarra 135). La primera interpretación niega la homologación entre el fascismo y el primero, más cercano al espacio *reaccionario* de las derechas españolas —tradicionalismo, conservadurismo católico, militarismo, etc.— que a un movimiento netamente modernista y revolucionario “que aspiraba a construir un marco social de nueva factura y manifestaba a las claras su profundo desprecio por las reliquias aún existentes de un mando pasado” (Ferrary 334). En *Fascism in Spain: 1923-1977*, Payne colige que en España no se dieron las condiciones históricas y económicas que

¹²⁴ En las proclamas iniciales del bando nacional —desde el fracaso del golpe en las principales capitales hasta la resistencia de Madrid— eran frecuentes las exaltaciones de la República con *honra* —imitando el lema de los militares revolucionarios de 1868— y las promesas de confraternización con el proletariado y el resto de republicanos ajenos al *marxismo*. La prolongación del conflicto exacerbó los componentes excluyentes de la justificación del *alzamiento*: la homologación anticatólica entre marxismo, anarquía y República —una Anti-España de doctrinas ideológicas diferenciadas con un *gen* destructivo común— propagada por el tradicionalismo —alfonsino y carlista— y asumida en menor o mayor grado por las formaciones minoritarias *fascistas* desde 1931 —JONS, Partido Nacionalista Español o Falange Española—. Véase Baisotti, P. A. *Fiesta, política y religión en España (1936-1943)*: (49-63). Sobre la propaganda republicana y patriótica de los comunistas véase Faraldo José M. & Núñez, Xosé M. “The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939”.

propiciaron los fascismos. Ni su composición sociológica se asimilaba a las masas nacionalistas y revolucionarias que auparon a Hitler o a Mussolini, ni su partido, Falange Española, tuvo un gran respaldo electoral, siendo la organización de estas características más escuálida en número de votos y militantes de Europa. En relación al régimen franquista, su carácter católico y tradicionalista lo distanciaba del fascismo laico y modernista (*Fascism in Spain...*469-71).¹²⁵ En este sentido, el fascismo o falangismo, absorbido por Franco durante la Guerra Civil, habría sido un elemento coyuntural y accesorio del mismo modo que su retórica revolucionaria, un instrumento al servicio de los intereses de los militares y las derechas católicas.¹²⁶ El proceso de absorción dejó a

¹²⁵ Julián Sanz Hoya analiza las interpretaciones historiográficas sobre el fascismo español, resumidas en dos tesis contrapuestas: 1) basándose en un concepto amplio del fascismo — ideología cuyo común denominador era su antidemocratismo, antiliberalismo y anticomunismo— el franquismo fue un régimen fascista; 2) basándose en una definición más restringida de los fascismos, el franquismo únicamente imitó sus elementos más superficiales, y no así de fondo, dado su carácter tradicionalista y religioso. Ambas tesis se sostienen en el énfasis de sus numerosas conexiones o amplias divergencias, respectivamente. El régimen de Franco, erigido y consolidado en el clímax de los fascismos en Europa, emprendería por razones geoestratégicas un proceso retórico de “defascistización” a partir del final de la Segunda Guerra Mundial (42-44). En este proceso, parte de sus elementos ideológicos y simbólicos, vinculados explícitamente a una suerte de espíritu fascista internacional en la Guerra Civil, serían desligados del fascismo mediante una estrategia de desplazamiento retórico y de asimilación de las posiciones hegemónicas. Si, en un primer momento, la propaganda sostenía que España *siempre había sido fascista* — siglos antes del fascismo—, con el triunfo de los países democráticos —adjetivo que definía la alianza entre las *democracias capitalistas* y *comunistas* contra el nazismo—, la propaganda de Franco negó su compromiso con el fascismo —España *nunca había sido fascista*— definiendo el régimen como una *democracia orgánica* con sus características propias.

¹²⁶ Los escasos simpatizantes del falangismo tras la década de 1970 se basaban en la teoría del carácter *conservador* para desligar a esta ideología del régimen de Franco. La especificidad revolucionaria y antirreaccionaria del partido, así como en las ya citadas simpatías de Primo de Rivera hacia algunas figuras representativas del republicanismo y el socialismo, demostrarían su incompatibilidad con el franquismo conservador (San Román 8-28). Tras ser condenado a muerte, José Antonio llegaría a “condenar la falsedad del fascismo” (Martín Otín 73). El autor de *El hombre al que Kipling dijo sí* afirma que nunca fue fascista —basándose en las notas en prisión previas a su ejecución: “para sustentar que no lo era basta con un par de razones entre muchas: la doctrina joseantoniana, cuajada en el 35, está fuera de la doctrina social del fascismo (suya es la más didáctica crítica del corporativismo al que llama buñuelo de viento). Por el gesto se aproxima en el saludo pero también los apaches y los iberos desplegaban la palma al saludar y nadie les llamó fascistas. Y no era fascista porque él decía que no era fascista. Basta con eso. José Antonio no mentía” (87). Este es un ejemplo de la mitificación de un Primo de Rivera ajustado al sentido común *democrático*, asimilándolo a otros movimiento de tercera vía no necesariamente fascistas. Una revisión psicologista del personaje y su ideario distanciándolo del fascismo, del que habría formado parte accidentalmente, o contra su voluntad, o contra su propio carácter de intelectual despreciado por la derecha y odiado por la izquierda.

los falangistas de primera hora —los *camisas viejas* que formaron parte de la organización en sus primeros pasos— en minoría ante un contingente de cientos de miles de nuevos militantes —los *camisas nuevas* ingresados durante la Guerra Civil— ajenos a los ideales revolucionarios y fascistas de los falangistas.¹²⁷ Saz denomina el proceso político-cultural de la *forzada* unificación entre fascismo y conservadurismo con el franquismo:

“una especie de ceremonia de la confusión según la cual la, sincera o no pero en cualquier caso inevitable, aceptación de los cada vez menos cuestionables valores católicos y tradicionales debía coexistir con unos objetivos fascistas que casi a modo de compensación debían reiterarse hasta la saciedad” (185).¹²⁸

En sus últimas notas escritas en el presidio de Alicante, Primo de Rivera —“Cuaderno de notas de un estudiante europeo” (168-78)— critica el carácter idolátrico de “exterioridad religiosa sin religión” (Papeles póstumos de José Antonio 174). La nota precede el comentario sobre el destino del fascismo en cuanto a fenómeno ecuménico y universal —Alemania como reproducción del imperio de Carlos I— o etnográfico y nacionalista. Es el sentido ecuménico de los fascismos el que Primo de Rivera considera debe prevalecer para la creación de una gran unidad europea.

¹²⁷ Ya en plena guerra, entre los nuevos falangistas también se encontraban antiguos militantes de organizaciones obreristas que se refugiaron en el partido por temor a perder la vida, muchos de los cuales sufrieron postreramente el señalamiento de las autoridades rulares y de sus convecinos por su pasado *republicano-marxista* (Corral 213-14).

¹²⁸ Saz, como otros autores, no señala cuáles son los elementos de exclusión y diferenciación objetivos del falangismo y conservadurismo-tradicionalismo. Por ejemplo, en su análisis de las tensiones internas del primer franquismo, el autor puntualiza que “revolución y palingenesis eran, de todos los terrenos compartidos y disputados, los más específicamente falangistas, los más fascistas” (186) para, a continuación, afirmar que estos atributos más *específicamente falangistas* eran palabras de “ensalmo”, de “conjuro”, “un resorte mágico” sin fines objetivos definidos (188) ¿Cómo podría concretarse entonces el programa positivo auténticamente falangista si su especificidad se basaba en fórmulas mágicas y términos indefinidos? Análogamente, Alfonso Lazo presenta un catolicismo camaleónico, fascitizado por mor de la necesidad, que “camufla en buena parte ese pensamiento reaccionario bajo una terminología fascista”. Véanse los casos del Marques de la Eliseda o Julián Pemartín, ideólogos de la conciliación entre tradicionalismo y fascismo (76). Javier Pradera —*La mitología falangista (1933 a 1936)*— expone las bases de la doctrina social revolucionaria falangista. La armonización del corpus social de Falange suponía la subordinación de los intereses de los proletarios y los patronos a una jerarquía despojada de intereses *materialistas* —en el sentido negativo del término acuñado por la doctrina social de la Iglesia Católica. La elevación espiritual promovida por las jerarquías llevaría a las amorfas y animalizadas masas proletarias, a su humanización, es decir: a la recuperación de su individualidad, religión y comunidad *natural* —familia y municipio—. Esta visión moral de la crisis social y económica ya estaba en los programas y propagandas de otros partidos y organizaciones basados en la doctrina social de León XIII —*Rerum Novarum* (1891)—. Como se observó en las primeras páginas del capítulo, las crónicas y artículos de las derechas y de Falange sobre las *revoluciones* de 1934 y 1936 coincidían en la denuncia de una disolución moral de la sociedad. Según Pradera, *contrarrevolucionarios* no falangistas y *revolucionarios* falangistas compartían la visión *católica* del problema social, por lo cuál ¿No habrían sido los *revolucionarios* deudores de la teoría *contrarrevolucionaria*? Empero, más allá de los camaleonismos discursivos de los diferentes grupúsculos y organizaciones del primer franquismo —derechas católicas *accidentalistas*, *integristas* o falangistas—, la propaganda del bando nacional enfatizó el discurso de *sentido común* de la primavera de 1936 —la

La segunda interpretación cuestiona el proceso de absorción de un fascismo originario, que en el caso español sería el de los falangistas de primera hora. Miguel Alonso Ibarra cuestiona la “narrativa del fracaso y de la instrumentalización” que supone la apropiación del *revolucionarismo* fascista por un conservadurismo católico ajeno a el sindicalismo falangista (145). Según Ibarra, el planteamiento de la instrumentalización de la Falange surge de una definición limitada del fascismo como movimiento revolucionario y anticonservador que ignora que los partidos hegemónicos de esta índole en Europa y en otras latitudes pactaron con otros grupos de distintas ideologías para hacerse con los resortes del poder (140). Según Alonso Ibarra, al comparar los fascismos europeos con el caso español:

...se puede observar cómo la narrativa del fracaso y de la domesticación del fascismo español, reducido a Falange, hace, a mi juicio, un uso maximalista del propio concepto de fascismo, en la medida en que exige unos requisitos que no se cumplen para otras experiencias fascistas, cuyas historiografías apuntan precisamente a la imposibilidad de esos regímenes de imponer una política de cumplimiento absoluto de los objetivos planteados” (169).¹²⁹

necesidad de orden: respeto a la propiedad y al Estado— llevado al antagonismo fascismo-antifascismo. En este sentido, si el VII Congreso de la Internacional Comunista redujo al fascismo a un fenómeno minoritario de la gran burguesía más *terrorista y reaccionaria* —en oposición a la definición amplia del socialfascismo —socialdemocracia— *disfrazado de ropajes democráticos y sociales*—, la estrategia hegemónica del bando *nacional* consistió en la hiperbolización de un antifascismo minoritario que amenazaba a *todos*, puesto que *todos* eran acusados de fascistas por motivos mínimamente vinculantes a un credo religioso o político —incluso accidentales y arbitrarios—. El análisis de Saz sobre la impostada retórica *pseudofascista o fascistizada* de los tradicionalistas puede verse desde otra perspectiva. Así, toda operación de cohesión política de grupos anteriormente dispersos o enfrentados implicará en mayor o menor medida una *ceremonia de la confusión* mediante palabras de *ensalmo* —o significantes vacíos—. La República optó por el discurso *democrático y popular* —que aunaba la retórica del republicanismo, el socialismo, el comunismo y el anarquismo— mientras que el *Movimiento Nacional* asimilaba discursivamente el catolicismo de Acción Popular, los tradicionalismos —alfonsino y carlista—, los fascismos internacionales —nacionalsozialismo, fascismo e incluso integrismo, con sus contradicciones y peculiaridades locales— y un *republicanismo anticomunista* ya disgregado o en el exilio. Por último, el nacionalsindicalismo, como proyecto económico vinculado a Falange fue una parte fundamental en el Sindicato Vertical del Estado franquista, única central que existió desde 1940 hasta 1977, pese a la realización *incompleta* que denunciaron algunos falangistas posteriormente. Por su parte, la vuelta a las corporaciones gremiales que proponían algunos tradicionalistas no tuvo ninguna aplicación práctica.

¹²⁹ Según Roger Eatwell, los últimos fascistas italianos y los neofascismos posteriores a la Segunda Guerra Mundial denunciaron un pacto con las élites conservadores, lo cuál se tradujo en la traición a los ideales originales del movimiento: “Thus post-1945 intellectual fascists have sometimes claimed that inter-war

En este caso, la teoría de la domesticación por la élites tradicionales también impone una visión restringida de la Iglesia, el Ejército o los partidos derechistas como entes uniformes cultural y políticamente, lo cuál estaría lejos de la realidad (Saz et al 12). Comprender el fascismo en los límites de un nacionalismo revolucionario opuesto al conservadurismo derechista y al *statu quo*, no se atiene a las experiencias de contextos concretos. Según analicé en el capítulo anterior, las distinciones entre revolucionarios y conservadores se desenvolvían en un juego retórico de acusaciones mutuas entre organizaciones rivales. De este modo, traté cómo en el periodo de proliferación retórica del fascismo y el *fascista* en la esfera pública determinados epítetos —*conservador*, *señorito*, *demoliberal*, etc.— se atribuían con asiduidad, siendo parte del lenguaje polémico de partidos enfrentados entre sí por el voto *antimarxista*. La diferenciación taxativa entre conservadurismo y fascismo se contradice con los procesos de cambio constante de los discursos y de las alianzas contingentes de los *fascistizados* durante la República hasta llegar a la unificación de Franco, ya en la guerra (Gallego 147). Como ejemplo, en el capítulo anterior, analicé cómo el falangismo se definió, precisamente, en la coyuntura de *fascistización* y división de las derechas en la que se fundó. En esta primera fase, fechada entre finales de 1933 y la primera mitad de 1934, la Falange de José Antonio estaba aliada con los alfonsinos —que luego sería considerados por el mismo líder falangista como *extrema derecha*—. Los falangistas se decían los *poetas* frente a los *técnicos* de la derecha católica y su política impostada, de fascismo sin pulso,

fascism exhibited “immaturity and incoherent ideology” (...) Moreover, fascism in Italy during its closing stages sought a return to the early movement’s radicalism, and some of the more thoughtful European neo-fascists have held that both the Hitler and Mussolini regimes betrayed, or deformed fascism by accommodating more conservative groups” (189).

de gente de *orden*, *fiambre*, etc. Por su parte, Gil Robles sostenía que F.E. no era un partido propiamente fascista, ya que sus líderes eran *señoritos* aristócratas ajenos por completo a las organizaciones obreras. Este juego de las diferencias entre auténticos y falsos fascistas tenía como fondo la batalla entre los accidentalistas de Acción Popular — dispuestos a cambiar el régimen por los procedimientos legales— y los alfonsinos, cuyo propósito era llegar al poder por la fuerza y derribar el régimen de 1931. A partir del verano de 1934, comenzó a fraguarse la ruptura entre Falange y los *conservadores subversivos* —como se refiere el historiador Gil Pecharromán a los monárquicos alfonsinos—. Tras la negativa de Primo de Rivera al ingreso de Calvo Sotelo en el partido y la ruptura con el grupo de Juan Antonio Ansaldo y de Paco Eliseda, los antiguos socios usaron sus tribunas mediáticas para acusar a Falange de no ser un partido *fascista*. A finales de 1934, dio lugar la campaña de la prensa derechista contra Falange y su líder, del que decían era más pródigo a cuestiones de índole *intelectual* que al caudillaje de un grupo de acción directa (violenta) contra el marxismo. Asimismo, fruto de la marcha de los capitales alfonsinos, Ramiro Ledesma Ramos escindió sus CONS de Falange, acusando a sus antiguos camaradas de *banda de la porra* de la extrema derecha y a su líder, José Antonio, de señorito y aristócrata. En su *Fascismo en España*, acabaría concluyendo que Falange era una mala copia del fascismo y que el movimiento receptor del *espíritu de su época* lo comandaba Calvo Sotelo.¹³⁰ Ramiro Ledesma llegó a afirmar que el espíritu *fascista* estaba más presente en la *extrema derecha* del Bloque Nacional y no en el fascismo por mimesis de Primo de Rivera. Otro ejemplo más de la competencia entre fascistas que negaban mutuamente su identidad como tales atribuyéndose los males

¹³⁰ Los fascistas españoles se integraron en un nuevo espíritu o “new spirit”, como solía denominarse al movimiento transnacional de organizaciones fascistizadas anticomunistas (Griffith 81)

de los *viejos* partidos —*señoritismo, conservadurismo, artificialidad, copia o impostura*—. ¹³¹

La misma diferencia entre fascistas y no fascistas se plantea en los análisis del primer franquismo cuando se distingue entre un sustrato político-social conservador o católico y un armazón *retórico y estético* fascista. La cáscara *fascista y revolucionaria* encubriría los intereses de las élites tradicionales. Según Payne, Francisco Franco, erigido caudillo del bando *nacional*, se valió de la retórica y de los símbolos del falangismo/fascismo —“picked up the language of ‘totalitarianism’ (447)— para imponer una dictadura a su imagen y semejanza: militar, conservadora y católica, más propia de las tesis del *tradicionalismo* de su referencia intelectual: Víctor Pradera. Sin embargo, la misma competencia y desacreditación interna entre *antimarxistas* revela que esta distinción no fue tan taxativa. Tras la puesta en escena de Falange Española en el Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933, el tradicionalista Víctor Pradera —considerado ideólogo del franquismo— publicó en *Acción Española* un artículo escépticamente titulado “¿Bandera que se alza?”, réplica del mesiánico manifiesto de Primo de Rivera en la misma revista: “Una bandera que se alza” —transcripción del discurso del 29 de octubre—. El autor de *El Estado Nuevo* —obra magna del

¹³¹ Para negar la autenticidad de la marca disidente —fuera esta la Falange de Primo de Rivera, las JONS de Ramiro Ledesma o el Bloque Nacional de Calvo Sotelo— se la asociaba con la ultraderecha *caduca*, con la aristocracia, o con el fascismo del neófito por conveniencia. José Antonio Primo de Rivera decía del nuevo fascismo de Calvo Sotelo: “El Bloque Nacional luce suntuosamente. Este trae ya palabras nuevas para que no se diga: ¡habla de unidad de mando, de Estado corporativo y de otras cosas *fascistas*! ¡En seguida les van a creer!” (en Pradera 74). Por su parte, Ledesma, desde su tribuna en Barcelona, *La Patria Libre*: “Es sabido que Primo de Rivera para hacer frente a los estragos que le ocasionó la ruptura jonsista, se dedicó a extender por el partido la mayor insidia que podía esgrimir contra las J.O.N.S.: la de que él, ¡¡¡Primo de Rivera!!!, representaba al nacional-sindicalismo, y nosotros, ¡¡¡nosotros!!!, éramos los derechistas” (*La Patria Libre* 5, 16 Mar 1935). Según Ledesma, Falange era “banda de la porra de la extrema derecha” y : “El falangismo se lo dejamos voluntariamente entero a Primo de Rivera. Para que, nuevo Albiñana [en referencia al líder del Partido Nacionalista Español que desapareció de la escena pública tras el fallido golpe de Sanjurjo de 1932], siga creyéndose también salvador en potencia de todas las Españas” (*La Patria Libre* 6, 23 Mar. 1935).

pensamiento tradicionalista reeditada durante la guerra, en 1937— planteaba que buena parte de las ideas de Primo de Rivera sobre la oposición al sufragio, la concepción espiritual de la nación y el rechazo a los partidos políticos ya estaban incorporadas en el ideario tradicionalista. Pradera observaba con cierto escepticismo el adanismo de un movimiento fascista español que repetía las *verdades* del discurso tradicionalista para irrumpir en la esfera pública. En la bandera alzada por Falange no había “nada que no estuviese inscrito en el Tradicionalismo con mayor perfección” (216) ya que, en referencia a la crisis del demoliberalismo, “años y años hace que el Tradicionalismo dijo cosa parecida” (218). En los mismos términos de Payne —Franco *picked up the language of totalitarianism*— podría interpretarse que Primo de Rivera se habría valido del *lenguaje* del tradicionalismo para pasarlo por *totalitario*.¹³²

En conclusión, la hibridación y heterogeneidad de los componentes ideológicos y políticos de los proyectos y partidos *cercanos* al fascismo así como la reacciones y las improvisaciones dialécticas a cada coyuntura, distan de un contenido teórico y programático lineal del fascismo español: desde Gecé a Primo de Rivera; desde Ramiro Ledesma a Franco. Bien es cierto que las culturas políticas próximas al fascismo compartieron una serie de elementos transversales, una forma de ver el mundo y un espacio de relaciones culturales, sociales y económicas, especialmente en el caso español (Saz et al. 7). Sin embargo, los años de Entreguerra —aunque no solo, evidentemente—

¹³² Franco prologó las obras completas de Víctor Pradera con una semblanza del político tradicionalista y de sus ideas, que hermanaba con las de Primo de Rivera. Valiéndose de los artículos publicados en Acción Española —“Una bandera que se alza” y “¿Bandera que se alza”, de Primo de Rivera y Pradera, respectivamente— el dictador trazaba las semejanzas entre las concepciones antiliberales, antipartidistas y organicistas del tradicionalismo y del falangismo. Según Franco, ambos artículos anticipaban la ulterior unificación. Evidentemente, en el prólogo de 1946 no se hacen referencias a las partes en las que Pradera cuestionaba la necesidad y novedad del partido fascista. En este sentido, el discurso de Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia no fue “elogiosamente reseñado” (Mainer 52) por Pradera, sino revisado y comparado con sus preceptos políticos; coincidentes en la medida en que Falange no añadía novedad al pensamiento tradicionalista.

fueron ejemplo de cómo, aun manifestándose amplias coincidencias ideológicas y programáticas entre organizaciones de culturas políticas hermanas, cualquier diferencia estratégica, incluso personal, causaba cismas de repercusiones universales —desde los fascismos a los antifascismos—. En España, la coyuntura de división previa a las alianzas antifascistas y fascistas enfrentó a organizaciones y grupúsculos de tradiciones ideológicas compartidas. Por el contrario, la polarización entre fascistas y antifascistas, que se agudizó en 1936, asentó alianzas entre partidos heterogéneos anteriormente irreconciliables.¹³³ Los ejemplos expuestos sobre la verdadera naturaleza del fascismo, que podrían llevarse también a las dialécticas entre los grupos de izquierda obrera, aun con la diferencia de sostener unos posicionamientos políticos y doctrinales más definidos, llevan a la reflexión sobre el problema de dotar de una linealidad teórica y programática sistemática, lineal y coherente al fascismo español.

En *Politics and Ideology in Marxist Politics*, Laclau sostiene la imposibilidad de abordar la coherencia ideológica o programática de la interconexión de elementos de interpelación —ejemplo la *tradición* y la *revolución*—, sino la capacidad de cada uno de estos elementos de condensar a todos (102) —. Durante la guerra, el Movimiento representaba un imaginario compartido por diferentes tradiciones políticas —carlismo, tradicionalismo alfonsino, falangismo o catolicismo cedista— en torno al Imperio y la Cruzada anticomunista.¹³⁴ El mínimo común del *Movimiento* se basó en el ideal

¹³³ Griffith expone el caso Doriot, síntoma de un contexto internacional en el que era omnipresente la retórica del fascismo y del antifascismo. El entonces dirigente comunista francés propuso una alianza antifascista con la socialdemocracia previa a la adoptada por los Frentes Populares y el VII congreso de la Comintern, por lo que fue acusado de fascista (79). Tras ser expulsado y formar otro partido, el Partido Comunista Francés promovió la alianza con los anteriores socialfascistas.

¹³⁴ Según Laclau: “the ideological unity of a discourse is perfectly compatible with a wide margin of ideological inconsistency but the ability of each interpellative element to fulfill a role of condensation with respect to the others. When a familial interpellation, for example, *evokes* a political interpellation, a

negativo—*antimarxismo*— y se valió de un lenguaje manejado por las derechas y por ciertas corrientes y prensa republicanas contrarias al Frente Popular —la denuncia del *caos de 1936*, la necesidad de imponer el *orden* y la *unidad*, etc.—. En último término, para la propaganda el *sentido* del Movimiento sería salvar a todos aquellos españoles *torturados* por el marxismo. En el caso de la novela de guerra de Neville, la denuncia del *antifascismo* como señalamiento arbitrario de *ciudadanos* que solo quieren *vivir en paz* es el elemento condensador del dispositivo de sentido común propagado por los *nacionales*.

4.4. Breve epílogo sobre la desfascistización

Antes de la derrota definitiva de la Alemania nazi y la Italia fascista en 1945 se inició un proceso de desfascistización del régimen de Franco: una desconexión retórica y simbólica del régimen del sustantivo fascismo que se comprende dentro de la readecuación al contexto geopolítico de 1945, tras el triunfo de las potencias aliadas. Este *aggiornamento* paulatino se puede seguir desde 1943, tras la crisis de gobierno del verano del año anterior, en la que Serrano Suñer dimitió como Ministro de Asuntos Exteriores. Desde que José María Alfaro se hizo con la dirección de *Vértice*, apenas se ofrecieron contenidos sobre los acontecimientos internacionales, más allá de los reportajes gráficos — “Actualidad Internacional” —, limitados a la descripción de los avances aliados en el frente de guerra. La capitulación de los nazis y el fin de la guerra mundial fueron suficiente motivo para uno de los escasos comentarios de opinión política en *Vértice*. El editorial “La paz: voces rectoras ante el mañana”, se deshacía en halagos a las potencias

religious interpellation, and when each of these isolated interpellations operates as a *symbol* of the others, we have a relatively unified discourse (*Politics and Ideology*... 102).

vencedoras y a la neutralidad de España. Al pasar revista a las naciones aliadas, se dedicaba el siguiente comentario a la Francia *católica*: “Esta nación es vieja de siglos y para ser fiel a sí misma urge recordarlo. Ochocientos ha le nacen en su suelo la canción de Gesta, el arte Gótico y el espíritu de Cruzada”. España, como Portugal, habían sido pioneras garantes de la paz: “Mantuvo el Jefe del Estado entre nosotros, con clarividencia a la vez que con ánimo sereno, la neutralidad que retrajo a España del conflicto. Debemos a Franco la paz de España, que, juntamente con la de Portugal, ha sido el preludio venturoso de la paz de Europa a que tantos pueblos se acogen con extremos de júbilo estos días” (4:78).¹³⁵ España *nunca había sido fascista*.¹³⁶

Los futuros disidentes que apoyaron al bando sublevado relatarían las dialécticas políticas de diferentes momentos coyunturales a través de nuevas concepciones normativas sobre la política y la ideología asimiladas a partir de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, el aviador Juan Antonio Ansaldo afirmaba en sus memorias que seguía “luchando en su nueva emigración por los mismos ideales” (monárquicos) que el Bloque Nacional de Calvo Sotelo (94). Se trataba de representar a los caídos antes y durante de la guerra —el mismo Primo de Rivera, Calvo Sotelo o el mismo Sanjurjo, que murió en el avión pilotado por el mismo Ansaldo— como víctimas del franquismo y de los fascismos. Ansaldo, que había sido responsable de las acciones más violentas de la Falange de Sangre durante la primavera de 1934, relataba que Primo de Rivera se había visto “precisado a abrazar aquellas bárbaras doctrinas fascistas, que por mucho que sea el

¹³⁵ A diferencia de los primeros ejemplares de la *Vértice*, los números de 1945 están paginados.

¹³⁶ Acerca de la imposibilidad de determinar unos elementos protofascistas o nazis, reflexiona Žižek: “Not only are such mass performances not inherently fascist; they are not even “neutral,” waiting to be appropriated by left or right. It was Nazism that stole them and appropriated them from the workers’ movement, their original site of birth. None of these “proto-fascist” elements is per se fascist. What makes them “fascist” is only their specific articulation—or, to put it in Stephen Jay Gould’s terms, all these elements are “ex-apted” by fascism. There is no fascism *avant la lettre*, because it is the letter itself that composes the bundle (or, in Italian, *fascio*) of elements that is fascism proper”.

oropel filosófico con que se vistan, muestran siempre en su fondo, los básicos sentimientos de crueldad, barbarie, violencia y tiranía que les dieron vida” (81). Además, identificaba franquismo y fascismo oponiendo a ambos el movimiento *monárquico* de Calvo Sotelo. La adopción de un nuevo lenguaje democrático aceptado internacionalmente de rechazo del fascismo y del totalitarismo, que había subsumido a la *tiranía* de Franco en el franquismo, iniciaba una lucha por la apropiación de términos políticos. Al referirse a Gil Robles como “democracia católica, en el real sentido de la democracia, en todo diferente al que la prensa franquista atribuye al régimen personal y autocrático que la controla y esclaviza” (60), hacía mención a una lucha por el concepto de democracia que había puesto en marcha la propaganda franquista. Aquí comienzan las ligaduras y desligaduras retóricas del fascismo, la creación del franquismo y la aceptación de lo democrático desde marcos ideológicos cuyas retóricas lo usaban como objeto de rechazo. Esto es algo no solo aplicable a la política, sino al revisionismo necesario de los excluidos o apartados del régimen de Franco que modularon sus posiciones en la coyuntura posterior de la Segunda Guerra Mundial.

La desarticulación del *espíritu anticomunista* —el fascismo internacional— tras la caída del régimen mussoliniano y la derrota de Alemania ante los aliados, forzó al régimen fundado militarmente en el apoyo político y económico potencias del Eje a redefinirse en el nuevo contexto geopolítico de los países *democráticos* contra un fascismo asociado a la guerra, la barbarie y el genocidio. La paulatina disociación del régimen con los fascismos se efectuó al mismo tiempo que la propaganda se aliaba con otras naciones *civilizadas* contra el comunismo. El ideal metapolítico en el que se había articulado el discurso del *Alzamiento* se había desmoronado —el espíritu de Occidente

contra el judeomarxismo—. El propio régimen asimiló el vocablo *fascista* como término de desacreditación, ante el aislamiento y acoso internacional ante la última nación *antidemocrática* de Europa.¹³⁷ En una entrevista para la agencia United Press en 1944, Franco negaba toda vinculación a lo *nazi* o *fascista*, ya que España era simplemente *católica* (Preston 3).¹³⁸ Si a principios de la década de 1940, los ideólogos *fascitizados* del franquismo interpretaban el resurgimiento de la Civilización, la Hispanidad y el Imperio católico en el Nuevo Estado como una versión original, desarrollada y perfeccionada de aquello que pretendía ser el fascismo —un fascismo a la española *más fascista* que el *mismo fascismo*; “la religión de la religión” fascista según las interpretaciones de José Pemartín (Lazo 102)—, tras la derrota del Eje, estos mismos componentes civilizatorios, hispánicos y católicos pasaron a integrar las propagandas retroactivas del *no fascismo* del Movimiento Nacional. Finchelstein propone la siguiente definición *lingüística* para definir el fascismo: “to borrow a Saussurean metaphor, fascism was to be understood as a specific code, a language of political interpretation and action that had a changing sets of signifiers attached to a less malleable signified” (39). Sin embargo ¿El giro político del franquismo y la resignificación de sus elementos ideológicos en la nueva coyuntura de la Guerra Fría no resultaría en la definición inversa.

¹³⁷ Una noticia de la Agencia EFE, publicada en el diario oficial *Duero: Órgano de Falange Tradicionalista y de las JONS* —“España es defendida en el extranjero”— el 4 de septiembre de 1945, alertaba sobre “los enemigos de España”, que estaban haciendo del “mote fascista” (4) un sinónimo de cristiano.

¹³⁸ Véase Preston, Paul. “Franco and Hitler of Hendaye 1940”. Esta renuncia a identificarse paulatinamente, primero, con el fascismo, después, con el falangismo y más tarde con el mismo franquismo, sería el motivo de denuncia del *aggiornamento aggiornamento* de las élites franquistas por los que más tarde formarían parte de las organizaciones de extrema derecha posfranquista.

A saber: un conjunto de significantes que en diferentes contextos se adaptaron a distintas significaciones?¹³⁹

¹³⁹ Acerca de la adaptación del fascismo al tradicionalismo véase también Saz: *España contra España: los nacionalismos franquistas* (169-171).

Conclusiones

A través de las páginas precedentes he analizado el fascismo en clave de significante vacío a través del cual, y contra el cual, se articularon múltiples y heterogéneos discursos e identidades. Se han analizado las diferentes estrategias populistas de las iniciativas fascistas expuestas: desde las apelaciones a los movimientos culturales del primer cuarto del siglo XX en *La Gaceta Literaria* hasta la concentración de fuerzas derechistas contra la República en *Vértice*. A través de estas estrategias, estas propagandas mostraron territorios compartidos con los adversarios políticos del fascismo —la patria, la revolución, el orden, etc.—. En lo referente al caso español, se han cuestionado los marcos de análisis de un fascismo minoritario y muy reducido, tratándose, en sentido contrario, dentro de un proceso híbrido de identificación y exclusión muy amplio. El fascismo se desarrolló como un vocablo polémico que se adaptó a múltiples discursos a lo largo del periodo estudiado: desde las pequeñas formaciones marginales que trataban de emular un fascismo a la española hasta la creación de un gran partido unificado durante la Guerra Civil —FET de las JONS—, pasando por el periodo de organización de las derechas antirrepublicanas. Su máximo apogeo se dio con la identificación voluntaria por la propaganda de la España del bando *nacional* contra los antifascistas. En este proceso, los antirrepublicanos lo asimilaban como propio, lo adaptaron a sus doctrinas y lo rechazaron apelando a idénticos contenidos. De este modo, en los capítulos 3 y 4, se ha observado cómo el discurso de los sublevados contra la República no mutó

significativamente, mientras que sí lo hizo su relación con el vocablo fascista durante los procesos de *fascistización* y *desfascistización*, tras la desconexión con el del *Nuevo Orden* derrotado en la Segunda Guerra Mundial.

La metodología de la presente investigación ha consistido en el análisis y contraste de múltiples fuentes e interpretaciones, de la circulación reflexiva de distintos discursos —en términos de Werner en *Publics and Counterpublics*: “the reflexive circulation of a discourse” (Werner 91)— sobre el fascismo. Este proceso internacional, que generó múltiples analogías entre el fascismo y otros movimientos —lo que el historiador Emilio Gentile ha venido a denominar *fascismo analógico*—, se desarrolló independiente de las doctrinas y propagandas de los dirigentes del fascismo histórico. La recepción e impacto en España del mismo trajo consigo su asimilación a las ideologías y partidos ya existentes, que comenzaron a situarse en la dialéctica política universal fascismo vs. antifascismo. La asociación voluntaria —y sobre todo la involuntaria, de desacreditación del adversario— con el vocablo polémico mundial popularizó el uso de diversos epítetos derivados del *fascista*; desde el *faccioso* al *facha*: prototipo del personaje conservador dispuesto a dar la batalla contra las ideologías y organizaciones subversivas. El estudio de las conexiones entre el fascismo y otros agentes me ha mostrado una gran variedad de usos analógicos, comenzando con la asociación que hacía el editorial de noviembre de 1922 de la revista *España*. Este reconocía un “fascismo español” “profundamente reaccionario” en el integrista carlista del siglo XIX: “acaso el antecedente histórico haya que buscarlo en el carlismo español”. Se afirmaba que los “boinas rojas” a España eran lo que los “camisas negras” a Italia; un “fascismo latente” —una premonición de la unificación del carlismo y el falangismo en FET de las JONS—.

De este modo, “entre el fascista y el faccioso” habría “más ideologías que las puramente auditivas” (“El fascismo español” 5). Un proceso que continuó con la burla de las páginas de *La Gaceta Literaria* a los intelectuales conservadores de *gris fascista* —o con la denuncia del fascismo *frailuno* por los anarquistas— y que se extendió durante la Dictadura de Primo de Rivera, la República, la Guerra Civil, el franquismo y la Transición; periodo en el que se popularizó la figura histriónica del *facha*. Sirva de ejemplo el personaje de tebeo creado por Joaquim Aubert Puiganau —alias Kim— en 1977 para la popular revista de humor *El Jueves: Martínez, el facha*. Las aventuras de este personaje —que guardaba un sorprendente parecido físico con Giménez Caballero— consistían en disparatados complots contra el reciente régimen democrático para restablecer el viejo orden. El tebeo caricaturizaba la masa social profranquista de finales de 1970 que se resistía a las reformas democráticas y los cambios sociológicos que trajo el periodo de apertura.¹⁴⁰ Los derivados del fascismo continúan en circulación en la actualidad, sobre todo tras la llegada del partido Vox al parlamento nacional en 2019, cuya presencia en la vida pública ha generado múltiples debates sobre la vuelta del franquismo e, incluso, del fascismo a España. A este respecto, la historización de los discursos de sentido común acerca del fascismo y los derivados que han circulado desde hace un siglo, tanto en los medios de comunicación como en la producción cultural española de los siglos XX y XXI, marcan una interesante línea de investigación para los estudios culturales peninsulares.

¹⁴⁰ En sentido contrario, las novelas de Vizcaíno Casas satirizaban el transformismo ideológico y retórico de los antiguos filofascistas que, tras la muerte de Franco, se integraron oportunistamente en el nuevo *statu quo* —Véase la novela *De camisa nueva a chaqueta vieja* (1976)—.

Bibliografía

- “Al reaparecer.” Editorial. *El Estudiante* 6 Dic. 1925: 1. Web. 10 Ene. 2018. <http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&id=124563&num_id=2&num_total=26>.
- Albert, Mechthild. “La guerra y el hogar: Iconografía e ideología en la revista *Vértice* (1937-1939).” En Jean-Louis Guereña Ed. *Image et transmission des savoirs dans les mondes hispaniques et hispano-américains*, Tours: Presses universitaires François-Rabelais, 2007: 633-44. Web. 14 May. 2020. <<https://books.openedition.org/puf/r/5711?lang=en>>.
- Alonso Ibarra, Miguel. “Los límites del fascismo en España. un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el franquismo.” *Studia Historica: Historia Contemporánea* 35 (2017): 135-70. Web. 9 Jul. 2019. <<https://revistas.usal.es/index.php/0213-2087/article/viewFile/17976/18335>>.
- Álvarez Tardío, Manuel. “Un momento decisivo: la estrategia de la CEDA ante las elecciones de 1936.” *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne* 51 (2017): 53-68. Web. 10 Ago. 2020. <<https://journals.openedition.org/bhce/660>>.
- , y Villa García, Roberto. *Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, Madrid: Espasa, 2017.
- Amat, Jordi. “Europeísmo, Congreso por la Libertad de la Cultura y oposición antifranquista.” *Historia y Política* 21 (2009): 55-72. Web. 8 Jul. 2020. Web. <<https://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/article/view/44503>>.
- Anderson, Andrew A. “Herky, Kerky: Playing Fast and Loose in Giménez Caballero’s *Hércules jugando a los dados*.” *¡Agítese bien! New Look at the Hispanic Avant-Garde*. Maria T. Pao and Rafael Hernández. Newark: Juan de la Cuesta, 2002. 1-26. Print.
- Andreu, Alicia: “La obra de Carmen de Icaza en la difusión de un “Nuevo” concepto de nación española” *Revista Hispánica Moderna* 51.1 (1998): 64-71. Web 26 Abr. 2019. <<https://www.jstor.org/stable/30203496>>.
- Ansaldo, Juan Antonio. *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III: Memorias de un “caniche”*, Buenos Aires: Editorial Vasca Ekin, 1951. Print.

- Araquistáin Quevedo, Luis. *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona: Fontamara, 1980. Print.
- . "Un gran ciclo histórico: 1521-1931." *El Sol* 15 Abr. 1931: 1. Web. 3 Oct. 2017. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000446364&search=&lang=en>>.
- Aróstegui Sánchez, Julio. *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Sabadell: Debate, 2013. Print.
- Arrarás Iribarren, Joaquín. "Las ideas y los hechos: actualidad española." *Acción Española*, 16 Jun. 1934: 65-76. Web. 26 Feb. 2019. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003677516&search=&lang=en>>.
- Aubert, Paul and Desvois, Jean-Michel. "Libros y medios de comunicación de masas." *Los felices años veinte: España, crisis y modernidad*. Ed. Serge Salaün and Carlos Serrano. Madrid, Marcial Pons, 2006. 55-90. Print.
- Avila, Debbie: "Carmen de Icaza's (Anti)Romance Novels." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 35.3 (2011): 491-512. Print.
- Azaña Díaz, Manuel. *Obras completas II*, México: Oasis, 1967. 13-17. Print.
- Bagur Taltavull, Juan. "La idea de nación en Ortega y Gasset: Estado de la cuestión." *Ab Initio* 7 (2013): 125-60. Web. 4 Abr. 2018. <www.ab-initio.es>
- Baisotti, Pablo Alberto. *Fiesta, política y religión, España (1936-1943)*, Madrid: Editorial Y, 2017. Print.
- Baker, Edward. Prólogo. *Yo, inspector de alcantarillas*, de Ernesto Giménez Caballero. Madrid: Turner. 9-30. Print.
- Balfour. *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona: Península, 2002. Print.
- Barreiro Gordillo, Cristina. "El diario *El Debate* en la II República ¿acatamiento a la legalidad?." En *Ángel Herrera Oria y el diario El Debate: Iglesia, política y prensa en España, de 1911 a 1936*. Ed. Juan Cantavella y José Francisco Serrano Oveja. Madrid: Edibesa, 2007. 103-48. Print.
- Basora, Enrique C. *La economía en el siglo XXI* (fragmento), *El Financiero*, 11 Jul. 1936: 2. Web. 27 May. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0025514083&page=2&search=%22clase+media%22&lang=en>>.
- Bataille, Georges: "The psychological structure of fascism." *New German Critique* 16 (1979): 64-87. Web.
- Ben-Ami, Shlomo. *Fascism from Above: the Dictatorship of Primo de Rivera in Spain*,

- 1923-1930. Oxford: Clarendon Press, 1983. Print.
- Ben-Ghiat, Ruth. *Fascist Modernities: Italy, 1922-1945*. Los Angeles: University of California Press, 2001. Print.
- Berezin, Mabel. "Fascism and Populism: Are They Useful Categories for Comparative Sociological Analysis?." *Annual Review of Sociology* 45.1 (2019): 345-61. Web. 8 Ene. 2020. <<https://www-annualreviews.org.proxy.lib.umich.edu/doi/pdf/10.1146/annurev-soc-073018-022351>>.
- . *Making the Fascist Self: The Political Culture of Interwar Italy*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1997. Print.
- Berman, Russell A. *Modern Culture and Critical Theory: Art, Politics, and the Legacy of the Frankfurt School*. Madison: University of Wisconsin Press, 1989. Print.
- Blinkhorn, Martin. "Conservatism, Traditionalism and Fascism in Spain, 1898-1937." *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*. Ed. Martin Blinkhorn. London: Unwin Hyman, 1990. 118-37. Print.
- Bookchin, Murray. *The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936*, New York: Harper Colophon, 1978.
- Burguera Nadal, María Luisa. "Los relatos de guerra de Edgar Neville: Frente de Madrid (1941)." *XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas III*, Nueva York (2001): 109-16. Web. 8 Jul. 2020. <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=6831>>.
- Cabrera Calvo-Sotelo, Mercedes. "Proclamación de la república, constitución y reformas." En *República y guerra en España (1931-1939)*. Ed. Santos Juliá Díaz. Madrid: Espasa, 2006. 1-76. Print.
- Casanova. *The Spanish Republic and Civil War*, New York. Cambridge University Press, 2010. Web. 8 May. 2020. <<https://ebookcentral-proquest-com>>.
- Casares Sánchez, Francisco. "Cómo va a ser el acto que celebrarán en El Escorial las Juventudes de Acción Popular." *Blanco y Negro*, 15 Abr 1934: 51-2. Web. 20 Oct. 2018. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca>>.
- Caws, Mary A. "The Poetics of the Manifesto: Nowness and Newness." *Manifesto: A Century of Isms*. Ed. Mary A. Caws. Lincoln: University of Nebraska Press, 2001. IXX-XXXI. Print.
- Comes Iglesias, Vicent. "La CEDA: las grietas del bloque derechista." En *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*. Ed. Julio de la Cueva y Feliciano Montero. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 2009.197-222. Print.

- “Comentando nuestra labor.” Editorial. *El Estudiante* 24 Ene. 1926: 1. Web. 10 Ene. 2018.
<http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&id=124570&num_id=9&num_total=26>.
- Connolly, William E. *The Terms of Political Discourse*, Princeton University Press, 1983. Print.
- Conrad, Sebastian. *Globalisation and the Nation in Imperial Germany*. London: Cambridge University Press, 2010. Print.
- Cordero Pérez, Manuel. “Declaraciones de Don Manuel Cordero.” *La Libertad*, 1 Ene. 1936: 5. Web. 23 May. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003171178&page=5&search=CLASE+MEDIA&lang=en>>.
- Corderot, Didier. “Tono y sus tonerías, la vanguardia artística al servicio de la propaganda rebelde.” *Diablotexto Digital* 1 (2016): 56-76. Web. 7 Feb. 2020.
<<http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/57603/5712838.pdf?sequence=1&isAllowed=y>>.
- Corral, Pedro. *Desertores: La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona: Debate, 2006. Print.
- Cortés, Martín. “Interrupción y novedad. Sentido común y política en Antonio Gramsci.” *Materialismo Storico* 2.V (2018): 58-72. Web. 18 Jul. 2020. <<https://hal-ens.archives-ouvertes.fr/>>.
- Cruz, Rafael. “Pueblo, Parapueblo y Contrapueblo en 1931.” *Pueblo y nación: homenaje a José Álvarez Junco*. Ed. Javier Moreno Luzón and Fernando del Rey. Madrid: Taurus, 2013. 59-68. Print.
- . *Una revolución elegante: España 1931*, Madrid: Alianza, 2013. Print.
- . *En el nombre del pueblo. Rebelión, república y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006. Print.
- . “Discurso político y literatura. Cesar Arconada 1930-1936.” *Letras Peninsulares* 6.1 (1993): 155-68. Print.
- Cueva Merino, Julio de la. “Hacia la República laica: proyectos secularizadores para el Estado republicano.” En *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*. Ed. Julio de la Cueva y Feliciano Montero. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 2009. 17-45. Print.
- “Decálogo del joven socialista.” *Renovación*, 17 Feb. 1934: 1. Web. 13 May. 2019.
<<http://archivo.fpabloiglesias.es/index.php?r=hemeroteca/Renovacion>>.

- Dennis, Nigel. "The Avant-Garde Oratory of Ramón Gómez de la Serna." *¡Agítese bien! New Look at the Hispanic Avant-Garde*. Ed. Maria T. Pao y Rafael Hernández. Newark: Juan de la Cuesta, 2002. 77-117. Print.
- . "Ernesto Giménez Caballero and Surrealism: A Reading of *Yo, Inspector de alcantarillas* (1928)." *The Surrealist Adventure in Spain*. Ed. Brian Morris. Ottawa: Dovehouse Editions, 1990. 80-100. Print.
- "Después de la victoria: la emoción del instante." Editorial. *El Socialista* 15 Abr. 1931: 1. Web. 15 Oct. 2017. <<http://archivo.fpabloiglesias.es/index.php?r=hemeroteca/ElSocialista>>.
- "Discurso del Sr. Calvo Sotelo." *ABC*, 17 Jun. de 1936: 23-9. Web. 8 May. 2020. <<https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19360617-43.html>>.
- Divano, Diego. *Alle origini della "Fiera letteraria" (1925-1926): Un progetto editoriale tra cultura e politica*. Firenze: Società Editrice Fiorentina, 2009. Print.
- Eatwell, Roger. "The Drive Towards Synthesis." *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*. Ed. Roger Griffin. London: Arnold, 1998. 189-203. Print.
- Editorial. *ABC* 15 Abril 1931: 17. Web. 8 Oct. 2017. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1931/04/15/017.html>>.
- Editorial. *Ahora* 15 Abr. 1931: 3. Web. 5 Oct. 2017. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0029978631&search=&lang=en>>.
- "Editorial. La España de hoy." *Heraldo de Madrid*, 2 Mar. 1936: 1. Web. 23 May. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001108257&page=1&search=%22clase+media%22&lang=en>>.
- "Editorial. Por nosotros y por los que nos miran." *Ahora* 14 Jul. 1936: 3. Web. 25 Ene. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0030005838&search=&lang=en>>.
- "El acto de El Escorial: Al servicio de la República." *Siglo Futuro*, 23 Abr. 1934: 1. Web. 22 Nov. 2018. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca>>.
- "El caos." Editorial. *Solidaridad Obrera* 22 Oct. 1931: 1. Web. 2 Nov. 2017. <<http://www.cedall.org/Documentacio/Prensa%20Llibertaria/Soli/19310000/19311022.pdf>>.
- "El fascismo español, partido por gala en dos." *Heraldo de Madrid*, 22 Ene. 1935: 2. Web. 10 Mar. 2019. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001076544&page=2&search=ramiro+ledesma&lang=en>>.

- “El fascismo español, partido por gala en dos: Primo de Rivera y Ledesma se han colocado frente a frente.” *Heraldo de Madrid*, 18 Ene. 1935: 16. Web. 10 Mar. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001076249&search=&lang=en>>.
- “El liberalismo ha hecho “crac.” *El Siglo Futuro*, 20 Abr. 1936: 5. Web. 3 May. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000582394&page=5&search=fascismo&lang=en>>.
- “El marqués de Eliseda se aparta de Falange Española.” *Abc*, 30 Dic. 1934: 34. Web. 2 Feb. 2019.
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1934/11/30/034.html>>.
- “El peligro fascista: su inminencia y gravedad: un importante artículo de la CNT.” *La Tierra*, 1 Nov. 1933: 1. Web. 8 Feb. 2018.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0028280739&page=1&search=fascismo&lang=en>>.
- “El pueblo acobardado, sometido a una tiranía insensata.” *La Nación*, 23 Abr. 1934: 1. Web. 22 Nov. 2018. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca>>.
- Eley, Geoff. “Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century.” *Habermas and the Public Sphere*. Ed. Craig Calhoun. Cambridge, MA: MIT Press, 1992. 289-339. Print.
- “El fascismo español.” *España* 4 Nov. 1922. Web. 18 Nov. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003399203&page=5&search=fascismo+puramente+auditivas&lang=en>>.
- “El momento actual.” Editorial. *Solidaridad Obrera* 14 May. 1931: 1. Web. 25 Oct. 2017.
<<http://www.cedall.org/Documentacio/Prensa%20Llibertaria/Soli/19310000/19310514.pdf>>.
- “Encima de un volcán.” Editorial. *Solidaridad Obrera* 21 Jul. 1931: 1. Web. 15 Nov. 2017.
<<http://www.cedall.org/Documentacio/Prensa%20Llibertaria/Soli/19310000/19310721.pdf>>.
- Elorza, Antonio. *La razón y la sombra: una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona: Anagrama, 1984. Print.
- “España es defendida en el extranjero.” *Duero: Órgano de Falange Tradicionalista y de las JONS*, 4 Sep. 1945: 4. Web. 21 Abril. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0041037905&page=4&search=fascista&lang=en>>.

“F.E. de las J.O.N.S.: recapitulación de notas.” *La Época*, 18 Ene. 1935: 1. Web. 17 Mar. 2018.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001150834&page=1&search=ramiro+ledesma&lang=en>>.

Faraldo José M. & Núñez, Xosé M. “The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939.” *Nationalities Papers* 37.4 (2009): 401-24. Web. 3 Jul. 2018. <<https://doi.org>>.

Finchelstein, Federico. *From Fascism to Populism in History*, University of California Press: 2017. Web. 21 Ene. 2020. <<https://www-degruyter-com.proxy.lib.umich.edu/viewbooktoc/product/531413>>.

Foard, Douglas W. “The Forgotten Falangist: Ernesto Giménez Caballero.” *Journal of Contemporary History* 10.1 (1975): 3-18. Print

Foucault, Michel. *Society Must Be Defended: Lectures at the Collège de France, 1975-1976*. Nueva York: Picador, 2003. Print.

Foulkes, A.P. *Literature and Propaganda*, New York: Routledge, 2003. Print.

“Frente a la lucha electoral: hay hombres gratos al fascismo, pero no hay una sola candidatura fascista.” Editorial. *La Nación*. 11 Nov. 1933: 1. Web. 13 Feb. 2018.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0026322429&page=1&search=fascismo&lang=en>>.

Galinsoga y Serna, Luis de. “Actualidad Española.” *Acción Española* 7.87 (May. 1936): 363-73. Web. 1 May. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0005414301&page=165&search=actualidad+espa%C3%B1ola+galinsoga&lang=en>>.

Gallego Margaleff, Fernando José. “Fascistization and Fascism: Spanish Dynamics in a European Process.” *International Journal of Iberian Studies* 25.3 (2012): 159-81. Web. 13 Nov. 2017.
<https://www.researchgate.net/publication/272209232_Fascistization_and_fascism_Spanish_dynamics_in_a_European_process>.

---. “La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo.” En *Fascismo en España: Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Ed. Ferrán Gallego y Francisco Morente. Madrid: El Viejo Topo, 2005. 253-447. Print.

---. *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*. Madrid: Síntesis, 2005. Print.

Garriga, Ramón. *Ramón Franco, el hermano maldito*. Barcelona: Planeta, 1978. Print.

Geist, Anthony. *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)*. Madrid: Guadarrama, 1980. Print.

- Gentile, Emilio. *Quién es fascista*, Madrid: Alianza, 2019. Print.
- Gerineldo. “Cancionero popular: ¡Volar, volar...!: Al comandante Franco.” *La Tierra* 24 Abr. 1931: 1. Web. 12 Ene. 2018.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0028276640&search=&lang=en>>.
- Gibson, Ian. *En busca de José Antonio*. Barcelona: Planeta, 1980. Print.
- Gil Pecharromán, Julio Gil. *Conservadores subversivos: La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid: Eudema, 1994. Print.
- “Gil Robles nos dice que no cree en la revolución socialista ni en la fascista”. *Heraldo de Madrid*, 21 Feb. 1934: 16. Web. 10 Ene. 2018.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001050354&search=&lang=en>>.
- Giménez Caballero, Ernesto. *Notas marruecas de un soldado*. Barcelona: Planeta, 1983. Print.
- . “Un complot no puede ser fascista.” *F.E.* 19 Jul. 1934: 6. Print.
- , director. *Esencia de verbena*, 1930.
- Goicoechea Cosculluela, Antonio. “Carta-programa.” *Acción Española*, 16 Ene. 1933: 286-93. Web. 12 Mar. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003651569&page=63&search=renovaci%C3%B3n+espa%C3%B1ola&lang=en>>.
- Gómez de la Serna, Ramón. *Disparates*. Madrid: Calpe, 1921. Print.
- . *Greguerías*. Valencia: Prometeo, 1919. Print.
- González Calleja, Eduardo. “La violencia y sus discursos: los límites de la *fascistización* de la derecha española durante el régimen de la Segunda República.” *Ayer* 71 (2008): 85-116. Web. 12 Mar. 2019. <<https://www.jstor.org/stable/41325979>>.
- . “Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1968).” *Ayer* 59 (2005): 21-49. Web. 22 Ene. 2019.
<<https://www.jstor.org/stable/41325126>>.
- . *La España de Primo de Rivera: la modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid: Alianza, 2005. Print.
- . “Los apoyos sociales a los regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico.” *Hispania* 207 (2001): 17-68. Web. 19 Jul. 2020.
<<http://hispania.revistas.csic.es>>.
- González Cuevas, Pedro Carlos. “*Habitus* e ideología. El pensamiento político de

- Francisco Moreno y Herrera, Marqués de la Eliseda.” *Cuadernos de Historia Contemporánea* 18 (1996): 83-114. Web. 17 Mar. 2019.
<<https://web.archive.org/web/20160815005852/http://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO9696110083A/7049>>.
- . “Las religiones políticas contemporáneas: su incidencia en España.” *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*. Ed. Julio de la Cueva y Feliciano Moreno. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 2009. 91-129. Print.
- . *Maeztu: biografía de un nacionalista español*, Madrid: Marcial Pons, 2003. Print.
- Gracia García, Jordi. *La resistencia silenciosa: Fascismo y cultura en España*, Barcelona: Anagrama, 2014.
- Gramsci, Antonio. *Quaderni del Carcere II*, Torino: Giulio Einaudi, 1977. Print.
- Grau, Narciso. “Héroes de la revolución: Seisdedos.” *La Tierra*, 24 Mar. 1933: 4. Web. 2 Feb. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm?q=parent%3A0060172021&s=0&lang=en>>.
- Gottfried, Paul E. *Fascism: The Career of a Concept*, De Kalb (IL): NIU Press. Web. 3 Mar. 2018. <<https://muse.jhu.edu/>>.
- Griffin, Roger. *Fascism and Modernism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*. London: Palgrave Macmillan, 2007. Print.
- , ed. *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, London: Arnold, 1998. Print.
- Griffiths, Richard. *Fascism*, London: Continuum, 2000. Print.
- Guillén Salaya, Francisco. *Los que nacimos con el siglo*, Madrid: Colenda, 1953. Print.
- Gubern, Román. *Proyector de luna: la generación del 27 y el cine*. Barcelona: Anagrama, 1999. Print.
- Hall, Stuart. “Notes on Deconstructing the Popular.” *Cultural Theory and Popular Culture: a Reader*. Ed. Storey John. Athens, GA: The University of Georgia Press, 1998. 442-453. Print.
- Haro, Lea. “Entering a Theoretical Void: The Theory of Social Fascism and Stalinism in the German Communist Party.” *Critique* 39.4 (2011): 563-582. Web. 25 Sep. 2018. <<https://doi.org/10.1080/03017605.2011.621248>>.
- Heywood, Paul. *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge University Press, 1990.

- Highfill, Juli. *Modernism and its Merchandise: the Spanish Avant-garde and Material Culture, 1920-1930*. University Park: The Pennsylvania State University Press, 2014. Print.
- “Juicio de una revista republicana.” Editorial. *ABC* 15 Abr. 1931: 17. Web. 8 Oct. 2017. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1931/04/17/015.html>>.
- Juliá Díaz, Santos. *Nosotros, los abajo firmantes: Una historia de España a través de sus manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014. Print.
- . “Desfacedor de mitos y leyendas.” *Pueblo y nación: homenaje a José Álvarez Junco*. Ed. Javier Moreno Luzón and Fernando del Rey. Madrid: Taurus, 2013. 23-38. Print.
- , et al. *República y Guerra en España (1931-1939)*, Madrid: Espasa, 2006. Print.
- Krauel, Ricardo. “Escatología, fetichismo y bestialismo en Yo, inspector de alcantarillas de Giménez Caballero.” *Bulletin of Spanish Studies* 83.7 (2006): 925-38. Print.
- Labanyi, Jo. “Women, Asian Hordes and the Threat to the Self in Giménez Caballero’s *Genio de España*.” *Bulletin of Hispanic Studies* 73.3 (1996): 377-88. Print.
- Laclau, Ernesto. *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2014. Print.
- . *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013. Print.
- . *Nuevas reflexiones de nuestro tiempo*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2000. Print.
- . *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism. Populism*. London: NLB, 1977. Print.
- “La religión y la patria.” Editorial. *Siglo Futuro* 15 May. 1931: 1. Web. 27 Dic. 2017. Web. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000485608&search=&lang=en>>.
- “Las efemérides de hoy.” Editorial. *El Estudiante* 11 Feb. 1926: 1. Web. 12 Ene. 2018. <http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&id=124571&num_id=&num_total=26>.
- “La fetén con gabardina: aquí lo bonito es que hagamos cisco con los faroles.” *Gracia y Justicia*, 18 Ene. 1936: 4. Web. 26 May. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003929070&page=4&search=%22clase+media%22&lang=en>>.

- “La lealtad en juego.” *El Siglo Futuro*, 1 Abr. 1936: 10. Web. 3 May. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000580704&page=10&search=fascismo&lang=en>>.
- “La pequeña burguesía no ha de asustarse: su misión histórica se halla junto al proletariado.” *Solidaridad Obrera*, 8 de Ago. 1936: 1. Web. 27 Jun. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004908153&search=&lang=es>>.
- “La primera maniobra del J.” *La Época*, 20 Mar. 1936:1. Web. 8 May. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001176334&page=1&search=La+primera+maniobra+del+J.&lang=en>>.
- “La triste jornada de ayer.” Editorial. *Siglo Futuro* 12 May. 1931: 1. Web. 27 Dic. 2017. Web.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000485698&search=&lang=en>>.
- Landa, Ishay. *The Apprentice's Sorcerer: Liberal Tradition and Fascism*, Boston: Brill, 2010.
- Latorre, Gonzalo. “Notas de la calle: hay que dedicar un esfuerzo a la clase media.” *La Nación*, 1 Ene. 1936: 3. Web. 23 May. 2020.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0026347036&page=3&search=CLASE+MEDIA&lang=en>>.
- Lazo Díaz, Alfonso. *La Iglesia, la Falange y el fascismo: (Un estudio sobre la prensa española de posguerra)*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1995. Print.
- Ledesma Ramos, Ramiro. *¿Fascismo en España? Discurso a las juventudes de España*, Barcelona: Ariel, 1968. Print.
- . “El señor Giménez Caballero ya no pertenece a *La Conquista del Estado*.” *La Conquista del Estado* 7, 25 April 1931: 1. Web.
- . “El aniversario de Primo de Rivera.” *La Conquista del Estado* 2, 21 Mar. 1931: 1. Web.
- Linz, Juan J. “El uso religioso de la política y/o el uso político de la religión: la ideología-sucedáneo versus la religión-sucedáneo.” *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 114 (2006): 11-35. Web.
- López-Montenegro, Ramón. “Aquello y esto.” *ABC* 14 Abr. 1934: 4. Web. 29 May. 2017.
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1934/04/14/004.html>>.
- “Los populistas se excitan”, *Luz: Diario de la República*, 20 Abr. 1934: 1. Web. 27 Nov. 2018. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca>>.

- Maeztu y Whitney, Ramiro de. "El quinto voto." *ABC* 12 Ene. 1933: 4. Web. 1 Jul. 2017. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1933/01/12/003.html>>.
- , Ramiro de, et al. "Acción Española." *Acción Española*. 15 Dic. 1931: 1-7. Web. 29 Oct. 2017. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003635923&search=&lang=en>>.
- Mainer, José-Carlos. *Falange y literatura*, Barcelona: RBA, 2013. Print.
- . *Ernesto Giménez Caballero: Casticismo, nacionalismo y vanguardia [Antología 1927-1935]*. Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2005. Print.
- Mann, Michael. *Fascists*, Cambridge University Press, 2004. Web. 5 Ago. 2019. <<http://ebookcentral.proquest.com/lib/umichigan/detail.action?docID=266589>>.
- Marañón y Posadillo, Gregorio, Ortega y Gasset, José y Pérez de Ayala, Ramón. "Agrupación al Servicio de la República." *El Sol*, 10 Feb. 1931: 12. Web. 5 Abr. 2018. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca>>.
- Martin, Steven H. *The Commonality of Enemies: Carlism and Anarchism in Modern Spain, 1868-1937*, Trent University (Canada), 2014. Web. 20 Feb. 2018. <<https://search.proquest.com/docview/1507839385?pq-origsite=summon>>.
- Martín Otín, José Antonio. *El hombre al que Kipling dijo sí*, Madrid: Barbarroja, 2005. Print.
- Mechthild, Albert. *Vanguardistas de camisa azul*. Madrid: Visor, 2003. Print.
- "Menos pasión y más consecuencia." Editorial. *ABC* 10 May. 1931: 23. Web. 10 Oct. 2017. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1931/05/10/023.html>>.
- Montag, Warren. "The Pressure of the Street: Habermas's Fear of the Masses." *Masses, Classes and the Public Sphere*. Ed. Mike Hill and Warren Montag. New York: Verso, 2000. 132-45. Print.
- Montero, Feliciano. "La acción católica, Ángel Herrera y la Asociación Católica de Propagandistas." En *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*. Ed. Julio de la Cueva y Feliciano Montero. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 2009. 159-79. Print.
- Montero Díaz, Santiago. "Estudio sobre Ramiro Ledesma Ramos." En *Ramiro Ledesma Ramos: escritos políticos*. Ed. Trinidad Ledesma Ramos. Madrid: Herederos de Ledesma Ramos, 1985. Print.
- Montseny Mañé, Federica. "Glosas: fascismo católico." *La Revista Blanca*, 8 Jun. 1934:

480. Web. 11 Mar. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002936977&search=&lang=en>>.
- Morán, Gregorio. *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona: Tusquets, 1998. Print
- Moreiras-Menor, Cristina. “España, raza y espíritu: Razón mística y selección natural en el pensamiento reaccionario español.” *Res publica* 13-14 (2004): 263-74. Print.
- Moreno-Caballud, Luis. “Las relaciones interartísticas de vanguardia ante lo político. Un estudio sobre *La Gaceta Literaria* (1927-1932).” *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 3.34 (2010): 429-49. Web.
- Moreno-Luzón, Javier. *Modernizing the Nation: Spain During the Reign of Alfonso XIII, 1902-1931*. Portland: Sussex Academic Press, 2012. Print.
- “Moscu contra el mundo.” *Abc*, 7 Jun. 1936: 33. Web. 1 May. 2020.
<<https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19360607-33.html>>.
- Mosse, George L. *The Culture of Western Europe: The Nineteenth and the Twentieth Centuries*, Boulder: Westview Press, 1988. Print.
- Neocleous, Mark. *Fascism*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997. Print.
- Nieland, Justus. *Feeling Modern: The Eccentricities of Public Life*, Urbana: University of Illinois Press, 2008. Print.
- “Nuestra actitud”. *ABC* 15 Abril 1931: 21. Web. 8 Oct. 2017.
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1931/04/15/021.html>>.
- “Nuestro camarada Prieto pronuncia un interesante discurso.” *El Socialista* 17 Abr. 1931: 1. Web. 11 Nov. 2017.
<<http://archivo.fpabloiglesias.es/index.php?r=hemeroteca/ElSocialista>>.
- Nun, José. *El sentido común y la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2015. Print.
- . “Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común.” *Revista Mexicana de Sociología* 2.49 (1987): 21-54. Web.
- Núñez Seixas, Manoel. “Falangismo, nacionalsocialismo y el mito de Hitler en España(1931-1945).” *Revista de Estudios Políticos* 169 (2015): 13-43. Web. 8 May. 2020.
<https://www.academia.edu/16301817/_Falangismo_nacionalsocialismo_y_el_mito_de_Hitler_en_Espa%C3%B1a_1931-1945_Revista_de_Estudios_Pol%C3%ADticos_169_julio-septiembre_2015_pp._13-43?auto=download>.

- Ortega y Gasset, José. "Sobre el problema del fascismo." *Obras Completas II*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1963, 503-504.
- . "Antimonarquía y República." *Luz*, 7 Ene. 1932: 1. Web. 7 Abr. 2018. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca>>.
- . "Rectificación de la República." *Ahora*, 8 Dic. 1931: 5-6. Web. 6 Abr. 2018. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0029984733&search=&lang=en>>.
- . "El error Berenguer." *El Sol* 15 Nov 1930: 1. Web. 27 Jun. 2017. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000435614&search=&lang=en>>.
- Orwell, George. *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell IV*, London: Secker & Warburg, 1968. Print.
- Pagè i Elies, Pere (Víctor Alba). *El Frente Popular*, Barcelona: Planeta, 1976. Print.
- Pao, Maria T. "Giménez Caballero's Fractured Fairy Tale: *El Rendetor mal parido* (1926)." *The Popular Avant-Garde*, Ed. Renée M. Silverman. Amsterdam: Rodopi, 2010. 135-152. Print.
- Passmore, Kevin. *Fascism: A Very Short Introduction*, New York: Oxford University Press, 2002. Print.
- Pastor, Manuel. *Los orígenes del fascismo en España*. Madrid: Tucar, 1975. Print.
- Pateman, Carole. "The Fraternal Social Contract." *Civil Society and the State: New European Perspectives*. Ed. John Keane. London: Verso, 1988. 101-128. Print.
- Paxton, Robert O. "The Five Stages of Fascism." *The Journal of Modern History* 70.1 (1998): 1-23. Web. 6 Jun. 2020. <<https://www.jstor.org/stable/10.1086/235001>>.
- Payne, Stanley. "Soviet Anti-fascism: Theory and Practice, 1921-45." *Totalitarian Movements and Political Religions*, 4.2 (2003): 1-62. Web. 17 May 2018. <<https://doi.org/10.1080/14690760412331326118>>.
- . *Fascism in Spain, 1923-1977*. Madison: University of Wisconsin Press, 1999. Print.
- Pemán Pemartín, José María. "Perfiles de la nueva barbarie: Proyecciones de la literatura romántica sobre la política liberal." *Acción Española*, 1 Ene. 1932:131-41. Web. 12 Nov. 2016. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0005510741&search=&lang=en>>.
- Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis. "Prensa económica, 1874-1936: el caso de "El Economista." *XI Congreso Internacional de la AEHE 4 y 5 de Septiembre 2014 Colegio Universitario de Estudios Financieros (CUNEF)*, Madrid (2014). Web. 27 May. 2020. <<https://www.aehe.es/wp-content/uploads/2014/09/XI-Congreso-AEHE-Sesio%CC%81n-X-de-HPE>>.

- PERDICES-Y-RAMOS-Prensa-Econo%CC%81mica-en-Espan%CC%83a-1874-1936.pdf>.
- Pérez Madrigal, Antonio. *El miliciano Remigio pa la guerra es un prodigio*, Ávila: Imprenta Católica, 1937.
- Pino, José M. *Del tren al aeroplano: ensayos sobre la vanguardia española*. Boulder, CO: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 2004. Print.
- “Por el bien de la República: Las rutas que marca el país.” Editorial. *La Tierra*, 12 May. 1931: 1. Web. 12 Ene. 2018. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0028276748&search=&lang=en>>.
- “Por nosotros y por los que nos miran.” *Ahora*, 14 Jul. 1936:3. Web. 13 May. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0030005838&page=3&search=por+nosotros+y+por+los+que+nos+miran&lang=en>>.
- Pradera y Gortázar, Javier. *La mitología falangista (1933 a 1936)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014. Print.
- Pradera Larumbe, Víctor. “¿Bandera que se alza?.” *Acción Española. Antología. Tomo XVIII*, Mar. 1937: 210-18. Web. 20 Ene. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003715440&page=214>>.
- Preston, Paul. “Franco and Hitler of Hendaye 1940.” *Contemporary European History* 1.1 (1992): 1-16. Web. 10 Ago. 2020. <<http://eprints.lse.ac.uk/>>.
- . *Las tres Españas de la Guerra Civil*, Barcelona: Plaza & Janés, 1999. Print.
- Prieto Tuero, Indalecio . “La línea divisoria.” *El Liberal* (edición Bilbao) 7 Abr. 1931. En Sala González, Luis. *Indalecio Prieto: República y socialismo (1930-1936)*, Madrid: Tecnos, 2017. 33-34. Print.
- Primo de Rivera, José Antonio. *José Antonio íntimo: epistolario y textos biográficos*, Madrid: Ediciones de Movimiento, 1964. Print.
- . *Discursos*, Santander: Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., 1938. Print.
- . “Una bandera que se alza.” *Acción Española*, 1 Nov. 1933: 363-69. Web. 13 May. 2020. <<http://www.filosofia.org/hem/193/acc/e40363.htm>>.
- Quiroga, Alejandro. *Making Spaniards: Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30*. New York: Palgrave Macmillan, 2007. Print.
- “Quisicosas.” *Siglo Futuro*, 11 Feb. 1936: 7. Web. 20 May. 2020. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000575153&page=7&search=%22clase+media%22&lang=en>>.

- Rabaté, Jean-Claude. Introducción. *En torno al casticismo*, by Miguel de Unamuno. Madrid: Cátedra, 2005. Print.
- Revesz, Andrés. “El dictador y las izquierdas.” *ABC* 18 Nov. 1926: 7-8. Web. 3 Jun. 2017.
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1926/11/18/07.html>>.
- Ridruejo Jiménez, Dionisio. *Entre literatura y política*, Madrid: Ed. Castilla, 1973. Print.
- Romero Salvadó Francisco J. and Smith, Angel (eds). *The Agony of Spanish Liberalism: From Revolution to Dictatorship 1913-23*. New York: Palgrave Macmillan, 2010. Print.
- Ruiz-Majón, Octavio. “La vida política en el segundo bienio republicano.” En *República y Guerra en España (1931-1939)*. Ed. Santos Juliá Díaz et al. Madrid: Espasa, 2006. 77-128. Print.
- Ruiz Romero, Manuel. *Blas de Infante Pérez (1885-1936)*, Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 2010.
- Sala González, Luis. *Indalecio Prieto: República y socialismo (1930-1936)*, Madrid: Tecnos, 2017. 33-34. Print.
- San Román, José M^a. “La Falange que quiso ser de los rojos-rojos y de las JONS.” Web. 21 Mar. 2019.
<http://www.patriasindicalista.es/ateneoazul/ps_textos/La%20Falange%20que%20quiso%20ser%20de%20los%20rojos-rojos%20y%20de%20las%20JONS.pdf>.
- Sánchez Cuesta, Manuel “Mirabal”. “El orden legal, el orden moral y el orden material.” *El Siglo Futuro*, 14 Mar. 1936: 5. Web. 30 Ene. 2019.
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000579063&page=29&search=jos%C3%A9+antonio+primo+de+riviera&lang=en>>.
- Sanz Hoya, Julián. “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español.” En Ed. Miguel Ángel Ruiz Carnicer. *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco I*, Instituto Fernando El Católico, 2013: 25-60. Web. 4 Sep. 2019.
<https://www.academia.edu/4159166/Falangismo_y_dictadura._Una_revisi%C3%B3n_de_la_historiograf%C3%ADa_sobre_el_fascismo_espa%C3%B1ol?email_work_card=thumbnail>.
- Saz Campos, Ismael. *Fascismo y franquismo*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València 2004. Print.
- . *España contra España: los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, 2003. Print.

- Seidman, Michael. *The Victorious Counterrevolution : The Nationalist Effort in the Spanish Civil War*, University of Wisconsin Press, 2011. Web 5 Ago. 2019. <<http://ebookcentral.proquest.com/lib/umichigan/detail.action?docID=3445145>>.
- . *Republic of Egos: A Social History of the Spanish Civil War*, University of Wisconsin Press, 2002. Web. 8 Ago. 2019. <<http://ebookcentral.proquest.com/lib/umichigan/detail.action?docID=3445070>>.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza, 2009. Print.
- Selva Roca de Togoeres, Enrique. "Gecé y la *Vía estética* al Fascismo en España." en *Fascismo en España: Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Ed. Ferrán Gallego y Francisco Morente. Madrid: El Viejo Topo, 2005. 69-108. Print.
- . *Ernesto Giménez Caballero: Entre la vanguardia y el fascismo*. Valencia: Pre-textos, 2000. Print.
- Sevillano, Francisco. "Guerra de palabras. El discurso político de la derecha en las elecciones de 1936." *El Argonauta Español* 13 (2016). Web. 2 Mayo. 2020. <<https://journals.openedition.org/argonauta/2483?lang=es>>.
- "Sin oro ruso: una lección de civilidad." Editorial. *El Heraldo de Madrid*, 15 Abr. 1931: 3. Web. 3 Ago. 2017. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000970417&search=&lang=en>>.
- Soler Gallo, Miguel. "Vencer a Medusa: El modelo de mujer angelical en la primera novela rosa de Carmen de Icaza." *Verba Hispanica* 23 (2015): 247-60. <revije.ff.uni-lj.si>.
- Somoza Silva, Lázaro. "La ciudadanía y el voto." *La Libertad*, 14 Nov. 1933: 3. Web. 13 Feb. 2018. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003084436&page=3&search=fascismo&lang=en>>.
- Sorel, Georges. *Reflexiones sobre la violencia*, Buenos Aires: La Pléyade, 1978.
- Souto Kustrín, Sandra. "Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República." *Ayer* 59 (2005): 97-122. Print.
- Spackman, Barbara. *Fascists Virilities: Rhetorics, Ideology and Social Fantasy in Italy*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996. Print.
- Suárez Cortina, Manuel. *Entre cirios y garrotes: Política y religión en la España contemporánea, 1808-1936*, Santander: Universidad de Cantabria, 2014. Print.
- Stanley, Jason. *How Fascism Works: The Politics of Us and Them*, New York: Penguin

- Random House, 2018. Print.
- “Temas del momento: Una conferencia de Pemán.” *El Siglo Futuro*, 18 Ene. 1933: 1. Web. 8 Feb. 2018. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000506537&page=6&search=fascismo&lang=en>>.
- “Tengamos confianza y fe en los destinos de España.” Editorial. *La Nación*, 15 Abr. 1931: 1. Web. 6 Oct. 2017. <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0026290750&search=&lang=en>>.
- Thomàs, Joan Maria. *José Antonio: Realidad y mito*, Barcelona: Debate, 2017. Print.
- . *Franquistas contra franquistas: Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*, Barcelona: Penguin Random House, 2016.
- Tilly, Charles. *Stories, Identities, and Political Changes*, New York: Rowman & Littlefield Publishers, 2002. Print.
- Torre, Guillermo. *Literaturas europeas de vanguardia*. Madrid: Caro Raggio, 1925. Print.
- Trapiello, Andrés. *Las armas y las letras Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona: Destino, 2010. Print.
- Tuñón de Lara, Manuel. *El movimiento obrero en la historia de España II*, Madrid: Taurus, 1972. Print.
- Unamuno, Miguel de. *En torno al casticismo*. Madrid: Cátedra, 2005. Print.
- Villacañas Berlanga, José Luís. *Historia del poder político en España*. Madrid: RBA, 2014. Print.
- Vincent, Mary. *Catholicism in the Spanish Second Republic: Religion and Politics in Salamanca (1931-1936)*, Oxford: Claredon Press, 1996. Print.
- Vizcarra Arana, Zacarías de. “Origen del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad.” *El Español: Semanario de la política y del espíritu*, 7 Oct. 1944:1-13. Web. 4 Ago. 2018. <<http://www.filosofia.org/hem/194/esp/9441007a.htm>>.
- Werner, Michael. *Publics and Counterpublics*. Nueva York: Zone Books, 2005. Print.
- Žižek, Slavoj. “Learning to love Leni Riefenstahl.” *These Times*. 10 Sep. 2003. Web.
- . “The Spectre of Ideology.” *Mapping Ideology*. Ed. Slavoj Žižek. New York: Verso, 1994. Print.

Ilustraciones

Fig. 1. Siete. “Los pobres inmigrantes.” *La Conquista del Estado* 8 (1931): 3. Print.

Fig. 2. Caricatura de Indalecio Prieto. *Gracia y Justicia*, 3 Sep. 1931: 9. Print.

Fig. 3. Alberti, Rafael. “El monstruo del fascismo propagador de mentiras contra la Unión Soviética.” *Octubre*, Oct.-Nov. 4-5 (1933): 25. Web. 21 Sep. 2020.

http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&id=30574&num_id=3&num_total=5>.

Fig. 4. Antonio Lara y Miguel Mihura. “El oportunismo de la educación de las masas.” *Vértice* 4 (1937). Print.